



Complicio
en *ti*.

Susana Oro

Confío en ti

Susana Oro

Confío en ti

Susana Oro

Córdoba - Argentina

Año 2018

1ª edición: Noviembre 2017

Registro Obra: Safe Creative Código N° 1802155795621

Imagen portada: 123rf ©kiuikson © alinamd

© Susana Oro

©Todos los derechos reservados.

La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura coincidencia.

*Para mis hijos Franco y Nicolás,
Los quiero*

Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

BIOGRAFÍA

CAPÍTULO 1

–Crear es poder. Los pensamientos tienen poder. Lo que piensan es lo que envían al subconsciente, y él lo acepta creyendo que es lo que quieren. El subconsciente no analiza, solo cree en lo que le enviamos. Por eso es tan importante pensar en positivo y hablar con palabras positivas. Son leyes universales, y cuando entiendan como funciona nuestro perfecto universo, lograrán una vida feliz –dijo Tina Martínez, una reconocida líder en el campo de la autoayuda. Su conferencia era escuchada por ciento de seguidores. Llenaba auditorios cada vez que se presentaba. Pero lo que a ella la llenaba de emoción era saber que sus enseñanzas habían cambiado la vida de muchas personas.

Se movía por el escenario con una seguridad asombrosa. El micrófono en una mano y la otra la agitaba en el aire para dar énfasis a sus palabras. Sus pasos eran decididos y siempre miraba al público a los ojos. No había estudiado para ser una gran oradora, solo creía en sus palabras. Su seguridad era la que convencía a sus seguidores.

El público era variopinto y se debatía entre la ilusión y la incredulidad, ella podía verlo en la expresión de sus rostros. Algunos la idolatraban, otros la consideraban una farsante. Pero ella era tan positiva que no se sentía afectada por pensamientos nocivos. Tina tenía una manera de ser que caía bien hasta al más pesimista. Rara vez se topaba con alguien que descargara en ella sus frustraciones. Su método se basaba en la confianza. Ese era el principio de todo, como solía decir. Da confianza y recibirás confianza, repetía en cada una de sus charlas.

–Una palabra negativa puede tirar por tierra todo el trabajo que

estamos haciendo. Yo puedo, yo quiero, yo lo consigo se tienen que convertir en sus mantras –dijo Tina e hizo una pausa para repasar la reacción de las personas que estaban en la sala. Un hombre miraba las molduras de yeso del techo. Ese hombre no estaba muy a gusto. Ya lo había visto antes mirando el piso, como si estuviera esperando que se pasara el tiempo para salir del auditorio. Siguió disertando sin preocuparse porque siempre había alguno que solo estaba ocupando una silla–. Quiéranse –enfaticó para darle la importancia que la palabra requería–. Amen su rostro, su cuerpo, su forma de ser. Son perfectos como son. El comienzo de todo es el amor a ustedes mismos. Si se aman podrán amar al resto de las personas. Si confían recibirán confianza. Nadie es malo, la gente se comporta mal porque no ha entendido que la palabra y el pensamiento tienen tanto poder. Si aceptan que la vida es bella, podrán ver el abanico de posibilidades que tienen a su alrededor y lograrán todo lo que se propongan –comentó, y el rostro ilusionado de una mujer de alrededor de cincuenta años la llenó de felicidad. Miró al hombre que no se concentraba y lo vio observando el móvil. Seguro que estaba mirando la hora para saber cuándo acababa. Tenía el entrecejo fruncido, clara señal de que no veía la hora de salir de allí. Ella sabía que había muchas personas que no aceptaban sus teorías, y estaba bien. No era tan tonta para creer que podía cambiar la vida de todos los que escuchaban sus charlas o leían sus libros. Si lograba cambiar la vida de diez de los cientos de personas que había allí, ya podía sentirse satisfecha.

–Yo quiero un millón de dólares –gritó el hombre que había llamado su atención desde que entró en la sala. Al parecer ya se había aburrido de mirar la hora y quería entretenerse incordiándola a ella. Su intención era burlarse y dejarla sin palabras. Tina sonrió antes de responderle.

–Acá tenemos a una persona que ha dado el primer paso hacia el éxito. Él quiere en grande, y tendrá en grande si no empieza a hacerse

planteos negativos, como por ejemplo: ¿cómo lo voy a lograr?, ¿quién soy yo para recibir tanto?, ¿con mi sueldo es imposible? –lo miró, y en su rostro pudo ver la ironía y el desprecio a su disertación–. Él intenta burlarse de mis palabras porque no cree, y no es consciente que acaba de dar el primer paso a un mundo lleno de posibilidades. Siga así y pronto tendrá su millón de dólares.

–Tal vez usted pierda en la calle el dinero de la entrada a este circo y yo estaré allí para recoger mis millones –gritó el hombre.

Ese hombre estaba muy, muy enojado. No estaba allí por decisión propia. Ya le había pasado muchas veces que sus seguidoras mandaban a sus amigos y parientes porque creían que les haría bien. Pero tenían que estar preparados para el cambio, tenían que llegar a las conferencias, talleres o a sus libros por voluntad propia.

–No debería haber venido a malgastar su dinero si no cree, señor –aclaró Tina.

–Eso mismo le dije a mi querida hermana. Pero se empeñó en que esto me cambiaría la vida. Le dije que sería más feliz si me daba el dinero para ir a ver un partido de Boca en la Bombonera, pero ya sabe cómo son las mujeres. Cuando se les mete algo en la cabeza, no hay poder en el mundo que las haga cambiar de opinión. Y acá estoy perdiendo el tiempo con todo ese bla bla que tan bien le sale, y no son más que palabras sin sentido. La vida es mucho más compleja que lo que usted plantea, señora –dijo el hombre, dejó su butaca y salió furioso del lugar.

Cuántos prejuicios, preconceptos y veneno tenía ese hombre, pensó Tina. Ella debería ser la furiosa, pero los años de práctica la habían elevado a un nivel de control que pocas personas tenían. Él se iba a zancadas, taconeando con sus zapatos gastados, y Tina sintió pena por él.

–No se olvide que puede conseguir el millón de dólares si se anima a

dejar el pesimismo –gritó Tina. Ella no era de presionar a la gente, pero ese hombre resentido le había tocado la fibra íntima. Estaba tan enojado con el mundo que se había desquitado con ella, y no tuvo dudas que su enojo era con las mujeres, puesto que la había menospreciado. Seguro que iba por la vida dando codazos y pechones a la gente que se interponía a su paso, y eso agregaba más ira a toda la que ya cargaba. Ella no era de juzgar a la gente sin conocer sus vidas, y cuando encontraba personas así deseaba ayudarlas, pero hacía tiempo que había entendido que solo se podía ayudar a quien quería cambiar.

–Si usted es tan positiva, ese hombre debería haberla tratado mejor. Usted dice que hasta el más gruñón cambia al ver su actitud –aclaró uno de los oyentes.

Y tenía razón, pero sus conferencias no eran bien vistas por todos, y eso era algo que ella había analizado durante todo el año, porque era como que no encajaba en su convicción de: “si tratas bien, te tratan bien”.

–Tienes razón. Y eso es más fácil de lograr fuera de este espacio. Él no llegó de forma voluntaria a la conferencia. Su hermana lo obligó a venir, y él habría sido más feliz sentado en la Bombonera mirando a Boca. Si me lo hubiera encontrado en la Bombonera, con Boca ganando por una buena diferencia, le habría caído tan bien que podría haberle dicho lo mismo que he dicho acá, y quizá hasta me daba un abrazo –el público largó una carcajada, y la buena predisposición regresó al salón–. El pobre hombre se ha perdido el partido por venir a escucharme a mí, y eso nos deja una enseñanza. No podemos obligar a las personas a estar donde no quieren. Nunca le regalen una entrada para mis conferencias a una persona que no está dispuesta a cambiar su forma de pensar y actuar. Esa es una decisión muy personal –aclaró Tina sin perder su seguridad.

La conferencia siguió durante una larga hora. El público hacía

preguntas y daba sus opiniones, algunas buenas y otras a modo de crítica. Tina estaba acostumbrada al escepticismo, y sabía encausar los comentarios irónicos. Rara vez tenía enfrentamientos que ella no pudiera revertir. Tenía un gran dominio del tema, varios libros publicados y muchas charlas que la habían llenado de experiencia. No era una guerra por ganar, sino una lucha paciente por hacerles entender las virtudes de llevar una vida positiva, una vida fundada en la confianza.

En el salón contiguo al auditorio la editorial había montado una mesa donde se vendían sus libros. Ella salió y se sentó en un sillón acolchado dispuesta a firmar durante más de una hora. Cada parte de su trabajo tenía momentos positivos, y eso era por lo que siempre se sentía agradecida. Ella creía en el poder de la palabra. Su vida era grandiosa, y todo se lo debía a sus mantras.

No siempre había sido así. Ella había librado muchas batallas internas. Muchas luchas que la habían llevado a descreer de todo en esta vida. La autocompasión y el pesimismo habían ocupado un lugar de privilegio en su vida. Siempre había creído que a ella no le pasarían cosas buenas. Solía caminar encorvada y con la cabeza gacha porque creía que no merecía ver el mundo, y estaba convencida que el mundo no se perdía mucho al verla a ella. Se había sentido miserable, despreciada y sin derecho a tener logros. Si algo había hecho de bueno su abuela paterna, era arrastrarla al psicólogo. Tres habían pasado por su vida. Los dos primeros fueron como agua que corre por el arroyo, no le dejaron nada. Pero la última, una mujer de setenta años más sabia que técnica, fue la que obró el milagro. Esa mujer había sido su ángel especial, aunque también tenía una cuota pequeña de demonio. Tenía unos modos poco ortodoxos, pero supo dar con las palabras justas. No fueron muchas, pero fueron las que ella había necesitado escuchar. Y comprendió el poder de la palabra y de los pensamientos cuando le dijo: “Hasta cuándo vas

a seguir comportándote como una idiota. Hasta cuándo vas a cargar con culpas que no te corresponden. ¡Tenías ocho años! ¿Qué culpa tiene un niño de los errores de los padres? Si has venido al mundo, es para aprender una lección. Puedes seguir con la autocompasión o puedes tomar las riendas y cambiar la mierda en la que vives. Solo tienes que cambiar tus pensamientos”. Mierda e idiota, esas eran palabras que había escuchado a menudo en su infancia. Su padre solía decirle, “no seas mierda” o “esta chica es idiota”. Toda la familia se callaba. Su madre no la defendía porque quería evitar los gritos, y su hermano lo tomaba a risa y se burlaba gritándole que era idiota o una mierda. Los odiaba a todos, quería que desaparecieran de su vida, porque todos eran partícipes de la situación. Su padre llegaba borracho y se ensañaba con la niña de carácter débil, y ella se sentía sola y miserable.

Su vida cambió al finalizar las vacaciones de verano en un camping. Quince días de tortura, escuchando los gritos de su padre, el silencio de su madre y las burlas de su hermano de quince años. Tenía ocho años y comenzaba a sentir vergüenza de que los vecinos del camping escucharan cómo la insultaba su padre. Pero todo se acabó el día que regresaban. Él, como de costumbre, había bebido de más y manejaba haciendo zigzag. Ella iba descompuesta de la panza con tantas curvas tomadas a mucha velocidad, y se había sacado el cinturón de seguridad para no vomitar en el auto. Su padre se giró furioso a exigirle que se lo pusiera. Las palabras habían quedado grabadas a fuego en su mente.

Idiota, cuántas veces te he dicho que te pongas el cinturón de seguridad. Acaso quieres matarte si tenemos un accidente.

Me duele la panza y tengo ganas de vomitar.

Y porque a la señorita de mierda le duele la panza, voy a tener que parar.

Su madre se giró para suplicarle que se pusiera el cinturón.

Me duele la panza.

Su padre soltó el volante, la ira destellaba en sus ojos rojos. Una mano voló a su rostro y ella trató de esquivar la cachetada. En ese mismo momento se sintió el golpe de chapas, el coche comenzó a dar tumbos y ella salió disparada por la ventanilla. Por primera vez creyó que su padre había tenido razón. Si ella hubiera tenido puesto el cinturón no habría quedado toda rota en el pavimento.

Unas horas más tarde descubrió que si hubiera tenido el cinturón no habría estado con vida, puesto que sus padres y su hermano tuvieron la desgracia de caer al precipicio. El coche explotó. Su hermano alcanzó a salir, pero no logró salvar su vida. Todos murieron ese día, y ella era la culpable.

–Me podrías firmar el libro para mi madre –una mujer de unos treinta años la regresó al presente–. Ella sigue al pie de la letra todo lo que dices acá. Te adora, pero no pudo venir porque está trabajando. Si regreso sin tu firma se pondrá furiosa.

–Claro. ¿Cuál es su nombre? –preguntó Tina. A veces sus recuerdos la agobiaban y ella buscaba la fuerza del positivismo para seguir en su centro y tratar de ayudar. Ella había salido de ese mundo oscuro, y no podía volver a caer. Sus teorías le habían dado una vida nueva, aunque a veces dudaba de la veracidad de algunos puntos. Pero después de haber llegado tan lejos no podía permitirse esas inseguridades. Mucha gente confiaba en ella. Mucha gente creía en sus palabras.

Firmó durante cuarenta minutos, regalando sonrisas y palabras positivas. Todas esas personas la querían, la animaban, le agradecían. Esas personas la mantenían en su centro y le daban la paz que necesitaba para seguir.

Alguien dejó con fuerza un libro sobre la mesa. Tina levantó la vista y se encontró con unos ojos negros cargados de decepción que la llenaron de

tristeza. Era el hombre al que su hermana lo había obligado a ir a la conferencia, el que había mirado el techo, el piso y el móvil, el que le había dicho que quería un millón de dólares para tratar de ponerla nerviosa frente a su público. Era alto y de contextura musculosa. Un hombre que despertaba una extraña fascinación en Tina, quizá era su enojo, o tal vez su porte de me importa un comino lo que piensen de mí. Tina se sorprendió de que todavía estuviera rondando por su conferencia.

–Su nombre –preguntó Tina sin intentar darle alguna palabra de aliento. Para qué gastar saliva en palabras bonitas con alguien que no las pedía. Lo que no entendía era que hacía él con su libro “El poder de los pensamientos” en la mano, y encima haciendo una cola de cuarenta minutos para que se lo firmara.

–Livia Valente –dijo el hombre, y Tina lo miró con un arqueado de cejas.

–Debe ser para la hermana que lo obligó a venir a mi conferencia y le hizo perder el partido de Boca en la Bombonera –dijo Tina.

–Sí –dijo David de forma cortante.

Tina lo firmó con unas palabras positivas, siempre hacía lo mismo porque era su forma de dar algo más personal a sus queridos seguidores.

La vida es un camino de rosas, las espinas no son un castigo, solo son necesarias para alcanzar la superación. Espero que lo logres.

Con cariño, Tina Martínez.

–Las espinas son los puñales que se nos clavan en el corazón para que nos demos cuenta que la vida es una mierda –dijo David, y la predicadora, como decidió llamarla él, lo miró sin muestra de indignación, sino como si esperara que él le contara todas sus mierdas. Esa mujer debió tener una vida de niña rica, a la que le consentían todos los caprichos, por eso quería meterle hasta por la nariz esas palabras ridículas que nada tenían que ver con la vida

real, se dijo David.

–No voy a contradecirlo, señor Valente. Yo no soy una religiosa que busca fieles. No obligo a nadie a creer en mis palabras, y lamento que su hermana le haya arruinado la tarde al obligarlo a estar a disgusto en mi conferencia.

–Le faltó lamentar que tuve que comerme una espera de una hora –aclaró David.

–Eso también. Pero no puedo hacerme cargo de que su hermana lo maneje de las narices como a un crío –cuando él arqueó las cejas a Tina le entraron ganas de reír, pero se contuvo y siguió–. Seguro que tuvo buena intención, solo que ella no sabe que las personas tienen que venir por su propio deseo de cambiar. Si me disculpa, tengo personas esperando, que sí están ansiosas de llevarse mi libro firmado –aclaró Tina.

–Flor de curro se ha montado acá. Es una vendedora de ilusiones –dijo David sin intenciones de dejarla en paz. Estaba cabreado porque ella había dado en el clavo. Livia lo había obligado a venir, y como había pagado una fortuna por esa conferencia, a él no le quedó otra opción. No le agradó que esa mujercita fuera tan intuitiva. Él, en los últimos tiempos, era bastante indiferente a las personas, sobre todo a las mujeres, pero esa mujer que hablaba como si pudiera solucionar todos los males del mundo, le había provocado un desagradable cosquilleo en la nuca. Y esa sensación era como una alarma que lo ponía en alerta, puesto que le había pasado con una sola mujer, su mujer; y vaya consecuencias que había sufrido por dejarse llevar por un estúpido cosquilleo. Por eso la seguía atacando–. Remeras, lapiceras, vasos, platos y cientos de artilugios con frases positivas. Se ha armado un circo muy propio de niñas ricas que no saben en qué ocupar el tiempo. Usted cree que puede ayudar porque tuvo la vida fácil –afirmó David. Si él tuviera que disertar, hablaría de lo injusto que es el mundo, de lo despreciable que es

la gente, y alertaría a todos para que no confiaran en nadie. Si algo lo indignaba era el palabrerío sin sentido, y esa mujer no paraba nunca con sus teorías—. ¿Papá pone el dinero para que estos imbéciles se crean que por ponerse una remera que dice *soy perfecto como soy*, sus vidas van a cambiar?

—Papá está muerto. Mamá y mi hermano también. Todos murieron en un accidente de coche cuando tenía ocho años. Eso lo sabría si hubiera leído uno de mis libros. Siempre lo cuento. No hablo desde la posición de niña rica. Es más, nunca fuimos ricos. Vivíamos en casas de alquiler, y siempre nos estábamos mudando porque papá se gastaba el dinero que ganaba en sus borracheras. Espero haber aclarado su curiosidad, señor Valente —dijo Tina.

David se maldijo por ser tan cínico. Él, por lo visto, no era nada intuitivo. Esa mujer no merecía que descargara su mierda en ella. Era una luchadora, y si bien se había montado el curro con todas las baratijas que vendía, él no tenía derecho a faltarle el respeto. Él era comerciante, y sabía lo que era buscarle la vuelta al negocio para hacer más dinero. No tendría por qué haberla juzgado de forma tan ruda, aunque la diferencia entre ellos era que él ganaba dinero vendiendo objetos, no esperanzas ridículas.

—Por cierto, si le regala a su hermana un vaso de esos que están en mi circo, ella estaría participando en el sorteo de diez plazas para el taller que daré el mes que viene —aclaró Tina. Levantó la mano al hombre que esperaba en la cola para invitarlo a acercarse, y así despedir a ese pobre resentido que estaba empeinado en tratarla como una farsante que solo pensaba en ganar dinero. No es que no le interesara el dinero. El dinero era útil para muchas cosas, y por supuesto que le gustaba. Le gustaba gastar. También le gustaba ayudar, y ese dinero de los vasos, remeras y ciento de artilugios, como había dicho el hombre, era el que le permitía dar conferencias a muchas personas que no podían pagar. Era su forma de agradecerle al universo todo lo que le daba.

Firmó los últimos libros que le acercaron, sonrió, se sacó fotos con las personas, y luego de conversar con su agente, salió de allí agotada por las horas que le había llevado la conferencia. A ella no la agotaban sus charlas, sino las personas negativas que asistían, como ese hombre enojado, que sin mala intención le había robado toda la energía. No tuvo dudas que él, después de descargar su enojo, se había ido a su casa fresco como una lechuga recién cortada.

El aire fresco del campus universitario le permitió recuperarse de tanto encierro. Amaba esa zona por el verde y por la buena energía de los estudiantes. Estaba a pocas cuadras del parque de la ciudad y decidió regresar caminando. Era un agradable atardecer de primavera y muchos jóvenes salían a correr. Ella estaba vestida con pantalón, casaca gris y una camisa abierta en el pecho. Llevaba zapatos de taco medio, por lo que se tendría que conformar con una caminata.

Cuando llegó a esa zona tan bonita del parque llena de aros de colores, bastante más altos que una persona, que estaban distribuidos por el césped, se sentó en uno de ellos y sacó el móvil para llamar a su esposo.

–Marcelo, ya terminé, cariño.

–Hola, princesa. ¿Cómo te fue? –preguntó Marcelo.

–Bien, aunque siempre hay alguien al que le pagan la entrada y no quiere estar en la conferencia. Ha intentado desprestigiarme sin éxito. El resto estuvo genial. La gente estaba muy enganchada –aclaró Tina.

–Estoy en una reunión importante, princesa. No puedo hablar mucho.

–¡Otra más! Yo creí que hoy no tenías reunión. Te iba a proponer que cenáramos en un restaurante de la zona antes de ir a casa. Estoy en el parque –aclaró Tina.

–Imposible. Tengo para dos o tres horas más. Creo que te tendrás que tomar un taxi a casa, tesoro –dijo Marcelo.

–Me había hecho ilusión de que compartiéramos una salida. Bueno, no hay problema. Lo dejamos para otro día –dijo Tina, aunque no estaba muy contenta.

Su matrimonio se basaba en la confianza. Los dos tenían mucha libertad de horarios, pero en los últimos tiempos Marcelo parecía más una visita en la casa que su esposo. Tina, tan positiva y con tantos libros escritos, con tantos mantras que le pedía a sus seguidores que repitieran, a veces perdía el norte y sus inseguridades regresaban para decirle que no todo en la vida se solucionaba repitiendo palabras positivas.

Su esposo se despidió sin prestarle mucha atención a su frustración, y ella se quedó allí sentada mientras la tarde se alejaba. Practicó unas cuantas veces sus ejercicios de relajación, inspirando profundo y exhalando despacio. Cuando se hizo de noche se levantó, se acercó a la avenida y paró un taxi para regresar a su casa, que quedaba retirada de la zona céntrica.

Su mente divagaba entre las dudas y las creencias. A veces creía que su esposo la engañaba. Llevaban tres años de casados, no tenían hijos, y ella ya no quería sacar el tema porque se había cansado de escuchar: *Es demasiado pronto, Tina*. Ella tenía treinta años y quería una familia, quizá porque nunca había tenido una en la cual apoyarse, el abrazo de una madre y los consejos de un padre.

Marcelo tenía unos padres que lo adoraban y tres hermanos que eran muy unidos. A Tina le encantaba ir a los cumpleaños y a las reuniones familiares de los domingos, a pesar de que todavía no había logrado sentirse parte de la familia. Eran como un clan al que a ella le costaba entrar. La trataban bien, pero Marcelo había estado cinco años de novio con la hija de una amiga de su madre, y eso parecía ser un obstáculo para que la aceptaran como la esposa que el hijo menor había elegido. La madre de su esposo adoraba a Florencia, y no había reunión en la que no recordara alguna

anécdota de cuando eran niños. *Te acuerdas cuando Florencia te celaba hasta con los postes de luz. Perdón Tina, se me escapó, es que ella siempre fue parte de nuestra familia*, solía excusarse su suegra. Tina a veces creía que esos comentarios eran insidiosos, pero su forma de ser positiva siempre le hacía ver el lado bueno de las cosas, y se convencía de que era correcto que Florencia entrara en las conversaciones porque la conocían desde que era una niña.

Llegó a su casa, y respiró el aire puro que se respiraba al estar alejada de la ciudad. Era un barrio tranquilo de chalés con amplios parques. La suya era de dos plantas, con un lindo parque arbolado y una piscina. El jardinero ya la había preparado para el verano y Tina solía nadar y tomar sol en las reposeras los días de calor.

Entró a la sala y el silencio era el único que siempre la recibía en su hogar. Se acercó a la cocina, y el cartel de la nevera la hizo sonreír.

Mi tesoro, espero que hayas tenido un gran día. Estoy tapado de trabajo. No me esperes a cenar. Vine por la tarde a cambiarme de traje. Han llegado unos clientes de Brasil y han pedido adelantar la reunión que teníamos para mañana. Te quiero, Marce.

Cómo se podía enojar si era tan cariñoso, se dijo Tina. Él no estaba mucho en casa, pero siempre tenía palabras llenas de amor que le hacían pasar por alto sus largas ausencias.

Abrió la nevera, sacó la fuente de comida que le había dejado Gilda, su empleada, y la metió en el microondas unos minutos. Subió a su habitación para sacarse el incómodo trajecito. Se dio una ducha y se puso un pantalón de deportes, unas zapatillas de flores y una remera de mangas cortas que decía SOY FELIZ. TENGO TODO LO QUE QUIERO, escrito en letras mayúsculas, como si lo gritara al mundo. Y se ató una coleta alta.

Si el hombre resentido de esa tarde viera su remera, seguro que le

haría algún comentario fuera de lugar, pensó. El pobre escupía tanta bronca que le habría gustado conversar con él en un lugar más relajado, donde no se sintiera intimidado con sus ideas positivas. Donde solo fueran dos personas compartiendo sus vivencias. Eso le pasaba bastante seguido, porque la gente que tenía mucha bronca era como un reto para ella.

Lamentablemente, esas personas no estaban preparadas para hacer cambios. Tenían que hacer sus duelos, recorrer el camino de espinas para poder disfrutar de la rosa. Todo llevaba tiempo, Tina lo sabía. Había demorado años en cambiar su forma de ver la vida. Ahora sabía que era una linda persona, y lo que ella reflejaba era lo que la gente le devolvía.

Sacó la comida, se sirvió una copa de agua y fue a sentarse al sillón de la sala para cenar mientras leía los correos que solían dejarle sus seguidores.

Antes de encender el ordenador le sonó el móvil. Sonrió al leer que era Carla, su amiga más entrañable. Las dos eran como el agua y el aceite. Carla no entendía cómo ella creía en palabras positivas. Tina no intentaba cambiar su forma de ser, sencillamente porque sabía que su amiga era tan positiva que no necesitaba pensar en mantras para lograr vivir en armonía, solo que ella no se daba cuenta de ese detalle.

–¿Dónde estás aburriéndote como una ostra? –preguntó Carla, y Tina largó una carcajada.

–No me estoy aburriendo. Recién llego de una conferencia. Se han vendido muchos libros, y he ayudado a muchas personas hoy. Estaba por abrir el correo para leer los mensajes de mis seguidores. Marcelo ha tenido una reunión imprevista y vendrá tarde.

El silencio al otro lado de la línea le hizo suponer que Carla se estaba conteniendo de decirle que pocos maridos debían dejar tanto tiempo solas a sus esposas a tres años de casados. No necesitaba sus palabras para saber lo

que pensaba, esa frase Carla la repetía como si fuera su mantra particular, y casi deja escapar la risa al pensar en el mantra poco positivo de su amiga.

–¿Pasa algo que te has quedado muda? –preguntó Tina.

–Mm... No, creo que no –sus palabras sonaron tan falsas que Tina se sorprendió.

–Esa duda no me ha sentado nada bien. ¿Hay algo que quieras decirme? Ya sabes que yo centro nuestra amistad en la confianza.

–Y eso a veces no es bueno. Confías demasiado en todo el mundo.

–No puedo ir dudando de todo.

–Deberías, Tina. Deberías dudar un poco, porque tu bondad no es como la del resto de las personas. No creo que todos te retribuyan de la misma manera.

–Si yo dudara como tú, no tendría sentido que esté dando conferencias, que escriba libros sobre la confianza, que haga talleres sobre lo importante que es amarse y dar amor para que las personas te retribuyan. Mi vida se centra en eso, amiga. ¿Qué sería de mí si dudara? Dime cómo puedo dudar si me paso la vida machacando y machacando sobre la importancia de confiar –estaba gritando histérica porque su amiga la estaba haciendo dudar de toda una vida construida a base de mantras. Si dudaba... ¡Dios mío!, su mundo entero se derrumbaría. Su vida entera sería un fraude para toda la gente a la que llevaba años vendiéndole libros, vasos y camisetas. Ella sería una estafadora para todo el público al que le daba lecciones de cómo construir una vida plena y feliz–. No puedo dudar, Carla. No me lo puedo permitir –gritó saliendo de la débil burbuja que era su centro, la que la mantenía en una vida plena de felicidad.

–Tampoco puedes ser una ingenua que confía con los ojos cerrados. Esa vida es una mentira, Tina.

–¿Qué me estás queriendo decir? No me envuelvas en tus palabras sin

sentido y dime qué me estás ocultando –dijo Tina, aunque ya se imaginaba la respuesta.

Demasiadas reuniones de trabajo. Demasiados mensajes amorosos, pero Marcelo casi nunca estaba para compartir los momentos de amor que tan bien se le daba escribir en papelitos. Demasiadas excusas que ella había envuelto en verdades, porque si la persona que amaba la estaba engañando, ¿qué quedaba de todas sus teorías?

–Estoy en La Cueva, ya sabes cómo me gusta cenar en los mejores lugares de la ciudad.

–¿Y Marcelo está allí? –preguntó Tina.

–Ajá –dijo su amiga.

–Tenía una reunión de trabajo, Carla. Y supongo que llevaron a los brasileros a cenar allí –aclaró, buscando una excusa que justificara que la reunión en lugar de realizarse en el salón de la empresa, como sucedía siempre, la estuvieran haciendo en un restaurante.

–No son brasileros. Son sus padres, su hermano y hermanas, cuñadas, cuñados y sobrinos –dijo Carla.

–¡¿Cómo?! ¿Estás segura? –le tembló la voz con esa revelación.

–Como que me llamo Carla Garrido –dijo Carla.

–¿Te han visto, Carla?

–No, Tina. Estoy en la terraza y ellos se han sentado adentro. Los vi entrar y me refugié tras un macetero de plantas. Recién llegan. ¿Por qué no vienes, amiga? –sugirió Carla.

–Porque si voy mi vida se derrumbaría –dijo luego de un largo silencio.

–Tina, tu vida sería una mentira si sigues soportando que tu suegra y cuñadas hablen maravillas de Florencia cada vez que vas a su casa –aclaró Carla.

–Es la única vida que conozco. Diserto sobre la confianza. No puedo creer... No puedo creer que Marcelo me esté haciendo esto, Carla. Seguro que cuando llegue a casa me cuenta de alguna invitación a la que no se pudo negar. Seguro que me dice que no alcanzó a invitarme y... –dijo Tina intentando convencerse.

–Sí, seguro que estoy en un error –aclaró Carla–. Florencia está acá, sentada junto a Marcelo. Lo siento, amiga, pero tú siempre me pediste sinceridad. Si estuviera en tu lugar vendría en un taxi –aclaró Carla.

Tina le cortó. Todavía le costaba aceptar que una hora atrás su marido le hubiera dicho que llegaría tarde porque los brasileros habían adelantado la reunión. Ella lo había invitado a cenar, y él la había rechazado porque tenía una cena con su familia... y con Florencia.

El mundo perfecto se le estaba derrumbando. La camiseta con esa frase positiva se le reía en la cara. Sus conferencias, talleres y libros se irían por el desagüe. La gente que creía en sus palabras, que creía que su actitud positiva le había permitido una vida feliz, se sentiría estafada.

Ella no había dado mentiras a Marcelo. Ella le había dado amor y sinceridad, y él le estaba devolviendo la misma mierda que de niña le habían dado sus padres.

Toda la familia de Marcelo la dejaba de lado porque preferían a Florencia. ¿Marcelo también la preferiría?

Tina había ayudado a salvar la empresa del padre de Marcelo. Le había dado dinero a su hermana para que montara un negocio en el garaje de su casa. Había comprado el chalé de dos plantas para los dos, y le había regalado a su marido un coche de alta gama. Y todo lo había hecho de forma generosa, sin esperar nada a cambio. Ella ganaba mucho dinero y brindaba lo que tenía. Y ellos le pagaban dejándola de lado por Florencia.

Llamó a un taxi y a los diez minutos la recogió en el ingreso de su

casa. Tina le dio al chofer la dirección del restaurante y se quedó pensando en la decisión que había tomado. Carla tenía razón. Su amiga había sido sincera, como le había pedido, y ella tenía que corresponder de la misma forma.

Tina no podía dejar de ir a La Cueva porque sería aceptar que vivía en una mentira. Ella creía en sus teorías, en sus mantras, su vida era un reflejo de sus libros. Aunque dudaba de poder seguir sujeta a esa vida si corroboraba todo lo que le había contado Carla.

Las espinas son los puñales que se nos clavan en el corazón para que nos demos cuenta que la vida es una mierda, esas habían sido las palabras del hombre que estuvo en la conferencia. ¿Eso sería lo que ella tendría que predicar a partir de ahora? Una lágrima se deslizó por su mejilla, y otras más le siguieron. No podía parar de llorar porque se sentía estafada, traicionada y humillada por la familia de su esposo. Él, maldición, estaba tirando por la borda toda su vida perfecta.

CAPÍTULO 2

Tener hermanas metiches era una verdadera pesadilla, se dijo David que manejaba rumbo a La Cueva, el restaurante que se había puesto de moda y estaba siempre tan lleno que hasta costaba respirar. Él odiaba los lugares de moda, las multitudes, el parloteo constante. Pero Livia lo había vuelto loco con ese famoso libro firmado por Tina Martínez. Un libro tan fantasioso como la cantidad de fantasías que la mujer había estado pregonando en la conferencia.

A sala llena. Ni siquiera un cantante de rock famoso juntaba tanta gente. Cuántas personas estaban perdidas, depresivas o insatisfechas para ir a tirar el dinero con esos charlatanes que creían que por repetir “me amo, me amo”, y todas esos mantras, como los llamaban, iban a encontrar la verdadera felicidad.

Mentira, todo era una gran mentira. El mundo no era así. El mundo estaba lleno de gente buena, gente mala y gente que simulaba ser buena y te arrancaba la piel a tiras. Él no era escéptico, sino realista.

La vida era tan compleja que nunca se la podría abarcar en unas pocas frases idealistas. Si das confianza, recibirás confianza. Jajaja, eso era lo más ridículo de todo el farsante discurso de Tina Martínez. Si él no hubiera estado tan cabreado por tener que perder unas valiosas horas en ese circo, le habría dado algunas lecciones a Tina Martínez, y no tuvo dudas que ella habría tirado por la borda todas sus prédicas.

Una predicadora, eso era, aunque esa palabra no le había gustado nada. La mujer se había mostrado tan serena mientras trataba de derrumbar su castillo de arena, que él había salido más indignado de lo que había entrado.

Cruzó el centro renegando con la fila de vehículos atascados. Cada

vez que avanzaba un trecho el semáforo se ponía en rojo, por lo que demoró casi una hora en llegar a La Cueva. Maldijo porque en el restaurante no había un lugar donde estacionar el coche y tuvo que dejarlo tres cuadras más adelante y volver caminando.

Era un salón enorme pero no había una mesa desocupada, incluso en la terraza estaba lleno. La moda, gruñó David mientras el camarero le abría la puerta y él miraba acá y allá, hasta que encontró a su hermana haciéndole señas en la mesa donde estaba con Adrián Marín, su cuñado.

–¡David! –gritó Livia, que se había parado sobre la silla y agitaba las manos. David no tuvo dudas que todos los comensales estaban pendientes de ellos–. ¡Acá, acá, David! –siguió gritando como si él fuera ciego y sordo. Adrián negó con la cabeza y sonrió. El esposo era un mártir que ya estaba acostumbrado a los escándalos de su hermana. David, que la conocía de toda la vida, aún se sentía cohibido con las exageraciones públicas de Livia.

–No podías esperar hasta mañana para tener tu maldito libro firmado –dijo David, corrió la silla vacía, se sentó y le entregó el libro–. Hola, Adrián.

–Veo que también te enganchó para que asistieras a una de las conferencias de su escritora de autoayuda preferida –dijo Adrián, y David vio sus ojos risueños. Quizá era compasión, o tal vez se estaba burlando de él.

–Me levanté a los diez minutos y me fui –aclaró David.

–No te habrás atrevido a hacerle ese desplante. Dime que no has hecho eso –reprochó Livia.

–Tu querida escritora, mientras me iba, recomendó a sus fieles seguidores que no mandaran a todos sus parientes, amigos y vecinos –dijo David.

–Pero yo sé que te habría hecho bien –aclaró Livia sin entrar en razón–. A ti te hace falta escuchar a alguien positivo como Tina. Ella habría sido capaz de cambiarte en apenas una hora de charla, y ni siquiera le diste la

oportunidad. ¡Con lo que me costó esa entrada! –Livia estaba ofendida, y David se sintió algo mejor porque ahora era ella la indignada.

–Ya te he dicho, querida, que no te metas en la vida de tu hermano – dijo Adrián.

Tuvo ganas de aplaudir a su cuñado por su recomendación, pero en ese momento llegaron sus otras dos hermanas, Gabriela y Catalina, y David deseó no haber venido.

–¡Oh, no! ¡Ese es el libro de Tina Martínez! ¿Es el nuevo, Livi? –gritó Gabriela.

–¡Me muero! ¡Me muero! –se le unió Catalina, y David miró a su cuñado. El pobre hombre tenía una paciencia de santo, se notaba en esa sonrisa tensa que ponía en el rostro para que su hermana no se diera cuenta que lo único que quería era terminar la cena y perder de vista a su familia. Lo miró y las señaló a las tres. Ese gesto se lo hacía siempre, y su cuñado sabía que le estaba diciendo, *tú tuviste la posibilidad de salvarte de ellas*, porque el hombre que se casaba con una de sus hermanas llevaba la cruz de cargar con las tres. Eran muy unidas, y donde iba una, iban las otras dos.

–¿También vienen tus padres, Livi? –preguntó Adrián con resignación–. Creí que sería una cena íntima y...

–No seas malo con las chicas –dijo Livi–. Y tú, Cata, no te mueras que te vas a perder de leerlo.

–Seguro que es una pasada. Es la mejor conferencista que existe. Tiene una seguridad. Y eso es porque cree en todo lo que dice. Es una mujer que te llena de confianza. La adoro.

–Parece que todas aplican sus extraños métodos de la vida es bella – dijo David.

–Tu hermana se levanta recitando frases de los libros. A veces me despierta y me dice: Confío en ti, mi amor. La confianza lo es todo en la vida.

Si yo dudara, tú ya te habrías acostado con alguna de tus compañeras de trabajo. Extracto sacado del libro “La confianza es la clave de un matrimonio feliz” –aclaró Adrián a un sorprendido David, para que entendiera hasta que punto Tina Martínez había influido en Livia.

Livia le dio un codazo a su esposo. Gabriela y Cata fruncieron el entrecejo. Ellas sabían que Adrián había metido la pata. Adrián también, solo que no se había dado cuenta de que estaba contando, nada menos, que el fracaso de la teoría de Tina Martínez. David era el mejor ejemplo de ello.

Su matrimonio se había basado en la confianza mutua, hasta que David encontró unos mensajes comprometedores en el móvil de su esposa. Le había sonado mientras ella se duchaba, y él fue inocente al mirar si el mensaje era por una urgencia en el hospital. No era del hospital, era su socio y amigo mandándole una foto de como Dios lo trajo al mundo, sosteniendo en la mano su erección. El mensaje decía: *Así me tienes todo el día, Liliana.*

–Lo siento. No me di cuenta –dijo Adrián arrepentido.

–No lo sientas. Yo soy el mejor ejemplo de que esa teoría de la afamada Tina Martínez es la mayor mierda que existe –aclaró David.

–David, quizá tú la descuidaste... –dijo Cata.

–Cata, mejor cierra la boca. No me cargues con las culpas. Yo no me acosté con su amiga –aclaró David.

–En eso tienes razón –dijo Gabriela, que al parecer no creía a ciegas en las lecciones sobre la confianza de la escritora.

–Flor de circo se ha montado tu querida Tina Martínez –dijo David a Livia–. Toma, acá te compré una taza con esas frases que tanto te gustan. Parece que sortea en su página entradas gratis para un taller que dará el mes que viene –eso había sido una debilidad de su parte. Había estado un buen rato leyendo frases ridículas sobre la confianza, el amor y el poder de la palabra, y se encontró con una que no le dio tanto asco: “Sigue adelante”. No

era nada muy elaborado, pero él se sintió un pelín identificado con ese sigue adelante. Era lo que estaba intentando hacer desde que descubrió la traición de Liliana y Fernando.

Cinco años de novios y dos de casados. Solo dos de casados y ella le había sido infiel con su mejor amigo. ¿De qué confianza le hablaban? Aún no entendía qué había tenido su hermana en la cabeza para mandarlo a escuchar todas esas mentiras, después de saber lo que le había pasado. La estafa más grande que le habían hecho en la vida. No solo había perdido a su esposa, también había vendido su parte de la empresa porque no podía seguir mirando a Fernando a la cara. Sus disculpas no eran más que una mierda para él. Su insistencia en que los tres podían seguir siendo amigos era como un puñal enterrado en el corazón. Liliana seguía insistiendo en hablar con él como si nada hubiera pasado, a veces se mostraba comprensiva, y otras, lo culpaba de la traición. ¡A él, que siempre le había sido fiel! David creía que esa insana relación que aún mantenían era la que no le permitía avanzar.

–Me encanta. ¡Gracias, hermanito! Voy a entrar en su página. Ojalá me gane la entrada al taller. Seguro que será todo el día, porque ella prepara talleres muy completos, con actividades, almuerzo y copetín al final. Uno pasa un día tan positivo que es mejor que ir a un spa.

Estaba tan emocionada, que Adrián y él se habían quedado mirándola como si estuviera loca. Solo era un maldito taller para seguir escuchando mantras, se dijo David. Sus dos hermanas pequeñas también la miraban, pero era como si quisieran quitarle la taza para ganarse ellas la bendita entrada al taller.

–No recordaste que tenías otras dos hermanas –dijo Cata, tenía los labios fruncidos como si estuviera a punto de echarse a llorar.

–Fue un día de mierda, Cata. Si quieres una taza, te la compro en algún negocio.

–No quiero una taza cualquiera, quiero una taza para participar en el sorteo de las entradas al taller. Las de Tina en la base dicen su nombre –gritó Cata.

–Dale la taza, Livi –dijo Adrián intentando evitar el escándalo.

–¡Cómo! No, no pienso darle mi taza, amor. David me la trajo para mí –aclaró, y la abrazó en su pecho, a la taza, no a Adrián.

Qué difícil era tener hermanas mujeres. Todas eran demasiado emotivas, impulsivas y escandalosas. Bueno, Gabriela era la más moderada, pero las otras dos eran capaces de revolcarse en el suelo por una taza.

Por suerte alguien llamó la atención de Gaby, que emitió un chillido no muy estridente, y las otras dos se olvidaron de la taza y se giraron a curiosear lo que había exaltado a su hermana mediana.

–Tina –dijo Gaby–. Tina ha entrado a La Cueva –susurró, y las tres unieron sus cabezas para espiarla.

Salvado por Tina Martínez, ¡quién lo diría!

La escritora entró como un viento huracanado, sin prestarle atención al camarero que trataba de evitar su ingreso. ¡Vaya con la positiva!, el primero que se le cruzaba en el camino y la quería echar del lugar. Ya no parecía la mujer segura que había visto en la conferencia. Incluso se había quitado las prendas formales y parecía que recién acababa de regresar de correr por el parque. Llevaba un pantalón de deporte ajustado, que le marcaba una figura agradable. El cabello de color castaño recogido en una descuidada cola de caballo, con varios rizos sueltos. Zapatillas floreadas, y una remera que en letras enormes pregonaba sus estúpidas convicciones positivas, lo único espantoso que tenía. Si él se la hubiera encontrado corriendo en el parque, y no en la conferencia, se habría sentido atraído por su belleza natural. David tenía que reconocer que tras esa fachada de “la vida es maravillosa”, había visto a una mujer que le habría llamado la atención.

Quizá los hombres que habían estado en la conferencia, que habían sido muchos, iban más por la belleza de la escritora que por lo que salía de su boca, pensó David. Nariz pequeña, boca voluptuosa, ojos almendrados de color ámbar, cabello sedoso con ondas grandes y un cuerpo de delicadas curvas. David sintió deseos de abrazarla.

Ella echó una mirada por todo el restaurante, de la misma forma que había mirado en el auditorio a sus seguidores. Y David se dio cuenta que tenía habilidad en eso de recorrer espacios llenos de gente.

Algo debió llamarle la atención, porque se le tensó el cuerpo cuando sus ojos, que parecían arder en llamas, se posaron en un rincón del restaurante. Tenía los labios apretados en una fina línea y el parpadeo constante era señal de que lo que veía no se lo esperaba. Vaya con la predicadora, pensó David. No era tan positiva como decía, dedujo. Esa mujer era una farsante que se aprovechaba de gente ingenua como sus hermanas.

–No parece muy positiva –dijo Adrián.

–Eso mismo pensé yo –comentó David. Al mirar a sus hermanas se dio cuenta que ellas no se percataron de la tensión de su fan. Ellas estaban tan abstraídas o emocionadas con la llegada de Tina Martínez, como si a La Cueva hubiera entrado el mismísimo Brad Pitt a obsequiarles su presencia.

La afamada Tina se dirigió a zancadas al rincón derecho del restaurante, el que tenía el ventanal que daba a la terraza. Varios comensales la siguieron con la mirada, y David no tuvo dudas que la mujer tenía en el lugar a unos cuantos feligreses.

Lo asombroso era que a la mesa a donde se dirigía con pasos tan enérgicos, no había un noviecito engañándola con alguna amante de turno, sino una gran reunión familiar, con niños y todo.

Desde que descubrió que Liliana y Fernando lo habían engañado, estafado y le habían destruido la vida, no había posado sus ojos en otra mujer.

La famosa confianza no existía para él. Tampoco había tenido ganas de volver a empezar. ¿Para qué?, para que otra más lo agarrara de idiota. No gracias, con una ya había tenido suficiente. Pero en ese momento quería saber qué le pasaba a la señorita “ama y recibirás amor”, para haber tirado por la borda su sonrisa eterna, su idea de una vida feliz gracias a mantras, y para estar en un lugar público demostrando que su vida real no se parecía en nada a sus frases hechas.

CAPÍTULO 3

A Tina el trayecto se le hizo eterno, aunque el taxista solo demoró veinte minutos en dejarla en el restaurante. Ella entró a La Cueva sin esperar que el hombre apostado en la puerta le abriera.

–Señorita no puede ingresar con esa vestimenta –aclaró el hombre. Ella pasó rauda a su lado, sin prestarle atención, y comenzó a buscar a Marcelo y su familia.

Tenía el pecho oprimido y todos sus pensamientos positivos se habían ido al traste. Su vida entera se había ido de paseo, y por primera vez en años sentía brotar la ira en su interior. Tanto tiempo conteniéndose, y ahora tenía ganas de romper todos los candelabros con velas que había en las mesas.

Era el mejor restaurante de la ciudad, con un chef venido de Francia. Tina tenía que vender muchos libros para permitirse pagar una cena familiar allí. Y Marcelo con su familia al completo, incluida su exnovia, se daban el lujo de cenar en el lugar. Con su dinero, no tuvo dudas, puesto que los había ayudado a todos.

Los divisó en el rincón más apartado. Eran las mesas más caras, casi un reservado, con plantas que les permitían mantener la privacidad, y Tina fue directa a enfrentarlos. No buscó a su amiga Carla, que estaba cenando en la terraza, aunque no tuvo dudas que la había visto ingresar.

Con sus zapatillas de flores, su pantalón de deportes y esa remera que ahora parecía burlarse de su ingenuidad, se paró frente a la mesa. Todos, absolutamente todos se quedaron mudos.

Su suegra, después de recuperarse del impacto, fue la que tomó la palabra, como siempre. La jefa del grupo, de la tribu, pensó Tina.

–¡Querida, qué sorpresa! –dijo Ágata.

Tina no la miró, la ignoró como si no hubiera hablado. Solo miraba a Marcelo, que estaba sentado al lado de Florencia. La mujer tenía un vestido verde manzana pegado a su impactante cuerpo, tonificado a fuerza de matarse en el gimnasio.

–Creí que estabas en una reunión con los brasileros –dijo Tina.

–Terminó pronto –dijo Marcelo–. Solo pasé a saludar.

–Sí, claro. Solo a saludar. Por eso será que tienes el plato lleno de comida –señaló la langosta que estaba comiendo.

–Insistieron, Tina –dijo Marcelo.

–Hablamos hace una hora. No quisiste ir a cenar conmigo.

–Estás haciendo un mundo de un grano de arena. Solo iba a quedarme media hora –aclaró Marcelo–. Tú, que siempre eres tan positiva no deberías comportarte de forma irracional.

Tina apretó los puños al lado del cuerpo. Estaba tan indignada que no era consciente de que el restaurante estaba lleno, y de que varias personas estaban pendientes del altercado. No era consciente de que estaba dando un ejemplo muy distinto de lo que decía en sus libros y charlas. Ella había perdido su centro.

–No debería haber confiado en ti. Siempre en reuniones. Siempre ocupado, y mira dónde usas tu tiempo libre.

–Si te viera tu agente se pondría furioso, Tina. Este escándalo no te conviene, querida –dijo Ágata–. Solo es una reunión familiar. Marcelo no está haciendo nada de malo. O acaso pretendes alejarlo de nosotros por tus celos infundados –aclaró, y eso fue peor que si le hubiera dado una patada en el estómago.

–¡Una reunión familiar! ¡Celos infundados, Ágata! Toda la familia reunida, menos la esposa de Marcelo. Todos, incluida Florencia, menos yo, que pagó la cuenta pero no estoy invitada a la reunión familiar. Ni siquiera

estaba enterada –dijo Tina.

Carla se había acercado a ella, y le apoyó la mano en el hombro para tratar de calmarla. Estaba arrepentida de haberle contado lo que estaba pasando en el restaurante, pero valoraba mucho la amistad de Tina y había jurado no defraudarla. Igual se sintió mal al ver que la vida de su amiga se estaba derrumbando por culpa de ese marido que solo le había demostrado su amor con esos tontos mensajes que le dejaba en la nevera. Tesoro, princesa, y todas esas idioteces que le escribía mientras se aprovechaba del dinero que ganaba Tina.

Su amiga había comprado la familia ideal, y allí estaba el resultado.

–No es para tanto. Solo es una cena informal –dijo Patricia, la hermana mayor de Marcelo.

–¡No es para tanto! –gritó Tina–. Solo una cena informal con Florencia sentada junto a mi esposo. Mi esposo –insistió. Ya todos en el restaurante estaban pendientes del escándalo, pero ella no podía parar.

–Cariño, con Florencia me une una gran amistad de toda la vida –dijo Marcelo.

–Fue tu novia durante cinco años, por si no lo recuerdas –aclaró Tina. Y se indignó al ver la sonrisa de triunfo de Florencia, que se arrimó más a Marcelo para demostrarle quién ganaría siempre en esa lucha.

–Esto no es bueno para tu trabajo, Tina. Por qué no te calmas y hablamos como gente grande –dijo Marcelo.

–Estás haciendo un mundo de algo tan tonto como es una cena –dijo Florencia, y ella pudo ver cómo el pecho de Florencia ahora rozaba el brazo de su esposo. Él, como siempre, no hizo nada por alejarla. Si querían hacerla sentir una idiota, lo habían conseguido.

–Será porque soy la única excluida de esta familia perfecta –dijo Tina con los dientes apretados, los puños cerrados y la sensación de ahogo que se

siente cuando todo se está yendo al diablo.

–Tina, esta reunión surgió de una conversación que tuvimos dos días atrás. A mi marido lo ascendieron en el trabajo, y me dije, por qué no festejarlo. Florencia estaba en casa de mi madre y dijo que quería venir. No hay más –comentó Pamela.

–¡No hay más! Tan simple que se olvidaron de invitarme a mí –dijo Tina.

–No, solo que sabemos que no te agrada Florencia –dijo su suegra.

–Y entre Florencia o yo, siempre ella tendrá prioridad –dijo Tina.

–Estás exagerando, princesa –dijo Marcelo.

–No me llames princesa. No intentes envolverme con tus palabritas cariñosas, cuando tus actos son muy distintos. Me mentiste, Marcelo, y no quiero verte más –dijo Tina de forma impulsiva. Era una decisión que debería haber pensado al menos una noche, pero si se detenía a pensar encontraría una excusa para conformarse, como hacía siempre. Ella ya no quería hurgar en todas esas palabras positivas para encontrar lo bueno. Lo bueno tenía que estar a la vista, y ella ya estaba cansada de buscar excusas.

–Estás loca. Esa decisión es precipitada. Es solo una cena. No puedes tirar tres años de amor por la borda por una cena familiar.

Loca, así la estaban haciendo sentir al no darle importancia a la cena a la que no la habían invitado.

–Tú los tiraste cuando pusiste como excusa una reunión de trabajo para no estar conmigo esta noche. Tú me mentiste hace apenas una hora. Tú me estás engañando, Marcelo –dijo Tina.

–Es mi familia, Tina. ¿Qué tiene de malo estar un rato con ellos? A ti te veo todos los días –dijo Marcelo.

–¡Tú familia! ¿Y yo qué soy? ¿La que pone el dinero para que puedan disfrutar de una cena familiar en La Cueva? ¿La que pone el dinero cada vez

que tienen un problema económico? –preguntó Tina.

–Nadie te lo ha pedido, querida. Tú has querido ayudar –aclaró Ágata, y eso fue como si de una cachetada la hubieran regresado a la realidad. Ella le había dado todo a esa gente que la dejaba de lado. Ella se había brindado a un marido que prefería cenar con su familia y su ex. Esa gente, que ni siquiera conocía la palabra gracias, no merecía estar en su vida.

–Eres mi esposa, Tina. Nos amamos –dijo Marcelo.

–No sigas mintiendo, por favor. Si me amaras no habrías venido solo. Si me amaras me habrías contado que se reunirían en La Cueva a celebrar el ascenso de tu cuñado. Si me amaras me habrías ido a buscar y sería yo la que estaría sentada a tu lado, no tu exnovia a la que nadie aún ha podido olvidar.

–Eso es ridículo. Me casé contigo, no con Florencia.

–Aún no sé por qué lo hiciste, si siempre tenemos a Florencia en las conversaciones familiares. Y la que está ocupando mi lugar es la querida e inolvidable Florencia –hizo énfasis en la última frase.

–Eso es porque cuando ella viene tú te sientes ofendida. La conocemos de toda la vida –gritó Marcelo.

–¿Por eso no me invitaron? Porque saben que no tolero ver como se dirige a ti como si ella fuera tu esposa, y te abraza como si yo no existiera.

–Tina, estás arruinando tu carrera. Donde dejaste tus teorías sobre la vida feliz y la confianza –dijo Marcelo.

No le podía estar diciendo eso cuando él con su engaño estaba tirando por la borda todas sus teorías de la confianza.

–Al parecer no es tan positiva como dice. No tiene la confianza que predica en sus libros –dijo Florencia, y le sonrió con burla.

–Esta noche la confianza ha dejado de ser parte de mi vida –dijo Tina.

–No, cariño. No hagas eso –dijo Marcelo, que parecía realmente dolido con su decisión.

–Tina, amiga, mejor nos vamos. Hay unas personas sacando fotos con el móvil. Algunos te deben conocer, y esto mañana va a llegar a la prensa.

Se giró y miró llena de amargura a su amiga, que la tomó del brazo para sacarla del restaurante. Tina hizo un repaso de las personas que estaban en el restaurante. Algunos tenían el móvil en la mano y la apuntaban, como le había dicho Carla. No tuvo dudas que habían sacado fotos y filmado su escena de celos, sus inseguridades, los gritos en la mesa, la vida de mierda que tenía en la realidad. La caída de Tina Martínez estaba en los móviles de esa gente. Ella nunca había creído que su vida era mala, ahora sabía que todos esos mantras eran más para convencerse ella misma que a sus seguidores. Y esa noche todo se había derrumbado.

–Tina, no te vayas. Deja que te llevo a casa –gritó Marcelo.

A casa. ¿Cómo podía decir a casa? Ella no quería un farsante en su casa. Sintió tanto asco que se giró y lo miró con los ojos llenos de lágrimas mientras lo sacaba de su vida.

–Mi casa, no la tuya. Puedo ir sola, como siempre, ya que nunca has estado para mí. Ve y lleva a Florencia en el coche que yo te compré –ese fue un golpe bajo al orgullo de su esposo, pero después del engaño en el que había vivido se merecía esa retribución.

–Tina, deja ya de tirar tu carrera por el desagüe y hablemos –dijo Marcelo.

–Tú tiraste por el desagüe la confianza que deposité en ti. Yo te hablé hace una hora y me ocultaste esta cena para que no viniera. Carla te vio, Marcelo, por eso me enteré –aclaró Tina.

–No estoy haciendo nada de malo.

–Yo creo que sí, solo que no pude pescarte –aclaró Tina.

–Por Dios, Tina, solo es una cena en familia.

–Ese es el problema –dijo Tina.

–Tina, deja de hablar –susurró Carla.

¿Qué sentido tenía que dejara de hablar?, ninguno, se dijo. Allí había gente con sus móviles perpetuando su derrumbe, y ella en poco tiempo sería tildada como Tina Martínez, la estafadora. Ella no había sido una estafadora, había creído en sus palabras, pero eso ya no importaba. Todo lo que ella había escrito ya se había hecho agua.

–Carla, ya se acabó todo –dijo Tina, sabiendo que era el fin. Su famosa costumbre de repasar el auditorio le hizo hacer un repaso de la gente que había en La Cueva. ¿Y quién estaba allí? Valente, ¡cómo no! Ese hombre amargado de la conferencia estaba acompañado por otro hombre y tres mujeres. Lo asombroso era que parecía más preocupado que feliz por su derrota. Tina agachó la cabeza y salió huyendo del lugar, sintiéndose una ladrona.

–No debería haberte dicho nada, amiga. Tendría que haber cerrado mi estúpida boca –dijo Carla mientras manejaba su coche.

–No te lo habría perdonado, como no voy a perdonárselo a Marcelo – dijo Tina. No tenía ganas de hablar, ella quería mirar por la ventanilla cómo iban pasando calles. Quería mirar la gente que caminaba feliz, sin la preocupación y la tristeza que se había apoderado de ella al corroborar que todo lo que había enseñado se le había venido en contra. Necesitaba estar sola para pensar.

–Es un estúpido gobernado, no tengo dudas –dijo Carla.

–Mi fama surgió con el libro “La confianza es la clave de un matrimonio feliz”. ¡Te das cuenta de lo irónico que es! –admitió Tina, y largó una carcajada, pero tras esa risa comenzó a derramar lágrimas. Desde que era una niña que no lloraba. Años de estabilidad que se habían ido al traste con solo parpadear—. Mi matrimonio era una farsa, Carla. Yo creía que era feliz, y me convencía de que todo estaba bien. Pero todo estaba mal. Él no me ama –

aclaró Tina.

–Nunca supe qué pensar de Marcelo. Quizá la madre lo manipula, Tina –dijo Carla.

–¡Tiene treinta y cinco años! Es abogado en un estudio importante – gritó Tina–. Nunca se dejó manipular por nadie. Teníamos un matrimonio lleno de libertad porque confiábamos en el otro –dijo Tina–. Y él traicionó la confianza que le tenía. Marcelo quería estar allí, y no es capaz de reconocerlo.

–Pero esa madre es una víbora, y la ex es peor –dijo Carla.

–¿Por qué me engañaba? Sabía que esto podría destruirme, Carla. ¿Se burló de mí, de mi trabajo, de mis creencias? ¿Se burló de toda mi vida? ¿O he sido yo la idiota que preferí vivir en una burbuja de positivismo para no ver la realidad? –preguntó llena de desconcierto.

–Tú no eres idiota. Confiaste demasiado, y no todos actúan como tú pretendes. Él se comportó como la mierda que es. Ese hombre y toda su estúpida familia no te merecen –dijo Carla, que siempre le había tenido desconfianza–. Ya está, ya te dije lo que pienso.

Tina la miró, y vio que su amiga estaba tan furiosa como ella. Tina, además de furiosa estaba tan desorientada que no tenía ganas de hacer grandes análisis.

–Deja que me quede contigo –pidió Carla.

–No hace falta. Quiero pensar lo que voy a hacer. Se me ha derrumbado la vida y... –dijo Tina, y sintió cómo se le cerraba el pecho. Las lágrimas otra vez acudieron a sus ojos y las dejó correr. Se sentía tan bien llorando, era como si por primera vez dejara que las emociones ocuparan el lugar de todos esos mantras que no le habían servido para nada–. No sé qué voy a hacer –aclaró con voz temblorosa. Su amiga le tocó el hombro para consolarla.

Cuando llegaron a la casa, Carla se bajó sin que la invitara.

–No me voy a ir. Tampoco te voy a incordiar con comentarios. Solo me voy a quedar a dormir para sentirme tranquila. No podría estar en mi casa sabiendo lo que te ha pasado, Tina. Pero vas a salir de esto, no tengo dudas.

Tina le dedicó una sonrisa triste, como si le costara creer que podía salir de semejante pozo. Luego asintió a su decisión de quedarse. Carla era testaruda, pero era una gran amiga, la única en la que aún podía confiar.

Aunque sabiendo cómo Marcelo y su familia habían pisoteado la confianza que había depositado en ellos, dudaba que esa palabra formara parte de su vida de ahora en adelante.

Carla se bebió dos vasos de whisky para olvidarse del desastre de esa noche. El alcohol se le subió a la cabeza y comenzó a reírse de lo paleta que era Marcelo, como decidió llamarlo. También se puso a llorar porque se sentía culpable al haberle contado lo del restaurante. Al final se durmió en el sillón de la sala. Menos mal porque Tina, que había visto cómo su vida se hacía añicos, en lugar de compadecerse había tenido que estar una hora consolando a Carla. Tuvo ganas de reír por el ridículo, pero otra vez se le escaparon las lágrimas.

El móvil había sonado como veinte veces, pero Tina no lo atendió. Apenas llegó a su casa llamó a un cerrajero que trabajaba las veinticuatro horas y le pidió que cambiara la cerradura de la reja de ingreso para impedir que Marcelo entrara. Al día siguiente haría cambiar todas las cerraduras, y sacaría todas las pertenencias de su esposo de allí.

Quizá era una exageración puesto que, como él había dicho, solo había sido una cena familiar. Pero ella no podía creer que hubiera preferido tener a Florencia en esa cena familiar. Además, suponía que esa no había sido la primera vez que la dejaban de lado. Amarse a uno mismo, eso había enseñado, y ella no lo había hecho, sino que había aceptado las migajas que

Marcelo y su familia le habían dado. Pero no más. Ya no más.

El error más grave que cometió fue abrir el correo y toparse con una larga lista de mails. Siempre tenía correos de sus seguidores, pero a solo tres horas de la debacle estaba tapada de mensajes. No tuvo dudas que el escándalo de La Cueva ya se había filtrado.

Tal vez había sido Marcelo, que se había quedado furioso con su reacción. O Florencia. O su despreciable suegra. O sus cuñadas. Dios mío, ya no confiaba en nadie y dudaba de todos, pensó mientras se le escurrían las lágrimas.

Sus teorías solo habían sido eso, meros bla, bla, como había dicho esa tarde el hombre que estaba en la conferencia. ¡Qué acertado había sido!, y que bronca sentía de que el tipo hubiera dado en el clavo. Era como si le hubiera vaticinado la derrota, y encima había estado en primera fila en el restaurante para corroborar sus dichos. Parecía como si el universo hubiera actuado en su beneficio. Y se dijo que quizá era él quien había hecho correr la noticia de su caída, y ahora se regocijaba con lo que le estaba pasando. Seguro que se estaría riendo de sus idiotas palabras.

Confía y recibirás confianza. Se le anudó la garganta y lloró desconsolada mientras maldecía su vida de mierda y todos sus estúpidos mantras.

La gurú de la autoayuda estalló en un escándalo en el restaurante La Cueva, donde encontró a su marido cenando con su familia y su exnovia. Ese sería un buen título para atraer la atención de la gente.

Una discusión y ella se había llenado de enemigos, los mantras se habían ido al traste y ahora maldecía como una camionera. Tantos años construyendo, y en un parpadear el castillo de arena se le había derrumbado.

No abrió los correos. Pero sí leyó los títulos. La tildaban de estafadora, farsante, mentirosa, especuladora y varios insultos más. El alma

se le cayó a los pies. Su gente, la que había creído en ella se sentía engañada, y Tina no sabía qué hacer.

No sabía cómo ayudarse ella misma, ¿cómo podría explicar que se sentía tan estafada como ellos?

El dicho “el que sube como palma cae como coco”, le venía como anillo al dedo. Quizá tanto éxito le había quitado la humildad. Ella siempre creyó que era una buena persona, pero tal vez no lo era para que el universo le pagara de esa forma.

CAPÍTULO 4

–No, no. esto no puede estar pasándome, Adrián –dijo Livi a gritos en el restaurante, una vez que Tina Martínez salió del lugar–. Yo creía ciegamente en ella, y ahora cómo voy a confiar en que no te tiras a alguna de tus compañeras.

A David el rostro compungido de su cuñado le hizo gracia. Aunque en el fondo sentía una extraña angustia por Tina Martínez, la mujer a la que en un día le había visto las dos caras. La que creía que recitando mantras se podía ser feliz, y la que había entrado al restaurante a gritarle como loca a su marido. Según ella la había traicionado en la confianza.

David estaba asombrado de que una mujer ocupara tantas horas de su día, puesto que no las tenía en muy alta estima después de lo que le había pasado con Liliana. Quizá era empatía, ya que Tina Martínez también había sido traicionada.

–Livi, yo nunca te engañaría, tesoro –dijo Adrián, y David vio que Livi y sus dos hermanas pequeñas lo miraban como si no le creyeran.

¿Tanto había influido Tina Martínez en la parte femenina de su familia para que ahora todas dudaran del pobre Adrián?, que era una especie de santo que adoraba a Livi, se preguntó David.

–No sean ridículas. Adrián es un hombre íntegro –dijo David en un intento por defenderlo.

–¿Y eso cómo lo sabes? Tú creías ciegamente en tu esposa, y mira cómo te fue –aclaró Livia.

–¡Dios mío! Esto no me puede estar pasando –dijo Adrián, y se mesó el cabello rubio. Era un hombre de facciones interesantes, ojos tan claros como el mar del Caribe. Alto, de espalda ancha, un hombre bien parecido que

podía conquistar a muchas mujeres. Livi pensaba que si habían engañado a Tina, por qué no iban a engañarla a ella, una mujer llena de inseguridades.

–Mi vida se ha venido abajo –dijo Livi.

–Eso mismo pienso yo –dijo Cata–. Míralo, él puede conquistar a cientos de mujeres. ¿Qué ha visto en ti, que eres una del montón, Livi? –y la señaló para que no le quedaran dudas.

David miró horrorizado a Cata. Su hermana pequeña no podía estar sembrando esas dudas en Livi. Adrián tenía los ojos tan abiertos ante el comentario de Cata, que parecía que en cualquier momento se le saldrían de las cuencas.

–¡Oh! ¡Es cierto! –gritó Livi, y se puso a llorar a gritos en el restaurante.

Gaby las miraba a las dos sin poder creer lo que decían. Adrián se acercó a su esposa para tratar de consolarla, pero Livi lo apartó de un manotazo. David tampoco podía creer hasta qué punto Tina Martínez había influido en su hermana, para que ella por un pequeño escándalo de su ídolo hubiera perdido toda su seguridad.

–No me toques con esas manos que deben haber tocado a tantas mujeres. Si ese miserable de aquella mesa engañó a Tina, ¿por qué tú no ibas a engañarme a mí?

–Livi, mi cielo, mi tesoro, ni tú puedes creer lo que estás diciendo, amor de mi vida –dijo Adrián usando todo su repertorio de calificativos cariñosos para elevarle la autoestima a su esposa.

–No me mientas. No soy tu amor, tu vida, tu cielo ni tu tesoro. ¿A cuántas le dirás lo mismo? Sinvergüenza. Descarado. Esta noche no se te ocurra volver a “mi casa” –remarcó mi casa como lo había hecho Tina Martínez con su esposo.

David estaba tan desencajado con el razonamiento ilógico de su

hermana como el pobre Adrián. La mayor de sus tres hermanas, que confiaba a ciegas en su esposo se estaba inventando toda una larga lista de engaños que solo estaban en su imaginación, y la culpa era de Tina Martínez.

Esa mujer haría un desastre en la vida de la gente que había tenido fe ciega en sus bla, bla, pensó David.

–Livi, me parece que has creído a ciegas en las teorías de Tina Martínez –dijo David–. Ella no es la dueña de la verdad. Hoy ha quedado demostrado.

–Tú no tienes derecho a opinar. Eres un escéptico. Ni siquiera la escuchaste. No te metas en lo que no entiendes. Ella debe estar destrozada, y todo por culpa de ese idiota que está allá –señaló la mesa donde estaba el caradura del marido, y David tuvo ganas de levantarse y romperle la cara de una trompada. Su hermana por culpa de esos dos estaba tirando su bella vida al diablo.

–Vámonos, Livi. Esta noche me quedo en tu casa para asegurarme de que Adrián no venga a tratar de convencerte –dijo Cata.

–¡Cómo! –dijo Adrián, que aún no asimilaba lo que estaba sucediendo. Habían ido a cenar y de repente Livia lo dejaba.

–Me parece que están exagerando –aclaró Gaby.

–Livi, cariño, tenemos dos niños hermosos. Tenemos un matrimonio fantástico.

–Sí, claro. Tenemos dos niños que yo cuido mientras tú te tiras a todas tus compañeras de trabajo. Crees que no sé cómo te persiguen. Eso me pasa por casarme con un hombre atractivo. Si me hubiera buscado otro más común, panzón y pelado, me adoraría –dijo Livi sin entrar en razón.

–Yo te adoro, Livi. Y no hay otra –dijo Adrián. Se había mesado tanto el cabello que ya estaba con los pelos de punta.

–Vamos, Cata. Ya no quiero escuchar más palabras mentirosas –

aclaró Livi.

–¡Palabras mentirosas! Pero si yo nunca te mentí –gritó Adrián perdiendo la serenidad.

–Gaby, ve con ellas y trata de que Livia entre en razón, porque con Cata mañana pide el divorcio –dijo David.

Gaby asintió y corrió tras sus hermanas, que ya estaban en la puerta. Livi lloraba como loca mientras Cata le iba gritando que todos los hombres eran unos traicioneros.

–¿Qué hice mal? –preguntó Adrián cuando las tres se fueron.

–Nada, qué vas a hacer mal. Solo que se han vuelto locas –dijo David–. Dame el famoso libro de los pensamientos que voy a ver si está el correo de la gurú para decirle lo que ha ocasionado su numerito en el restaurante.

Adrián le dio el libro que se había olvidado su esposa, y David se fue directo a la última página, donde ponía un correo para que sus seguidores les dejaran saber su parecer.

David supuso que la mujer ya debía estar recibiendo demasiada mierda, y se sintió algo culpable de agregar una gota más a su vaso lleno. Pero su hermana, por Dios, su hermana se había ido llorando por creer que su marido también la engañaba.

Si bien sus tres hermanas eran un incordio, él siempre las había protegido. Aunque en ese momento algo en su interior le impedía culpar a Tina Martínez de la debacle del matrimonio de Livi y Adrián.

–¿Tiene correo? –preguntó Adrián. David asintió, mientras lo escribía en su móvil–. Esa mujer ya debe estar recibiendo demasiada mierda, David. No quiero ser el causante de que se lance por el balcón –aclaró Adrián, siempre tan condescendiente–. No puedo culparla de las inseguridades de Livi.

La empatía de Adrián con el dolor ajeno lo dejó pensando en ella.

–Es lo que estaba pensando. Tampoco quiero ser la gota que colma su vaso.

–Imagínate que para hacer este escándalo en un lugar público, debe haber estado realmente dolida y muy desconcertada.

Destrozada, pensó David. Él había visto su seguridad en la conferencia. Ella vivía esa vida de mantras y su marido había tirado al traste toda su bendita confianza en la gente.

–No la puedo culpar de las inseguridades de Livi –siguió repitiendo Adrián. David frunció el entrecejo, como si las palabras de su cuñado le hubieran calado en el corazón.

Nada mejor que una dosis de realidad para bajarla de esa vida de ensueño, pensó David. Él sabía lo que era que te bajaran de un plumazo de la vida ideal, y que revolcaran tu amor por el lodo. Sabía lo que era sentirse humillado por la persona que había amado. Aunque supuso que lo que Tina Martínez estaba viviendo debía ser multiplicado por cien, puesto que ella no solo había sido traicionada por el marido, sino que esa traición estaba tirando por la borda toda su perfecta y feliz vida. Y sintió pena por ella.

–¿Quieres quedarte en mi casa? –preguntó David a su cuñado.

–No. Me voy a la casa de tus padres así veo a los niños. Seguro que me dejan dormir en el sillón de la sala –dijo Adrián–. No quiero que Livi les llene la cabeza con las mentiras que se está inventando. Ella es muy impulsiva.

Sus padres adoraban a Adrián, y no tuvo dudas que lo invitarían a quedarse mientras ellos trataban de convencer a Livia de que se había vuelto loca de remate al dejar a su esposo por algo que le había pasado a la escritora Tina Martínez.

La verdad es que lo de Livi no tenía ni pies ni cabeza, pero así de

ilógica solían ser sus hermanas.

David se alegró de regresar a su casa solo, porque después de un año de estar divorciado, y de no interesarse por ninguna mujer, una había despertado su curiosidad.

Esa noche pensaba investigar la vida de Tina Martínez.

Dos horas después de poner el nombre de Tina Martínez en San Google, David sabía más de la predicadora que lo que debía saber ella misma. La mujer era muy conocida en el mundo de la autoayuda. Daba talleres, conferencias y había salido en distintos medios. Incluso encontró notas y reportajes de distintos blogs y páginas. También había muchos artículos de personas que comentaban sus ideas. Mucha gente le agradecía porque con sus libros habían logrado una vida feliz. Al parecer ella centraba todos sus libros en el tema de la confianza, ya que el más famoso era “La confianza es la clave de un matrimonio feliz”.

¡Qué el marido la hubiera estafado en lo que a ella le había dado la fama debió ser un golpe tremendo!

Sintió empatía por la mujer que le había inspirado bronca. Él sabía lo que era que la persona que amabas pisoteara tu confianza. Él había seguido adelante cargando su desconcierto, indignación y odio. Tina Martínez no podría cargar con semejante peso, ella había perdido su vida.

Agarró el libro que le había llevado a su hermana, y leyó los agradecimientos. A mi esposo Marcelo, que es mi fuente de inspiración y el hombre que me ha permitido creer en todo lo que digo.

¡Vaya mierda!, se dijo David.

Abrió el correo y copió el mail de Tina.

De: David Valente

Para: Tina Martínez

Asunto: Avestruz

Creo que debo ser uno de los pocos no seguidores que tiene que pudo verla en un mismo día como si se tratara de dos personas diferentes. La mujer segura de que sus palabras positivas podían darle una vida feliz, y la mujer que estalló en el restaurante cuando descubrió que su esposo había tirado por la borda, no solo su matrimonio, sino toda su perfecta vida. Y debo ser también uno de los pocos que en este momento la admira. ¡Qué lástima que no pude conocerla en otra circunstancia!, puesto que en su conferencia no estaba muy feliz, como usted ya pudo verlo.

Si me permite voy a darle un consejo. No se esconda como el avestruz. Las personas que confiaron en usted merecen una explicación, y creo que usted también merece salir con altura de este problema.

Con esos libros suyos tan idealistas, se cargó a todos los necesitados del mundo sobre sus hombros, y ahora los tiene en contra, por lo que tendrá que encontrar la forma de salir del atolladero.

Cuando la conocí en la conferencia creí que era una farsante. En La Cueva descubrí que usted no es una farsante que buscaba ganar dinero. Usted es una idealista. Es sincera, a pesar de que está equivocada. Yo soy el mejor ejemplo de su equivocación, pero dudo que le interese saber el porqué. Usted ya tiene su propia vida para corroborar su equivocación.

PD: Mi hermana Livia estaba en La Cueva, y dejó a su esposo cuando escuchó que el suyo la había traicionado. ¿Sabe por qué? porque si la habían engañado a usted, cómo no iban a engañarla a ella. ¿Se da cuenta de lo endeble que es la confianza de sus fieles seguidores?

Si necesita ayuda para convencerse de lo mierda que es la vida, me pongo a su disposición.

David Valente.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente de que la vida de Tina Martínez se fuera por el desagüe, ella todavía estaba tratando de asimilar lo que le había pasado. Un grupo de seguidores, que habían averiguado su dirección, estaban parados delante de la reja de ingreso, como esperando que ella saliera a explicar lo sucedido.

Los miraba desde la ventana, oculta tras la cortina. Llevaba desde la madrugada allí y había visto a Marcelo intentando abrir con su llave la reja de ingreso. Al darse cuenta que había cambiado la cerradura, se puso a dar patadas, y cuando se cansó se subió al auto y se fue haciendo chirriar los neumáticos.

Carla había dormido como un tronco, y a las siete de la mañana se había levantado maldiciendo.

–Linda compañía resulté –dijo mientras se frotaba la frente como si así pudiera sacarse la resaca–. En lugar de escucharte me puse a llorar porque tu vida se fue al diablo por mi culpa –dijo Carla, y tomó un sorbo de café.

–Bueno, pero te quedaste conmigo.

–Roncando en el sillón –aclaró.

–Llenaste con tus ronquidos el vacío de esta casa. Además, yo estuve mirando los correos y... alguien filmó todo y ahora está corriendo por la red.

–¡Qué hijo de su madre! Cómo puede haber gente que busque su triunfo con las desgracias ajenas. Ya sé, tú no crees en eso.

–Después de lo de anoche, no tengo dudas que está lleno de gente que no sirve para nada –aclaró Tina, y Carla se ahogó con el café.

–Ya veo que el inhumano de Marcelo tiró todas tus convicciones al diablo. ¿Y qué vas a hacer? Porque afuera, Tina, hay varios seguidores

apostados tras la reja –dijo Carla, y en sus ojos se veía la preocupación.

–Ayer recibí montones de correos. La mayoría eran insultos. Pero hubo uno... –miró por la ventana, y a pesar de que su vida se había derrumbado, no pudo evitar sonreír.

–Y ese uno te tocó la fibra íntima, por lo que veo.

–No es eso. No era de un seguidor. Era de un hombre escéptico que ayer estuvo en la conferencia y me dijo delante de todos que la vida era una mierda. Ese hombre, para mi desgracia, también estaba en La Cueva escuchando el escándalo que le hice a Marcelo –aclaró Tina, y miró el rostro asombrado de su amiga.

–Vaya, pero qué suerte que tienes. Seguro que ese fue quien te filmó y subió el video a las redes.

–Yo también deduje eso, pero al leer el mail me di cuenta que no era él. Sus palabras me llegaron.

–¿Y qué carajo dijo? Porque yo te hablé como loca y no te sirvió de nada –dijo Carla ofendida.

–Dijo que él había tenido la suerte de conocer mis dos caras en un mismo día. Solo que yo no tengo dos caras, la del restaurante fue la ira al sentirme estafada. Pero él dijo que me admiraba. Que se había dado cuenta que no era una farsante. Me dijo que era una idealista. Me aconsejó que no me escondiera como el avestruz, que mis seguidores se merecían una explicación. Y me puso de ejemplo a su hermana Livia. Ella estaba en el restaurante con su esposo, y al ver que yo dejaba a Marcelo porque traicionó mi confianza, parece que ella dejó a su esposo. ¿Te das cuenta el lío que he armando, Carla?

–¡Pero qué culpa tienes tú de que la tal Livia sea tan insegura como para dejar a su esposo porque tú dejaste al idiota! –dijo Carla furiosa.

Su amiga no entendía que sus seguidores creían ciegamente en sus

palabras. Y ella no podía permitir que la vida de todas las personas que la consideraban un ejemplo se viniera abajo. Estaba en un gran lío.

–Los defraudé –dijo Tina.

–Marcelo te defraudó a ti.

–Porque yo me equivoqué en todo. La confianza era la base de mis libros, y no existe, Carla. Yo lo he comprobado.

–Quizá podrías hacer un libro sobre como desenmascarar a los maridos traidores –dijo Carla, y Tina la miró sorprendida.

El teléfono de la sala comenzó a sonar, y Tina dejó que saltara el contestador.

–Maldición, Tina, cuando me vas a atender. Tengo que hablar sobre lo que ha pasado –dijo Alfredo, su agente–. En la editorial están todos exultantes porque tus libros se venden como agua. Sí, créetelo. Todos quieren saber cómo arruinaste tu vida en unos segundos. Te digo que esto te dará mucho dinero, pero también muchos dolores de cabeza. Pero está genial, mi querida –aclaró Alfredo.

–¡Genial! –chilló Tina, y levantó el teléfono–. Esto no está genial. Y el dinero me importa una mierda, Alfredo.

–Por fin logro que me atiendas. Estoy haciendo una gran producción de vasos, tazas, platos, y hasta agendas con tus frases positivas.

–¡Te has vuelto loco! Yo no pienso estafar a la gente. Mi casa está rodeada de seguidores que quieren lincharme.

–No salgas. Deja que explotemos esto, que lo exprimamos, querida. Tú de marketing no sabes nada. Mejor te guardas en tu linda casita, te tomas el sol del veranito y te das un chapuzón en tu enorme pileta mientras yo te lleno de dinero –dijo Alfredo.

–¡No! Yo no soy un fraude. Yo soy... yo era esas palabras. Pero ya no más. ¿Me has entendido?

–No seas idiota y hazme caso, mi querida. Tú eres una mina de oro en este momento, para la editorial y para mí. No lo arruines y deja que los que sabemos resolvamos las cosas –aclaró.

–¡La confianza que mis seguidores depositaron en mí está en juego! Me importa una mierda el beneficio de la editorial y el tuyo. Yo no acepto esto, y si no acatas mis decisiones ya no serás mi agente –aclaró Tina.

–Estás enojada, y entiendo que te desquites conmigo. Ya me lo vas a agradecer más adelante –dijo Alfredo, y le cortó.

–No puede ser –dijo Tina–. Están comprando mis libros por curiosidad, y Alfredo y la gente de la editorial están exultantes con las ventas. Han decidido explotarme hasta que mi nombre quede por el piso. Bueno, ya está por el piso, Carla.

–Madre mía, esa gente solo piensa en el dinero. No les importa una mierda tu sufrimiento. Yo no entiendo nada de este mundo ideal tuyo, pero el real cada vez me gusta menos –dijo Carla.

Qué razón tenía, y qué ilusa había sido ella. No solo tenía a sus seguidores furiosos, o separándose como Livia Valente, sino que encima tenía que lidiar con los ambiciosos que la rodeaban. Personas que creyó que eran sus amigos, que le habían palmeado el hombro y ahora solo veían el dinero que ganarían gracias a que su vida se había ido a la mierda.

–Carla, vete al trabajo que no quiero cargar también con tu despido. Yo voy a pensar cómo salir de esta basura –dijo Tina.

–Esto que te está pasando no es justo, Tina. Si bien yo no comparto esas teorías tuyas de la vida es maravillosa, siempre has sido una persona sincera. Y el muy maldito de Marcelo debe estar como si nada hubiera pasado, porque todos los palos te los estás ligando tú –aclaró, le dio un beso y se marchó.

En la soledad de su casa Tina se dio cuenta que Carla tenía razón.

Luego del escándalo solo quedaba gente ofendida, gente resentida y gente especuladora. No tenía más que a Carla, una amiga incondicional, pero que no le estaba dando consejos para salir de su problema. Carla solo hablaba de la debacle y puteaba a Marcelo. Y Marcelo... ¿Podría haberla ayudado?, no. ¡Qué la iba a ayudar!, si la había hundido.

¡Valente! David Valente era quien le había dado el mejor consejo. No iba a esconder la cabeza como el avestruz. Ella saldría a ese mundo que se había vuelto hostil y daría la cara sin importarles lo que pensarán, su agente, la editorial, Marcelo y su despreciable familia. Enfrentaría su nueva realidad porque era lo que le decía a gritos su corazón, se dijo y salió de la casa dispuesta a enfrentar a las personas que habían creído en sus ideas.

Las personas que se habían congregado en la casa estaban viendo a una mujer que nada tenía que ver con la que habían admirado. Tina Martínez tenía el aspecto de haber sido arrollada por un camión. Llevaba la misma ropa que había usado cuando fue al restaurante, pantalón de chándal, zapatillas floreadas y esa remera con palabras positivas. El cabello enmarañado y en el rostro se podía ver el río seco de delineador que recorría sus mejillas. Ni siquiera se había lavado la cara. Todos podían ver que la vida bella repitiendo mantras se había esfumado la noche anterior.

A pesar de su deplorable aspecto y de que, por primera vez, no sabía qué decir, abrió la reja y se quedó de pie, observando las miradas decepcionadas, tristes y enojadas de sus seguidores.

–¿Por qué nos engañaste? –dijo una mujer de unos treinta años.

–Creíamos ciegamente que podíamos tener una vida mejor repitiendo tus palabras –dijo un hombre mayor.

–Mi esposa ha quemado todos tus libros –comentó un hombre a la derecha.

Tina miraba a todos sin saber qué decir. Esto de dar la cara cuando ni

ella había logrado asimilar lo que había pasado se le estaba dando bastante mal. Vio a dos personas grabando con el móvil, y se dijo que esta era su oportunidad para disculparse o meter la pata hasta el fondo. Ya no le importaba. Lo único que tenía claro era que esos videos se harían públicos, y ni su agente ni la editorial podrían usarla para llenarse de dinero.

–Lo siento. De veras lo siento mucho. Sé que he hablado en mis libros, mis conferencias y mis talleres de la fuerza que tienen las palabras positivas. Pero ese no es el problema, aunque ya no estoy tan segura como el día de ayer –esbozó una débil sonrisa, y por primera vez no miró la reacción de la gente–. Ayer por la noche sufrí un gran golpe, y sé que repercutió en mis seguidores. Muchos saben que el libro “La confianza es la clave de un matrimonio feliz” fue el que me dio mucho éxito.

–Era una farsa. Esto solo era un buen negocio para usted –dijo un hombre que estaba tras un grupo de mujeres.

–Yo creía en esas palabras –aclaró Tina, y la traición de su esposo le hizo regresar las lágrimas, que comenzaron a correr por sus mejillas. El hombre se quedó mirándola con el entrecejo fruncido, y ella se dijo que sus seguidores se merecían que les contara la verdad. A Marcelo no le iba a gustar, pero anoche ella comprendió que le importaba un pimiento lo que pensara su marido–. Anoche salí de la conferencia y llamé a mi esposo Marcelo para decirle que me había ido bien. Solo había tenido que lidiar con comentarios sarcásticos de dos personas que no tenían deseos de estar allí, algo bastante normal en mis charlas. Estaba feliz con todo lo que logramos en la conferencia, y me pareció una linda idea terminar la noche cenando con él. Pero él me dijo que le sería imposible porque tenía una reunión de trabajo. Una hora más tarde, una amiga me llamó para contarme que mi esposo estaba cenando en La Cueva con su familia y su exnovia. Si hubiera querido mantener mi negocio, como están comentando todos, me habría quedado en

mi casa y habría hecho el escándalo cuando a él se le antojara regresar –dijo Tina, y esta vez miró a la gente. No pudo descifrar sus pensamientos, pero al menos todos la estaban escuchando—. Mi mundo se vino abajo. Mi libro de la confianza me dio en la cabeza como si fuera un yunque. No solo perdí la confianza en la persona por la que habría puesto las manos en el fuego, yo perdí toda mi vida, porque mi mundo giraba en torno a mis charlas.

–Yo ya no confío en nadie –dijo una mujer de unos treinta años.

Tina la miró con tristeza. Ya no podía darle sus buenos y positivos consejos, solo podía mirarla con los ojos llenos de lágrimas.

–¿No va a decirle nada? –preguntó una mujer que estaba junto a la otra.

–Salí a la puerta de mi casa porque creo que se merecen una explicación. Salí porque de todos los correos que recibí con títulos insultantes, hubo uno que me daba un buen consejo. No haga como el avestruz, me dijo. Solo por eso estoy acá.

–Usted siempre tiene las palabras justas. He ido a muchas de sus conferencias y he leído todos sus libros. Yo me he rearmado después de que mi marido me dejara. Y no fue el libro de la confianza el que me ayudó, sino todas sus palabras positivas. ¡Dígale algo a mi prima! –exigió la mujer.

–Haces bien en no confiar. Yo soy el mejor ejemplo de ello. Siento haberte defraudado –dijo Tina, y se giró para regresar a su casa. Pero el grito de un hombre la detuvo.

–Dicen que su libro de la confianza se ha agotado. A mí esta pantomima me suena a Marketing. Ahora usted, con ese escándalo va a ganar mucho más dinero del que ya le ha sacado a esta pobre gente.

Tina tembló de indignación. Ese era un periodista, no tuvo dudas, puesto que sus seguidores no podían estar al tanto de que se habían disparado las ventas.

–¿Usted me está mirando? ¿Cree que estoy mintiendo? He pasado una noche espantosa pensando en que, por incrédula, por creer en la persona que amo, mi vida se fue al diablo.

–¡Usted no hablaba así! No mandaba todo al diablo. Usted luchaba y nos daba esperanzas –dijo un hombre, que gesticulaba con las manos–. Y ahora, ¿qué será de todas las personas que necesitan su apoyo para salir adelante?

Tina lo miró conteniendo las ganas de echarse a llorar. Era ella la que necesitaba una palmadita en el hombro de alguien que le dijera, por una vez, todo va a estar bien, esto solo es un mal sueño.

–No lo sé. Solo salí porque creo que merecían una explicación, aunque dudo que les sirva de algo.

–Eso es ahogarse en un vaso de agua. Yo perdí a mi hijo, y usted me enseñó a creer que podía estar mejor –dijo el hombre.

Tina se sintió una basura. Cuánto daño estaba haciendo con sus malditos mantras. Cuando más dolor iba a causar a la gente que creía en ella. Y supo que aparecer en el restaurante había sido un error, no porque quisiera seguir engañando, sino porque con su sinceridad iba a destruir la esperanza de muchas personas que habían creído en ella.

–Yo creo que no todo lo que dije era una mentira. Creo que me equivoqué en el tema de la confianza. O quizá no. Quizá me equivoqué al creer en personas que no se lo merecían –dijo con sinceridad, y al mirar al grupo cada vez más numeroso que se había congregado en la puerta de su vivienda, vio que estaban aceptando como verdaderas sus nuevas reflexiones. Y eso estaba mal porque ella se había equivocado–. Ahora mismo no estoy en condiciones de hacer análisis. Por favor, no tomen mis palabras como una verdad.

–Ya me parecía a mí que el infiel de mi marido no iba a cambiar por

más que yo confiara ciegamente en ese malnacido. Tina, por qué no escribes un libro de los malditos traicioneros que nos arruinan la vida –gritó la mujer, y los que antes la habían mirado con recelo o rencor, estallaron en una carcajada.

–Sí, eso queremos. Que se hundan en la miseria. Queremos que todos los infieles y mentirosos queden en evidencia. Queremos un libro donde podamos contar nuestras desgracias.

–¿Y qué pasa con los que hemos sufrido por culpa de las mujeres? Acaso no hay también traicioneras. A mí me engañó con el plomero. Vino a limpiar cañerías, y de paso también destapó la de mi mujer –gritó otro hombre–. Yo también quiero contar la traición que me hicieron. Dos años de psicólogo. Nunca leí un libro suyo. Pero si va a escribir sobre lo que nos pasa a los idiotas que confiamos, yo quiero poner el nombre de esa inmoral con la que me casé.

En qué momento sus disculpas se habían convertido en un nuevo libro que nada tenía que ver con el positivismo, se dijo Tina. Lo que ella había creído era que la iban a bombardear con piedras o tomates podridos. Pero esa gente le daba su voto de confianza. Por Dios, no podía seguir teniendo esa palabra en su vocabulario. Tampoco podía permitir que siguieran creyendo que ella iba a sacar un libro de ese tipo. Ella solo tenía inseguridades, y si estaba allí era para dar la cara, y nada más.

Pero allí seguían todos en la puerta de su casa contando las infidelidades que habían sufrido. Cuánta gente traicionada en la confianza. Aún no entendía que justamente su libro de la confianza la hubiera llevado a la cima. Tina se sintió un poco más ligera al no ser la única estafada por las mentiras de su marido. Y tuvo la sensación de que esa gente que la seguía estaba poniendo almohadones para que su precipitada caída no fuera tan

dolorosa. Él mundo no era tan malo como pensó la noche anterior. Los más sufridos y traicionados eran los buenos, no tuvo dudas, y sonrió a las personas que en lugar de apedrearla, estaban intentando demostrarle su empatía.

–Lo de Tina ha sido peor que lo que nos pasó a nosotros, porque ella ha vivido en el limbo con esa idea de la confianza –gritó una mujer. No estaba enojada, los gritos eran para hacerse escuchar ya que todos hablaban a la vez.

¡Qué bien la había definido! Ella vivía en el limbo, nunca mejor dicho. Tina tuvo ganas de reír por primera vez desde la noche anterior. Quizá lo más cómico era que había gente filmando con los móviles, y subiendo todo eso a las redes. Todos se estaban enterando de la charla espontánea que estaban teniendo sobre los traicioneros y mentirosos, o mentirosas, como había dicho un hombre que estaba allí.

–Yo anoche eché a mi esposo. Le dije a Adrián que si el marido de Tina la había engañado, cómo él no me iba a engañar a mí –dijo una mujer.

Tina se quedó pasmada con el último comentario. Miró a la mujer, que debía tener algo más de treinta años, y estaba acompañada por dos mujeres que se le parecían bastante.

–¿Livia Valente? –preguntó Tina atando cabos. La mujer la miró con asombro y al instante esbozó una radiante sonrisa al saberse reconocida por su ídolo.

–¡Sí, sí, soy yo! ¡Me conoces, me conoces! –chilló mientras saltaba en el mismo sitio y aplaudía. La menor que la acompañaba frunció el entrecejo. La otra, que debía ser la mediana, miraba el piso como si estuviera avergonzada–. Estábamos buscando de ti en las redes, y encontramos el video que estaban pasando en vivo. Nos dieron hasta la dirección, y me vine corriendo con mis hermanas. Vivo a pocas cuadras de acá –aclaró, y Tina

pensó que si muchos de los que estaban mirando el video decidían venir, en poco tiempo su tranquilo barrio sería un loquero. Sus vecinos le iban a poner una queja—. ¿Cómo supiste que era yo? –preguntó Livia llena de curiosidad mientras se hacía espacio a codazos para acercarse a Tina.

–Porque me llegó un correo de un hombre que me contaba la historia de su hermana después de lo que pasó en La Cueva. Y es lo mismo que me estás contando tú –dijo Tina.

–¡David! ¿David te escribió para juzgarte? –preguntó llena de furia.

–Sí, David Valente. Y no me juzgó, solo me comentó lo que había pasado en La Cueva. Quería que supiera las consecuencias que se habían desatado con mi reacción en el restaurante.

–Si será metido. Debe estar feliz con lo que te pasó, porque David es el cornudo más grande que existe sobre la tierra –aclaró Livia.

–Eso es cierto –dijo Cata, la menor de las hermanas Valente—. La mujer lo engañó con su socio. ¿Te imaginas lo que es eso a solo dos años de casados!?

–Cata, cierra la boca que esto está saliendo por todos lados –dijo Gaby, y Cata se tapó la boca horrorizada.

Todo se estaba grabando por varias personas que no dejaban de apuntar con sus móviles. Tina sabía que se estaba transmitiendo en vivo, puesto que Livia le había dicho que habían venido corriendo después de ver los videos. Eso quería decir que David Valente, después de escuchar las palabras de sus hermanas, debía querer meter la cabeza bajo tierra como el avestruz, pensó Tina, y tuvo que taparse la boca para no dejar escapar la carcajada que le vino de forma espontánea. Pobre hombre, pensó, pero no pudo contenerse y la risa se le escapó de los labios. Eso también había salido en el video, y David Valente vería la burla de Tina Martínez a su imagen pública del cornudo más grande del mundo.

CAPÍTULO 6

Nunca más se iba a meter en la vida de las personas. Nunca más pensaba dar un sano consejo. Él tenía que aprender a ser lapidario, egoísta y a reírse de las desgracias ajenas, no a decirle a la predicadora que saliera a dar la cara. La idiotez más grande que había cometido.

Ella, vaya a saber cómo, había salido airosa de su problema. ¿Y cómo lo había hecho?, gracias a su consejo de que no se comportara como el avestruz. Ahora, era él quien estaba en boca de todos por culpa de la boca floja de Livia y del maldito comentario de Cata. El cornudo más grande del mundo. Esa era la imagen que sus hermanas habían dado de él, con nombre y apellido, porque la predicadora lo había hecho público.

David se había bajado el video y lo había reproducido varias veces porque no podía creer lo que habían dicho sus hermanas. La risa de Tina Martínez a la infidelidad de su exesposa la tenía incrustada en los oídos y se repetía una y otra vez en su cabeza.

Ella no le había respondido el correo ni con un “gracias, idiota”, pero bien que su consejo le había servido para animarse a dar la cara frente a los fieles apostados en la puerta de su casa. Ahora todos hablaban de la entereza de la escritora y del cornudo de David Valente. ¡Por Dios!, si tenía ganas de ir a su preciosa y cuidada casa, trepar la reja y decirle que era la persona más espantosa que había conocido, y que desde que había tenido la desgracia de conocerla su vida se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Perfil bajo, él era un hombre de perfil bajo, y muy pocos conocían que había sido engañado por su mujer. Bueno, eso era antes de Tina Martínez.

Le había costado recuperarse de la traición de su mujer y su socio, pero esto que le estaba pasando era diez veces peor, porque su nombre,

siempre tan privado, se había desparramado por todas las redes sociales, y ahora iba precedido de la palabra cornudo. David Valente El Cornudo, así lo llamaban todos. No porque él fuera famoso, sino por culpa de la maldita fama de Tina Martínez. Ella lo había arrastrado a esa humillación.

–Ya se van a olvidar –dijo Elvira, la madre de David, mientras él iba y venía por la sala de la casa familiar.

–Yo no tengo por qué estar allí –gritó David–. La gente entra a la ferretería y me mira como si fuera el pobre cornudo del barrio. Mis amigos no paran de gastarme bromas. Una anciana que tengo de clienta fue esta mañana para decirme que le ha prendido velas no sé a cuántos santos para que me ayuden a conseguir una mujer que me sea fiel, y todo lo dijo cuando tenía el negocio lleno de gente. ¡Y tú me dices que ya se van a olvidar! Esto es una injusticia. Y encima Livi otra vez habla maravillas de esa predicadora, que me ha arruinado la vida desde el maldito día que fui a su estúpida y mentirosa conferencia.

–A los dos nos ha arruinado la vida –dijo Adrián, que llevaba tres días instalado en la casa de sus suegros, porque Livia seguía con esa ridícula idea de que se tiraba a todas sus compañeras de trabajo.

–Livi está arrepentida de haberte puesto en ese aprieto. Cata también, David –dijo Elvira.

–Qué va a estar arrepentida Cata, si cuando me ve larga una carcajada –dijo David.

–Por culpa de Cata yo no puedo hacer entrar en razón a Livia. Sigue instalada en mi casa, llenándole la cabeza a mi mujer –aclaró Adrián.

–Tú deberías salir con alguna de tus compañeras para darle un verdadero motivo de queja a esa tonta de mi hermana –dijo David.

–Eso nunca, Adrián –aclaró Elvira.

–Elvira, me ha echado sin motivos. No pretenderás que vaya a

rogarle, cuando es ella quien tiene que venir a pedirme disculpas de rodillas. Me ha insultado. Y creo que David tiene razón –dijo Adrián, que había estado muy tranquilo leyendo el diario hasta que apareció su cuñado echando maldiciones a todas las mujeres.

–No, no tiene razón. Ella es impulsiva y ya se va a dar cuenta que cometió un error, hijo –dijo Elvira a su yerno.

–Ese es el problema. Ella y Cata no paran de cometer errores, y nosotros siempre las tenemos que perdonar –dijo David–. Tú hazme caso y sal a tomar una copa con alguna compañera. Dale de beber de su propia medicina –aclaró David a su cuñado.

–Tengo unas cuantas que estarían encantadas –dijo Adrián.

–David, no puedo creer que lo incentives a dejar a Livia. La escritora esa te ha dado vuelta la cabeza.

–¿¡A mí!?! A tus hijas les ha dado vuelta la cabeza. Cumplen a rajatabla con todo lo que esa mujer dice.

–Tú no eres así –dijo Elvira.

–No era así, querrás decir. Ahora voy a ser implacable –dijo David.

–¡Dios mío! Dónde se ha metido tu padre para que me ayude a hacerlos entrar en razón.

–Por qué no va a mi casa y hace entrar en razón a Livia, y de paso saca a Cata de mi hogar –dijo acertadamente Adrián.

Elvira los miró incrédula, y ninguno de los dos necesitó que hablara. Su madre sabía que no podía hacer cambiar de opinión a sus dos tercas hijas. Gaby era otra historia, pero Livi y Cata juntas eran un peligro, y David sabía que Gaby poco podía hacer.

En ese momento llegó Santiago, el padre de David, acompañado de sus dos nietos de siete y cinco años, los hijos de Adrián y Livia. Marco y Lauti, saltaron sobre su padre y comenzaron a contarle que el abuelo los

había llevado al parque, y que habían subido a todos los juegos peligrosos. Al menos eso solía decirles Livia porque ella siempre tenía miedo de que les pasara algo.

–El avión volaba alto, muy alto, papá –dijo Lauti–. Pero el abuelo se subió con nosotros. Y no era peligroso como decía mamá –aclaró.

–No son tan peligrosos. Solo que mamá siempre tiene miedo. Me alegro de que el abuelo los llevara –dijo Adrián. Su familia era lo máspreciado que tenía y su esposa estaba empecinada en tirarla por la borda. Adrián sintió tanta rabia que pensó en las compañeras que siempre le lanzaban indirectas. Había una en particular que estaba muy buena, y él había sido un idiota al serle fiel a una mujer que no lo valoraba. Y todo por culpa del marido de Tina Martínez.

–Y el abuelo me dijo que el gusano donde nos subimos iba sobre un riel como los trenes. Iba para adelante cada vez más rápido, y más rápido, y después para atrás. Yo me puse a gritar, y el abuelo me abrazó porque creía que tenía miedo. Pero yo gritaba porque quería más rápido –dijo Lauti–. El que tuvo miedo fue Marco –aclaró.

–Eso es mentira. Yo iba solo en un asiento adelante del abuelo. ¿Cierto, abuelo? –dijo Marco.

–Es cierto. Ninguno tuvo miedo. Y después nos sentamos en un banco y nos comimos un algodón de azúcar –dijo Santiago.

–Tú tienes prohibido el exceso de azúcar, Santiago –aclaró Elvira.

–Pero el abuelo solo me ayudó a terminar el mío, abuela –aclaró Marco.

Los niños habían llegado como un soplo de aire fresco a aplacar la tensión.

David se sentó en el sillón de la sala y miró la bella familia de su hermana. No podía creer lo influenciabile que podía ser Livia para no valorar

lo que tenía. Él habría sido feliz de tener hijos y una familia unida como la de Livi, pero Liliana había tirado su vida por el desagüe. Siempre lo llamaba para preguntarle cómo estaba, y él le respondía por educación con un escueto bien. Pero no estaba bien, la traición lo había convertido en un escéptico. No creía en nada ni en nadie, aunque a veces se olvidaba de su descreimiento y deseaba la vida feliz que tenía su hermana.

–¿Hoy volvemos a casa, papá? –preguntó Marco–. Yo tengo que ir a la escuela –aclaró el mayor, siempre tan responsable.

–Yo no tengo problemas de no ir a la escuela –dijo Lauti, que era la antítesis de su hermano.

–Tus amiguitos te extrañan, hijo –dijo Adrián. Él había retenido tres días a sus hijos con la intención de que Livi recapacitara. Pero ella lo había llamado furiosa porque había puesto a los chicos en el medio de un problema de adultos. Adrián no le había respondido, a pesar de que le habría gustado preguntarle cuál era el problema. ¿Pero para qué?, si era como discutir con la pared.

–El abuelo los va a llevar a casa. Yo tengo que hacer un pequeño viaje de trabajo –aclaró Adrián, y los chicos, por suerte no indagaron más.

–Yo los voy a llevar –aclaró David–. Y de paso voy a hablar con Livia. Esto es una locura –dijo David.

–Gracias –dijo Adrián, aunque sabía que no serviría de nada. Él quería recuperar su matrimonio, pero dudo que David consiguiera que Livia entrara en razón. Tal vez no era tan descabellado salir a tomar algo con esa compañera despampanante que tenía. Después de todo ser fiel no le había servido de nada.

Los chicos tomaron una merienda y después su abuela les ayudó a preparar el bolsito que se habían traído. David partió con ellos sentados en el asiento de atrás. Se habían dormido apenas arrancó el coche, y él pudo pensar

cómo convencer a su hermana del disparate que había hecho.

Ya en la casa, que quedaba retirada de la ciudad, y por lo que había descubierto con el video, a dos cuadras de la de Tina Martínez, Livia salió corriendo a buscar a sus hijos. Seguro que su madre ya la había llamado por teléfono para avisarle de que Adrián había decidido devolverle a los niños.

–Por fin. Estaba por poner una denuncia por secuestro –dijo Livia.

–¿Te estás escuchando, Livia? –preguntó David asombrado.

–Tres días. Los retuvo por tres días –dijo Livia.

–Livi, es el padre y está viviendo en la casa de los tuyos, que le han dado cobijo porque tú lo echaste sin motivos –dijo David, que estaba desatando el cinturón del mayor mientras su hermana sacaba del coche a Lauti.

Por suerte los niños no se despertaron.

–Mis angelitos –dijo Livi, y abrazó a su hijo pequeño, que emitió un quejido y siguió durmiendo–. Por fin con mamá, que los cuida y ama incondicionalmente. Al ver que Lauti tenía barro en una rodilla, preguntó–. ¿Papá los llevó a jugar a la pelota al campito de la vuelta?

–No. Papá los llevó a los juegos del parque, y no les reproches nada porque estaban muy contentos.

–No puedo creer que Adrián lo autorizara a llevarlos a semejante peligro –dijo con el entrecejo fruncido.

–No hay peligro más que en tu cabeza, Livi –dijo David–. Los niños tuvieron un día fantástico, no se los arruines metiéndoles miedo.

–Tú no tienes derecho a meterte en mi forma de criarlos –aclaró Livi.

–Yo tengo derecho a meterme en lo que se me antoje desde que me hiciste quedar como un cornudo.

Livia agachó la cabeza, como si estuviera arrepentida.

–Y tu marido tiene derecho a que sus hijos pasen un día feliz, sin

pensar que todo es peligroso.

–No tienes hijos, por eso opinas así.

–Es cierto, y no es porque no quiera –aclaró David.

–Mejor vete, que no quiero discutir contigo.

–No quieres enfrentar tus estupideces, querrás decir. Me voy, pero antes te voy a decir que incentivé a Adrián para que salga con alguna de esas amantes que dices que tiene.

–No es cierto. Tú no harías eso. Soy tu hermana y me quieres.

–Por supuesto que hice eso. Y él se lo está pensando puesto que su fidelidad no le sirvió de mucho.

–Eres un hombre despreciable –gritó Livi, y despertó a Lauti con sus alaridos.

–Mamá, el abuelo me llevó a los avioncitos y al gusano –dijo Lauti mientras se fregaba los ojos–. Iba rápido y yo gritaba como loco.

–Ya sabía que te ibas a aterrar. Nunca más vas a subir a esos juegos.

–Eso no es cierto. Di que no es cierto –gritó Lauti.

Marco se despertó en los brazos de su tío y se quedó serio al escuchar a su madre.

–Claro que es cierto. No voy a permitir que se maten en esos juegos terroríficos.

Marco se removió incómodo, y David lo bajó.

–Eres mala, muy mala. Eres una madre muy mala –gritó Marco–. Quiero volver con mi papá, tío. Quiero que mi papá me lleve a la escuela.

–No te vas a ir. Apenas tienes siete años, y soy tu madre.

–No, tú no nos quieres. Tú no nos dejas hacer nada. El abuelo nos llevó al parque y lo pasamos genial, y tú lo arruinas todo –gritó Marco–. Si no puedo ir con mi papá, no voy a estudiar y no te voy a hablar más. Yo quiero a mi papá.

–Y yo también –dijo Lauti–. Quiero ir con mi papá –gritó.

David miraba cómo su hermana estaba destruyendo su vida. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, pero la mandíbula tensa era señal de que no iba a entrar en razón.

–Esto es culpa de Adrián –dijo Livia.

–¿No será culpa de tu obsesión por todo lo que dice Tina Martínez? –preguntó David–. Acaso no ves tus errores, Livi –aclaró.

–¿Y él no ve los suyos? –preguntó Livi siguiendo con su terquedad–. Dice que va a salir con esas compañeras perfectas que tiene. ¡Cómo si ya no hubiera salido! Trabaja más horas de las que le corresponden. Siempre llega tarde y cansado. Soy yo la que estoy todo el día para mis hijos. Y por culpa de unos juegos, ellos se quieren ir con el padre ausente –aclaró.

–Trabaja más horas para que no les falte nada. Te vendría bien tener un trabajo para dejar de mirar infidelidades donde no las hay –dijo David.

–Tengo treinta y dos años. Quién me va a tomar habiendo tantas chicas jóvenes y más agraciadas que yo –dijo Livi.

–Livia, tu inteligencia también cuenta. Tu entusiasmo, tu empuje. O acaso crees que solo las bellezas consiguen trabajo. No estás buscando un empleo de modelo –aclaró David–. Y no estás tan mal como crees –lo dijo a modo de halago, pero su hermana todo lo tomaba mal.

–¡No estoy tan mal! Si así pretendes impresionar a las mujeres, te digo que nunca vas a conseguir una.

–¡Bah!, no se puede hablar contigo. No sé cómo te aguanta Adrián. No sé qué vio en ti, si solo das vuelta las cosas a tu conveniencia–dijo David furioso–. Y yo no pretendo impresionar a nadie. Ya tuve a Liliana que me dio un amplio panorama de cómo son las mujeres, y tú eres otro ejemplo de que es mejor estar solo –aclaró, y se fue al coche.

Cuando abrió la puerta vio que sus dos sobrinos corrían hacia él, con

un montón de ropa en las manos y las mochilas del colegio colgando al hombro.

–Nos vamos con nuestro papi –dijo Lautaro.

Su hermana se puso a gritar como loca. David les abrió la puerta de atrás y los dos se lanzaron dentro del coche.

–Pónganse los cinturones –dijo David.

–No te los puedes llevar –Livi gritaba como loca mientras se acercaba al coche. David arrancó y salió antes de que ella llegara.

–Ellos se quieren venir, Livi –dijo asomándose por la ventanilla. Los niños habían pasado un día hermoso, y ahora iban llorando en el auto por los reproches de su madre.

–Te voy a denunciar, David. Y no te voy a hablar más.

Ella siguió gritando mientras corría por la calle. David siguió avanzando como si no la hubiera escuchado. Era mejor que los niños se quedaran con Adrián hasta que su hermana recapacitara, porque Livi, en ese estado, iba a descargar la bronca en los niños.

Llegó a la casa de su madre, y los niños se bajaron cargando todos sus bártulos. David esperó a que les abrieran la puerta.

–Se quedan acá por unos días más –gritó David a Adrián.

–¿Qué pasó?

–Se quisieron volver. Tu mujercita se volvió loca al saber que habían subido a los juegos del parque.

–Esto cada vez se complica más, David –dijo Adrián preocupado.

–Papá, queremos estar contigo –dijo Lauti, y Adrián alzó a su hijo y lo abrazó.

–Por unos días, mis niños bonitos. Después tienen que ir con mamá para que no se ponga triste –aclaró, y los dos saltaron emocionados.

Su hermana Livia era una experta en arruinarse la vida, y la culpa era

de Tina Martínez, se dijo David, y arrancó decidido a ir a su casa, traspasar la reja y decirle a la escritora lo que estaba provocando.

Salió derrapando por las calles del barrio, sin saber que ese encuentro le complicaría la vida más que los videos del cornudo que corrían por las redes sociales.

CAPÍTULO 7

Tina Martínez estaba en una no deseada reunión con su agente y el encargado de marketing de la editorial, que se habían instalado en su casa porque ella se había negado a ir a las oficinas. Por educación los dejó entrar, y ahora estaba soportando el acoso de esos dos hombres inhumanos, que no tenían nada de educación, y pretendían que engañara a sus seguidores.

–Es una locura. No te puedes retirar. La gente te apoya –gritó Alfredo.

–¡Me apoyan! ¿Ustedes no han visto que me están matando en las redes sociales? Además, no soy una especuladora que solo quiere dinero – dijo Tina, que estaba sentada, con la espalda encorvada sobre una silla, mientras los dos hombres insistían en su regreso. Se le había caído el mundo, y a ellos no les importaba.

–Son solo unas entrevistas para que cuentes lo que te ha pasado. La gente se va a sentir identificada con tu dolor, y los libros se van a disparar en ventas –dijo el especialista de marketing.

Esos hombres pretendían lucrar con el dolor de las personas. Eran unos egoístas, desalmados que solo calculaban cuánto iban a ganar. Tina no podía creer tanta avaricia. Tampoco podía creer cómo todas las personas que habían sido amables con ella ahora la insultaban y usaban.

Sus teorías se le habían vuelto en contra de la noche a la mañana.

–Ya se han disparado sin que yo lo quiera. Habría preferido que los sacaran del mercado y los quemaran.

–No seas ridícula, Tina. Tus seguidores quieren hacer un libro sobre la confianza genera desconfianza, contando sus experiencias, y eso es un voto de confianza.

–No me hables de voto de confianza, Alfredo. Acaso te gusta burlarte

de mí. Mi libro era sobre la confianza, y Marcelo borró toda mi confianza de un plumazo. No pienso ahora dar vuelta mi discurso para ganar dinero.

–Eres una persona pública. La gente que te dio su apoyo ahora te necesita, Tina. Esto es lo que te conviene –dijo el de marketing.

–Y si logramos convencer a ese cornudo del video, nos vamos todos para arriba –dijo Alfredo.

–¡Para arriba! Acaso te has vuelto loco. Esto no es cuestión de dinero. Es la vida de la gente, su sufrimiento, Alfredo. Y no puedo creer que pretendas llenarte de dinero con el dolor de las personas.

–Tienes un contrato, Tina, y yo tengo un puesto que cuidar. Dudo que prefieras un juicio por falta de cumplimiento del contrato. Nos debes dos libros, no te olvides –aclaró el hombre de marketing.

–¡Dos libros! ¿Y qué pretenden que escriba? –preguntó Tina.

–Lo que sea. Todo se va a vender si tiene tu nombre. Hay que explotar el momento.

Muy típico de las editoriales. Ellos siempre estaban buscando sacar a la luz algún tema del momento para hacer dinero. Todo era un asunto comercial. Ella había sido comercial, pero nunca le importó porque sus libros eran el reflejo de su vida. Pero ya no, y no iba a participar de esa farsa.

–Ustedes están locos. Yo no me vendo. No quiero ganar dinero a costa de personas que creían en mí.

–Tú sabes convencerlos –dijo el de marketing.

–Eres tan estúpida, Tina –agregó Alfredo–. Hablé con Marcelo y me dijo que trataría de convencerte, a pesar de que sabe que él sería el más perjudicado.

–¡Marcelo el perjudicado! Por favor, esto no tiene ni pies ni cabeza, Alfredo. Soy yo la que me he hundido con mis propias palabras, y todo por culpa de Marcelo. Maldito traicionero –gritó Tina, y se asombró de lo fácil

que había perdido la armonía, la paciencia y de lo rápido que sus palabras positivas se habían convertido en insultos. No estaba en armonía con el universo, y por eso quizá todos la atacaban. Pero cómo estar en armonía con lo que le había pasado. Ahora podía entender a personas como Valente, podía entender sus ironías, sus burlas y su enojo, porque ella estaba igual de furiosa—. Marcelo no existe más para mí —aclaró Tina—. Y no soy estúpida, como tú dices. Soy honesta.

El timbre de la puerta sonó. Ella se levantó y destrabó la reja sin preguntar porque supuso que sería su editora, que venía a convencerla con sus palabras condescendientes.

Unos minutos después abrió la puerta de la casa y se topó con un indignado “no seguidor”. Al parecer era cuestión de llamar con el pensamiento a Valente para que él viniera corriendo a pararse en el umbral. Eso parecía una conexión universal, pensó. Pero cuando fue a hablar solo le salió un:

—¡Oh!

Valente estaba parado con las manos en los bolsillos y el entrecejo fruncido. Lo que menos había esperado era tener a ese hombre resentido, con justa razón, por cierto, parado en el ingreso de su casa. Y para colmo de males, había elegido uno de los peores momentos para venir a insultarla. Sintió una agradable sensación en el cuerpo, una especie de estremecimiento. Ese hombre era un peligro para ella porque le hacía sentir, y Tina tenía que usar la cabeza para salir de sus problemas, no estar allí mirando su frente fruncida, sus labios convertidos en una fina línea y esos ojos negros acusadores. Su altura y su pose desenfundada. La atraía con su sola presencia, la sacaba de su centro y ella parecía una soñadora.

—Oh es lo único capaz de decir después de haber arruinado mi vida y la de mi hermana Livia —dijo David, cortando el hechizo en el que había

caído Tina, y ella volvió a su compleja realidad.

–Creo que este no es un buen momento, Valente –susurró Tina. De un empujón lo sacó afuera y ella salió con él.

–¿No va a dejarme entrar? –preguntó David ofendido.

–Escúcheme, Valente. Adentro tengo a mi agente y al jefe de marketing de la editorial tratando de convencerme para que saque un libro de todos los que han sido cornudos como usted.

–Vaya forma de dirigirse a mí. No esperaba esto de alguien tan positiva como usted, que siempre encuentra la palabra precisa para dejar embelesado a su público –dijo David indignado al escuchar como ella lo llamara cornudo tan a la ligera.

Ella lo miró arrepentida, pero no era momento de disculparse. Tenía que hacerlo desaparecer de su casa antes de que Alfredo y el de marketing descubrieran quién era, lo metieran en su casa y lo enrollaran con el tema del libro de la desconfianza.

–No quiero que quede expuesto a esos especuladores que están tratando de llenarse de dinero con mi desgracia... y bueno, también con la suya. Si ellos saben que usted ha venido, le aseguro que va a pasar un mal rato –dijo Tina.

David arqueó las cejas. Ella había hecho público su nombre, lo había dejado desnudo frente a miles de personas, ¿y ahora lo quería proteger? Le sonó a excusa para sacárselo de encima, pero él no pensaba irse. Ahora, si lo que decía la predicadora era verdad, lo que menos quería era estar frente a dos ambiciosos que pretendían llenarse de dinero con la infidelidad de Liliana. Ya tenía más que suficiente con ese maldito video que circulaba como agua por las redes.

–La voy a esperar en el jardín. No pienso irme hasta que hablemos.

Tina asintió sin muchas ganas de seguir peleando. Desde el escándalo

en el restaurante, no hacía más que explicar, discutir y soportar, sobre todo soportar. Pero a Valente le debía una disculpa, porque el hombre estaba sufriendo la consecuencia de su error.

–Es una buena idea. Espero poder deshacerme de ellos lo más rápido posible –dijo Tina.

Y lo hizo. Si bien se mantuvo firme en su postura, logró que los hombres se fueran cuando les dijo que iba a pensar la propuesta. Ahora también mentía para sacarse a la gente de encima, se dijo. Si bien no pensaba engañar a sus seguidores, ella sabía que no tenía respaldo económico para afrontar un juicio. Su dinero estaba en esa casa y... también había servido para ayudar a la familia de Marcelo. “Has comprado una familia”, le había dicho Carla. ¡Qué estúpida había sido!

Salió al parque por la puerta trasera y vio a Valente sentado en una reposera junto a la piscina. El cosquilleo que sintió en el cuerpo la hizo maldecir. Ese hombre... ese hombre se había ido filtrando en su vida como el viento que se escurre por todos los intersticios, y ella se sentía furiosa.

Las mejores cosas llegan de forma espontánea. Ese era un lindo mantra, pensó. Pero ese ya era su pasado.

Valente se había metido en su pasado y en su presente, puesto que allí estaba sentado en la reposera. Él se había sacado la remera como si le importara un carajo mantener las apariencias, y ella pudo ver su físico trabajado y el vello de su pecho convirtiéndose en un hilo fino que se perdía en sus pantalones vaqueros. Se lo veía cabizbajo, como si a él también el mundo se le hubiera venido encima, y se sintió culpable.

–Podría haberse metido en la pileta –dijo Tina al ver como el sudor corría por su rostro y su pecho.

–Y mojar la única ropa que tengo para regresar a mi casa. No, mejor me aguanto el calor –dijo David.

Ella se sentó en la reposera que había a su lado y esperó. Después de todo era él quien había ido para hablar, pero Valente no parecía tan dispuesto como cuando tocó el timbre de su casa.

Lo miró aprovechando que él tenía la vista perdida en el agua de la piscina. Tan distinto de Marcelo, que siempre se veía impecable, con sus trajes a medida, sus camisas blancas, las corbatas bien ajustadas al cuello y los zapatos lustrosos. David Valente era informal. Incluso se echaba en la reposera de forma despreocupada, nada que ver con su marido que siempre parecía estar posando para la foto.

Su marido atraía miradas porque exudaba elegancia por los poros. Valente exudaba algo parecido al hombre de las cavernas, con su barba de dos días sin afeitar, sus alpargatas deshilachadas, el vaquero desteñido y la remera tirada sobre el césped. Tampoco tenía el cabello recién cortado, y lo llevaba despeinado como si se hubiera pasado la mano unas cien veces. Pelo negro con algunas ondas sedosas que se resbalaban sobre el rostro y le hacían parecer más desfachatado de lo que se mostraba.

El silencio parecía no molestarle. Y ella se sintió cómoda. Con Marcelo siempre estaba tratando de llenar esos vacíos con algún comentario, como si quisiera agradarle constantemente. Y no tuvo dudas que Valente prefería el silencio al parloteo trivial.

–¿Y a cuánto asciende su nuevo contrato? –preguntó Valente sin dejar de mirar la piscina.

–No he firmado nuevo contrato.

–Como demoró tan poco, supuse que la habían convencido –aclaró–. Imagínese ahora escribiendo un libro de los cornudos como yo –dijo, y Tina pudo sentir el dolor en la modulación de sus palabras.

–Me equivoqué al decir esas palabras, Valente –dijo Tina sin entrar en la autocompasión–. Usted tenía razón... en todo –aclaró–. Por favor, deme la

bienvenida al club de los cornudos.

Él la miró con el entrecejo fruncido, pero unos segundos más tarde esbozó una mueca que no alcanzó a ser sonrisa.

–Bienvenida al club, Tina Martínez –dijo David, y Tina se estremeció al sentir su nombre susurrado con esa voz ronca–. ¿Qué va a hacer de su vida?

–No lo sé –dijo ella, y se le escaparon unas lágrimas–. Siento lo del video. Sé que ha sido un golpe bajo. Y fui yo la que dijo su nombre. Estaba tan perdida que no se me ocurrió pensar que se desparramaría por la red.

–Ahora soy el cornudo del barrio, el motivo de risa para mis amigos, y encima tengo que soportar a mi exmujer que me llama para insultarme porque ha quedado expuesta como la traidora. A los diez minutos se arrepiente y me vuelve a llamar para saber si estoy bien porque le doy lástima. Ella cree que voy a tirarme de un puente y no quiere sentirse culpable –dijo David, sin apartarle la mirada.

Tina esbozó una sonrisa, que enseguida intentó borrar.

–Ríase. Después de todo parece gracioso para el que no está en mis zapatos –aclaró.

–De mí opinan muchas cosas. No se crea que usted, con sus cuernos, logró eclipsar los míos –dijo Tina.

A David le gustó su comentario. Ella era una mujer bastante centrada a pesar de que acababa de perder su centro. Él estaba acostumbrado a la falta de lógica de dos de sus hermanas, y a los estallidos de ira de Liliana. Le había aguantado sus exabruptos, sus quejas, sus euforias seguidas de su ira, y ella lo había engañado. Se sentía cómodo hablando con Tina Martínez, quizá porque ella mantenía la armonía cuando otra estaría lanzando un rosario de quejas y una catarata de llanto, y con justo motivo.

–Podríamos fundar el club de los decepcionados –dijo David.

–No, por Dios, eso sería darle el gusto a los traicioneros. Mejor fundemos el club de los que no se dejan vencer por egoístas sin escrúpulos – aclaró Tina.

David rió, a pesar de la furia, rió. No porque ella hubiera dicho algo gracioso, sino por su espíritu de lucha al estar buscando una forma de salir del pozo en el que había caído, pozo al que también lo había arrastrado a él. Pero ella estaba peor, porque se le acababa de derrumbar la vida perfecta. Y sin embargo, allí estaba buscando la forma de hacerlo sentir mejor.

–Mi mujer es médica de guardia. Mi ex –aclaró David–. La noche que ocurrió todo ella se estaba duchando. Íbamos a salir a cenar.

Se quedó callado, como si recién cayera en la cuenta de que le estaba contando su vida a una extraña. Tina no dijo nada, solo miraba cómo las ramas del limonero se mecían con la brisa. Al descubrir su falta de curiosidad sintió ganas de contarle todos sus fracasos.

–Le sonó el móvil. Y yo me enfurecí porque no tuve dudas que era una urgencia que nos arruinaría la noche. A pesar de mi egoísmo levanté el móvil de la cama, donde lo había dejado, y abrí el mensaje. Una vida podía depender de ese llamado, pensé en ese momento –dijo David. Tina lo miró con esos ojos de color miel, que brillaban como si sintiera en su piel el dolor que había sentido él.

–No era una urgencia –dijo Tina para animarlo a terminar.

–No. Era un mensaje de mi socio. Escribió: Así me tienes todo el día, Liliana. Y lo acompañaba con una foto de él desnudo agarrándose la erección –dijo David. Era la primera vez que se lo decía a una desconocida. Solo su familia sabía los detalles. Por lógica estaba arrepentido de haberles contado la infidelidad de Liliana a sus hermanas, porque por culpa de Cata y Livi su vida estaba expuesta en ese maldito video que corría por las redes–. Esos son los detalles que gracias a mi hermana Gaby, la mediana, no contaron las otras

dos –dijo David.

–¡Oh! No sé qué decir. Al menos ha tenido suerte al tener una hermana con más criterio, sino todo lo que me ha contado se habría hecho público –al ver que Valente arqueaba las cejas, Tina se dio cuenta que ese comentario era inapropiado–. Ahora entiendo por qué estaba tan enojado en mi conferencia. Lo que le ha pasado es terrible e injusto. Yo hablando de la confianza y usted... usted –dijo Tina, y no pudo contener la risa–. Perdón. No crea que me río de usted, sino de lo estúpida que fui, porque mientras yo hablaba y hablaba de la confianza, mi marido también me engañaba.

David no pudo enojarse con sus comentarios jocosos. Él hacía un año que había sido engañado, ella, apenas unos días, y a pesar del dolor que mostraban sus ojos se reía de su problema. ¡Lo había perdido todo!, y en lugar de decirle que estaba peor que él, seguía mostrando más empatía con su problema que su propia familia.

Eran dos cornudos, sentados en las reposeras, compartiendo sus desgraciadas experiencias. Había venido dispuesto a decirle de todo, pero en lugar de insultarla le confesaba sus traumas porque ella le inspiraba confianza. Rió a carcajadas al pensar en la palabra confianza.

–No me estoy riendo de usted. Solo me río de mis pensamientos.

–¿Y se puede saber qué piensa? –preguntó con curiosidad.

–Que usted me inspiró confianza para contarle la infidelidad de mi esposa.

Ella estalló en carcajadas.

–Confianza. Por Dios, qué patéticos parecemos los dos –dijo Tina, y le tocó el brazo.

Una sensación extraña invadió a David. Ese cosquilleo en la nuca que lo ponía en alerta. Ella al parecer sintió lo mismo, porque apartó la mano como si el contacto la hubiera quemado.

–¿A qué ha venido, Valente? –dijo Tina, tenía el entrecejo fruncido como si la reacción al tocarlo le hubiera molestado.

–David. Me llamo David.

–Para sus amigos, y yo no lo soy. Ni siquiera pensamos igual –aclaró Tina, decidida a guardar la distancia. Cómo podía estar sintiendo algo por un extraño si tres días atrás era una esposa feliz.

–Eso era antes, cuando usted idealizaba la vida. Ahora somos dos personas engañadas. En fin, llámeme como quiera –dijo David para dejar a un lado las discusiones bizantinas–. He venido para que interceda con mi hermana Valente.

Ella lo miró con un arqueado de cejas porque llamaba a su hermana por el apellido.

–¿Se refiere a Livia? –preguntó Tina.

–¿A ella sí la llama por su nombre? ¿Usted no llama por el nombre a los de mi sexo? Debe tener miedo de intimar con los hombres.

–Eso es ridículo –dijo Tina exagerando con las manos, aunque él tenía razón. Ella no rechazaba el trato íntimo con todos los hombres. Solo él le daba miedo, porque ese hombre se había filtrado en su vida desde el día de la conferencia. No había dejado de mirarlo mientras disertaba; y cuando él se había marchado, ella lo había tenido metido en sus pensamientos. Ahora estaba en su casa, como si se lo hubiera mandado el universo para demostrarle que tenían un espantoso engaño en común, o quizá le quería decir: “este hombre te cantó la justa, Tina”. Y a Tina esa forma del universo de abrirla los ojos no le gustaba. Por eso quería guardar la distancia. Tres días atrás era una esposa confiada. Ahora su vida se había derrumbado, y si bien frente a la gente aparentaba estar entera, cuando estaba sola no dejaba de llorar porque había perdido a su marido, su matrimonio, lo que ella creía que era su familia feliz. Pero también lloraba porque había vivido en una pompa

de jabón y había cobijado en ella a todos sus seguidores. Cada vez que pensaba que Marcelo había agarrado su vida y la había hecho pedacitos, se le caían las lágrimas—. Hace tres días estaba casada y confiaba ciegamente en... mi esposo. Ahora ya no sé qué es cierto y qué una fantasía. ¿Me entiende?

Claro que David la entendía, si llevaba un año de divorciado y aún no lograba asimilar el engaño de su esposa y su socio. Un año, y no confiaba en ninguna mujer.

—Es una respuesta aceptable. Seremos Martínez y Valente, ¿le parece bien? —dijo David. Ella asintió, y por algún extraño motivo él pensó que algún día Tina Martínez le susurraría su nombre al oído. Apartó ese pensamiento ridículo y se concentró en el motivo de su visita—. Ya sabe que Livia ha echado a su esposo. He venido a pedirle si puede interceder —dijo David.

—¡Yo! —dijo Tina alterada—. Ya no soy una referente para nadie. Mi esposo me mintió. Mi egoísta esposo tiró todas mis teorías al basurero —dijo Tina.

David vio que le temblaba el cuerpo.

—Pero Livi sigue creyendo en usted —dijo David para convencerla—. He visto a las personas del video, y usted, acertada o errada en sus teorías, es una líder. Poco faltó para que le suplicaran que hiciera un libro de la desconfianza —aclaró.

—Ni me recuerde esa palabra estúpida, Valente —dijo Tina.

—Mi cuñado vive en la casa de mis padres. Y recién llevo a mis sobrinos allí, porque no quieren quedarse con su madre, es decir, mi hermana. Son niños —aclaró David para tocar su fibra sensible.

—¡Oh! Yo no pretendía... yo nunca pensé que lo que pasó en el restaurante podía ocasionar esa ruptura.

—Y vaya a saber cuántas más —dijo David para convencerla de que su

escándalo había desatado una bola de nieve.

–¿Y qué pretende? Ya di la cara, como me aconsejó.

–Ni me recuerde lo que pasó cuando dio la cara, Martínez. Me molesta llamarla así –aclaró, y ella le sonrió–. Solo le pido que hable con Livi. Ella tiene que entender que si su esposo la engañó, eso no significa que mi cuñado haya hecho lo mismo. Livi tiene muy baja su autoestima.

–Todo el mundo me pide cosas y me dice lo que tengo que hacer –dijo Tina llena de tristeza–. Usted viene a mi casa, se sienta en mi jardín y me pide que resuelva el problema de su hermana. ¿No se da cuenta que no tengo argumentos válidos? ¿No se ha puesto a pensar que ni siquiera sé cómo resolver mi vida?

Ella tenía razón. Estaba pasando un momento muy duro, pero se mostraba tan entera que él no se había dado cuenta que estaba sufriendo mucho más que Livia.

–Lo siento. Yo... no debí venir –dijo David, y se levantó para marcharse–. He sido muy egoísta con una persona que no lo es –aclaró, y comenzó a alejarse por el parque. Venir a pedirle que arreglara la vida de Livi había sido un error.

–¿Y su hermana dónde vive? –preguntó Tina. Sabía que no debía estar lejos porque había llegado a los pocos minutos de aparecer el video en las redes.

–A dos cuadras. Son vecinas y ella no lo sabía. Agradezca que no se haya enterado antes, porque Livi habría pasado todos los días hasta toparse con usted, y se le habría metido en su casa. No se imagina la emoción que sintieron las tres cuando entró a La Cueva. Ellas la adoran –aclaró–. Dos cuadras hacia el fondo. La casa es la de rejas verdes y ladrillo visto –dijo David. Otra vez se sintió egoísta. Sabía que Tina Martínez iba a ir porque no soportaba ver sufrir a la gente. Tina Martínez se sentía culpable por lo que

había ocasionado, pensó David mientras caminaba hacia la reja de salida.

–David, usted es el hombre más manipulador que he conocido –gritó Tina.

David sonrió porque ella, que le había pedido que se llamaran por el apellido, ya había flaqueado. Se giró, se encogió de hombros, le sonrió, y se marchó sin decir nada.

Tina lo miraba alejarse entre indignada y fascinada. Qué hombre extraño. David Valente le había contado su vida sin sentir que se le caía el orgullo. No lo tenía, se dijo, y sintió admiración por él. También era sagaz porque se había ido tirándole la pelota a su terreno. Con todos los problemas que tenía por delante, y ahora tendría que ir a resolver el matrimonio de la insegura hermana de Valente.

Caminó por el parque y sonrió pensando en la extraña relación que tenía con Valente. Dos cornudos, se dijo, y se le escaparon las lágrimas. Ella no había encontrado a Marcelo en la cama con Florencia, pero eso había sido un golpe de suerte para su esposo. Tina estaba segura de que Marcelo y Florencia habían tenido más intimidad de la que vio en el restaurante, y estaba segura también de que la familia de él lo sabía.

Miró hacia la reja. Valente estaba ya en la vereda. Pero lo que la indignó fue ver a Marcelo parado afuera, mirándolo con el entrecejo fruncido, como si fuera ella la traicionera, no él. Y aprovechando la reja abierta su marido se filtró en su casa.

Había llegado el momento de enfrentarlo, se dijo y se quedó allí, bajo el limonero sin apartarle la mirada.

CAPÍTULO 8

–Vaya con mi esposa. Saca a su marido de la casa y mete a otro hombre. Al parecer es un gran amigo puesto que ha salido en cueros, con una remera sucia colgando de la mano –dijo un indignado Marcelo cuando se acercó a ella.

–No te da vergüenza acusarme a mí después de lo que me hiciste –dijo Tina tan indignada como él.

–¿Quién es el tipo?

–Un indignado –aclaró Tina–. Un descreído que se vio perjudicado. Un desconocido que me ha ayudado mucho más que la gente de mi confianza –dijo Tina.

–¿Es el del video? –preguntó.

–El mismo. ¿A qué has venido?

–¿Y cómo se enteró dónde vives? –preguntó Marcelo sin responder a la pregunta de su esposa.

–Todo el mundo sabe donde vivo, Marcelo. Se enteraron por el video. Tengo gente todo el día esperando tras la reja –aclaró.

–Como yo. Esta es mi casa, y tengo que estar esperando que alguien salga para filtrarme porque has cambiado la cerradura –reprochó Marcelo.

¿Con qué derecho venía a hacerle reclamos? Acaso pretendía culparla de su engaño.

–No fui yo la traicionera.

–No seas ridícula, Tina. Era solo una cena con la familia –repitió lo que había dicho en el restaurante, aunque ya no decía que solo había pasado a saludar.

–Te llamé para invitarte a cenar, y me pusiste la excusa de una

reunión de trabajo que se había adelantado. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no fuiste sincero? –preguntó Tina–. ¿Cuántas veces me has ocultado estas cenas? ¿Cuántas veces ha estado Florencia en reuniones familiares a las que no estaba invitada?

–La culpa es tuya porque no soportas a Florencia. Es mi amiga de toda la vida, Tina. ¿Qué pretendes?, que la borre de mi vida de un plumazo.

–No. ¡Cómo crees que se me puede ocurrir semejante locura! Pero sabes, ella estará siempre antes que yo, y a mí no me gusta ser el segundo plato. La que sale de tu vida de un plumazo soy yo, Marcelo.

–No seas ridícula. Tú me amas, yo te amo.

–Ya no te tengo confianza. Ya no podría compartir un solo día contigo –dijo Tina, mirándolo a los ojos–. Ni siquiera sé por qué te casaste conmigo, si aún sigues enamorado de Florencia.

–Yo estoy enamorado de ti, mi cielo.

–No, Marcelo, tú nunca me amaste. Solo te casaste con una mujer que tenía alta tolerancia a los desprecios, y que buscaba en palabras positivas la excusa para justificar lo que tú y tu familia me han hecho durante tres años.

–¿Qué quieres, Tina? ¿Qué me aparte de todos para estar contigo? ¿Eso quieres? –gritó Marcelo, y se acercó lleno de furia.

Tina retrocedió asustada dos pasos, tropezó con un parterre de flores y cayó con la cadera sobre las piedras. No era culpa de Marcelo, ¿o sí? Claro que era culpa de él por querer intimidarla. Ella no tenía que estar buscando excusas y palabras positivas para tapan lo que siempre había estado mal.

El dolor era insoportable. Marcelo se agachó para ayudarla, pero Tina lo apartó de un manotazo.

–No me toques. Nunca más me toques. Y no vuelvas a mi casa.

–Si quieres que no los vea más, dilo y lo hago.

–Ya es tarde. Lo que hagas de tu vida ya no es asunto mío. Te quiero

lejos –dijo Tina, y se levantó con dificultad, soportando el dolor en la cadera.

–¿Vas a pedirme el divorcio por una estúpida cena familiar? Es lo más ridículo que escuché en mi vida –gritó Marcelo, pero sin acercarse a ella.

Mirándolo desde afuera podía parecer ridículo. Pero ella había soportado demasiadas veces que Florencia siempre estuviera en las conversaciones familiares, y Marcelo nunca había hecho nada para que su familia entendiera que su esposa era ella, no la querida amiga de toda la vida.

–Marcelo, la cena fue el detonante. ¿Cuántas mentiras más hay? ¿Cuántas veces más te has reunido con Florencia estando casados? ¿Han tenido cenas íntimas? ¿La has llevado a un hotel para recordar la época de novios?

–No puedes creer eso, Tina.

–¿Por qué no? Yo ya creo cualquier cosa. ¿Y sabes por qué?, porque me mentiste un rato antes de reunirte con tu familia... y con Florencia.

–Yo no amo a Florencia –gritó Marcelo.

Demasiado énfasis en la negación, pensó Tina. Lo más triste de su excusa era que ni él sabía lo que quería. O quizá la quería, pero se dejaba llevar de las narices por su familia. A Tina ya no le importaba. No estaba dispuesta a pelear por un hombre que había tirado por la borda toda su vida.

–Sigues mintiendo, Marcelo. Si fueras sincero, al menos me dejarías mejor. Mi vida se basaba en la confianza, y tú la hiciste pedazos –aclaró Tina.

–Este divorcio es por tu culpa. La mujer positiva y segura que conocí se ha convertido en una mujer que se imagina cualquier cosa.

Esta era una de esas discusiones que no llevaban a ninguna parte. Ella seguía en su postura, y él no le daba importancia a sus mentiras.

–Vete de mi casa –dijo Tina con los ojos llenos de lágrimas.

–¡Estás llorando! –dijo Marcelo e intentó acercarse.

–No me toques. No te atrevas a tocarme –dijo Tina al ver que él

quería abrazarla.

No quería su abrazo. Ella lo había amado, pero en ese momento tenía un odio tan grande hacia él, que hasta ella se sorprendía. Era repulsión, era asco, era como si el hombre de su vida, el que había curado sus heridas y le había permitido creer que con palabras positivas se podía ser feliz, de repente se hubiera convertido en su peor enemigo. Marcelo le había dado esperanzas, y Marcelo se las había quitado.

–No puedo creer que me odies por una estupidez, Tina.

–Es mi vida la que se fue al basurero con tu engaño. La tuya seguirá intacta. En cambio, yo tengo un montón de personas que creyeron en mí, y eso es porque yo creía en ti. Y tú... tú me estafaste de la peor forma. Nunca voy a perdonarte –dijo Tina, sin dejar de llorar.

–Ese es tu problema. Creer que todos somos perfectos. No aceptar que cometemos errores –dijo Marcelo–. Yo cometo errores.

–Sí, ese es un problema mío. Fui yo la idiota, pero habría preferido que me dijeras la verdad. Tú habrías sido un hombre decente si me hubieras dicho: Tina, yo sigo pensando en Florencia. Lo nuestro fue muy grande y... – se le quebró la voz–. Pero no importa, porque ya no creo en nada. Ya me curé de mi ingenuidad –dijo Tina.

–¿Y qué vas a hacer? Tirar tu carrera exitosa por la borda. Tina, juntos podríamos encontrar una excusa y tu carrera no se iría al traste. Celos infundados, eso sería algo que todos se creerían –dijo Marcelo.

Tina sintió como si con esas palabras la abofeteara. Su vida no se basaba como la de él en excusas y mentiras. Lo de ella había sido sinceridad, pero él no conocía el significado de esa palabra. ¡Celos infundados!, ella nunca había conocido a ese hombre, solo había conocido el ideal que se había armado en su cabeza.

Excusas, eso había buscado ella durante los tres años de casados. Y lo

que le había pasado, era por haberse llenado de pretextos para justificar a Marcelo y su familia.

–De esa forma el único que saldría bien parado serías tú, como siempre –dijo Tina, y negó con la cabeza. Con él no podía razonar–. Mira, esta conversación no lleva a ninguna parte, y yo tengo muchos problemas que resolver. Quiero que te vayas.

–Ya veo que no hay forma de convencerte. Estás tirando nuestra vida a la mierda, Tina, y la culpa es tuya.

Había venido para sacarse las culpas, no había dudas. Con tal que se fuera, Tina decidió ceder. Qué importaba quedar como la esposa celosa si lo único que quería era que desapareciera.

–Sí, es como tú dices. Yo soy la culpable –dijo Tina dándole la razón como a los locos.

–No me hables como si estuviera loco, Tina –dijo Marcelo.

Le iba a estallar la cabeza si Marcelo seguía insistiendo en esa discusión bizantina.

–¡Por Dios! ¿Qué quieres, Marcelo? ¿Qué te perdone? ¿Qué siga siendo tu esposa, y tú sigas saliendo con Florencia porque es tu amiga del alma? No, eso no va a pasar. Yo podría haber aceptado que era tu amiga, si ella hubiera aceptado que soy tu esposa. Pero eso no es posible. Y ya no puedo seguir al lado de un hombre en el que no confío. No puedo estar todos los días suponiendo que te inventas excusas para reunirte a solas con tu familia y Florencia. Si te hace bien piensa que soy egoísta, celosa o lo que quieras. Pero yo no te quiero más a mi lado –dijo Tina, y se sintió descompuesta. Su vida se había convertido en una lucha. Su paz mental se había ido al diablo y ella en los últimos días se peleaba hasta con el poste de luz.

–¿Es tu última palabra? –preguntó Marcelo, y Tina asintió con un

nudo en la garganta—. Tal vez... no sé, tal vez podríamos hablar alguna vez. Digo, después de un tiempo —dijo Marcelo.

—Tal vez —dijo Tina.

Él se acercó para darle un beso, pero Tina retrocedió. Marcelo se marchó con la cabeza gacha y arrastrando sus lustrosos zapatos por el césped.

Parecía vencido mientras se alejaba, pensó Tina. Quizá solo había sido una cena. Quizá la quería a ella. Quizá... No, ella ya no podía vivir de quizá, ya había vivido varios años buscando el lado positivo a los problemas. Tres días atrás lo había llamado para ir a cenar, y él había preferido a su familia y a Florencia.

Un ciclo de su vida perfecta se había cerrado demostrándole que la perfección solo había existido en sus pensamientos. Y con esa deducción se metió en la casa desesperada por relajarse en la bañera.

Ese día, ella que solía decir que se llevaba bien hasta con los más negativos, había peleado con todo el que se había cruzado en su camino. Lo único que le arrancó una sonrisa fue recordar la conversación con David Valente. Él había sido el único, que a pesar de venir a atacarla, la había hecho sentir mejor. Un hombre que se había filtrado en su vida cuando esta se vino abajo. Quizá David Valente era parte de su futuro. No, los quizá no servían para nada. La única relación que tenía con ese hombre se llamaba Livia Valente, y ella tendría que ir a su casa para tratar de arreglarle la vida. Era ridículo, pero al menos intentaría dar algo bueno a esa mujer para que levantara su autoestima.

CAPÍTULO 9

Livia estaba en el jardín de su casa cortando las ramas con hojas secas. Su hermana Cata se había ido al trabajo, y Gaby había prometido acercarse por la tarde para conversar.

Livia no quería conversar con Gaby, porque ella la trataba de convencer de que estaba equivocada. Cata era distinta. Era directa y le decía lo que ella sabía, que Adrián era un hombre con demasiadas virtudes para conformarse con una esposa que ya no se arreglaba más y que se quejaba todo el día de la rutina.

Livia sabía que ella no era muy agraciada. Había tenido dos hijos, y para colmo de males le habían quedado unos flotadores para nada agradables. Era ama de casa, madre y esposa, por lo que siempre estaba sin ánimo de mejorar su aspecto. El tiempo le era escaso para todo lo que tenía que hacer. A veces se sentía tan cansada, que cuando Adrián llegaba con ganas de tener una noche especial, como llamaba a tener sexo, ella se excusaba con dolores de todo tipo, que los achacaba al agotamiento del largo día corriendo con los chicos de acá para allá, y limpiando la casa en los pocos momentos libres que tenía.

Su vida no era linda. Solo conversaba con las vecinas que se encontraba en el mercadito, y nunca tenía salidas de amigas. Su única distracción eran sus hermanas, que venían de sus trabajos y le contaban situaciones más mundanas, que ella nunca disfrutaba.

A veces se preguntaba por qué se había casado. Puesto que el matrimonio le resultaba una carga muy pesada. Su marido trabajaba tantas horas para que no faltara nada en el hogar, que solo lo veía por las noches. Él llegaba cansado de estar tantas horas afuera, y nunca se daba cuenta de todo

lo que hacía ella para que el hogar funcionara. Eran tantas cosas, pequeñas y diversas, que a veces se ponía a llorar.

Nadie valoraba a las mujeres que atendían el hogar. Se creían que estar en la casa era el paraíso, pero ella se sentía como en un círculo vicioso, que empezaba cuando salía el sol y terminaba cuando la luna estaba en alto. Y siempre igual, un día tras otro de lo mismo.

Hacía una semana que los niños se habían ido a vivir con su padre. Adrián la había llamado todos los días, pero siempre lo atendía Cata. Su hermana era tan sarcástica, que a Adrián no le quedaban ganas de seguir intentando un acercamiento. Ella tampoco lo quería. Ella quería que él viviera en su piel lo que era llevar a los chicos a la escuela, ir a las reuniones, buscarlos al mediodía, darles el almuerzo y dejarlos ver una hora los dibujos. Luego renegar para que estuvieran listos para ir a tenis los martes y jueves, a natación los lunes y miércoles, y a inglés los martes y los viernes. También quería que los consolara cuando se golpeaban, que los bajara del árbol cuando se colgaban de las ramas, que les besara la rodilla cuando se hacían buba. Quería que estuviera atento a todas sus travesuras. Y que entre medio de todo ese trajín, limpiara, hiciera las compras, lavara la ropa y los platos, y le tuviera lista la cena para cuando llegara.

Ahora Adrián los tenía con él, pero Livia no estaba satisfecha porque estaba segura de que todas esas funciones no las estaba cumpliendo él, sino sus padres. Adrián se había instalado en la casa de sus padres, y ella estaba furiosa de que lo hubieran recibido porque él seguía como cuando vivía en la casa, con todo servidito en bandeja.

Al final, él tenía vía libre, como siempre, y llegaba de noche a estar un rato con ellos antes de que se fueran a dormir.

Los extrañaba, pero desde que estaba sola le sobraba tiempo para tirarse en el sillón de la sala a ver películas románticas donde todo era

perfecto. Inclusive había ido a teñirse el cabello a la peluquería, y había esperado ¡cuatro horas!, porque no tenía la obligación de buscar a los chicos de sus actividades.

Cortó una margarita seca y la metió en la bolsa de basura. Cortó otra y recordó cuando era una adolescente despreocupada, que se podía dar el lujo de perder el tiempo deshojando margaritas. Desde que estaba casada y con niños apenas si tenía tiempo de sacar las chamuscadas cada quince días. Pero en ese momento era libre, y la deshojó como cuando era adolescente. Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere... no me quiere. Se quedó mirando la flor sin pétalos. ¡No me quiere! Adrián no la quería, la engañaba con esas mujeres arregladas que trabajaban con él. Con esas bellezas que veía más horas al día de lo que la veía a ella. No me quiere, dijo y se largó a llorar desconsolada.

–¡Livia! –gritó alguien desde la reja de ingreso.

Livi se giró con la cara empapada de lágrimas, y vio a Tina Martínez parada en el ingreso de su casa. ¡Tina! ¡Tina había venido a su casa! Y ella hecha un desastre con ese pantalón estirado, la remera sucia y las zapatillas con un hueco en el dedo gordo. Se secó las lágrimas, pero eso no iba a mejorar en nada su aspecto deplorable.

–¡Tina! ¡Oh, qué emoción, Tina! ¡No me lo puedo creer! ¡Esto es un sueño! –gritó, y se puso a saltar como una colegiala emocionada–. Tina, me has quitado toda la tristeza. Si hubiera imaginado que podías llegar a venir a mi casa, me habría arreglado un poco. Soy tu fan número uno, Tina, y mi vida se ha derrumbado junto con la tuya. No, no, la tuya se ha derrumbado más. ¡Cómo se me ocurre compararme contigo!, con lo que debes estar sufriendo por culpa de ese mentiroso que te traicionó –dijo Livia, y trotó y se tropezó para llegar más rápido a abrirle la reja de ingreso. Se le lanzó encima, y la abrazó como si fuera un hijo al que lleva años sin ver.

–Livi, me estás ahogando –dijo Tina al sentir el abrazo apretado. La había visto envuelta en un mar de lágrimas, y al segundo saltando de emoción al verla. Livia estaba muy inestable, se dijo–. Vine a verte porque tu hermano me dijo que éramos vecinas –aclaró Tina, sin decirle que el hermano le había pedido que viniera a convencerla de que volviera con su marido. Supuso que esa parte no le caería bien.

–Es que desde que descubrí que somos vecinas me siento emocionada. Nunca me imaginé que vivíamos tan cerca. Podríamos ser amigas. Sabes las veces que he pasado por tu casa como si nada. Y allí vivías tú, mi ídolo. Si lo hubiera sabido, me habría quedado parada esperando para verte –dijo llena de entusiasmo–. Perdón, tú debes tener montones de amigas, y yo solo soy una fan tuya –aclaró.

–No tantas, Livia. Claro que podemos ser amigas.

–En serio. Imagínate lo que van a decir mis chismosas vecinas cuando sepan que soy amiga, nada menos que de Tina Martínez –dijo Livia.

Con esas palabras Tina descubrió cuán baja era la autoestima de Livi para querer alardear de su amistad con ella. Le sonrió, y se dijo que ella iba a ayudar a Livi a sentirse importante sin necesidad de tener a alguien como ella en su vida.

–Cuando fuiste a mi casa me dijiste que habías echado a tu esposo – dijo Tina sin darle vueltas al asunto.

–Tu problema es más importante que el mío, Tina. Mejor dime como lo estás llevando.

Otra vez se estaba menospreciando, pensó Tina con tristeza. Esa mujer no se quería nada. Tina se reprochó el estar pensando en sus teorías, puesto que las había tirado al tacho de basura, pero quizá no todas eran falsas, quizá solo le había errado al tema de la confianza. Ella ya no sabía que pensar de sus mantras pero Livia Valente se merecía probar cuán errada o acertada

habían sido sus palabras.

–Mi problema no es más importante que el tuyo, Livia. Yo estoy sufriendo por lo que me pasó. Tú estás sufriendo, y mi sufrimiento no puede ser mayor que el mío. Tú lloras por tu problema. Y yo lloro por el mío – aclaró Tina.

–Bueno, sí lloro. Pero yo solo he perdido a Adrián, y se me han ido mis hijos.

–¿Y te parece poco? Si a mí se me hubieran ido mis hijos, estaría mucho peor de lo que estoy –dijo Tina.

–Me dejaron para irse con su padre –dijo Livia llorando–. Se fueron con el traidor –aclaró.

–Livia, tú dejaste a tu esposo porque el mío me traicionó. Lo tuyo fue una suposición, y no quiere decir que él haya hecho lo mismo que Marcelo – dijo Tina.

–Es que tú no conoces a Adrián, Tina. Perdón, ven a sentarte al jardín y te traigo algo para tomar –dijo Livia–. Esto se lo voy a contar a todo el mundo. Imagínate cuando diga, estuve tomando una naranjada en mi casa con Tina Martínez –dijo Livia, y Tina se dijo que si lograba levantarle la autoestima a la hermana de Valente, ya podía darse por satisfecha con el resto de sus seguidores. Esa mujer era la más insegura que había conocido en su vida.

Mientras Tina veía a Livia entrar a la casa, pensó que algo bueno tenía que haber hecho para que tanta gente siguiera creyendo que no era una estafadora sino una estafada.

Livia regresó con una jarra de naranjada, dos vasos y un plato de galletas. Tina hizo honor a su hospitalidad y comió y bebió para que Livia se sintiera satisfecha.

–Que galletas deliciosas. ¿Son caseras? –preguntó Tina.

–Sí, es una receta de mi abuela, y a los chicos les encantan. A Adrián también –dijo Livia, y Tina vio que le brillaban los ojos.

–Habíamos quedado en que yo no conozco a Adrián. Lo echaste de la casa –dijo Tina.

–Si tu esposo te mintió a ti, ¿cómo no me va a mentir Adrián a mí!

–¿Y por qué iba a mentirte? –preguntó Tina sin entender su lógica.

–Él es un hombre muy interesante. Rubio, de ojos celestes, nariz patricia, una sonrisa matadora y tiene un físico envidiable. Y encima es muy agradable. Todas sus compañeras lo acosan. ¿Qué tengo yo, Tina? Mírame –y se señaló.

–Yo creo que tú tienes mucho más que él, sino no te habría elegido entre tantas mujeres que dices que tiene. Acaso nunca te has puesto a pensar en tus virtudes. O solo cuentan las de Adrián. Parece que él hubiera hecho un sacrificio al casarse contigo, y no creo que sea así.

–Bueno, él me dice muchas cosas lindas, pero sé que lo hace para conformarme y para tapar sus traiciones, porque supongo que me engaña con varias –dijo Livia convencida de sus palabras–. Está esa tal Juni, que parece una actriz de cine, y Luciana que se arregla como una modelo. No tengo dudas que lo han invitado montones de veces a tomar una copa.

–¿Él ha ido?

–Y cómo voy a saberlo. Tú no sabías que tu esposo te mentía. Yo tampoco lo sé.

–Pero quizá no te miente, Livia. Tu esposo no tiene que ser como el mío.

–Tú creías, y yo me sentía confiada porque creía en tus palabras.

–Es que no tienes que creer en mis palabras. Tienes que creer en ti, Livia. Eres tú la que tiene que lograr sentirse la mujer más hermosa del mundo. Eso se llama autoestima.

–Y qué autoestima puede tener un ama de casa que corre todo el día para satisfacer a la familia. Aunque corro al vicio porque ellos ni cuenta se dan de lo que hago. No dispongo de dinero mío, y termino tan agotada que solo me quiero ir a dormir, a pesar de que sé que al día siguiente me espera otro día igual –contó Livia–. Adrián llega de noche, agotado, pero siempre sonriente. Él disfruta de los chicos porque está un rato por día. En cambio, a mí me toca lo peor. Reniego con el baño, la comida, las tareas, con todo.

–¿Y no lo has conversado con Adrián?

–Para qué, si seguro que me va a decir que se mata trabajando para que no nos falte nada. Hasta mi hermana Gaby y mi hermano David me viven diciendo la suerte que tengo de tener un marido que trabaja como loco para que no nos falte nada.

–Tú también trabajas, Livi, solo que al no tener un ingreso nadie lo valora. Esa situación la soportan muchas mujeres que se desviven por sus familias. Ellos se acostumbran a tener todo servido, y no se dan cuenta del sacrificio que hay detrás de la ropa limpia, la comida en la mesa, el pan de la mañana, los niños bañados y listos para irse a la cama.

–Soy taxi, cocinera, jardinera, limpiadora, la mujer de los mandados. Y todo eso lo hago entre los espacios de tiempo que me sobran mientras voy y vengo con las actividades de los chicos. Al final del día estoy tan agotada que cuando mi marido me invita a tener una noche especial, tengo ganas de tirarle con los platos sucios de la cena, porque yo aún no he terminado mi rutinario día. En cambio, él llega y se tira muy relajadito en el sillón a ver una película con los niños, que es el único momento en que se quedan quietos porque ya agotaron todas sus energías –aclaró.

Lo bueno de esa conversación era que Livia había dejado de llorar, y ahora estaba más animada al saber que alguien la entendía. Lo bueno también era que se había olvidado de que estaba sentada con Tina Martínez. Livia en

ese momento había logrado ser el centro de la conversación, y ese era un gran avance.

–Y qué tal si te vas a divertir o te buscas un trabajo de medio tiempo.

–¿Y qué hago con la casa y los niños?

–Pasarle la pelota a Adrián, Livi. Cuando uno no hace las cosas, el otro las tiene que hacer –dijo Tina, y eso le hizo brillar los ojos a Livi.

–¿Tú crees? –preguntó con esa inseguridad que tenía.

–Estoy segura de que es la solución –dijo Tina. No era un buen método porque ella tendría que haberle levantado la autoestima y convencerla de hablar con Adrián, pero Tina tenía tantos problemas que resolver, que no tenía tiempo de ir convenciendo pasito a paso a Livia hasta que se sintiera una persona segura. Su método había sido como lanzar una bomba, pero supuso que a la hermana de Valente le vendría mejor un cambio drástico.

–¿Y si me engaña? Ya no le tengo confianza.

–En eso, amiga, ya no puedo ayudarte. He sido engañada, y ya no tengo respuestas. Quizá te engaña, quizá nunca te va a engañar. Lo importante es que tú te sientas feliz con lo que haces. Y si la casa y los niños te agobian, es momento de buscar a alguien que te ayude con todas esas actividades que te están arruinando la vida.

–¿Quieres que ponga una empleada en mi casa?

Tina asintió.

–Medio día por el momento. y tú, al igual que Adrián, te vas a trabajar en algo que te guste –dijo Tina.

–Dudo que a Adrián le guste la idea de que una extraña se quede con los chicos.

–¿Se lo has preguntado?

–No, pero él trabaja mucho para que yo pueda estar con los chicos.

–Si los dos trabajan menos, van a tener un tiempo más provechoso

con los chicos. Además, siempre hay una vecina de confianza que se gana la vida cuidando niños.

–Y dónde voy a conseguir un trabajo. Ya no soy joven, Tina.

–Amiga, hay trabajos por la zona. En la mercería de Clara estaban buscando una empleada medio día. También tienes el bar que está frente a la plaza.

–¿De camarera? –dijo Livia entusiasmada–. Eso a Adrián lo volvería loco. Te imaginas lo que sería que yo me mueva en un bar entre las mesas mientras Adrián se muere de celos al imaginar que los hombres me invitan una copa –dijo Livi, y largó una carcajada.

Eso era venganza por los años que ella había imaginado que se tiraba a sus compañeras, pensó Tina. También era autoestima alta al imaginar que tendría pretendientes. Vaya que el cambio drástico sí que estaba funcionando para Livi.

–Ves, ya tienes dos motivos para ir de camarera. Tendrías tu trabajo, y será Adrián el celoso.

Livia estalló en otra carcajada, y Tina no tuvo dudas que Livi con un trabajo se sentiría una reina.

–Pero tienes que hacerlo, Livi. No basta solo con imaginarlo o deseárselo –aclaró Tina.

–Por supuesto que lo voy a hacer –aclaró Livia, y se acercó para abrazarla–. Yo quiero hacer algo por ti, Tina. Quiero que te vaya bien, porque eres una persona generosa que nos ayudas a todos.

–Bueno, cuando se te ocurra algo, me dices, ¿eh! –dijo Tina riendo.

–El taller. Estoy pendiente de ganarme la entrada al taller. Ya entré a tu página y puse una foto de la taza que me regaló David –dijo Livia.

Tina no se había acordado del famoso taller y le temblaron las piernas. ¿Cómo podía dar un taller después de su debacle? ¿De qué iba a

hablar sin que el público estallara en carcajadas?

–Livi, yo no sé si podré dar el taller.

–Tonterías, claro que puedes. Tú puedes hacer todo lo que te propongas y salir victoriosa, porque no tienes maldad. Ahora mismo has venido a mi casa para ayudarme a arreglar mi vida. ¿Sabes lo que es eso para mí?, un gran acto de generosidad. Tienes muchos problemas y los dejaste de lado por mí –dijo emocionada.

Quizá tenía razón, aunque a Tina le costaba aceptarlo.

–Lo voy a pensar.

–Cata está tratando de conseguir una taza para poder ir –aclaró–. Está furiosa con David, porque no le trajo una taza para ella. Ha recorrido toda la ciudad, y aún no la ha encontrado. No puedes dejarnos sin el taller, Tina.

Eso la hizo reír. Otra hermana más furiosa con Valente. Y Cata debía ser peor que Livia, por lo que ella suponía.

–Pues yo tengo algunas tazas en mi casa. Pásate un día de estos y te la doy –dijo Tina, y se sorprendió porque era como si hubiera aceptado hacer el taller. Ni siquiera había pensado en las consecuencias. Pero si había un puñado de personas esperando su taller, ella se los daría, aunque solo hablara de que la confianza era la más grande de las mentiras, o que confiar era como sembrar el germen para el engaño. Le gustó la idea para el título de un libro lleno de sarcasmo, y se dijo que se lo iba a pasar por mail a David Valente para reírse un rato. Nadie mejor que dos engañados para disfrutar del sarcasmo. Y se dio cuenta que David y ella eran una especie de aliados en ese momento.

–Gracias, eso sería genial. Quizá podríamos tomar algo, como amigas –dijo Livi.

Tina asintió con una sonrisa.

–Por supuesto. Las amigas siempre toman algo y se cuentan sus cosas

–dijo Tina, y a ella le gustó la idea de tener a Livia Valente como amiga.

Cuando se marchó caminando por el barrio, sintió que no todo estaba perdido. Quizá no sería igual, pero la vida era un constante cambio, y eso no estaba mal. Ella había querido borrar de raíz el positivismo, pero estaba arraigado en su corazón y no encontraba la forma de arrancarlo. Su vida seguía girando en torno a sus ideas, aunque ya no era tan ingenua. Lo que tenía que hacer era usar su derrota para descubrir en qué se había equivocado.

CAPÍTULO 10

David Valente nunca fue un hombre de pensamientos positivos. Es más, desde que se divorció de Liliana se había convertido en un hombre en extremo negativo. Veía a las personas y se las imaginaba engañando a sus parejas, y eso lo había resentido para la vida. A veces creía que había perdido la capacidad de sentir, que ella se la había arrancado para siempre. No era un hombre sensible al dolor ajeno, ya demasiado tenía con sus problemas para compadecerse por los de otros. Él creía que nadie sufría más que él, era egoísta. Quizá porque antes del engaño tenía fe ciega en las personas, solo porque él nunca había engañado a nadie. La vida era compleja, difícil, y cada día tenía que lidiar con montones de inconvenientes como para estar pensando en lo que le pasaba al vecino. ¡Cómo si al vecino le importara un carajo lo que le pasaba a él!

Los días en la ferretería eran una forma de que pasara el tiempo haciendo algo. Su medio de subsistencia, no solo económica sino en la vida. Aunque pareciera triste, él ya no tenía una vida emocionante. Solo tenía un trabajo, y en algunas ocasiones se distraía con una reunión familiar o tomando algo en el bar con sus amigos para no llegar temprano a su solitaria casa.

Liliana le había robado las esperanzas.

Tina Martínez se las había devuelto.

A pesar de la calma de Tina Martínez, ella había entrado a su vida como un tornado, y él se sentía como si estuviera a punto de ser arrastrado por sus ideas, su empatía y su generosidad. Ella había devuelto la adrenalina a su vida. Su vida con Liliana había sido linda. Pero desde que conoció a Tina Martínez parecía un aventurero, porque saltaba al abismo constantemente. No

era un abismo real sino emocional, porque cada vez que leía algo de ella le palpitaba con brío el corazón. Y cuando ella le mandaba un correo, él sentía ansiedad por saber lo que le escribía, aunque no le respondía los mensajes porque no quería crear lazos.

Su vida había recobrado el sentido, su corazón había vuelto a latir. Sentía que la ferretería le ocupaba muchas horas, y a veces quería cerrar temprano solo para pasar por su casa y encontrarla en el jardín para tener la excusa de cruzar unas palabras con ella. Pero sus deseos lo asustaban, y había empezado a trabajar hasta las diez de la noche para no tener que caer en la tentación de ir a verla.

Ella le había devuelto la esperanza en las mujeres. Bueno, no en todas puesto que David solo pensaba en Tina Martínez, que seguía dando la cara, y los videos seguían apareciendo en las redes sociales a pesar de que ya habían pasado diez días de aquella cena en La Cueva.

La seguridad de Tina Martínez había regresado, y ella ahora se reía en público de sus propios errores. Esa falta de orgullo había influido en el cambio de David.

El móvil le sonó dentro del vaquero y lo sacó. Maldijo al leer el nombre de Liliana. Se sentía acosado por su ex desde que había salido el video donde sus hermanas contaban con desparpajo que era un cornudo. Incluso lo había llamado Fernando, su traicionero socio, para pedirle que parara los comentarios sobre ellos. Era una locura después de lo que le habían hecho. Él no les debía nada, eran ellos los que le habían robado su vida.

–Liliana, qué pasa ahora.

–¿Qué pasa? ¡Que esto no para más! Mis compañeros no me hablan. Así no puedo trabajar, me siento juzgada con las miradas que me dedican. Quiero mi vida tranquila de regreso, David, y tú me la vas a devolver –gritó Liliana. Estaba en uno de sus ataques de histeria. Durante el matrimonio él

los había tolerado porque la amaba. Pero la desvergüenza de ella ya no tenía límites.

–Tu vida de traicionera que ocultaste a tus amigos. No Liliana, todo lo que uno hace tiene consecuencias, y allí están las tuyas. Y no fui yo quien hizo público tu engaño –dijo David.

–Claro que fuiste tú al contarle todo a las lenguas sueltas de tus hermanas –gritó.

–Por supuesto que le conté todo a mi familia. Ellos me ayudaron, me sostuvieron cuando tú me engañaste.

–Nunca vas a terminar con este tema. Ya pasó un año, y sigues y sigues como si hubiera sido ayer –dijo Liliana.

–Deberías haber pensado en las consecuencias antes de engañarme, querida –dijo David con sarcasmo.

–Te voy a hundir, David. Voy a contar que en la cama eras un desastre. Que no sabes satisfacer a una mujer, por eso me tuve que buscar otro.

David sabía que lo iba a hacer. Ella, con tal de salvarse de los desprecios y las miradas despectivas de sus conocidos, sería capaz de decir cualquier cosa. Le cortó como venía haciendo en los últimos veinte días. Su cuñado le había sugerido que la bloqueara, pero aún no lo había hecho, como si no pudiera cortar con el lazo destructivo que todavía lo unía a ella, o con el pasado, o quizá solo era para no recuperar la confianza y volver a caer en el mismo error.

Pensó en Tina, y supuso que ella sería incapaz de llenar de mierda la vida de nadie.

Estaba en el escritorio que tenía tras la ferretería, indignado con las palabras de Liliana. Abrió el correo para leer los mails que le enviaba Tina y él no respondía. Era su forma de salir del negativismo después de cortar con

su exmujer.

De Tina Martínez

Para David Valente

Título “La confianza es el germen para el engaño”

Valente, fui a ver a tu hermana Livia, y entre todo lo que hablamos me surgió una idea mientras regresaba a casa. Pensé en compartirla contigo, puesto que eres el único que conozco que ha sufrido lo mismo que yo. Te has fijado que ya no uso esa palabra horrible, pero se me ocurrió que sería un título genial para un libro.

“La confianza es el germen para el engaño”. ¿Qué opinas? Yo regresé a mi casa muerta de risa.

Bueno, supongo que no me vas a responder. Ya me estoy acostumbrando a los monólogos. No sé ni para qué te escribo, quizá porque en el fondo creo que los lees.

¡La vida es una mierda, Valente! Y yo estoy tratando de bailar sobre la mierda para no revolcarme en ella. ¿Qué opinas de eso?

Tina

David opinaba que ella era la mujer más especial que había conocido. Opinaba que el marido había sido el hombre más estúpido del mundo al engañarla. Opinaba que si le respondía, caería rendido a sus pies y volvería a confiar, por eso solo saltaba al abismo con sus ocultas emociones. Ella era demasiado para él, que aún seguía sin salir de la mierda. Aunque con cada uno de sus correos David sentía como si le diera la mano y de a poco lo sacara del pesimismo.

Abrió otro. Ese era más viejo que el anterior.

De Tina Martínez

Para: David Valente

Título: ¿Seré la única que analiza sus errores?

Cuando te fuiste de mi casa te olvidaste de cerrar la reja. ¿A qué no te imaginas quien se filtró? No, no fue tu hermana Livia, que pasa todo el día para tratar de verme. Fue mi traicionero esposo.

Tuvimos una charla muy interesante. Él hablaba de una cosa y yo de otra. Parecíamos dos locos. Yo quería que reconociera que me había traicionado. Y él estaba convencido que no lo había hecho. ¿Sabes qué?, me sugirió que explicara que lo mío fueron celos infundados, puesto que su engaño solo había sido salir a cenar con su familia y su exnovia, por la que, según él, no siente nada.

¡Sigue enamorado de mí!

La vida es una mierda, Valente. Y yo estoy haciendo equilibrio para no caer en ella.

Tina

Ese era el correo que lo había dejado algo desconcertado. El tipo seguía enamorado de ella. Y ella lo había puesto entre signos de admiración, como si estuviera llena de esperanzas. David no tuvo dudas que iba a volver con él porque Tina era crédula por naturaleza. Ella había tenido un matrimonio feliz, y por más que dijera que no podía engañar a sus seguidores, cada vez que salía a hablar con ellos se parecía más a la Tina de la conferencia. Para qué contestar si ella en poco tiempo retomaría su vida matrimonial, sus libros, conferencias y talleres.

La vida le estaba dando a Tina Martínez una segunda oportunidad, y ella la iba a tomar porque no era rencorosa. Su vida entera era lo que predicaba. Sin esa vida, Tina Martínez estaría muerta en vida.

Abrió otro de sus correos.

De Tina Martínez

Para David Valente

Título: Y tendré que dar el taller

Valente, han entrado tantos seguidores a mi página, a pesar de mi caída, todos con las fotos de sus tazas. Es algo emocionante y triste a la vez. He pensado y pensado, y no puedo defraudarlos. Ese sorteo para el taller fue antes de mi caída.

Daré el taller, David, y como tengo tazas en casa, le he dado tres a Livia, una para Cata, otra para Gaby, y la otra es por si alguno de ustedes quiere ir. Ya sabes que no obligo a nadie a estar en mis charlas. Pero sería lindo verte por allá, me sentiría acompañada. Tenemos algo en común, David.

¡La vida no es tan mierda! Ya bailo bastante bien, y en los últimos días casi no me he caído en ella.

Tina

Todos sus mensajes eran cortos pero muy inspiradores. Si no le hubiera mandado el primero donde le contaba que el marido seguía enamorado de ella, quizá habría ido a buscar una de esas tontas tazas que tenía Livia.

Pero para qué desperdiciar un lugar en alguien que no creía en eso. Era mejor que se lo ganara la gente que necesitaba sus palabras. Él solo iría para verla y para saber qué haría de su vida, no para escuchar sus mensajes alentadores. Y verla resplandeciente, contando que volvería con su esposo era algo que no podría tolerar. No ahora que él estaba saliendo de su propia mierda. Mejor mantenerse al margen, se dijo.

Hoy era el día del famoso taller, y él pensaba quedarse hasta cualquier hora en la ferretería para no pensar que estaría diciendo Tina a sus seguidores. Ella iba a dar una explicación de lo que había pasado, pero a David le interesaba la otra parte, es decir, lo que haría de ahora en adelante.

Salió de la trastienda y entro a ese mundo de estantes hasta el techo, lleno de divisorios con clavos de todo tipo, tornillos, arandelas, repuestos

para esto y aquello. Miles y miles de cosas pequeñas que compraba la gente para arreglar sus casas o poner algún artefacto. Cola de pegar, cinta aisladora, cinta de enmascarar, cajas de electricidad, cables y cientos de etcéteras. Ese no era su mundo. A David tantas pequeñas cosas lo agobiaban. No le gustaba atender a los clientes que venían con sus artefactos rotos a buscar algún repuesto. Era un negocio de millones de soluciones.

Él había tenido una empresa de diseños. Fernando y él se habían recibido de diseñadores gráficos y se pusieron a trabajar juntos. Tenían una clientela que se habían ganado con siete años en el rubro, y los dos habían formado un buen equipo. David se olvidaba del mundo cuando trabajaba creando un logo o una etiqueta para algún producto, y a Fernando se le daba mejor la parte comercial. Los dos habían logrado una empresa productiva. Pero hasta eso había perdido cuando lo engañaron. Fernando no solo se había quedado con su esposa sino también con la empresa. Y él había agarrado el dinero que le ofreció y se había ido sin decir una palabra. Su idea había sido dar un giro de ciento ochenta grados por eso había adquirido la ferretería. Pero esa vida nueva era una mierda, y él no sabía bailar como Tina Martínez, él se arrastraba en ella.

–David, a qué hora vas a cerrar –preguntó una clienta que venía seguido a buscar repuestos de cualquier cosa. Era una divorciada de su edad, que se vestía con esmero y se maquillaba de forma exagerada, y David sabía que estaba buscando una relación más allá de la ferretería. Pero a él no se le movía un pelo.

Él miró a su empleado más joven, un chico que acababa de salir de la escuela y lo había contratado porque mostraba un entusiasmo desmedido. El chico le guiñó un ojo y se le escapó la risa.

–En una hora –dijo David, cambiando sus planes de quedarse a pasar la noche allí para no pensar en Tina. Prefería pensar en ella antes que soportar

las indirectas de Macarena, que se instalaba allí como si estuviera de picnic en el negocio.

–Qué pena. Tenía la noche libre, y pensé que podía hacerte compañía –aclaró, y como por accidente se inclinó para que él le viera los pechos bajo la camisa con varios botones desabrochados.

En ese momento entró Adrián. David se asombró al verlo porque llevaba una semana llamándolo para ir a tomar un café y él le ponía miles de excusas, algo raro ya que siempre estaba disponible. Lo había atribuido a la melancolía que sentía al estar separado de Livi, pero al ver que por detrás entraban sus dos sobrinos dándose trompadas, supuso que más que melancólico estaba agotado. Adrián tenía ojeras, el pelo todo parado y una mancha de helado en la camisa blanca.

–Vaya sorpresa que me has dado –dijo David, y sonrió al verlo en tan deplorable estado.

–Estoy hecho pelota. Tú no estás enterado porque hace una semana que no sabes nada de la descocada de tu hermana. Pero me tiene todo el día de niño –y señaló a sus hijos–. A Livi se le ha dado vuelta la cabeza, y es culpa de la famosa Tina Martínez –aclaró.

–¿A mamá se le dio vuelta la cabeza, papi? ¿Ella mira por la espalda? –preguntó Lauti, el menor.

–No seas tonto. Papá quiere decir que se ha vuelto loca –aclaró Marco a su hermano.

Adrián se quedó mirando asombrado a su hijo mayor. Lauti también lo miraba con la boca abierta. David sonrió. Los dos eran iguales a su padre, rubios y de ojos celestes. Preciosos, pero el menor era tan espontáneo y exagerado como su madre, y eso era un gran defecto.

–¡Loca! Mi mami está loca –gritó Lauti.

–No, hijo, no está loca. Aunque le falta poco para estarlo –aclaró

Adrián, y Lauti soltó el aire aliviado.

Eran simpáticos.

–¿Y cómo es eso de que se le ha dado vuelta la cabeza? –preguntó David.

–Se ha conseguido un trabajo por la tarde en el bar que hay frente a la plaza. ¿Puedes creerlo? ¡En un bar! Y mueve el trasero mientras camina entre las mesas con ese vaquero apretado que ahora ha decidido usar. Se ha cortado el pelo por arriba del hombro para que se le vea el tatuaje de una mariposa que se hizo en la espalda.

–¿¡Estás hablando de Livi!?! –preguntó y admiró David.

–Sí, mamá tiene un tatuaje –gritó Lauti–. Y me dijo que cuando sea grande me puedo hacer uno. Pero ahora tengo este –y le mostró a su tío un tatuaje lavable de un auto que tenía en el brazo. Después se puso a saltar con las manos en alto, y al rozar una caja de clavos se desparramaron por el piso.

–Lauti, mira lo que has hecho –dijo Adrián.

–Y si los juntan entre los dos –dijo David sin darle importancia.

–Yo no los tiré, tío –aclaró Marco.

–Pero es lindo acomodar clavos –dijo David.

–¿Después puedo jugar a la ferretería? –preguntó Marco.

–Claro –dijo David, y los dos se sentaron a juntar los clavos–. Parece que hay algunos cambios –dijo David a Adrián.

–Si fueran algunos no tendría problema. Pero ha cambiado todo sin consultarme. ¡Trabaja en el bar de cuatro a diez de la noche! ¿Puedes creerlo? A la noche está lleno de tipos solos que buscan un ligue, y ella allí con esa ropa que le marca todo –aclaró sin entrar en detalles–. Como se le antojó trabajar de tarde, tengo que salir del trabajo para llevar a los chicos a tenis, a inglés y a todas las actividades donde los ha metido. Estos chicos van a quedar estresados cuando termine el año. Y yo ni te cuento. Corro de un lado

a otro como si no tuviera trabajo en la empresa. Mis jefes me han dicho que solucione el asunto o deje las horas extraordinarias, porque me pagan y nunca estoy.

–Es decir que Livi se hizo un tatuaje, se cortó el cabello para que se lo miren, se calzó la ropa ajustada, se fue de camarera al bar y te encajó a los chicos –dijo David.

–¡No solo eso! Los chicos duermen conmigo, por lo que tengo que prepararles todas las noches el baño y levantarlos todos los días para ir a la escuela. Ella los busca al medio día. ¡Qué sacrificada! Solo los busca porque queda agotada por las noches, y dice que no se puede levantar tan temprano para llevarlos. Los tiene hasta las cuatro y se va a mover las caderas al bar. ¡No puedo creer el cambio! Era una madre dedicada, una esposa atenta y una excelente ama de casa. Ahora, según los chicos, la casa está patas para arriba. Juguetes por todos lados y hasta tangas hay colgadas del velador. Y eso, mi querido cuñado, quiere decir que se está levantando hombres en el bar. Cobra un sueldo y encima consigue citas –gritó Adrián.

David estaba asombrado, no solo de la reacción de Livia, sino por todo el trabajo que antes había hecho ella, y ahora le tocaba a Adrián. A una semana de los cambios y Adrián ya estaba para que lo internaran en el loquero. ¿Eso había soportado Livi desde que estaba casada? Bueno, ella no trabajaba, salvo arreglando un poco la casa, y no debía ser tan complicado como lo que estaba viviendo Adrián. ¿O sí? Quizá era complicado, por eso siempre estaba tan alterada. Quizá ese trabajo sin paga le había dejado la autoestima por el piso.

–Y todo esto se lo recomendó la gran Tina Martínez, que estuvo de visita en mi casa y le llenó la cabeza de ideas de independencia, de libertad y de compartir las tareas. Como si yo no tuviera suficiente con mi trabajo –aclaró Adrián.

David vio de reojo que sus sobrinos habían sacado tornillos de distintas cajas y los estaban poniendo en fila como si fueran soldaditos. Flor de lío estaban haciendo los dos.

–Gabriel, podrías ayudar a los chicos --dijo David a su empleado. Este miró horrorizado la mezcla de tornillos, y fue a desgano a cumplir con el pedido.

–Me estás escuchando, David. ¿Te das cuenta lo que está haciendo Livi? Me está empujando a los brazos de otra mujer –aclaró Adrián.

–No creo. Ella se está independizando un poco de la casa.

–Pero si lo tiene todo. Se lo doy todo –gritó Adrián–. Yo no sirvo para esto, David. Nuestra familia funcionaba perfecta. Si quería ir a cenar, la llevaba a cenar. Si quería ir un fin de semana a descansar, la llevaba a descansar. Si quería ir al cine, la llevaba al cine –aclaró–. Pero ahora ella quiere su tiempo y su dinero, como me dijo Cata, puesto que no habla más conmigo. Nunca le he negado dinero –gritó.

David pudo ver cómo estaba quedando Adrián después de pasar una semana atendiendo a sus hijos, y se imaginó el desgaste de Livi que llevaba doce años de casada, doce años dale y dale correr de acá para allá, pero no dijo nada porque supuso que su hermana quería que su esposo entendiera el agotamiento que sentía.

–Renuncia a las horas extras y todo te será más fácil –dijo David.

–¿La estás apoyando en la locura?

–Adrián, es solo un trabajo, y quizá le haga bien –aclaró.

–A mí no me hace bien –dijo Adrián sin entrar en razón–. Lauti, bájate de esa escalera que te vas a romper la cabeza.

–No me la voy a romper –gritó, y subió más alto.

Adrián salió corriendo, se subió a la escalera y se puso a hablar con su hijo para que entrara en razón. El mayor, Marco, estaba desarmando las

canillas para descubrir cómo funcionaban, y David lo dejó que investigara.

Después de diez minutos de “bájate de ahí”, y “no me voy a bajar”, lo convenció cuando le prometió que lo llevaría a tomar un helado y a correr un rato por el parque.

–¡Vamos a ir al parque! ¡Vamos a ir al parque! ¿Al gusano, papá? – preguntó Lauti.

–Sí, sí, a donde quieras –dijo Adrián, y se pasó la mano por el cabello despeinado. Estaba histérico, y David sonrió porque los chicos no se le daban muy bien.

–Bien –gritó Lauti y comenzó a girar, tumbando con sus movimientos varias cajas con mercadería–. ¡Oh! Lo siento tío, pero ya no lo puedo levantar todo porque me voy al gusano –aclaró.

Adrián ya lo había cargado sobre sus hombros para que dejara de tirar todo. Su cuñado tenía el traje torcido, la camisa salida del pantalón y toda manchada. David no tuvo dudas que era el segundo helado que les iba a comprar para que dejaran de hacer travesuras.

–Si sigues convenciéndolo con helados esta noche vas a pasarla en vela mientras él llora por dolor de panza.

–Ni lo digas –dijo Adrián–. La madre sentada escuchando las idioteces de Tina Martínez, y yo acá volviéndome loco en lugar de estar haciendo dinero en el trabajo.

–¡Son tus hijos! ¿Por qué no los disfrutas? –dijo David.

–Si quieres te los dejo una semana para que veas lo que son –dijo Adrián.

–Bueno, no son míos, y están malcriados por ustedes –dijo David.

–Ahora me los llevo al parque, y de paso voy a espiar a Livi.

–¿Livi no está en el taller? –preguntó David, no porque le importara donde estaba su hermana, sino porque quería averiguar algo de la escritora,

que había generado el caos en la vida de Adrián, pensó y por poco se le escapa una carcajada.

Eso hacía ella en él, cambiarle el humor constantemente.

–Según tu madre le subieron tantas fotos con tazas y esas idioteces, que decidió aceptarlos a todo. Y como eran muchas personas, se las llevó al parque para dictar ese taller de mierda que está rompiendo todos los matrimonios felices.

David arqueó las cejas.

–¿Y eso? –preguntó David.

–Y eso es la consecuencia del escándalo del restaurante. Ahora todas las mujeres dudan de sus esposos y... Todas quieren ir al taller para ver qué estupidez dice –dijo Adrián.

–Te acompaño, así las espiamos desde lejos –dijo David.

–¿Eh, jefe, puedo cerrar ya? –preguntó Gabriel.

–Recoge todo el lío de mis sobrinos, por favor –dijo David–. Mañana te pago un extra –aclaró, y él chico se mostró entusiasmado.

CAPÍTULO 11

David y Adrián parecían dos delincuentes escondidos tras un árbol. David espiaba a Tina, y Adrián a Livia.

–Parece una mujer libre e independiente, no la esposa ejemplar y madre dedicada que yo conocía –dijo Adrián al ver a su mujer con una camisa ajustada de mangas cortas y un vaquero gastado, mostrando su figura como si fuera una soltera en busca de candidatos.

Era cierto, pero David solo tenía ojos para Tina, que también estaba vestida de manera informal, con vaquero y sudadera suelta. Un estilo casual nada sexy, pero a él se le habían disparado los latidos.

Marco se había trepado a la punta de un árbol. Lauti, que siempre quería hacer lo mismo que su hermano, empezó a trepar y en un parpadear quedó colgado de una pierna.

–Papá, Lauti se va a matar –gritó Marco, y Adrián salió corriendo a rescatarlos. Trepaba una rama y otra a una velocidad alarmante tratando de llegar a su hijo, que no paraba de gritar. Cuando lo alcanzó el niño se aferró de su cuello. David respiró aliviado y sonrió al ver el estado de su cuñado. No solo tenía manchas de helado en la camisa y la corbata dada vuelta, sino que el traje se le había rajado en varios lados.

Tina se giró al lugar de los gritos y al ver a David esbozó una sonrisa.

Livia también se había girado hacia los gritos, y Cata se levantó de un salto para ir a rescatar a su sobrino, pero su hermana mayor, al ver que Adrián ya había llegado a Lauti, la agarró de la pierna y la obligó a sentarse para seguir escuchando.

Al final, el único que se pudo quedar a escuchar fue David, porque Adrián tuvo que irse con los dos niños a un lugar menos peligroso, según le

dijo. David supuso que eso sería sentarlo a comer el tercer helado del día, o llevarlos a la casa de su madre y pedir a gritos que los cuidara un rato. Qué vida dura había tenido Livia, se dijo al ver a su pobre cuñado corriendo todo el día de acá para allá. Era una lección que Tina seguramente le había aconsejado a su hermana.

–¿Se cree una cornuda? –preguntó un hombre a Tina.

David frunció el entrecejo ante semejante grosería frente a todos sus seguidores. Tina no, ella lo miró sin expresión en el rostro y le respondió.

–No, señor. Me creo una mujer honesta, y creo que mi esposo fue egoísta al traicionar la confianza que tenía en él. ¿Usted ha sido cornudo o traicionero? –preguntó Tina.

–Ese no es asunto suyo –dijo el hombre.

Los murmullos ante el grosero comentario no le permitían a Tina seguir con el taller. Aunque no era un taller, como todos habían creído, sino una forma de dar la cara a la gente que había adquirido las tazas con la ilusión de ganarse la entrada. Ella había venido a responder todas las preguntas que ellos quisieran hacerle.

–¿Va a seguir publicando libros? A mí me gustaría que sacara un libro sobre el positivismo y la confianza –dijo una mujer.

–Los dos libros ya están, y todos ya saben que el de la confianza, el que me hizo famosa, me ha demostrado que estaba equivocada.

–¿No confía en nadie? –preguntó una mujer.

–Ahora no, pero tampoco quiero generalizar. En este momento estoy enojada y me cuesta analizar el tema con objetividad. Quizá acá hay muchas personas que nunca han traicionado a nadie –dijo Tina con sinceridad.

–¿Y cree que si nos amamos el resto de las personas nos van a amar?, porque para mí eso es una mierda –dijo una mujer–. Yo amaba a mi marido y él se fue con otra.

–Si te amas puedes dar amor, pero si el otro no se ama no te lo podrá devolver. Todo parte del amor a uno mismo.

–Y si me amo y me enamoro de alguien, pero ese alguien no me ama –preguntó una jovencita.

–Será que no es el hombre para ti.

–Sus teorías son una mierda. Se están cayendo todas –dijo una mujer mayor.

–Creo que tienes razón. Yo he experimentado en la piel que la vida no se basa en teorías, sino en acciones. Que no podemos influir en todas las personas –dijo Tina, y miró a David–. Que la vida es un constante cambio, y que yo, sin querer, los he convencido de que podían ser felices repitiendo mantras. Pero miren cómo me fue –hizo énfasis en la última frase–. A pesar de mi fracaso no dejen de quererse. No hagan como hice yo, no se convenzan con palabras bonitas de que todo está bien. Pero crean que ustedes valen. Él otro ya es un asunto aparte. Yo confío solo en mí –dijo Tina, y miró a la gente–. En nadie más. Y voy a salir adelante sin sacar nuevos libros que se venderían como agua después de mi discusión con mi esposo en La Cueva. Voy a salir adelante a pesar de que no confío en nadie.

–¿Y eso qué quiere decir?, que ya se llenó de dinero y ahora, porque le fue mal, se va a buscar dinero a otra parte –dijo una mujer, que parecía indignada.

–Eso quiere decir que no puedo seguir con mi vida anterior porque se derrumbó –dijo Tina, y David vio que le brillaban los ojos.

–Algo debe haber que sirva de todas sus palabras –dijo un hombre a la desesperada.

Ella se quedó mirándolo durante un largo rato. Ese hombre y todos necesitaban su apoyo, pero ella no podía seguir hablando de mantras.

–Quizá ese algo es que la vida no es fácil. La vida no es un libro. La

vida tiene momentos buenos que hay que disfrutar y malos que hay que campear, como si fuera un temporal –dijo Tina.

–Tú me dijiste que saliera a trabajar para sentirme mejor, y lo hice –dijo Livia–. Me siento fantástica. Soy otra persona. ¿Por qué no le dices a las personas lo que tienen que hacer, Tina? –dijo Livia.

A David se le anudó la garganta, no porque Livia se sintiera feliz, sino porque le estaba pidiendo a Tina Martínez que arreglara la vida de todos los decepcionados que estaban allí. Esa era una carga muy grande para Tina.

–No puedo decirles a cada uno lo que tiene que hacer. Solo puedo decirles que si donde están no son felices, traten de salir de su zona de confort y busquen algo que los haga sentir realizados. Pero para eso primero tienen que quererse, porque quien no se valora no va a estar bien en ningún lado –dijo Tina.

–¿Y usted que va a hacer a partir de ahora? –preguntó una mujer.

–Yo... Bueno, no estoy muy segura. Mi vida está un poco complicada. Tengo una deuda con la editorial por incumplimiento de contrato. Ya está lista la demanda de divorcio. Como mi marido es abogado quizá me ponga algunas trabas. Después de eso supongo que tendré que vender mi casa para pagar todos los gastos. Y luego me buscaré un empleo que me guste para poder vivir.

David sintió que se le cerraba la garganta. Ella había ido a dar la cara, y había dejado que la escupieran, pisotearan, insultaran, para terminar contando que lo había perdido todo. Ella se estaba despidiendo de su mundo, de su gente y de sus creencias, y él sintió bronca, porque era una persona buena y había caído de muy alto sin merecerlo.

¡Está enamorado de mí!, le había escrito Tina en uno de sus mails, y David había creído que estaba feliz al saber que su esposa la amaba, pero la exclamación de Tina había sido una ironía.

–¡Eso es muy injusto!

–La vida no siempre es justa. Y la ciega he sido yo –aclaró Tina.

–Eso es sacarle las culpas a su traicionero esposo –dijo una mujer.

David veía el don que tenía Tina para, con pocas palabras, transformar el enojo de la gente en apoyo, ya que ahora todos sentían el mismo dolor que ella por su pérdida.

–Tenía una venda en los ojos. Hubo indicios, pero no los quise ver, y creo que fue porque tenía miedo de que mi vida se derrumbara –dijo Tina, y rió–. Fui muy idealista –aclaró.

Era tan sincera que nadie estaba en su contra.

–Sus libros se siguen vendiendo como agua. ¿A qué lo atribuye?

–El marketing, mi querida señora, funciona de forma asombrosa. Las ventas son por curiosidad, y la editorial está explotando el momento. Yo no –aclaró Tina.

Las preguntas siguieron durante media hora más, pero ya nadie la atacó. Ella tenía razón en muchas cosas, su actitud honesta y su forma positiva de ser, aun en los peores momentos, generaba empatía en la gente.

Muchos le pidieron consejos y ella se los dio. Muchos le pidieron que siguiera con la página, y se negó. Algunos le preguntaron si le podían mandar un correo para hacerle preguntas y les dijo que sí, aunque aclaró que no sabía si se las podría responder de manera correcta.

Sin orgullos, sin altivez y con toda la humildad del mundo, Tina Martínez terminó el interrogatorio ovacionada por su gente, los que la admiraban y los que habían ido a atacarla.

David cada vez sentía más cosquilleo en la nuca. Era ya algo que se había convertido en parte de él desde que había conocido a Tina Martínez. Se frotó la nuca como hacía siempre, para tratar de apartar la sensación, pero fue imposible.

Esperó en un rincón, sin molestar, como un mero transeúnte que había pasado por el lugar y se había quedado alejado escuchando.

Solo quedaban unas diez personas en el lugar. La mayoría se había ido, incluso sus hermanas habían desaparecido. David no tuvo dudas que cuando su sobrino se quedó colgado del árbol ellas solo habían visto a Adrián que corría a rescatarlo, sino se habrían acercado a él para obligarlo a acercarse a su fan. Él ya no se sentía obligado a acercarse, al contrario. Tenía que aferrarse al árbol para no salir corriendo a abrazar a Tina Martínez. La mujer que quería cambiar el mundo.

Tina sí lo había visto. Cada vez que miraba al público se cercioraba de que él seguía allí. La frialdad de los ojos de Tina a David le hizo suponer que estaba decepcionada porque no él le había respondido los correos.

Diez minutos más tarde ella se quedó sola en medio del césped, mirándolo sin decir nada. David seguía apoyado en el árbol y levantó el dedo gordo en señal de aprobación a su aparición pública. Ella le sonrió apenas y se encogió de hombros, como si esa charla no hubiera sido gran cosa.

David dejó su postura relajada y caminó hacia ella.

–Me gustaría aplaudirte, pero si te aplaudo vas a creer que estoy festejando que tu vida se fue al traste, por eso no lo hago.

–¿Y por qué serían los aplausos, Valente? –preguntó Tina.

–Por tu entereza, tu humildad y tu honestidad hacia tu gente. Por tu valor, por... porque nunca he admirado a una mujer como te admiro a ti, y porque has convertido a un resentido en un hombre mejor –dijo David, y sonrió al ver que ella lo miraba con la boca abierta.

–Qué lástima que logré convencerte con mi derrota –dijo Tina cuando reaccionó.

–Así somos los escépticos –aclaró David.

–En eso tienes razón. Hoy había varios que vinieron a atacarme, y se

fueron deseándome suerte –dijo Tina, y largó una carcajada.

–Gracias por ayudar a Livia. Aunque te digo que no sé si con tu ayuda has despertado a un demonio. Adrián no está muy contento de correr todo el día con los niños de acá para allá. Ha tenido que aflojar un poco en su trabajo –aclaró David.

–Ya vi lo mal que se le da espiar a su esposa y cuidar de sus hijos. Uno de los niños por poco se rompe la cabeza al caer del árbol –aclaró Tina.

–Sí, fue mala suerte que vieran solo cuando se le da mal. Aunque la verdad es que se le da mal todo el tiempo, solo que no corren tanto peligro.

–Son muy lindos tus sobrinos.

–Espera a tenerlos una semana y ya vas a cambiar de opinión –dijo David.

–Tu cuñado es un hombre muy interesante. Ahora entiendo las inseguridades de Livi. No las justifico porque ella es una mujer hermosa, y ahora luce radiante y segura desde que empezó a trabajar –aclaró.

–Ahora tendrás que hablar con Adrián, puesto que tiene todas las inseguridades y quejas del mundo –dijo David, y Tina largó una carcajada.

–No te puedo creer –dijo, y volvió a reír. Una risa espontánea que a David le agradó—. Si hablo con él, capaz que va y se busca alguna de esas compañeras a las que Livi les tiene tantos celos –dijo, y volvió a reír. David se contagié, y la risa de los dos llenó de alegría el lugar donde Tina se había despedido de su vida pasada.

–Un nuevo comienzo –dijo David.

–¿Cómo? –preguntó Tina desconcertada.

–Acá te despediste con los ojos llenos de lágrimas. Y ahora los dos nos estamos riendo, es algo así como volver a empezar –dijo David.

–Sí. Pero no puedo volver a empezar –dijo Tina—. Ya no sé quién soy –aclaró.

–Yo te podría definir –dijo David, y ella arqueó las cejas–. Eres un alma positiva, un espíritu luchador, una guerrera cuya arma es la nobleza, porque prefieres perder una batalla antes que herir a una persona. Generosa. Íntegra. Respetuosa del prójimo. Una líder. Una mujer hermosa que me ha quitado el resentimiento –dijo David.

A Tina se le llenaron los ojos de lágrimas ante tantos halagos.

–Es un poco exagerado –dijo con la voz entrecortada.

–Me has rescatado a mí, que ni siquiera quería que lo hicieran – aclaró.

–Eso es muy generoso de tu parte. Te aclaro que no era mi intención – dijo Tina.

–Que te parece una cena para celebrar tu admirable retirada –dijo David.

Tina recordó el día que quiso festejar el éxito de su conferencia con Marcelo, y él la rechazó con excusas.

David Valente, el hombre que parecía no sentir empatía por nadie, la invitaba a celebrar su derrota. O el volver a empezar, como lo había definido él buscando palabras positivas para minimizar la derrota. A Tina le gustó su cambio, y asintió.

–Sería un lindo comienzo –dijo Tina–. Por cierto, me quedé decepcionada cuando no respondiste mis correos. Eras la única persona a la que le contaba lo que me estaba pasando.

–¿No tienes amigas? –preguntó sorprendido.

–Sí, Carla, que fue quien me rescató en La Cueva. Pero ella está más enojada que yo, por lo que no le cuento mucho. El día que regresamos se quedó a dormir en mi casa porque creía que me iba a suicidar –Tina rió–. Tomó tanto alcohol que yo la tuve que consolar a ella.

David rió.

–Vaya con tu amiga –dijo David–. No respondí porque interpreté mal uno de tus correos. Creí que habías vuelto con tu esposo, y no me pareció correcto estar en el medio. ¡Me dijo que está enamorado!, creo que eso me escribiste, y yo creí que estabas exultante con sus palabras.

–Era furia –dijo Tina, y lo miró con ternura–. Y si hubiera vuelto con él, ese no sería motivo para dejar de hablar. Yo me contacto con muchos hombres por correo. Muchos me piden consejos, me cuentan cómo les va en su vida. Bueno, hablaba –aclaró.

–Pero yo no soy uno de los tantos. Yo soy especial –dijo David orgulloso, y ella largó una carcajada.

–¡Tú sí que tienes ego, David Valente!

–Algo, pero también tengo los pies en la tierra y sé que no estoy a tu altura –dijo David con sinceridad.

–¿A mi altura para qué?

–Para hacerte olvidar de tu esposo –aclaró David.

–Por Dios. ¿Te estás escuchando? –preguntó Tina–. Eso es ridículo –aclaró, y al ver que él fruncía el entrecejo, ella comprendió que la había interpretado mal–. No es lo que piensas.

–No, claro. Es porque recién te estás divorciando –dijo David para evitarle el momento incómodo–. Bueno, cena conmigo como tu amigo y confidente –aclaró.

–No te hagas ilusiones conmigo, David.

–No, Martínez –dijo David.

Él le tendió la mano y ella la aceptó. El impacto los dejó mirándose durante demasiado tiempo. David rompió el contacto y comenzó a caminar hacia un bar de comidas rápidas que había en la zona del parque.

El silencio seguía siendo cómodo mientras recorrían las pocas cuadras. A Tina comenzó a sudarle la mano, y se dijo que era por el calor de

esa noche, aunque sabía que era una pobre excusa para no admitir que sentía algo por ese sinvergüenza que se había metido en su vida desde el día en que lo conoció.

–¿Y qué vas a hacer? A la gente le dijiste que no sabías, pero creo que tienes un plan –dijo David–. Si estás buscando empleo te puedo contratar en mi ferretería. No hay mucho glamour allí, pero hay clientas que vienen todos los días a acosarme, y me ayudarías a espantarlas –aclaró.

Tina otra vez rió de su comentario.

–Es decir que tú eres una especie de Adrián –comentó.

–No. Yo soy divorciado y sin compromisos –aclaró David.

–No te tengas en tan baja estima que eres un hombre muy interesante –dijo Tina, y se tapó la boca con la mano libre–. ¡Qué estoy diciendo! –se reprendió.

–Ya me parecía a mí que me mirabas a hurtadillas. Me gusta –dijo David, y sonrió al verla ruborizada. Vaya, Tina Martínez era más humana de lo que aparentaba. Tina Martínez se dejaba envolver por esas tontas emociones de los rubores en las mejillas, y eso le gustó–. Me gusta que te ruborices, pareces más como el resto de la gente.

–Soy como el resto de la gente –dijo Tina.

–No, estás más arriba aunque no te guste –dijo David.

–Eso es ridículo. He caído como si me hubieran lanzado de un avión –dijo.

–Pero supiste volar antes de tocar tierra. Sigues arriba, Martínez, inalcanzable –aclaró.

–Mejor te cuento qué voy a hacer así dejas de divagar –dijo Tina–. Nada del otro mundo. Solo me voy por un tiempo –aclaró.

–No, eso no es cierto –dijo David, y Tina sintió como se tensionaba la mano de David que estaba unida a la suya –. No te vas a ir –dijo David

perdiendo la serenidad.

–David, voy a ir a ver a mi abuela que vive en el campo –dijo Tina–. Ella me crió desde los ocho años, cuando mi familia murió en el accidente. No tenemos una relación muy linda. Es una mujer poco afectiva, pero me crió y...

–Y si no es afectiva, ¿para qué vas a ir en este momento? –preguntó David–. Yo podría ayudarte más que ella. Livi podría ayudarte más que ella. Toda mi familia podría ayudarte si lo quisieras.

–Ella es mi familia, David –dijo Tina.

–Mi familia no es como la del idiota de tu marido. Mi familia es buena gente –dijo David.

–Mi abuela está grande. Quiero ir a verla. Quiero estar con ella –dijo Tina, y se le anudó la garganta. Él le estaba ofreciendo su familia, algo que ella siempre había añorado. Él le estaba ofreciendo empezar de nuevo. Sintió que estaba perdiendo a alguien por quien valía la pena correr riesgos, pero ella ya no tenía ganas de volver a empezar. No quería ser un perro abandonado al que le daban cobijo. Ya lo había sido, y así le había ido. Ella necesitaba alejarse del mundo que había creído perfecto para tener los pies sobre la tierra. El mundo perfecto solo había sido una ilusión.

–¿Dónde está ese páramo al que te piensas ir a esconder? –dijo David. Habían llegado al restaurante y se habían sentado en una de las mesas de afuera, bajo las hojas de una palmera.

–No es tan páramo. Hay unas cien casas. Una calle central, una plaza, una iglesia y una proveeduría que trae cada dos días productos frescos.

–Pinta muy emocionante –dijo David–. Pero no me dices dónde está –aclaró.

–¿Acaso piensas ir a visitarme? –preguntó Tina.

–Si no aguanto sin verte, sí –dijo David–. Antes de conocerte solo

pensaba en la mierda que era la vida. Ahora solo pienso en volver a verte – dijo David con sinceridad.

–Solo hace un mes que descubrí que Marcelo me engañaba –dijo Tina a modo de explicación.

–Y creo que te dolió más perder tu vida que perderlo a él –dijo David enojado.

–Eso es muy injusto.

–Pero es verdad –dijo David–. No lo amabas como creías. Lo idolatrabas a él y a su familia. Lo idealizaste, Martínez. Por eso se te cayó el mundo.

Tina agachó la cabeza para que no viera sus lágrimas, porque en el fondo él tenía razón. Todo había sido mágico en su imaginación. La realidad estaba oculta tras sus palabras positivas, que eran la que la convencían de que todo era perfecto. Pero la vida no era así, y ella debería haber reaccionado, debería haber salido del limbo como le dijo alguien, aunque no recordaba quién era.

–Él prefería estar con su exnovia y tú lo aceptabas. Si hubiera sido amor habrías hecho un escándalo. Tú, mi querida gurú, te tratabas de convencer de que todo era perfecto.

–Basta, David. No tienes derecho a decirme todo esto. Es cruel –dijo Tina, se levantó para marcharse, y David la tomó del brazo y la sentó en su regazo.

–Lo siento. Lo siento. Es que... tú, maldición, me devolviste las esperanzas... y ahora te vas –susurró en su oído–. No me dejes, Martínez –suplicó.

Ella se giró hacia él, el corazón latiendo como loco en su pecho, el cuerpo se le estremeció de un deseo que le era desconocido. Con Marcelo había logrado la armonía, con Valente sentía que caía a un precipicio del que

no tenía deseos de salir.

Lo miró y le acarició el rostro con las manos. Era áspero al tacto, y sentía tantos deseos de abrazarse a él, que se apartó porque no era lo correcto.

David la apretó contra su cuerpo al sentir que ella se alejaba.

–Yo te deseo de forma salvaje. Te haría mía en esta silla, sin importarme lo que diga la gente que nos rodea. Te haría mía para conservar las esperanzas de que algún día vendrás a mí y me dirás voy a confiar en ti – dijo David sobre sus labios.

Un mes atrás era la idiota y feliz esposa de un abogado. Creía y se convencía de que todo era perfecto. Las palabras cariñosas de Marcelo no tenían nada que ver con las lujuriosas de David Valente. Este hombre de las cavernas, grosero, mal hablado y poco atento a los detalles, le estaba sacando los últimos resquicios de positivismo que aún tenía arraigados en su mente. Él la incitaba a tirar todo por la borda y vivir al límite, sin pensar en toda la gente que había logrado esa mediocre felicidad gracias a sus palabras positivas.

Lo besó con un ansia que desconocía, como si quisiera fundirse en sus labios. Lo besó como si quisiera olvidar su vida pasada y solo recordar ese momento. Los dos en un restaurante del parque, dando un espectáculo delante de todos los comensales, olvidándose de las formas, de la imagen pública que tanto cuidaba. Olvidándose de que podían sacarle fotos, filmarlos y subirlos a la red. No había pasado, no existía Tina Martínez la famosa escritora de autoayuda que tenía miles de seguidores. No, ella era Martina Martínez, Marti, como le decían en el pueblo, una mujer abrazada a un hombre que la deseaba como ella lo deseaba a él.

–Hazme tuya –dijo Tina, y David se levantó con ella en brazos. Sacó unos billetes del bolsillo y los tiró sobre la mesa. Pensó en llevarla a su casa, pero tuvo miedo de que se arrepintiera durante el trayecto, por lo que se

internó en las sombras del parque.

Ella lo miró asombrada.

–¿Nunca lo hiciste en un lugar donde te podían pescar? –preguntó David mientras la bajaba al suelo.

Ella negó con la cabeza.

–La adrenalina va a correr por tus venas por primera vez –le aseguró David. Le bajó los pantalones, la tanga y le sacó la remera.

Estaba desnuda frente a él, escondidos tras el enorme tronco de un árbol. Se sentían murmullos y risas, y Tina rió de nervios.

–Eres tan bella, así desnuda para mí –dijo David. Se arrodilló, le separó las piernas y disfrutó de su sexo.

Tina estaba horrorizada y fascinada. Eso era nuevo para ella, tanto el lugar público como a él besando su sexo. El placer era tan arrollador que abrió más las piernas. David se las levantó y las colgó sobre su hombro, y ella sintió que se moría allí mismo con las sensaciones que corrían por su cuerpo. Estalló a los pocos segundos de empezar, y él siguió hasta que el último espasmo se liberó de su cuerpo.

David sabía que el tiempo era escaso. Podían verlos y ese sería el fin para Tina Martínez, pero tenerla allí le hizo apartar esos pensamientos, y se bajó la cremallera para liberar su erección. La alzó, ella enroscó las piernas en sus caderas y él la penetró hasta el fondo.

El beso acalló el grito de los dos. Con cada embestida podía sentir los cuerpos que se estremecían, y cómo Tina era cada vez más suya, solo suya. Ya no le pertenecía a ese idiota que no había apreciado la mujer que tenía. Ella había venido a este mundo para él. Dos almas rotas, que se encontraban para ir curándose con besos y palabras cada una de las heridas que otros mortales les habían marcado a fuego en sus cuerpos.

–Te voy a sanar a besos, Martínez. Te voy a sanar con mis palabras

lujuriosas, porque tú me conviertes en un animal en celo. Yo no soy un traidor, yo cuido lo mío y lo protejo –dijo David.

Tina por primera vez se sintió amada. Nadie la había querido de esa forma. Ningún “princesa” escrito en cartelitos era comparable con esa declaración de amor.

–Tú me curaste a mí, Martínez, y yo voy a demostrarte que todas tus teorías son válidas si estás con la persona correcta –dijo David, y la penetró hasta el fondo, una y otra vez hasta que los dos sintieron que volaban en ese paraíso de lujuria que él había provocado en los dos.

Cuando recuperaron el aire, ella lo miró y le sonrió. Luego negó con la cabeza.

–¡Dios mío! Estás loco –dijo, y rió sin importarle que los escucharan–. Y yo amo tu locura –dijo, y eso llenó a David de esperanzas. No le había dicho te amo, pero no le hacía falta. Tina Martínez se había sentido atraída por él desde el día de la conferencia, solo necesitaba tiempo para aceptarlo.

–Y yo creo que te amo a ti, predicadora de esperanzas –dijo David, y ella se apoyó en su pecho.

Demasiado tiempo pasó con ella desnuda en sus brazos. Soltarla era perderla, por eso David se arriesgó a prolongar el momento. Pero ser descubiertos sería otra carga más para ella. Tenía su vida patas para arriba, por Dios, y ese arrebató podría destruirla.

–Martínez, si seguimos acá desnudos seguro que alguien nos va a colgar en la red –dijo David.

Ella lo miró con un arqueado de cejas, y rió.

–Te imaginas –dijo, y largó otra carcajada–. Una mancha más al tigre –dijo, y otra vez se rió.

–Estás más loca que yo –dijo David. Se incorporó, buscó su ropa y se

la fue poniendo con delicadeza. Con cada prenda que acomodaba, se tomaba el tiempo de caminar con sus manos por todo su cuerpo, sintiendo cómo ella volvía a excitarse.

–Valente, deja de provocarme que voy a ser yo la que te quite la ropa –dijo Tina.

Y él siguió provocando hasta que ella empezó a jadear.

–No serías capaz. Tú tienes una imagen que cuidar –dijo David.

–Ja, ja, ja. Mira cuándo te acuerdas de mi imagen.

–Fue idea tuya la de llegar más lejos.

–Tú me provocaste.

–Eso es cierto. Y gracias a Dios que tú no me respondiste con una cachetada –dijo David. Le había puesto la remera, la tanga y el pantalón, pero se lo había dejado desabrochado y dejó que su mano se filtrara debajo de la ropa. La acarició arriba y abajo. Ella jadeó y metió la mano dentro de sus vaqueros.

Así estuvieron, entre besos y caricias más de dos horas, jadeando, sudando, danzando con sus cuerpos al ritmo de la excitación.

Ella no era solo palabras positivas, era la mujer más sensual que había conocido, y él se estaba volviendo loco. Loco de pasión, loco de amor.

A las once de la noche decidieron salir del escondite.

Dejarla marchar fue lo más duro que le tocó hacer a David. Habría querido invitarla a su casa, pero el silencio de Tina era su forma de poner el límite.

Cuando llegaron a la avenida ella se giró para mirarlo. En sus ojos pudo ver la tristeza. Ella apenas curvó los labios en un intento de sonreír. David pudo ver que le temblaban, que ella temblaba y supo que ese arrebato para retenerla a su lado no había surtido efecto.

–Te conocí en uno de los peores momentos de mi vida, Valente. Y en

nuestras pocas horas compartidas me has dado más que el resto de las personas que conozco de años –dijo Tina, y le acarició la mejilla.

–Esto suena a despedida –dijo David con voz ronca.

Ella le sonrió y asintió. No dijo nada. Él pudo ver que tragaba con dificultad, y supo que si hablaba se iba a quebrar. Tina Martínez no iba a permitir que nadie la viera vencida.

Ella paró un taxi, se subió. Cuando arrancó se giró y lo miró hasta que el vehículo giró en la esquina.

La había tenido, la había intentado retener, pero la había perdido. Tina Martínez era inalcanzable.

CAPÍTULO 12

Diez días habían pasado desde que Tina Martínez había sido suya tras un árbol del parque. En diez días habían pasado tantas cosas que a David le costaba asimilarlas. Lo más importante, ella había desaparecido después de dar todas las explicaciones que le pidieron. No te escondas como el avestruz, le había recomendado David, y ella había seguido su consejo. Se fue con la frente en alto y sin deber una respuesta a nadie.

Lo más grave era que alguien los había filmado en el restaurante del parque y el video donde la tenía sentada en su regazo y se besaban había corrido por las redes. Durante diez días David y Tina otra vez fueron acosados por todo tipo de comentarios, positivos y negativos. Al menos nadie había filmado el amor que compartieron tras el árbol, con ella desnuda en sus brazos.

Tina no sufrió demasiado porque no estaba para dar explicaciones. Seguidores y no seguidores se apostaron durante días en su casa y la buscaron por todos lados, pero era como si se la hubiera tragado la tierra. Él sabía dónde estaba. Bueno, saber era una exageración puesto que le faltaba el nombre del pequeño pueblo donde vivía su abuela. No tenía ningún dato preciso de su paradero. No sabía si era la abuela materna o paterna. Nada, no sabía nada.

Así como el día del escándalo en La Cueva descubrieron el domicilio de Tina y se apostaron en su casa, también descubrieron el domicilio de la ferretería de David, y él tuvo que soportar los rabiosos comentarios de los seguidores de Tina. Con ese beso en el bar del parque David se hizo tan público como ella, y todos los días venía alguien a la ferretería a preguntar por Tina.

Un día llegó el abogado que le haría el divorcio porque necesitaba ubicarla para que firmara la demanda. Eso lo desconcertó. En su última charla del parque David había interpretado que el juicio ya estaba iniciado, pero al parecer no era así. Eso quería decir que su esposo todavía tenía poder sobre ella en ese momento.

Otro día apareció su agente gritando que David la tenía escondida, y que si no aparecía lo pagaría muy caro. David lo había mirado desconcertado porque no podía creer lo que ese idiota le estaba diciendo. Pero eso no fue nada comparado con el día que Marcelo Fuentes, su traicionero esposo, entró a zancadas a la ferretería y sin darle tiempo a reaccionar le dejó morado el ojo izquierdo. Después vinieron los insultos y reclamos porque había besado a su mujer en público y lo había dejado en ridículo frente al mundo, ¡a él!, que era un abogado respetado, como le gritó.

El egoísmo del hombre despertó la ira de David y le devolvió dos puñetazos, uno le amorató el ojo y el otro le partió el labio. ¡Un estafador pidiéndole que rindiera cuentas!, era algo que le costaba asimilar. El marido de la escritora se parecía tanto a Liliana que David dedujo que los traidores eran las personas más inmorales del mundo. Esos golpes le costaron muy caros, puesto que el malnacido lo acusó de hacer desaparecer a Tina.

De ser una víctima de las circunstancias, David terminó siendo el culpable de la desaparición de Tina Martínez. En las redes hablaban de secuestro y asesinato como si él fuera un delincuente. Lo juzgaban y condenaban sin pruebas. La ferretería se llenó de gente que había perdido el control. Le rompieron los vidrios y derribaron todos los estantes con mercadería. Inclusive aprovecharon para robarse todo lo que les cabía en las manos y les entraba en las mochilas, mientras a él lo molían a golpes.

Tuvo suerte de que Adrián y su padre llegaran antes de que lo mataran. David quedó internado y le hicieron todo tipo de estudios. La había

sacado barata, dijeron los médicos, pero él tenía hematomas en todo el cuerpo, le dolía hasta la punta del cabello y sentía que la ira le corría por la sangre. Lo tuvieron dos días internado en observación, y cuando salió no se animaba ni a traspasar la puerta de la clínica por temor a que lo mataran. Era la injusticia más grande de su vida.

Y Tina Martínez seguía sin aparecer para desmentir todo el desastre que se había armado.

–Cómo puede estar pasándote esto, hijo querido –dijo Elvira desesperada, sentada al lado de David, que estaba recostado en el sillón de la sala de su casa. Lo único que quería era estar solo, pero ellos lo habían ido a buscar a la clínica, y se habían empeñado en hacerle compañía en su casa.

–Es una locura. Tendríamos que buscar un abogado, por las dudas. Esto se está yendo de las manos, y lo único que falta es que venga la policía a interrogarte –dijo su padre, que caminaba preocupado de un lado a otro de la sala.

David estaba tan dolorido que no se había percatado del alcance de las palabras de su padre. Tenía tantos frentes de ataque que no le prestó atención.

–Ella tiene que aparecer y aclararlo todo, David –dijo Gaby.

Eso mismo pensaba David, pero mientras ella seguía descansando, o haciendo vaya a saber qué, a él lo iban a matar por algo que no había hecho.

–¿No la tendrás escondida en algún lado, David? –preguntó Cata.

La mirada matadora de David la silenció, y apretó los puños al lado del cuerpo para contener sus ganas de levantarse y darle vuelta la cara de una cachetada. Cata, sin duda tenía una mente extraña, y un razonamiento irracional. Lo conocía de toda la vida, ¿cómo podía dudar siquiera de que él la tenía escondida? ¡Por Dios!, eran su familia. Si ella sospechaba, cómo no iba a hacerlo el resto de locos que andaba suelto sacando deducciones tiradas de los pelos. Aunque no eran tan tiradas de los pelos, dedujo David al

recordar la noche en que ella quiso irse del bar del parque y él la tomó del brazo, la sentó en su falda y le devoró la boca. Luego la llevó en andas a la oscuridad del parque y... Todo eso salía en las fotos y videos, y eso era lo que lo inculpaba. Todo lo bello que compartieron esa noche se le había venido en contra.

–Si no te hubiera obligado a ir a la conferencia no habrías conocido a Tina Martínez, y ahora seguirías feliz con tu vida –dijo Livi, que estaba parada junto a la ventana y lloraba como loca mientras se culpaba de las desgracias de David.

Eso era cierto, pero él no había tenido una vida feliz y no se arrepentía de haber conocido a Tina, a pesar de las consecuencias que estaba soportando.

–Esto es producto de lo que su marido está poniendo en las redes. Tú no tienes nada que ver, Livi –dijo David, pero ella seguía llorando desconsolada.

–Tu vida y mi vida se han ido al diablo. Yo era una esposa ingenua y feliz. Era feliz al no saber que Adrián me engañaba. Y ahora él tiene vía libre para salir con todas esas compañeras que lo acosan –dijo Livia. Y sí, sus hermanas eran un tanto egoístas. Todo el mundo era un poco egoísta. A él le habían destruido el negocio y casi lo habían matado, pero Livi estaba más preocupada por su matrimonio que por todas las acusaciones que David estaba soportando.

–Livi, David está todo golpeado y encima ha perdido el negocio. No puedes dejar de quejarte al menos por hoy y comprender lo que está pasando tu hermano –dijo Elvira.

–¿Acaso no te importa que mi matrimonio se haya derrumbado? –preguntó Livi a gritos a su madre.

–Lo echaste sin motivos –dijo Elvira–. Y ahora me has obligado a

decirle que se vaya de casa porque dices que yo atiende a los niños.

–Y es cierto. Los atiendes tú. Así nunca va a valorar todo lo que hacía por mi familia –aclaró Livia.

–Dejó las horas extraordinarias. A las dos sale del trabajo para ayudar a los chicos con los deberes, después los lleva a todas esas actividades que te empecinaste en cargarles a las pobres criaturas. Los baña, los acuesta, les lee el cuento y a la mañana los levanta, les da el desayuno y los lleva a la escuela antes de irse a trabajar. ¿Qué más pretendes que haga? –dijo Elvira.

–Ya veo como lo defiendes. Yo además de eso hacía todo en la casa. Él llega y tiene la comida en la mesa, porque tú se la preparas. Y tú les das de comer a mis hijos.

–¿Y qué pretendes? Qué los tenga sin comer hasta las tres que llega Adrián –dijo Elvira.

–Creí que habían venido por mí. Pero parece que han venido a mi casa a pelear –dijo David.

–Tienes razón, hijo –dijo su padre–. Si quieres te pido comida hecha para esta noche y me las llevo a todas –comentó.

–Eso sería el paraíso –dijo David, y todas las mujeres lo miraron entre desconcertadas y ofendidas.

–¡A las tres! ¡Llega a las tres! Si sale a las dos debería llegar dos y cuarto. Eso quiere decir que de dos a tres se tira a alguna de sus compañeras –gritó Livi, y se golpeó la cabeza contra el cristal de la ventana. Gracias a Dios que no lo rompió y se clavó todos los vidrios, sino ahora mismo tendrían que haber ido corriendo a urgencias, pensó David.

–Es que con tu hermana no se puede hablar –dijo Elvira sin prestarle atención al ataque de nervios de su hija.

Para Livia no existía el problema de tráfico, o alguna demora por asuntos de trabajo, pensó David. El pobre Adrián no podía ni ir al baño antes

de salir de la oficina. Que injusta estaba siendo Livia, pensó David, pero no dijo nada para evitar otro escándalo.

–Eso es porque tú le estás facilitando la vida. Cómo va a comprender el trabajo que hacía yo si tú lo ayudas en todo –gritó, y siguieron discutiendo.

–Livi tiene razón. Adrián no puede seguir viviendo en tu casa. Lo tienes que correr para que sepa el sacrificio que ha hecho su mujer mientras él disfrutaba con todas sus compañeras de trabajo –dijo Cata.

A David le dolía todo, pero lo que más le molestaba era la cabeza de tanto escuchar idioteces. Su pobre cuñado no había cumplido con la parte de tirarse a una compañera. Estaba tan agotado, que después de acostar a los niños solía quedarse dormido en la cama de Lauti hasta el otro día, y se levantaba como zombi al alba para seguir con el trajín. ¡Y lo acusaban de tirarse a varias de sus compañeras! La vida era injusta, él y Adrián eran un buen ejemplo de ello.

Por suerte para David, su padre ya había pedido una pizza a domicilio, y cuando llegó se llevó a todas las mujeres.

–No vuelvan mañana. Mejor no vuelvan nunca –gritó David mientras se alejaban peleando a la calle.

–Eres un desagradecido. Te venimos a cuidar y en lugar de agradecer nos echas. Desalmado sin sentimientos –gritó Cata.

–Vamos, Cata, que todos los hombres son iguales de insensibles –dijo Livia.

Gaby lo miró como si le pidiera disculpas, y David le sonrió y se encogió de hombros. Pobre su hermana mediana que tuvo la desgracia de nacer normal en una familia de mujeres desquiciadas, con su madre incluida, puesto que Elvira no había logrado enderezar a Livi y Cata. No, las había dejado a su aire, libres como el viento, y ahora eran huracanes descontrolados que andaban por la vida fabricándose problemas.

Pero David tenía tantos frentes de ataques y estaba tan dolorido, que sus hermanas salieron de sus pensamientos apenas traspasaron la puerta.

Se levantó como pudo del sillón, y todo encorvado se acercó a la mesa donde tenía la pizza. Abrió la caja y se puso a comer mientras pensaba en Tina Martínez. Ella le había dado vuelta la vida. Ya no tenía la ferretería y encima casi lo habían matado por una suposición.

Si le daban un tema escabroso a la gente, era increíble la cantidad de historias que se inventaban. Él era el mejor ejemplo de eso.

Ya nadie se acordaba de la caída de Tina, de los insultos, del libro de la confianza que le había dado la fama y la había hundido, de que la habían acusado de estafar a la gente para ganar dinero. Tina ahora era la pobre víctima de un asesino que había estado siguiéndole los pasos. ¿Y quién era el asesino?, David Valente.

David se acercó a la nevera y sacó una lata de cerveza. Regresó a la mesa y siguió comiendo. A pesar de los golpes estaba muerto de hambre.

En ese momento le sonó el móvil y dio un brinco en la silla que le hizo ver las estrellas y todos los planetas. Le costaba respirar por el dolor en las costillas, pero también le dolía el hígado, la pierna derecha, los huesos de la columna... Todo, le dolía todo. Pero cuando agarró el móvil y vio que era su ex, deseó que aquella gente que lo había molido a palos hubiera terminado el trabajo.

La muy maldita le mandaba mensajes ofensivos porque se había besado en público con la escritora. Lo acusaba de que estaba siendo acosada por sus compañeros, que estaban fascinados de que el pobre tipo al que había engañado con su mejor amigo se hubiera tomado la revancha. ¡Y qué revancha! ¡Y con qué mujer!, habían exclamado, que al parecer era cien veces mejor que la gran doctora.

Te lo tienes merecido, maltratador de mujeres. Menos mal que te dejé

a tiempo, sino podría haber sido yo la que estaba desaparecida y tirada en alguna zanja. Hasta de puta me tildaste. Ojalá que te metan preso, traicionero y abusador.

El móvil se le escurrió de las manos. La cabeza parecía que le iba a estallar de furia. Esa arpía venenosa, que lo había engañado de la forma más vil, ahora lo pretendía acusar de abusador de mujeres.

¿Qué daño había hecho él? ¿Qué había hecho mal para que el universo de Tina le devolviera tanta mierda? ¿Cómo funcionaba eso de dar y recibir?, si él solo recibía mazazos en la cabeza. No le respondió porque no iba a entrar en ese juego perverso de pelea viene y pelea va. Como Liliana odiaba que la ignoraran, lo siguió atacando con palabras cada vez más injustas y mentirosas. Incluso lo acusó de casi llegar a ahorcarla. Vaya deducciones que sacaba esa bruja, se dijo y tuvo ganas de estampar el móvil contra la pared. Era cierto que él la había insultado, y también había tenido ganas de zamarrearla cuando vio la foto de su socio desnudo en el móvil de Liliana, pero no la había tocado ni con un dedo. Pero claro, ella siempre se olvidaba de mencionar ese pequeño detalle.

De ser un cornudo pasó a ser un hijo de puta abusador de mujeres vulnerables, según ella. Estaba cansado de luchar con su ex, con los seguidores de Tina, su agente y el idiota del marido. Estaba podrido de que lo difamaran en las redes sociales y en la calle. Lo más grave era que su negocio había quedado destruido y él estaba hecho pelota. ¿Qué más quería el universo de él?

Hacía tres días que a David le habían dado el alta y él seguía encerrado en su casa. Su padre venía todos los días a traerle las compras. Era el único al que dejaba entrar a su casa. Las mujeres de su familia estaban ofendidas, y ojalá que les durara mucho tiempo así no tenía que lidiar

también con la verborragia de Livi y Cata, o las peleas de Livi y su madre por el pobre Adrián.

Ya no dormía de noche, se la pasaba pensando donde estaría Tina y en la terrible consecuencia que había ocasionado su partida. Tampoco podía salir a ese mundo que se había convertido en una selva. Antes él no era nadie, antes andaba sin que nadie lo mirara. Ahora era el hombre más buscado de la ciudad. Sus empleados habían ordenado la poca mercadería que se había salvado, pero David, el mismo día que salió de la clínica, habló con ellos para decirles que había decidido vender el negocio.

Desde que Tina se había marchado comenzó a escribirle mails esperando que le respondiera. Doce días, doce mails, y ni una respuesta. Aunque en los últimos días no le había escrito porque estaba tan golpeado que ni ánimo tenía de pensar qué decirle y qué callar de todo lo que había pasado.

En los correos le hablaba de Livia y Adrián. Del desastre de su matrimonio. Le dijo que necesitaba su ayuda, porque solo ella podía lograr una reconciliación. Incluso le contó que Cata, su hermana pequeña, seguía leyendo sus libros todas las noches porque no podía creer que hubiera dejado a todos sus fans a la deriva.

Ya no sabía qué contarle. Y siempre abría el correo esperando una respuesta que no estaba. No perdía las esperanzas, y volvía a contarle su día a día para que no se sintiera sola allá donde se había refugiado. Quizá los leía, quizá algún día se rendiría y regresaría a sus brazos. Lo que nunca le contó fue que lo estaban acusando de secuestro y asesinato. No creyó necesario alterarla con comentarios sin sentido. Él había creído que era una reacción en masa, aunque después de la golpiza y del saqueo de la ferretería ya no pensaba igual.

Esa noche ya estaba más recuperado de la paliza y había decidido

volver a escribirle para comentarle lo que estaba ocasionando su partida.

Pero esa noche su vida se derrumbó por completo.

El timbre de su casa sonó, y David abrió la puerta y se quedó paralizado y con todo el cuerpo tensionado. Él había sido un hombre resentido, ahora era un hombre vencido. Afuera había dos agentes uniformados.

Esta era la gota que colmaba el vaso. Lo iban a meter preso por la desaparición de Tina Martínez. Su padre se lo había anticipado y él no le había prestado atención.

¿Dónde estás, Tina Martínez?

CAPÍTULO 13

David miraba desconcertado a los policías parados en el ingreso de su casa, aunque debería haber sido un poco más inteligente para descubrir que en algún momento ellos se harían eco de lo que corría por las redes.

–¿David Valente? –preguntó uno de los uniformados.

–Sí –dijo David sin demostrar que estaba nervioso.

–Soy el agente Morales, y ella es mi compañera, la agente Farías. Estamos investigando la desaparición de la escritora Martina Martínez, y por el momento usted ha sido el último en verla.

Martina. Tina se llamaba Martina y él ni siquiera lo sabía. Tampoco sabía que tenía a la policía siguiéndole los pasos. Se había creído que lo que estaba pasando solo eran cotilleos de la gente en las redes, que se creía con derecho a destruir la reputación de una persona.

–Y ese dato me pone como el principal sospechoso –dijo David con los dientes apretados.

–Ese dato y unos cuantos más –aclaró el agente Morales.

–Supongo que se refiere a los cotilleos baratos que se han desatado en la red –dijo David lleno de furia.

–Podría invitarnos a pasar, así hablamos sin que los vecinos intenten sacar conclusiones equivocadas –David no los quería en su casa. Tenía demasiados problemas para soportar también a los ineptos policías indagándolo como si fuera un delincuente. Pero se hizo a un lado para que no agregaran más datos que lo inculparan.

–Por supuesto. Mi casa y mi negocio son de uso público desde que la escritora desapareció –aclaró.

–¿Dónde estuvo después de su encuentro con la señora Martínez en el

bar del parque? –preguntó Morales.

–¿Después del beso que compartimos? –preguntó David con sarcasmo.

–El video muestra que ella se marchaba y usted la arrastró a sus brazos. El beso pudo ser intimidatorio, y también el haberla llevado a un lugar oscuro del parque. No me estoy imaginando nada, Valente, es lo que se ve –aclaró Morales.

Cansado, harto, podrido de que su vida se hubiera hecho pública a causa de Tina Martínez. Primero se había convertido en el cornudo del año, y ahora prácticamente lo tildaban de asesino.

–Ya veo que cada uno ve lo que quiere. Solo que ustedes deberían basarse en pruebas, y no las tienen –dijo David con los puños apretados.

Si la escritora se dignaba a aparecer, él se iría a vivir a la otra punta del mundo. Dos días antes había pensado en ella, y antes de tener a la policía en su casa había decidido mandarle un correo. Ahora solo quería sacársela de la cabeza. Por culpa de ella lo iban a meter preso, y por la forma en que avanzaban las suposiciones hasta lo iban a acusar de violarla antes de asesinarla. Y mientras él soportaba todas las acusaciones, ella estaba descansando feliz en algún lugar donde nadie la señalaba.

–¿Qué hizo cuando la llevó a un sector oscuro? –preguntó la agente Farías.

–Ya se lo debe imaginar, de la misma forma que se imagina todo. Yo no pienso decir nada que me incrimine –aclaró David.

–Es decir que usted sabe que podría ir preso –dijo la agente Farías.

–Al paso que vamos, no tengo dudas, agente. Ustedes me están indagando como si fuera un asesino –aclaró David.

–Se lo nota relajado. Debería estar preocupado si siente algo por ella –dijo Farías.

–No estoy relajado. Estoy furioso, agente Farías.

–No le importa lo que le pudo pasar a la señora Martínez. Está mostrando su veta fría –aclaró Farías.

–¿Y qué quiere que haga? ¿Qué me ponga a suplicar que me crean que no la secuestre ni la maté, como suponen ustedes?

–Sí usted siente algo por ella, debería estar afligido –reiteró Farías.

–Agente, ella está en la casa de su abuela. Y si estoy afligido es porque no regresa para que dejen de acusarme por algo que no he hecho –aclaró David.

–¿Y eso cómo lo sabe? –preguntó Morales.

–No tengo porque dejarme interrogar sin un abogado. Pero averigüen donde vive su abuela, en vez de estar perdiendo el tiempo conmigo –dijo David.

–No lo estamos interrogando –aclaró Morales.

–¡Ah, menos mal! Ahora puedo respirar tranquilo y salir a la calle sin que nadie me mate a palos –dijo David indignado.

–No sea irónico, Valente. Usted está bastante complicado –dijo Farías.

–¡Irónico! Tengo a todo el mundo acusándome de secuestrar y matar a Tina. Más que ironía lo mío es bronca y desesperación.

–Dónde estuvo la noche de su desaparición –preguntó la agente Farías.

David entrecerró los ojos, negó con la cabeza como si no pudiera creer lo que le estaba pasando.

–Agente Farías, creo que ya es suficiente –dijo Morales algo nervioso.

Pero la agente Farías no le prestó atención. Ese hombre se mostraba frío e insensible frente la desaparición de la escritora, y se burlaba de la autoridad. Para ella, que tenía experiencia en delincuentes, Valente tenía todo

el perfil de un asesino.

–Su mujer le ha mandado unos mensajes que demuestran que usted es una persona agresiva –dijo la agente Farías.

David largó una carcajada. Cada reacción de él al interrogatorio provocaba más la ira de la agente.

–Vaya, pero si hasta han intervenido mi teléfono –dijo David de forma irónica–. No respondí esos mensajes, aunque eso ya lo sabe, ¿no es así, agente? –dijo David. La agente se mantuvo imperturbable, y él se encogió de hombros–. ¿Sabe por qué no respondo? Porque no me deja en paz. Porque hace un año que estoy divorciado por su culpa, y sigue molestándome.

–¿Culpa? Es muy común que los hombres no se hagan cargo de sus errores. Ella dice que usted la maltrató –dijo Farías. Las mujeres con el tema del acoso podían ser muy subjetivas, solo que la agente Farías era una representante de la ley y debería ser más cuidadosa con el uso de los términos, pensó David–. Usted es un abusador de mujeres. Usted secuestró a Martina Martínez, la violó y la asesinó –gritó Farías perdiendo la objetividad y acusando a un hombre sin tener pruebas.

–Agente Farías, se está extralimitando –dijo Morales.

David la miró de arriba abajo, provocando la ira de la policía. Y lo logró, se dijo al ver que sacaba las esposas. Morales la miraba asombrado y David con odio. Tantas injusticias lo habían sacado de su centro, y con sus respuestas sarcásticas estaba provocando que Farías lo metiera preso más rápido.

–Queda detenido, señor Valente –dijo la agente Farías.

–Usted está loca –gritó David–. No tiene pruebas para detenerme –volvió a gritar.

–Ha puesto el negocio en venta –aclaró Farías–. Y podría estar intentando salir del país –aclaró.

–¿Qué negocio, agente? –gritó David perdiendo los nervios por completo. Morales se mesaba el cabello, como si estuviera nervioso. Era evidente que solo habían venido a investigar, pero su compañera se había olvidado de la justicia y estaba acusándolo de un delito que no había cometido—. ¿El que destruyeron los seguidores de la escritora mientras ustedes no se dignaron a aparecer? Casi me matan y ustedes, no tengo dudas, se estaban tomando una cerveza para paliar el calor –y cuanto más se enojaba él, más furiosa se ponía la irresponsable policía.

–Eso es una difamación. Está faltando el respeto a los representantes de la ley –gritó Farías, más histérica que David.

–¿Y qué esperaba? Me está acusando como si fuera un criminal –gritó David.

–Por qué no nos calmamos –dijo Morales algo desorientado.

–¿Por qué no va a cumplir su trabajo y detiene a la gente que me atacó? –gritó David a Farías, sin prestarle atención al petimetre de Morales—. Los rostros están en el video. ¿O ese video no sirve de prueba? ¿Qué clase de justicia es la que ustedes aplican? Me culpan a mí sacando deducciones de un video, y no meten preso a ninguno de los que destruyeron mi negocio y atentaron contra mi vida. Si mi padre y mi cuñado no hubieran aparecido estaría muerto. ¿Cuál es su justicia, maldición? –gritó David indignado.

–Ha puesto o no el negocio a la venta –preguntó Farías con terquedad.

Y David supo que la mujer no pensaba actuar conforme a derecho. Ella ya había dictaminado. Culpable, así lo había catalogado antes incluso de permitirle defenderse. Antes de buscar a la escritora en la casa de la abuela.

–Sí, está a la venta –dijo David, y extendió las manos para que lo esposaran—. ¡Vamos! ¡Métame preso! Esa ha sido su intención antes incluso de traspasar la puerta de mi casa.

–Farías, nos vamos a meter en un lío. No tenemos orden de detención

–dijo Morales, pero al ver el odio en los ojos de su compañera supo que no le haría caso.

–Estoy evitando que un supuesto asesino se fugue del país, Morales – dijo Farías–. Ha puesto en venta el negocio. Está buscando liquidez para escaparse, Morales –se justificó frente a su compañero, que la seguía mirando con el entrecejo fruncido.

Las esposas se cerraron en sus manos con un clic, y David sintió que la incertidumbre y el descreimiento habían reemplazado a la ira.

Mientras la robusta Farías lo empujaba por el camino del jardín, David escuchaba la discusión de los agentes.

–¿Cómo vamos a justificar esta locura tuya? ¡Te has dejado llevar por su ira! –susurró Morales a su compañera.

–Es culpable, Morales. Mi instinto no se equivoca nunca –aclaró Farías–. Es un abusador, y tú y yo vamos a ascender porque este es un caso público. El abuso de mujeres está en su punto más álgido. Vamos a ser héroes, Morales.

–Abuso de poder es lo que estás cometiendo tú al llevarte a un tipo sin orden de detención. Estamos investigando, agente Farías, investigando – repitió Morales con voz demasiado fuerte.

–Es culpable –siguió diciendo Farías con terquedad.

Y mientras caminaba por el caminito del jardín hacia el coche de la policía que estaba en la calle, y mientras miraba a sus vecinos murmurando en la vereda de su casa, y a alguien con el móvil apuntándolo, David se dijo que no quería volver a ver a la escritora en lo que le quedaba de vida. Ella era la causante de todas sus desgracias.

CAPÍTULO 14

Tina Martínez estaba enterrada en el pueblo de su abuela Felicita. Desde que había llegado, quince días atrás, sentía que estaba retrocediendo a grandes zancadas todo lo que había avanzado.

Lava las sábanas, no seas vaga, que acá el que no trabaja se va. Así la había recibido su abuela apenas la vio llegar, con Carla sentada en el asiento del copiloto.

Tina había venido a tratar de encontrarse y curar sus heridas. Carla se sintió tentada por la aventura que creía que encontraría en un lugar tan aislado, como era Villa La Esperanza.

Y esa amiga desvergonzada que has traído, que vaya a desmalezar la huerta. La aventura de Carla se convirtió en una pesadilla.

Las dos sudaban todo el día bajo el sol de la primavera, que ardía como si ya hubiera empezado el verano.

Villa La Esperanza había crecido en los diez años de ausencia de Tina. La belleza del paisaje de valles y montañas y el cristalino río que serpenteaba por todo el pueblo, había sido descubierta por algunos turistas que amaban la paz y buscaban nuevos lugares.

–Dios mío, Tina, ya siento que se me salen los brazos del cuerpo. Cuándo será domingo para que nos deje salir de esta casucha –dijo Carla mientras rastrillaba la tierra para plantar la lechuga y los tomates.

–Te dije que esto no sería una aventura –dijo Tina, y se secó el sudor de la frente. Mezclaba con una pala la tierra con el abono que se hacía con residuos vegetales. A veces se arrepentía de haber regresado a la casa de su abuela. Ella la había criado, pero nunca le había dado cariño. Era demasiado fría y severa.

–Y dale perder las horas del día en quejarse. Si vuelvo a escuchar que hablan se van a quedar sin el descanso del domingo –gritó Felicita que las controlaba de cerca para que no remolonearan.

Dos ciudadinas que habían venido creyendo que se iban a echar en las pasturas a ver pasar el día. “No señoras”, les había dicho el primer día que llegaron y se fueron a caminar por los alrededores, como si pretendieran que ella hiciera todo el trabajo y encima las esperara con la comida en la mesa.

Quien venía tenía que trabajar, y si no les gustaba, la puerta de salida siempre estaba abierta para que se largaran.

Se pusieron a trabajar hasta que las semillas quedaron ocultas en la tierra. Después recogieron los huevos, mataron una gallina, la pusieron en agua hirviendo para desplumarla y la dejaron lista para el día siguiente. Tina veía que su amiga se ponía verde cuando tenían que matar a la gallina, el alivio era que esa tarea solo se hacía una vez a la semana.

Al caer la tarde les tocó hacer la cena, que consistía en unas verduras salteadas en aceite, sopa de verduras con avena y una rodaja de fiambre que Felicita conseguía de algún vecino a cambio de huevos.

Quince días llevaban instaladas en Villa La Esperanza, un lugar tan desolado que Tina agradecía el trabajo en el campo para evitar pensar en todo lo que había dejado en la ciudad.

–Me arrepiento de haber perdido mi empleo para venir a esta mierda –dijo Carla mientras movía la sopa con una cuchara de madera, bajo la atenta mirada de Felicita, que no les perdía pisada.

–Te dije que esto no era una aventura. Te dije que te ibas a arrepentir –dijo Tina, que removía constantemente las verduras que estaba salteando.

–Menos charla y más faena –dijo Felicita.

–Vieja de mierda –susurró Carla cerca del oído de Tina.

Al menos era sorda y se le escapaban los comentarios susurrados.

–Listo abuela –dijo Tina.

–Pon la mesa, no seas haragana, que todo el tiempo que uno está despierto debe ser de provecho –dijo Felicita.

–Usted no hace nada –dijo Carla, que ya estaba cansada de ver la frialdad con que la mujer trataba a su nieta.

–Yo no atiende invitados. El que viene, trabaja para ganarse el alimento –aclaró Felicita.

–Ella es su nieta. Hace diez años que no la ve, y ni siquiera le ha preguntado por su vida –dijo Carla, que no tenía la paciencia de Tina ante las injusticias.

–Déjalo Carla –pidió Tina.

–No se pregunta lo obvio, mujer irrespetuosa. Si está acá es porque le ha ido mal. Y si se quiere quedar, ella sabe que nada se da gratis en la vida –dijo Felicita.

Comieron en un silencio de convento. Una vez que terminaron y Felicita se marchó a su habitación, Tina le dijo a su amiga que bajara un rato a distraerse en el centro del pueblo. Los primeros días Carla se había negado a dejarla recogiendo la mesa, lavando, secando y barriendo la cocina para evitar los reproches de su abuela al día siguiente. Pero después de tres días se sentía tan agobiada con esa soledad y el mal humor de la anciana, que empezó a salir de esa cárcel al aire libre, y se sintió embargada por una alegría enorme al encontrar gente más amable en el pequeño poblado.

Carla había tenido una familia cariñosa, y no podía entender cómo Tina no se había resentido viviendo con una mujer tan fría y autoritaria.

–Fíjate si encuentras señal de internet –dijo Tina a Carla, que la miró como si le pidiera que hiciera magia.

–Tú olvídate de los cotilleos de tus seguidores y recupérate pronto así regresamos –dijo Carla, y se marchó en el coche de su amiga.

El pueblo era muy pequeño, pero algo había crecido en los diez años de ausencia de Tina. Ahora se veían algunas imponentes casas de tejas a dos aguas que doña Adela, la dueña de la proveeduría, le había dicho que eran las mansiones de la Villa. El resto seguía igual que antes, un caserío de viviendas pobres, sin revocar y con techos de chapa sujetos con pesadas piedras para que el viento no las volara. Así era la casa de su abuela, piso de cemento resquebrajado y con agujeros en algunas partes, y paredes con los revoques saltados. Una mecedora en la galería que había perdido una de las patas y se sostenía apoyada en una gran piedra de la zona, los cultivos de verduras en la huerta, las gallinas y la vaca que se ordeñaba a diario.

El caserío estaba desperdigado y los vecinos más cercanos estaban a diez minutos de a pie. El centro antes inexistente, ahora ocupaba cinco manzanas. Había dos proveedurías, una iglesia que solo impartía misa el tercer domingo de cada mes, dos bares y un comedor modesto pero bien provisto. También había una farmacia, una tienda que vendía desde enseres para la cocina hasta zapatillas, una tienda de ropa, una panadería, un negocio que vendía pollos y huevos de la zona y otro de verduras orgánicas. Al dispensario solo iba un médico cada quince días para atender las dolencias. Si alguien se enfermaba tenía que viajar a Los Puentes, que estaba a cuarenta kilómetros de la Villa. Lo más impactante eran las dos hosterías con su centro comercial y un lujoso bar-comedor para los turistas que venían a disfrutar de la paz del lugar. Incluso había una pobre conexión a internet, que la proveía la comuna, pero funcionaba cuando el viento era favorable, como decían los turistas. Y Tina esperaba ilusionada que Carla encontrara señal cuando bajaba al pueblo por las noches. Lamentablemente nunca habían tenido suerte en ese aspecto. Si su abuela no fuera tan exigente podrían haber probado a distintas horas del día, como hacían los turistas, que andaban con sus móviles en alto tratando de hallar la famosa señal para conectarse con sus familiares o

amigos, pero ese era un progreso que aún no había llegado a la villa.

El paisaje era de ensueño, con praderas verdes y flores silvestres en las lomas. Con pinares y un río cristalino que serpenteaba por el valle. La tierra más fértil del país, solían decir los pueblerinos. Quizá por el encanto y la fertilidad de la tierra el pueblo había florecido. Ahora tenía quinientos habitantes, y muchos se reunían por las tardes en el centro del pueblo.

Tina se sentó en el escalón de madera reseca, evitando la rota mecedora. Podría haberle regalado a Felicita una nueva, pero la historia de la mecedora siempre se lo había impedido. De niña siempre se sentaban juntas y en silencio a contemplar las estrellas, la abuela en la mecedora y ella sobre las tablas de los escalones. Nunca se la dejaba usar. Es mía, solo mía, solía decirle. Cuando cumplió diecisiete años se enteró que esa mecedora había sido un regalo de su padre. No tuvo que analizar mucho para descubrir por qué no se la dejaba usar. La anciana había adorado a su hijo, y si bien la había recibido en su casa, siempre consideró que su nieta era la culpable del accidente. Cuando cumplió dieciocho años Tina se marchó y no regresó más, aunque siempre le mandaba cartas para contarle sobre su vida, y dinero por correo postal para que no sufriera privaciones. Felicita nunca le respondió, pero sabía que recibía todo porque nunca le habían devuelto la correspondencia.

Ahora había regresado, y su abuela seguía igual de fría y distante.

Tina solo bajaba al pueblo los domingos. Buscaba una señal que nunca encontraba, y para no caer en una depresión alquilaba cuadríciclos y se perdían con Carla en esos senderos llenos de encanto que tan bien conocía.

–¡Hasta cuándo las voy a tener que soportar! –la voz de su abuela a sus espaldas la sobresaltó.

Era una sorpresa tenerla allí cuando Tina creía que llevaba más de una hora dormida.

–Pronto nos vamos a ir –dijo Tina–. Estás bien, abuela –era una afirmación, puesto que la había encontrado llena de energía, a pesar de sus setenta y largos años. Todas las mañanas subía la loma cargada de huevos y bajaba cargada de mercadería que intercambiaba con sus vecinos. En ese aspecto el pueblo seguía igual que antes.

–Deja de querer congraciarte conmigo. Siempre tratando que conquistarme con falsedades. Estoy más arrugada que una pasa –aclaró con esa altanería de antaño.

–Y muy ágil –dijo Tina sin darle importancia a su reproche.

–Cuando estoy sola tengo un peón que se ocupa de todo. Pero le di vacaciones aprovechando que tenía mano de obra gratis–dijo Felicita, y Tina se encogió de hombros, como si le resbalaran sus comentarios.

–Esa amiga loca que tienes ya va a volver con alguna porquería para que comas –aclaró. Odiaba a Carla porque le hacía frente. Aunque Tina creía que también disfrutaba de hacerla enojar.

–Siéntate, abuela –dijo Tina, y señaló la mecedora que solo ella usaba.

–Ya no la uso más –dijo Felicita–. Hace años que no me siento afuera –aclaró.

–¿Desde que me fui? –preguntó Tina.

–No seas sentimental. Esas cosas no van conmigo.

–Sí, lo recuerdo –dijo Tina, y se quedó mirando el cielo estrellado–. Me encantaba ver las estrellas –aclaró.

–Tonteras de adolescente –dijo Felicita.

–Me sigue gustando –dijo Tina.

–Es que siempre fuiste media tonta.

–Es cierto. Lo sigo siendo –dijo Tina.

–Ya lo sé. Es un defecto de nacimiento –aclaró.

–Gracias –dijo Tina con sarcasmo.

–Los tontos van por la vida creyendo que la gente es buena –dijo Felicita, y se sentó junto a ella en los escalones. Debía estar cerca de los ochenta años pero parecía más ágil que su nieta.

–¿Leíste los libros que te mandaba? ¿Leías mis cartas? ¿Por qué nunca me contestabas? ¿Te ayudó el dinero que te mandaba?

–Cuantas preguntas juntas. También eras una atolondrada de cariño. Siempre tratando de congraciarte con todo el que se cruzaba en tu camino.

–¿Y qué tiene de malo? Yo quería que me quisieran –dijo Tina perdiendo la paciencia.

–Pero no todos son como tú. Eso ya lo deberías haber aprendido –dijo Felicita–. No se anda por la vida rogando amor –aclaró.

En eso tenía razón. Ella se había cansado de intentar que la quisieran, y había fracasado con todo el mundo. Nadie le había retribuido a su grito de cariño. Su padre la odiaba, su madre se callaba, su hermano se burlaba, la abuela la había ignorado, su marido le había mentido y su familia solo la había tolerado.

–Es cierto –dijo Tina con la voz entrecortada. Pensó en Valente, en el beso y el sexo que compartieron antes de desaparecer. Pensó que él quizá podía quererla, pero lo apartó de su mente. Ya no iba a rogar más, se dijo. Nunca más–. Mis libros son una mentira, como yo –aclaró.

–Son un poco fantasiosos. Son idealistas. ¿Quién logra toda esa mierda que escribes?

Tina la miró con la boca abierta. Los había leído, y los consideraba una porquería, al igual que Valente. Ese hombre y su abuela se habrían llevado de maravillas, pensó y rió.

–¿De qué carajo te ríes? Te estoy insultando –gritó Felicita.

–Es que conocí a un hombre que opina lo mismo que tú –dijo Tina, y

le sonrió.

Su abuela frunció el entrecejo.

–Entonces huye de él lo más rápido que puedas porque te va a hacer muy infeliz –dijo Felicita, y por primera vez Tina vio el arrepentimiento en los ojos de su abuela. Siempre había sido fría y distante, pero ella se había sentido feliz de que la hubiera recibido en su casa, y había pasado por alto su indiferencia y esas maneras de decirle que tenía que trabajar para ganarse el pan.

–Eso hice –dijo Tina.

–Y te viniste a meter acá –eso era como decirle saliste de La Cueva del lobo para meterte en la del oso.

Tina rió.

–¿Una mala elección? –preguntó Tina.

–La peor –dijo Felicita.

–Él no es malo. Solo que no cree en mis libros. Él es escéptico, pero fue quien me ayudó en mi caída.

–Ya me parecía que ibas a caer de muy alto.

–¿Por qué no me escribiste para decirme esto? Me habrías alertado –dijo Tina.

–Mi querida, nada mejor que la experiencia para aprender. Para qué te iba a escribir diciendo que todo lo que escribías era una mierda, si seguro que ibas a creer que eran las palabras de una vieja resentida –aclaró.

–Eso habría creído –dijo Tina.

–Los golpes son las mejores lecciones –dijo Felicita.

Tina se quedó mirando el vacío, y vio que los faros de su coche se acercaban. Seguro que Carla venía con comida del restaurante. La comida de la abuela era tan pobre que después de tanto trabajo las dos quedaban muertas de hambre.

–Ya viene la loca que susurra en tu oído. Esa me odia, y yo la odio a ella. No sé hasta cuándo van a usar mi casa de refugio –dijo volviendo a la hostilidad–. No me gusta esa mujer.

–Sí que te gusta. Te encanta provocarla –dijo Tina.

El coche frenó con un chirrido de neumáticos. Carla se bajó corriendo, con la cara desencajada de asombro.

–La vieja tomando el fresco de la noche –dijo Carla, y señaló a Felicita.

–Muchacha insolente, quién te ha criado con esa lengua venenosa –dijo ofendida Felicita.

–Encontré señal de internet –dijo Carla sin prestarle atención, y eso hizo que Felicita frunciera el entrecejo.

–¿Siguen los rumores, o ya se cansaron de tirarme mierda? –preguntó Tina.

–Que se van a cansar. Están acusando a Valente de secuestro y asesinato de la escritora Tina Martínez. Le han destrozado su ferretería y robado todo lo que han encontrado. Y encima le han dado una paliza que casi lo matan. Estuvo dos días internado –dijo Carla–. Y todo porque han colgado un video donde él te arrastra a su regazo, te besa y después te lleva en andas a una zona oscura del parque.

–¡Oh, Dios mío! –dijo Tina horrorizada.

–Creía que eras una tonta que no se dejaba tentar por los placeres de la carne –gritó Felicita–. Y resulta que estás casada con ese nariz parada y te andas besando con un extraño.

–Abuela estoy poniendo la demanda de divorcio. ¡Oh, Dios mío! ¡Me olvidé de pasar a firmar la demanda, Carla! –gritó Tina.

–Marcelo lo ha acusado de secuestrar y quizá asesinar a su esposa –dijo Carla–. Ese pobre hombre la está pasando muy mal, Tina.

–Vaya que has armado flor de lío, tú –dijo Felicita–. Lo bueno es que por fin te vas de mi casa –aclaró.

–Usted es muy venenosa, señora. Una mala hierba –dijo Carla.

–Sí, muy mala –dijo Felicita a Carla.

Tina había desaparecido en la casa, y cuando Carla entró a la habitación la vio armando la maleta que había traído.

–¿Nos vamos ahora?

–Por supuesto. Esto ha sido una idiotez de mi parte. Debería haber imaginado que nos podían filmar. ¡Por mi culpa podrían meter preso a David! –dijo Tina.

–¿Te lo tiraste en el parque?

–¿Carla, crees que es momento de hacer esa pregunta? –preguntó Tina.

–Sí o no.

–Sí, maldición. El peor error de mi vida. Por eso me fui –dijo Tina.

–Miren a la mojegata de mi nieta –dijo Felicita parada en la puerta.

–Basta, vieja bruja –gritó Carla.

–Esa amiga tuya no te conviene –aclaró Felicita.

Tina seguía metiendo su ropa en el bolso, y después siguió con la de Carla, que estaba parada frente a la abuela y las dos se retaban con la mirada.

–Usted es lo peor que le pasó a Tina, y la pobre no tuvo elección ya que le vino impuesta con ese hijo malnacido que tenía.

–No te permito que insultes la memoria de mi hijo.

–Un hijo que mató a toda su familia y destrozó la vida de mi amiga –gritó Carla.

Tina salió cargando los dos bolsos. Carla y Felicita la siguieron sin dejar de tirarse insultos. Cuando Tina se acercó a saludarla, su abuela la abrazó.

–Cuídate, mi niña –dijo la anciana. El primer gesto de cariño, y a Tina se le escapó una lágrima.

–Al final voy a creer que me quieres –dijo Tina, y se abrazó a su abuela.

–No seas tonta, y no vuelvas –aclaró para recuperar su frialdad.

–Claro que voy a volver. Pero no para esconderme, sino para visitarte, abuela –dijo Tina.

–Y si ese es el hombre que me contaste, el escéptico, capaz que sirva. Los mejores son los que muestran la hilacha –gritó la abuela mientras ellas se subían al coche.

Salieron del pueblo a una velocidad de vértigo.

–Tina, que si nos matamos en la carretera no vas a ayudar a ese pobre hombre –dijo Carla, y tenía razón, por lo que Tina mermó la velocidad.

–Apenas tengas señal en el móvil me avisas. Necesito saber que está pasando. Necesito revisar el correo, Carla. Seguro que él me mandó algo. Este pueblo perdido en el culo del mundo no tiene ni señal. No sé cómo viven así –dijo Tina, y Carla dejó escapar una risita–. ¿De qué te ríes? –preguntó.

–Con Marcelo eras la viva imagen de la templanza. Con este hombre eres la imagen del caos –aclaró.

Y era cierto. Desde que había conocido a Valente su vida perfecta, su armonía y la rectitud de su conducta se habían ido al diablo. Ella andaba a los tumbos. Se disculpaba con sus seguidores, daba la cara por sus errores, pedía perdón. También tenía sexo en lugares públicos estando casada. Y ahora se había escondido en el remoto pueblo de su abuela.

Quizá David Valente había sido el detonante que le permitió abrir los ojos a esa realidad que era bastante caótica. Porque las dudas ya habían estado, solo que ella las había tapado con ejercicios de respiración para lograr la armonía y palabras positivas que le permitían convencerse de que todo

estaba bien.

Ya no le importaba cómo seguiría su vida, solo quería llegar y otra vez dar la cara para que dejaran en paz a Valente. ¿Y si ya estaba preso? No, eso no podía haberle pasado.

El pobre, al igual que ella, estaba expuesto a todas las deducciones inimaginables de la gente. En realidad estaba peor que ella, porque sin tener culpa de nada lo había perdido todo y encima casi lo habían matado. Él estaba pagando por algo que no había hecho.

–Tengo señal –gritó Carla cuando ya se habían alejado del pueblo.

Tina estacionó el vehículo a un lado de la ruta y le pidió a Carla que manejara hasta la ciudad. Se sentó en el asiento del acompañante y abrió su correo para chequear si David Valente le había mandado algún mensaje explicándole por lo que estaba pasando. Quince días lo había dejado solo en el ojo del huracán. No podía aceptar que se había comportado de forma tan estúpida.

La casilla estaba llena con cientos de mensajes. Muchos de sus seguidores ponían títulos como: “Todos rogamus para que estés sana y salva”. “No merecías un final tan terrible”. “Te queremos Tina Martínez”. “Vamos a matar con nuestras propias manos a ese asesino”. Y así seguían los títulos mientras Tina tenía los ojos abiertos por el asombro y sentía que le faltaba el aire. También vio los títulos de los correos de David y fueron los únicos que abrió. Eran doce correos, uno por cada día. Él se había estado comunicando, quizá desesperado para contarle lo que su ausencia había ocasionado. Y ella, muy fresca en la casa de su abuela. Aislada para no sufrir, sin darse cuenta que lo había dejado solo para enfrentar una guerra que no era suya.

David le contaba su día a día. Su trabajo en la ferretería. Le pedía que regresara. Le contaba que Livia y su esposo cada día estaban peor. Que Livi

la necesitaba porque se había tomado muy a pecho eso de vivir la vida a su antojo. Que se la pasaba de turno en turno para embellecer su figura y su rostro. Y que era el pobre Adrián quien tenía que dejar el trabajo y correr con los niños de acá para allá. Le decía que Cata no soltaba sus libros, y que rogaba para que regresara porque se sentía perdida sin sus enseñanzas.

Se le resbaló una lágrima al ver que hablaba de todos y de todo, y que solo una vez había mencionado el video de ellos en el bar como si fuera una anécdota. “Te cuento que nos filmaron en el bar”, solo eso. Ni un reproche, ni una queja por lo que le estaba pasando por su culpa. Siempre se despedía con un “espero que estés bien y vuelvas pronto”.

Ella que siempre había sido generosa con todos, con él se había comportado de forma muy egoísta. No lo había hecho adrede. Ella había decidido antes el viaje al pueblo de su abuela, pero tampoco había pensado salir huyendo como lo hizo. Se había asustado con los sentimientos que la embargaron aquella noche en el parque, y se había escapado como una cobarde. Había escondido la cabeza como el avestruz, no por sus seguidores, sino por no aceptar que a un mes de dejar a Marcelo otro hombre le había hecho temblar el suelo que pisaba. Se horrorizó por la intensidad de las emociones que le despertó Valente. Y él, daba la cara y dejaba que lo insultaran sin contarle por lo que estaba pasando.

Al mirar las fechas descubrió que hacía tres días que no le escribía. Tina supuso que habían sido los días que le destruyeron el negocio y le dieron la golpiza que lo había mandado al hospital. Se le resbalaron las lágrimas al pensar en lo que estaba pasando David. ¿Cómo estaría? ¿Cómo se sentiría? Seguro que estaba insultando al universo por devolverle tanta mierda. Él no había hecho nada malo para merecer semejante devolución.

—¿Qué dice? —preguntó Carla al darse cuenta que había dejado de leer y miraba por la ventana.

–No me cuenta nada de lo que le ha pasado. Hace tres días que no me escribe, Carla. Y en los anteriores habla del video, y de que la gente iba a la ferretería, pero de forma anecdótica. Habla más de sus hermanas que de lo que está pasando él –dijo Tina con la voz entrecortada–. Me siento tan culpable –dijo, y se echó a llorar–. Yo no sabía...

–¡Y cómo ibas a saber que te filmaban! ¡Cómo ibas a saber que el mundo está lleno de gente desquiciada! –dijo Carla para que dejara de culparse.

–Lo dejé solo para que enfrentara a la gente –dijo Tina sin dejar de llorar.

–Fíjate donde vive, que seguro que ya lo han colgado en las redes. No debe poder salir de su casa –dijo Carla.

Tina se puso a investigar y abrió la boca horrorizada al ver la ferretería destruida y desmantelada. No solo le habían tirado todo y roto los vidrios, sino que le habían saqueado el negocio. Justicia por mano propia ponía uno en los comentarios, solo que el supuesto asesino era una víctima de su huida. El supuesto asesino era el único que la había ayudado a salir airosa del escándalo en La Cueva. Y ella, que había sido complaciente con todos los mentirosos que habían conformado su círculo más íntimo, a él lo había dejado solo con el problema.

–No está. Su domicilio no está, Carla –dijo Tina desesperada después de mirar el video y la cantidad de comentarios injustos que habían colgado por todos lados. Lo trataban como a un delincuente, y ella estaba desesperada.

–Tú fuiste a la casa de su hermana. Podríamos ir allá –dijo Carla.

–Es cierto. Livia me va a contar lo que está pasando –dijo Tina.

Dos horas después, ya de madrugada llegaron a la casa de Livia Valente. Estaba envuelta en la oscuridad y solo una farola del jardín

iluminaba el camino de ingreso.

Tina se bajó y corrió a tocar el timbre que tenía en la reja, una, dos, tres veces hasta que Livia se asomó por la ventana. Del interior se encendió una luz que iluminó la reja donde aguardaba, y la puerta se abrió desde adentro. Tina corrió por el jardín hasta la galería donde la esperaba Livia, seria y con las manos en las caderas, y eso le dio mala espina.

–¿Tu hermano? –dijo Tina desesperada.

–¿Dónde estabas? –preguntó Livi.

–En la casa de mi abuela. Ella me crió y me refugié allí por unos días.

–¿Acaso no viste todo lo que estaba pasando? A mi hermano casi lo han matado y le han destrozado el negocio.

Tina negó con la cabeza.

–Fui una tonta. Allí no llegaba bien la señal y recién esta noche mi amiga pudo entrar a internet. Vio el video que está circulando. Nos han filmado, Livi. Nos volvimos apenas nos enteramos –dijo Tina.

–Ya vi que los filmaron. Creí que mi hermano y tú se odiaban, pero allí parecen muy efusivos –dijo Livia.

–No sé dónde está su casa, Livi –dijo Tina sin entrar en explicaciones–. Necesito verlo y pedirle perdón –dijo Tina.

–Dudo que quiera verte. Nos ha corrido de su casa a todas las mujeres. Y tú, bueno, tú eres la causante de lo que le ha pasado. Solo recibe a mi padre, que es quien le lleva las compras, porque no puede salir de su casa. Pero no tengo dudas que la policía debe estar tras él –aclaró.

–¿Cómo? –preguntó Tina–. ¡Eso es ridículo! ¡Es una locura! Todo lo que dicen es un invento.

–No lo sé. Tu marido fue quién hizo correr esa barbaridad –aclaró Livia–. Tú no aparecías y a todos les gustó la acusación de tu esposo. Secuestro y asesinato, ¿te imaginas lo que es eso para David?

–La policía no puede detenerlo por las idioteces que diga Marcelo – gritó Tina.

–Él es abogado, y debe tener contactos –dijo Livia–. Con lo que yo estoy pasando y ahora esto –aclaró.

Tina la veía radiante, con el cabello arreglado, las uñas pintadas y el rostro relajado. Quizá solo era una apariencia, pero ese no era el momento de pensar en sus peleas maritales.

–Me gustaría que habláramos –dijo Livia.

–Claro, Livia, pero ahora tengo que ver a tu hermano. Él es una víctima de un montón de locos. ¿Te das cuenta? Me fui para pensar, sin imaginar que la gente podía ser tan cruel –dijo Tina con los ojos llenos de lágrimas.

–No te creas que no sufro por él. Mi hermano ha nacido para conocer todo tipo de injusticias –dijo Livi–. Por eso no cree en nada –aclaró–. Si fuera más optimista, tal vez le iría mejor.

A Tina se le cerró la garganta. Él era un buen hombre, escéptico y descreído, pero no tenía maldad, y ella no entendía por qué su universo lo trataba tan mal. Tal vez Livi tenía razón, aunque ya no sabía si sus famosas teorías del positivismo servían para algo. Había gente buena que no recibía recompensa. David Valente era una prueba de ello.

–Lo siento tanto, Livi. Todo ha sido mi culpa –dijo sin dejar de derramar lágrimas, aún sabiendo que eran palabras vacías en comparación con lo que él estaría pasando–. Necesito su domicilio, Livi.

Livia entró a su casa, demoró un rato y le tendió un papel con el domicilio.

–Vive a treinta cuadras de acá. Le hablé a mi papá y lloraba de emoción cuando le dije que habías vuelto–dijo Livi.

A Tina se le escaparon las lágrimas con el comentario de Livia. El

padre de David lloraba de emoción y ella de indignación por lo que estaba soportando David Valente y su familia por su culpa.

Tina había estado relajada en la casa de su abuela. Bueno, relajada no, pero había estado viviendo en una burbuja, mientras David pasaba por todas esas injusticias. Se había ido para pensar, pero la abuela las había hecho trabajar todo el día y pensar era lo que menos había hecho.

–Livia cree que la policía no tardará en meterlo preso –dijo Tina a Carla cuando subió al coche.

–¿Qué? –preguntó Carla desconcertada.

–Eso mismo dije yo. ¿Y si ya se lo llevaron, Carla? –dijo Tina, y se largó a llorar desconsolada.

–¡Dios mío! ¿Dónde quedó tu vida serena? –preguntó Carla, y salió derrapando.

Tina no le respondió. Solo miraba sin ver por la ventanilla del coche, inmersa en sus pensamientos.

Unos días atrás había sido una esposa complaciente y una escritora admirada, y en un parpadear su matrimonio y su carrera se habían ido al diablo. Y como si eso no fuera suficiente, antes de divorciarse ya tenía a otro hombre metido en sus pensamientos, el mayor escéptico del mundo. Un hombre que había entrado como un torbellino a darle vuelta la vida. Porque fue él quien la despertó a una realidad muy distinta de su vida llena de mantras positivos para tolerar lo que no estaba bien.

El problema era que con su cambio ella había dado vuelta la vida de David Valente. Por sus decisiones él estaba viviendo una pesadilla, y ella tenía que solucionar el problema.

CAPÍTULO 15

Veinte minutos más tarde Tina detenía el coche en la casa de Valente. Para su horror, unos cuantos vecinos se habían amontonado en la puerta a pesar de que ya era pasada la medianoche.

–Casi se lo llevan esposado por su culpa –gritó una señora mayor con los ojos llenos de lágrimas. Tina supuso que sería una vecina que lo quería mucho–. Él no es un asesino. Usted le ha arruinado la vida –gritó, y Tina con esas palabras retumbando en su mente se acercó a la mujer mayor.

–¿Cómo dice? –preguntó Tina.

–El policía le decía a su compañera que estaba cometiendo abuso del cargo. Pero ella insistía en que era culpable. Menos mal que llegó su encantador marido y detuvo toda esa locura–dijo la mujer.

¡Marcelo! ¿Acaso no era él quien lo había acusado de secuestro y asesinato? ¿Qué hacía en la casa de Valente justo cuando se lo llevaban preso? ¿Cómo se había enterado? ¿O quizá era Marcelo quién había armado todo el circo? Marcelo era un hombre influyente. Tenía amigos en la justicia y la policía. ¿Acaso el muy maldito había movido sus contactos para encarcelar a David, y después había venido para convertirse en el héroe? Marcelo no era un hombre malo. Era compasivo, condescendiente y comprensivo con el dolor ajeno, ¿cómo podía haber hecho semejante barbaridad? Todo eso se preguntó Tina cuando la mujer le contó lo que había pasado.

Tina traspasó la verja de madera del ingreso y corrió por el caminito empedrado. La casa era un chالé sencillo. Una típica casa de clase media, con techos a dos aguas y paredes blancas un poco percutidas por el tiempo. Nada de lujos, solo algunas plantas en el jardín y el césped largo. ¡Qué ganas podía

tener David de cortar el césped después de que le destruyeran el negocio y lo molieran a palos por un delito que no había cometido!

La puerta estaba entreabierta y Tina ingresó sin llamar. Por detrás la seguía Carla pidiéndole que se calmara, pero ella había perdido la armonía, esa serenidad que había logrado con sus mantras, y no le prestó atención.

Tina se quedó parada en el umbral, mirando asombrada a los dos hombres que se habían metido en su piel y su corazón. Los hombres que habían desestabilizado su vida. Su marido se parecía a un lord inglés, con su traje impecable, su camisa blanca y la corbata ajustada en el cuello. Siempre impecable, y en ese momento estaba sentado en una silla con su postura aristocrática, moviendo el hielo que tenía en un vaso de whisky. Valente estaba con un bermuda, una remera estirada y alpargatas negras, recostado de cualquier forma en el sillón, con una cerveza de lata en la mano. Eran como el agua y el aceite, y ella aún no podía comprender cómo se había quedado encandilada con Valente.

Marcelo se mostró emocionado al verla, incluso dejó ver su cálida sonrisa. Valente tenía el entrecejo fruncido, como si verla le diera arcadas. Carla de un empujón la metió dentro de la casa y cerró la puerta para que los curiosos no filmaran el espectáculo.

Marcelo se levantó con ese aire seguro que tenía y se acercó a abrazarla. Ella no se resistió, ni siquiera se dio cuenta que le decía: *Mi vida, me tenías tan preocupado. Estaba desesperado.* Nada, Tina no escuchó nada, porque solo miraba a Valente. Habría querido correr a abrazarlo y besar cada uno de los hematomas que tenía a la vista, en las piernas, los brazos y el rostro, pero se contuvo.

David sintió cómo se le aceleraba el corazón al tenerla frente a él, pero no pensaba demostrarle el impacto que le produjo verla, y la miró con el entrecejo fruncido. Ella se había dejado abrazar por el traidor pero solo lo

miraba a él. Y David pudo ver el brillo de las lágrimas al repasar todos sus golpes. Allí estaba, su gurú, paralizada al verlo tan golpeado.

–¡Tina, creí que te habían matado! ¿Mi amor, por qué no me llamaste? Todo esto se hubiera evitado con una llamada tuya –dijo Marcelo.

Tina arqueó las cejas, y David no pudo ocultar su sonrisa irónica.

Tina no podía creer que Marcelo le estuviera echando la culpa de lo que él había provocado. Pero ¿de qué se asombraba?, si Marcelo siempre había sido así.

Tina recordó las conversaciones que solían tener en la casa, cuando él justificaba a su madre, a sus hermanas y a su exnovia. Recordó que la había acusado de imaginar los avances de Florencia, esas caricias íntimas, roces casuales, y manoseos que parecían sin mala intención, pero que a ella la habían hecho sentir como una intrusa en la vida de su esposo.

Se soltó y lo miró seria.

–¿Por qué lo acusaste, Marcelo? ¿Por qué te inventaste esa historia? –preguntó Tina.

–Cariño, estaba desesperado. ¿Y a él quién lo conoce? –preguntó Marcelo señalando a Valente–. Apareció de la nada, mi vida. Te obligó a sentarte en su regazo en el bar, y después te arrastró a un lugar oscuro. ¿Cómo no lo voy a acusar?, si después desapareciste –dijo Marcelo.

David arqueó las cejas, pero no dijo nada.

–¡Me forzó! –gritó Tina–. No, Marcelo. Si hubieras mirado el video con otros ojos podrías haber deducido que el beso fue compartido –aclaró.

–No intentes defenderlo, Tina. Entiendo que estás enojada por esa tontería en La Cueva, pero tenemos un matrimonio feliz. Y este tipo vino a arruinarlo todo –dijo Marcelo.

¡Tontería en La Cueva!, no traición. Otra vez no se hacía cargo de sus errores. Siempre había sido así, solo que ella le buscaba la vuelta con sus

famosos mantras. Quiso reírse por su idiotez de antaño.

–Yo le pedí que me sacara del bar para no dar un espectáculo en público –aclaró Tina.

–Lo estás tratando de defender para evitar que vaya preso –la acusó Marcelo.

–Estoy diciéndote lo que pasó realmente –dijo Tina–. ¿O miento, Valente? –preguntó Tina al ver que él miraba a los dos como si le importara un pimiento la discusión, como si todo lo que estaban diciendo fuera anecdótico, como si no hubiera vivido una pesadilla después de aquel beso y de su huida.

–Claro que mientes –gritó Marcelo–. Estás tratando de encubrirlo –dijo perdiendo su porte seguro, puesto que además de los gritos agitaba las manos en el aire–. Vamos a casa, Tina. Tenemos mucho que conversar. No es seguro que te quedes con este hombre –aclaró.

–No hay nada que hablar. No hay nada que arreglar. No contigo, Marcelo. Yo he venido a hablar con Valente. He venido a pedirle perdón –dijo Tina, que solo miraba a David–. Por mi huida él ha pasado unos días de infierno. Por huir de él, de lo que sentí, ha tenido que soportar un montón de injusticias –aclaró, y las lágrimas se escurrían de sus ojos. Ella no podía apartar la mirada de David, como si solo le hablara a él.

–No seas tonta. Ese tipo no te conviene, Tina. Lo nuestro se puede arreglar. Yo te perdono porque sé que te dejaste llevar por la ira cuando estuviste con él.

–Pero yo no te perdono, Marcelo. No te perdono tus mentiras –dijo Tina sin mirarlo porque seguía pendiente de David, que se había incorporado un poco en el sillón y ahora tenía los codos sobre las rodillas y miraba el piso–. No perdono a tu familia. Es más, no quiero verlos nunca más, ¿entiendes? –aclaró, y por fin miró el rostro desencajado de su marido–. No

me gusta tu familia. No me gusta tu manipuladora madre. No me gustan tus hermanas metiches, y no me gusta tu Florencia.

–No es mi Florencia –dijo Marcelo, por decir algo, puesto que la miraba desconcertado, como si no pudiera creer que de su boca salieran todas esas palabras agresivas–. Tú no eres así. Tú eres comprensiva, eres...

–Fui idiota, que es distinto. Soy comprensiva con la gente que se lo merece, y tú y tu familia no se lo merecen –aclaró Tina.

–Tina, te vas a arrepentir de dejarme como un idiota frente a todos esos metiches que te siguen sin importar las pavadas que digas –dijo Marcelo perdiendo por completo la calma–. Eres una mujer insegura. Una mujer que suplica amor –gritó lleno de ira.

–Era, Marcelo, pero ya no voy a suplicar amor.

–No le llegas ni a los talones a Florencia. Esa sí que es una mujer que sabe complacer a un hombre –gritó convirtiéndose en un salvaje.

A Tina se le cayeron las lágrimas. Había querido la confesión de Marcelo, y ahora que la había conseguido no se sentía bien al saber que lo había dado todo por un hombre que se había casado con ella amando a otra.

–¿Por qué te casaste conmigo, Marcelo?

Él se encogió de hombros, abrió la puerta y la dejó sin respuesta.

–Bueno, yo creo... –dijo Carla, retrocediendo unos pasos–, que ya puedo irme –aclaró, se encogió de hombros y se marchó.

David levantó el rostro del suelo y su mirada se encontró con la de Tina. Ella le sonrió con timidez, y se quedó temblando junto a la puerta, sin saber qué decir.

–No sirve, pero lo siento, David –dijo Tina, con la voz entrecortada.

–¿Qué sientes, Martínez? –preguntó David al ver sus ojos enturbiados por las lágrimas–. ¿Sientes tristeza? ¿Dolor? ¿Bronca? ¿Sientes ganas de romper todo lo que encuentres a tu paso?

–¿Cómo? –preguntó Tina llena de asombro–. ¿De qué estás hablando? Siento lo que te pasó por mi culpa –aclaró Tina.

–Siempre compadeciéndote del dolor ajeno, Martínez. ¿Alguna vez vas a sentir tristeza por haberlo perdido todo?

Ella lo miró desconcertada.

–¿Tristeza por lo que perdí? ¿Qué sabes tú lo que es la verdadera tristeza, Valente? No tienes ni idea de lo que es sentirse triste de verdad –gritó Tina–. Tú no sabes lo que son los insultos y la impotencia. No sabes lo que es ser débil frente a los adultos que deberían quererte y valorarte. Mientras de niño jugabas a la pelota y esperabas ansioso a tu padre en la puerta, yo me escondía en el ropero de mi habitación para pasar desapercibida. Y rogaba, suplicaba que mi padre no regresara. Tú nunca deseaste que tus padres murieran, no tienes nada que cargar sobre tus hombros –dijo Tina, y David vio el dolor en su mirada.

–Yo... lo siento. No quise...

–Sí que quisiste. Quisiste que me compadeciera. Lo que no sabes son los años que estuve alimentando mi autocompasión, los años que me sentí culpable por la muerte de mi familia. Rogaba que todos se murieran, y el universo me cumplió el deseo –dijo Tina, y entre lágrimas rió, pero era una risa llena de dolor–. ¿Te das cuenta del poder del universo? ¿Entiendes el poder de la palabra, David?

–Eso no lo causaste tú, Martínez –dijo David, que se acercó unos pasos a ella, no demasiados para no caer en la tentación de abrazarla. Lejos, quédate lejos de ella, le susurraba su voz interior.

–Claro que lo causé yo. Si hubiera tenido puesto el cinturón cuando regresábamos de las vacaciones, mi padre no habría soltado el volante para darme una cachetada por desobedecer –aclaró Tina.

–Martínez, tenías ocho años. Él era el adulto. Tu padre no debería

haber soltado el volante en un camino de precipicios, y mucho menos manejar bebido –dijo David, y Tina se sorprendió que él supiera algo de su infancia y de su vida.

–Yo contando mi vida y tú ya la sabes –dijo Tina.

–Lo leí en la red. Tus fans hablan de tu coraje para salir adelante a pesar de tu padre y de la frialdad de tu abuela, que no fue capaz de darte ni una caricia cuando más la necesitabas. Tú no eres culpable de los errores de los adultos –dijo David, y acortó más la distancia.

–Es cierto lo que dices, pero la niña de aquella época no lo veía así –dijo Tina–. La niña sufría y se convirtió en una adolescente llena de inseguridades y culpas. Mi abuela no fue tan mala, solo era una especie de ermitaña que no tenía ganas de criar a una niña. Al menos me mandó a tres psicólogos, y eso se lo agradezco. Los dos primeros eran jóvenes recién recibidos, que iban cada quince días al centro médico del pueblo a ganar experiencia. Se marcharon tan pronto que sus escasas sesiones no me sirvieron de nada. La tercera fue una anciana que se decía psicóloga de la vida. Solo era una vieja de la zona que tenía algo más de inteligencia que el resto. Todos la llamaban psicóloga, y cuando un niño salía torcido ella lo enderezaba, como decían los vecinos. Sus métodos eran bruscos, pero la mayoría salía de allí derecho como caña. A mí también me enderezó –aclaró Tina–. Toda la vida le voy a estar agradecida.

–Esa anciana logró que te convirtieras en una gran mujer, Martínez –dijo David, y le sonrió con ternura.

–¡Gran mujer! –exageró Tina con las manos levantadas al cielo–. ¡La gran mujer salió huyendo y te dejó a ti cargar con todas las injusticias! –dijo, y se le escurrieron más lágrimas–. La gran mujer, aclamada por todos, juzgada por muchos. La que construyó una vida a base de libros fantasiosos. La que fue engañada por su esposo y despreciada por la familia de él –todas

sus palabras eran una burla a las de David—. ¿Dónde está la gran mujer, David? ¿Dónde? —al ver el silencio de David ella comprendió que su comentario era producto de la compasión. Y ella no quería la lástima de nadie—. Ni siquiera me llamas por mi nombre, David. Y eso es porque tú también me culpas por lo que te pasó.

—No te culpo —dijo David demasiado rápido.

—Ahora no me culpas porque te conté mi triste infancia. Pero dime ¿qué sentiste cuando la policía casi te lleva preso? ¿Qué sentiste cuando te rompieron el negocio? ¿Me viste como una gran mujer cuando te molieron a palos? —preguntó Tina. No quería la lástima de nadie y no podría tolerar que él también le mintiera—. Necesito la verdad, Valente, por más dura que sea. No quiero que te compadezcas de la niña que fui. Necesito la verdad. Ya he tenido demasiadas mentiras en mi vida. Me engañó el hombre con quien me casé. Su familia no me quiso. No podría tolerar que tú me mintieras —aclaró Tina sin apartar sus ojos de los de David.

En ese momento David supo lo importante que era él en la vida de Tina Martínez. También supo que no podía mentirle.

—No te culpé por los estragos que hicieron en mi negocio o por la golpiza. Te culpé cuando vi a la policía en la puerta de mi casa. Tú tan tranquila de visita en la casa de tu abuela, y a mí me iban a meter preso. Claro que te culpé, y cuando me esposaron me dije que no quería verte más —dijo David.

Tina lo miró llena de tristeza. Quería la verdad, y allí la tenía.

—Eres un peligro para mí, Martínez —dijo David sin apartar la vista de ella.

—¡Un peligro! —dijo Tina, le temblaron los labios pero igual se le escapó una risa nerviosa. Él estaba siendo sincero, y ella supo que con esas palabras David se estaba apartando de ella—. Lo entiendo. Perdiste todo por

mi culpa –dijo entre tartamudeos.

–No era tanto –dijo David–. Y tengo un seguro que quizá cubra algo –aclaró.

–No me lo voy a perdonar en la vida –dijo Tina.

–No seas exagerada, Martínez –aclaró David.

–Te podrían haber matado –aclaró ella.

Ninguno de los dos acertó la escasa distancia que había entre ellos, pero seguían mirándose como si desearan unirse en un abrazo eterno.

David sabía que no podía estar con ella. El amor había llegado en el tiempo equivocado. Ella era un riesgo enorme para su vida y su salud mental. Ella era la mujer más peligrosa que había conocido, no por todo lo que había pasado sino por la intensidad de los sentimientos que le despertaba.

Tina tampoco se acercaba. Él le había dicho la verdad. No le había mentado como Marcelo. Él era un hombre íntegro. Lamentablemente ella no podía con un “lo siento” borrar todo lo que había sucedido. Si él le abriera los brazos, ella habría corrido a su encuentro.

–Por suerte no lo lograron –aclaró David.

–¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó Tina, tragándose el dolor que sentía al saber que lo estaba perdiendo.

–Por lo pronto voy a esperar a que des la cara, así puedo salir sin riesgo para mi vida. Aunque lo mejor sería irme a vivir a alguna isla desierta –dijo David, y le sonrió.

Esa sonrisa la derritió, y quiso correr a cobijarse en la seguridad de sus brazos, decirle que se fueran juntos a una isla desierta. Pero su deseo solo era un sueño que no se podía hacer realidad. Él le había dicho la verdad. La quería lejos de su vida. ¡Cómo lo entendía después de todo lo que había sufrido por su culpa! Tina no iba a rogar amor, ya lo había hecho desde que era niña, y así le había ido.

–Es la mejor opción –dijo Tina–. Ojalá pudiera hacer lo mismo, pero tú sabes lo que pasó cuando desaparecí –aclaró–. Yo tengo que hacerme cargo de mis errores. Dar la cara, seguir explicando y seguir enfrentando lo que ocasioné con mis libros, mis talleres y... con todo. Tengo contrato con la editorial y tengo un juicio de divorcio que comenzar. No te imaginas lo que desearía en este momento tener a un amigo que me dijera lo que tengo que hacer.

A él le pareció demasiada carga para una delicada flor como ella. Pero asintió sin darle ningún mensaje. Ya la había aconsejado una vez, y le había traído consecuencias terribles.

–No tengo dudas que van a aparecer varios amigos que quieran aconsejarte –dijo David, y de esa forma indirecta ella comprendió que cada palabra de David llevaba implícito un mensaje: “Te quiero lejos de mi vida, Martínez”.

Cuánto dolía todo aquello. Él le había pedido que no se fuera a la casa de su abuela. Si le hubiera hecho caso estarían juntos. Pero esas eran suposiciones. Ella se había ido. Ella había perdido.

–Estuve con Livia –dijo Tina para cambiar el tema.

–Bueno, con ella tendrás un asunto más que agregar a todos los que tienes para resolver –dijo David.

–Te estás alejando de mí, David –dijo Tina, no era una pregunta sino una afirmación.

–¿Y qué otra cosa puedo hacer, Tina? Eres demasiado pública, y tienes más problemas que el que puede causar un terremoto a una hora pico en el centro de la ciudad –dijo David.

Ella abrió la boca asombrada por la comparación, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¡Tú quieres una vida tranquila y yo soy un terremoto! –gritó Tina–.

Entiendo que estés enojado y que me quieras lejos de ti. ¿Pero sabes qué creo? Que eres un cobarde, David Valente –dijo Tina llena de ira. ¡Su armonía!, ¿dónde carajo estaba en ese momento? Él tenía razón en alejarse, pero ella tenía ganas de romper toda la casa y agregar algún morado más en su cuerpo magullado. Lo entendía, pero estaba furiosa porque no podía aceptarlo. Nadie la había valorado, nadie la había querido lo suficiente, nadie era incondicional con Tina Martínez.

–Creo que enfrenté con valentía el desastre que armó tu partida – aclaró David.

–Ojalá que cuando estés en tu isla desierta tengas una vida de lo más aburrida, así no dejas de preguntarte: “para qué vivo si no tengo emociones” –dijo Tina sin dejar de llorar.

–Vamos, Tina, que esa no eres tú. Tú eres empática hasta con el más miserable. Te esperan grandes logros en la vida.

–No son los logros los que nos hacen felices, sino las personas que amamos –dijo Tina, y se arrepintió de sus últimas palabras porque eran una súplica para que la amara.

–Pues tus mantras no decían eso.

Él hablaba de mantras no de amor. A Tina se le formó un nudo en la garganta.

–No me hables de los mantras. No me hables de mi pasado –gritó Tina, y David se sintió emocionado al verla perder los estribos solo con él.

–Tu pasado está muy presente. No sé si algún día vas a poder desprenderte de tu elección de vida. Eres y serás siempre demasiado pública. Tus libros siempre estarán allí, y otras generaciones los van a leer, y otra vez Tina Martínez será venerada como la gurú de la autoayuda –dijo David.

–No, eso no será así. En esta época los libros duran unos pocos meses en las librerías. Mis libros van a desaparecer, y yo tendré otra oportunidad de

vivir de forma diferente. ¡Tendré otra oportunidad! –recalcó Tina, más para convencerse ella que a él.

David sintió tristeza por ella. Le estaba casi suplicando que no se apartara, pero él no estaba dispuesto a seguir saliendo en videos. No quería tener una vida en donde un montón de idiotas lo juzgaban y condenaban. No quería que su vida estuviera en boca de todos. Ya demasiado había soportado. Lo habían tildado de cornudo, y hasta lo habían acusado de ser un delincuente de la más baja calaña. Ella era una líder, hiciera lo que hiciera, y él... él la quería... pero no a la líder sino a la mujer.

–Tú siempre tendrás buenos comienzos. Naciste para brillar, Tina Martínez –dijo David. Acortó la distancia que los separaba, se paró a escasos centímetros de ella y le acarició la mejilla. Ese contacto fue tan intenso que la sintió estremecer. David ya no pudo pensar, la cercanía le jugaba en contra. Se inclinó y le dio un suave beso en los labios. Ella le rodeó el cuello, él la abrazó por la cintura y sintió la adrenalina correr por sus venas. Sintió que ella se entregaba. Sus lenguas se entrelazaron. Sus cuerpos cada vez más juntos. Él sentía que su sexo iba creciendo, y cómo ella, una bruja, le cambiaba todas sus decisiones, lo doblegaba, lo ponía de rodillas para que él le declarara su amor. ¡Dios mío!, sería tan fácil caer en la tentación. El mundo dejaba de existir cuando él tenía a Tina en sus brazos. La vida parecía bella, y todo lo que había pasado ya estaba en el tacho de basura.

No... No podía ser. Una hora antes lo habían sacado esposado de la casa, se recordó. La apartó como si ella lo quemara. Alejarla, tenía que alejarla. La miró con tristeza y le dijo.

–Vuelve con tu esposo, Martínez, y sigue con esa vida que has construido. Muchas personas te esperan –dijo David, y sintió que se le contraía el estómago con sus palabras.

Ella se apartó de él y lo miró desconcertada y enojada. La mano se

movió por voluntad propia y le dio vuelta la cara de una cachetada.

–¿Qué fue lo que tuvimos en el parque? ¿Qué fui para ti? –preguntó Tina. David se quedó mirándola sin responder—. Solo una más. Una aventura de una noche, eso fui –dedujo al ver que no le respondía. Se giró y salió corriendo de su casa.

No mi amor, tú eres como un rayo fulminante que bajó del cielo y se clavó directo en mi corazón, se dijo David cuando ella ya se había marchado.

Tina Martínez se había metido en su vida desde el día que la vio en la conferencia y en La Cueva. Se había metido siendo una predicadora de fantasías, y lo había conquistado cuando llegó al restaurante y a gritos dejó caer cada una de las capas con las que se revestía cuando era la escritora que pregonaba sus mantras.

David se quedó mirándola desde la ventana. En la verja Tina se dejó caer de rodillas al suelo, y él escuchó el llanto desgarrador que salía de su garganta. Algunos se acercaron para levantarla y otros aprovecharon para filmar a la escritora vencida en el suelo.

Él se quedó allí, sintiendo que se le desgarraba el corazón.

Tina había soportado con entereza la traición de su marido y la pérdida de su vida entera, pero allí estaba, vencida por su culpa, se dijo David y sintió como se le formaba un nudo en la garganta. No tuvo dudas que él también había entrado a la vida de Tina como un rayo que se metió de lleno en su corazón. Un amor fulminante, eso sentían uno por el otro.

Permaneció por horas parado en la ventana hasta que todos desaparecieron de su casa, hasta que Tina desapareció de su vida. Cuando se quedó solo, David dejó que las lágrimas, que ella había derramado sin importarle que la vieran vencida, salieran de sus ojos.

Maldijo su puto destino, maldijo el día que la conoció y le despertó emociones que creía muertas. Maldijo todo lo que había pasado. Y también

maldijo al universo de Tina. Ese universo que les había permitido encontrar el amor en el momento equivocado.

Se recostó en el sillón sintiendo que había cometido el peor error de su vida. Había dejado escapar el amor y la felicidad. O quizá no, quizá había sido lo mejor. Él nunca sabía cuál era el camino correcto, la traición de Liliana era una prueba de ello.

Estuvo dos horas recostado tratando de sacarse de la cabeza el llanto desgarrador de Tina. Él no se sentía mejor que ella, pero la decisión de apartarla de su lado era la única que podría haber tomado después de todo lo acontecido. No tuvo dudas que los dos podrían haber sido felices juntos, pero no en las circunstancias actuales.

Se durmió por cansancio. Y a pesar de todos los contras que había encontrado para mantenerse apartado de Tina Martínez, soñó con ella, su risa, sus palabras positivas, sus manos rodeando su cuello, acariciando su rostro. Ese cuerpo suave y armonioso sobre el suyo, su boca rozando sus labios, su sexo abrazado por el de ella, su aliento en el oído, su dulzura, su calor, su perfume floral. Su energía positiva, su compasión, su bondad, su comprensión. Soñó con la mujer que había jurado apartar de su vida.

Cuando se despertó, recordó lo vencida que la había visto la noche anterior. Rememoró su niñez, y sintió que le brillaban los ojos por la tristeza y soledad que Tina había sentido en su infancia y adolescencia. Ella, pobrecita, se escondía en un ropero para pasar desapercibida. Ningún niño debería pasar por tanto terror.

También rememoró cada una de sus palabras, que habían sido como una súplica para retenerlo a su lado. Una súplica para que la amara, como si él necesitara que le suplicaran. Ese no era el problema. Y se volvió a repetir que tenía que mantenerse alejado de Tina Martínez. Ella era un reto muy grande, ella era como caer al abismo una y otra vez. Alejarla había sido lo

correcto.

A pesar de todas las advertencias, sabía que caer al abismo con Tina Martínez era sentir cómo la adrenalina corría por su cuerpo, era estar vivo, muy vivo.

CAPÍTULO 16

Había pasado una semana de su regreso, y Tina no había hecho más que correr de acá para allá intentando solucionar todos los problemas que había ocasionado su viaje a la casa de la abuela.

En una semana había firmado la demanda de divorcio, y se había presentado con su abogado a una fiscalía del crimen para exponer la verdad de los hechos acontecidos en el bar del parque, y todo lo que le había pasado a David con su partida. No había una denuncia en contra de David Valente, pero el fiscal decidió investigar a los agentes que habían esposado a David Valente. Tina no tuvo dudas que los policías que se presentaron en la casa de David habían sido enviados por Marcelo.

También dio la cara, otra vez, frente a sus seguidores, como le había sugerido David. Les dijo que estaba consternada por todo lo que había tenido que pasar un hombre inocente por culpa de esos videos inescrupulosos que solo querían hacer daño. Habló de lo extraño que era el amor, de lo difícil y estructurada que era la vida a través de sus mantras. Y afirmó que se había equivocado en todo. Que la vida no estaba escrita en sus libros. Que era incierta y que en cada curva del camino se podía encontrar una sorpresa esperándolos. Dijo que ella había encontrado esa sorpresa cuando conoció a David Valente. Y aclaró que no todo lo que uno desea se puede conseguir, y David no estaba en su vida. Les suplicó que lo dejaran en paz porque él no era un hombre público. Él era un hombre más bien solitario, que disfrutaba de la vida tranquila que había tenido antes de conocerla.

En ese momento estaba sentada en los sillones de la oficina de su editora, tratando de evitar que le hicieran un juicio que no podría solventar.

–Un libro más y me dejan libre –pidió Tina. No tenía ganas de estar

allí. No tenía ganas de estar en ningún lado. Ella solo quería tirarse a la cama y llorar. Se sentía sola, sin nadie que le diera aliento para seguir con toda esta locura, pero seguía luchando como lo había hecho siempre.

Su agente, que estaba sentado frente a ella la miró con el ceño fruncido.

–No seas ridícula.

–Dos –dijo su editora para evitar que el hombre la siguiera insultando–. Un libro de lo que pasó para que cambiaras de idea. Tus seguidores tienen derecho a saber. Y otro de tu vida privada después de perder la confianza en tu esposo. Quiero que cuentes cómo cambiaste tus pensamientos desde que conociste a David Valente –dijo Maribel, y Tina la miró horrorizada.

–Vaya Maribel, tú sí que sabes cómo hacer más dinero con nuestra querida Tina –dijo su agente.

Tina no se sintió usada, sino violada por esa gente sin escrúpulos. Hacer dinero sin importarles el daño que le podían ocasionar a ella y a las personas que saldrían en el libro. Pensó en David Valente. ¡Qué inteligente había sido al apartarse de ella! Él había visto venir el desastre y decidió no ser el payaso del circo. *Eres demasiado pública*, le había dicho. ¡Qué razón tenía!, pensó al ver que la editora y su agente ya estaban haciendo números sobre lo que ganarían con un libro donde contara los errores de sus teorías, y otro donde el protagonista sería David Valente.

–Lo siento, no hay trato –dijo Tina, y se levantó del sillón. Tenía los hombros encorvados. Se sentía vencida, pero seguía luchando con la poca fuerza que le quedaba.

–Te vamos a hacer un juicio y vas a perder la casa. Vas a quedar en la calle, Tina, y todo por no ceder a hacer dos libros que te convertirían en una de las escritoras más exitosas –dijo Maribel.

–No lo voy a hacer –dijo Tina, y le brillaron los ojos.

–Tina, tu futuro está en juego. Ellos son una empresa, y no van a tener compasión al momento de hundirte –aclaró Alfredo.

–Lo sé –dijo Tina–. Que lo hagan.

–Me estás hundiendo a mí, Tina –aclaró Alfredo.

–Ya encontrarás otra escritora –dijo Tina.

–Esto no se resuelve tan fácil. Tienes contrato –aclaró Alfredo.

–Pues ve tú también a reclamar tu parte, maldito. Si crees que voy a escribir un libro sobre David después de todo lo que ha tenido que pasar, estás loco –gritó Tina.

–Tú has contado toda tu vida sin el menor reparo. Qué tiene de malo que ahora cuentes cómo lo conociste a él, cómo por su culpa tu vida se fue al diablo –gritó Alfredo.

–¡Por su culpa! –gritó Tina, y lo miró con furia mientras las lágrimas le caían por las mejillas–. Es una víctima, Alfredo, una víctima de mis errores –dijo con voz temblorosa.

–Y déjalo como víctima si quieres –dijo Maribel.

–Por qué mejor no cuento la insensibilidad de ustedes. Por qué no hago un libro en el que explico cómo me están presionando para no quitarme la casa, los muebles, la ropa que llevo puesta... la vida –dijo Tina.

–No serías capaz de ventilar nuestras pequeñas discusiones –dijo Maribel.

–No, no sería capaz, y lo sabes. Tampoco soy capaz de exponer la vida de un hombre inocente para que ustedes ganen dinero. Hay una gran diferencia entre nosotros. Ustedes buscan un interés comercial, y yo creía en lo que hacía –dijo Tina, y se marchó.

En su casa se encontró otra vez con un grupo de gente, y cada día que pasaba entendía más por qué David se había alejado. Su vida no era vida,

solo justificaciones y decisiones que no la llevaban a ninguna parte.

Tina no detuvo el coche. No tenía ganas de seguir hablando una y otra vez de lo mismo. Solo quería desaparecer.

Dos cuadras más adelante vivía Livia, y decidió pasar a saludarla y escuchar sus problemas maritales, que serían mucho más llevaderos que seguir dando explicaciones a sus seguidores.

Desde el ingreso pudo ver que Livia estaba en la pileta con sus hijos. Dos niños preciosos que saltaban y reían en el agua. Livi sonreía pero tenía los ojos brillantes, como si se estuviera conteniendo de llorar frente a ellos.

Que difícil era la vida, pensó Tina. La hermana de Valente lo podría tener todo pero seguía insatisfecha. No la juzgaba, simplemente le costaba sentir empatía en ese momento. Le costaba entender el dolor ajeno. Le parecía una nimiedad comparado con todo lo que había pasado ella. Y se dio cuenta que estaba cambiando, que se había convertido en una egoísta que comparaba sus desgracias con las del resto.

¡Dios mío! Esto no podía estar pasando. Ella tenía que ayudar a Livia, no pensar que sus problemas eran nimiedades. La mujer estaba allí, simulando sonrisas en lugar de disfrutar el día con sus hijos.

Tocó el timbre, y se dio cuenta del error cuando una mujer mayor, que debía ser la madre de Livia, se levantó de una reposera que estaba oculta bajo un árbol, y se acercó a la reja. Del ingreso de la casa salió un hombre de la edad de la mujer, y Tina supo que estaba frente a los padres de los hermanos Valente.

Quiso salir corriendo de allí, refugiarse en el silencio de su casa, pero los dos la observaban, la mujer con una sonrisa y el hombre con un arqueado de cejas.

—Vaya, acá tenemos a la famosa escritora que le ha dado vuelta la cabeza a todos mis hijos —dijo el hombre con una voz tan atronadora que

debieron escucharlo todos los vecinos.

–Cállate, Santiago –dijo la mujer, que avanzaba hacia ella con una sonrisa–. No le hagas caso, es puro escándalo, y él sabe que sus hijos no necesitan ayuda para arruinar sus vidas, se las arreglan solitos para complicar hasta lo simple. Sobre todo Livi –aclaró mientras ponía la llave en la reja y le abría–. Qué alegría me da conocerte –dijo Elvira, y la abrazó como si fuera una hija que regresaba después de muchos años al hogar. Cálida, así sintió Tina a la madre de David–. No sabes la emoción que siento al conocerte. Nadie, absolutamente nadie ha sacado de las casillas a mi hijo David como lo has hecho tú –aclaró.

Parecía un cumplido, pero Tina lo tomó como un reproche.

–Lo siento, señora. Yo... Bueno, no era mi intención y...

–Elvira, soy Elvira y no me trates de usted que parezco más vieja –dijo Elvira.

–Lo siento, Elvira. La verdad que estoy muy mal con lo que ha tenido que pasar David.

–Sí, ha sido duro. Pero lo malo tiene cosas buenas, porque él estaba como muerto en vida antes de conocerte. Y tú, con toda esa tormenta que generaste, lo has cambiado. Mi hijo ha vuelto a tener sentimientos –dijo Elvira.

–De odio –dijo Tina.

–No, claro que no. Parece odio, pero es algo mucho más lindo. Es amor –aclaró Elvira, y Tina retrocedió sorprendida.

–Creo que te equivocas, Elvira. Él solo... solo me dio un buen consejo y... tus hijas y yo le hemos complicado la vida –aclaró Tina.

–Sí, ya he visto que le han complicado la vida, y menos mal, porque era muy aburrida antes de que te conociera. Esa arpía de esposa que tenía lo había dejado como seco de emociones. Pero tú se las has despertado todas –

aclaró Elvira.

Cómo no le iba a despertar todas las emociones con lo que había tenido que soportar el pobre, pensó Tina, pero no dijo nada porque Elvira parecía convencida de que él la amaba. Lujuria, Elvira, tuvo ganas de decirle, pero solo le sonrió como si aceptara sus palabras.

–¡Arpía! –gritó el hombre que debía ser el padre de David–. Esa es una zorra, una bruja del demonio –dijo mientras se acercaba a ella–. Tiene mucha culpa de que casi metieran preso a mi hijo. Le mandó unos mensajes, como siempre, en donde lo acusaba de maltratar a las mujeres. Y yo creo que tu marido logró que le dieran las sábanas de las conversaciones, porque la policía sabía que David no había respondido a sus injustas acusaciones –dijo el padre de David.

Tina recién se enteraba de ese detalle. Él no le había contado esa parte. No tuvo dudas que Marcelo había movido sus contactos para conseguir los mensajes y llamadas que había hecho David en los últimos días. Lo había hecho investigar, y lo único que había encontrado eran los mensajes acusadores de su exmujer.

–Lo siento. Yo...

–Tú no tienes nada que ver en esa parte, muchacha –dijo el hombre–. Pero irte sin medir las consecuencias, ese sí fue tu error –aclaró.

–Basta, Santiago, que estás asustando a nuestra Tina –dijo Elvira.

Nuestra Tina, pensó y tuvo ganas de reír. Años intentando ser aceptada en la casa de Marcelo, y toda la vida intentando que su abuela la quisiera; y la familia de David ya la había incluido en la suya. Le brillaron los ojos de la emoción, y Elvira la miró preocupada.

–¿Dije algo que te entristeció, cariño? –preguntó Elvira, y se acercó a abrazarla.

–No, Elvira, al contrario –dijo Tina. Qué bien se sentía. Lo único que

había hecho para merecer la aceptación era arruinar la vida de sus hijos, pensó y casi rió por lo ridículo de la situación.

–Ven, vamos a tomar una rica limonada bajo el árbol, y a comer esa torta casera que hice para Livi y mis nietos.

–Es de naranja, la que mejor le sale a mi mujer –dijo Santiago.

–Vete a mirar los deportes, que no te quiero metido en nuestra conversación –dijo Elvira.

–Solo si ella me promete ayudar a Livi. El pobre Adrián ya no da más con los niños y el trabajo. Y todo por culpa de esa loca de hija que tengo –aclaró.

Tina rió y asintió.

–Voy a intentarlo –dijo Tina.

–Cabeza dura como la madre –dijo mientras se marchaba–. No te conté que ella me hizo lo mismo hace treinta años. Se marchó y me dejó a los cuatro demonios. Casi me muero de un infarto –aclaró, y Elvira largó una carcajada.

–Después de esa vez me ayuda en todo –dijo Elvira.

–Esto viene de familia –dijo Tina asombrada.

–Sí, Cata y Livi son tan impulsivas como yo, por eso nunca las traté de enderezar. Gaby salió al padre –dijo Elvira, y las dos rieron.

–¿Y David? –preguntó Tina.

–Él es mi debilidad. Es un buen hijo y un buen hermano. Y sería el mejor esposo si tuviera a una mujer que lo ame –dijo Elvira, y la miró durante un largo rato, pero Tina bajó la cabeza avergonzada.

La estaban tratando de enganchar con su hijo, solo que su hijo quería estar lo más lejos posible de ella.

Por suerte Livia salió de la pileta con los niños, y cuando se secó corrió a abrazarla.

–Viniste, Tina –dijo emocionada.

–Sí. Mi casa sigue ocupada por mis seguidores, y hoy tuve un día complicado. Por eso me vine a refugiar a la tuya, y de paso quería preguntarte cómo te van las cosas.

–¿Cómo le van a ir? Mal, porque no quiere aflojar –dijo Elvira.

–Mamá, no te metas. No sabes lo que se siente –dijo Livia, y Tina miró a Elvira, pero ella le hizo un gesto con la cabeza para que no le contara la confidencia de su esposo.

Tina se quedó asombrada. Sus hijos no sabían que su madre había hecho lo mismo, y le dedicó una mirada irónica.

–No, no lo sé. Pero ya está bien de escarmiento. Él ya sabe lo que es hacerse cargo de la casa y de los niños –dijo Elvira.

–No, no está bien. Apenas si lleva unos días viviendo solo. Y tú estás siempre ayudándolo –aclaró Livia.

–Lo estás empujando a los brazos de una de esas compañeras de trabajo que, según tú, le revolotean todo el día.

–Comparte más horas con ellas que conmigo. Llegaba a casa de noche, jugaba un rato con los niños y... y solo dormía conmigo –aclaró.

–Bueno, al menos no se iba a dormir con otra –dijo Elvira.

–Mamá –gritó Livia sorprendida.

–No te falta nada. ¿Qué más quieres? –dijo Elvira.

Tina se sentía de más en esa discusión de madre e hija. No sabía si decir algo o seguir sentada escuchando. Se quedó callada, tratando de comprender el razonamiento de Livia, que ya no le parecía tan ilógico. Ella estaba haciendo un reclamo desde hacía rato, y como nadie la entendía había usado la excusa de la traición para cambiar su rutinaria vida y su matrimonio.

–Quiero una familia de cuatro, no un marido trabajando todo el día y yo corriendo como loca para cumplir con todo lo que me toca. Ya ni me

arreglaba, mamá, no tenía ganas. Estaba agotada, y a él le daba lo mismo, siempre que no faltara nada en la casa –gritó Livi.

–Y no lo podrías haber hablado –preguntó Elvira.

–Es que me había cerrado en eso de la confianza, pero con lo que le pasó a Tina me desperté. Qué confianza podía tener. Soy un ama de casa quejosa, con los pelos enredados y la ropa estirada.

–Te hubieras arreglado para esperar a Adrián –sugirió Elvira.

–¿Para qué me iba a arreglar?, para ensuciarme de nuevo. Este trabajo no se acaba nunca, mamá. Siempre estás fregando algo, sacando manchas, comida tirada en el piso. Siempre pasando el lampazo para que ellos no se ensucien. Siempre corriendo a llevarlos y traerlos de sus actividades ¿Qué ganas crees que me quedan para arreglarme –dijo Livia. En ese momento el mayor pasó corriendo con un vaso en la mano y Livia se puso a gritar–. Marco, cuántas veces te he dicho que no corras mientras estás tomando –el niño la ignoró. El menor salió descalzo por detrás y fue corriendo a treparse a un árbol–. Lauti, ponte las zapatillas antes de que se te clave una espina, y ya mismo te bajas del árbol.

–¿Así es tener hijos? –preguntó Tina, y las dos mujeres se giraron a mirarla–. Parece una pesadilla –aclaró, y sonrió.

Por fin alguien la entendía, por fin alguien le decía, tienes razón, Livia.

Livia no le respondió porque se puso en su papel de madre controladora y comenzó a dar una orden tras otra. “No corras”. “No te acerques a la piscina que te vas a caer y te puedes ahogar”. “No empujes a tu hermano”. “No te burles de tu hermano, Marco”. “Contéstame cuando te hablo”. “No hagas la vertical que te vas a romper la cabeza, Lauti”.

Livia gritaba tantas palabras que los chicos no le prestaban atención. Era como si no la escucharan. Y allí Tina comprendió un poco la vida de

Livia. Ella se había convertido en una madre obsesiva por la seguridad de sus hijos.

–Livia está demasiado pendiente de ellos –aclaró Elvira sin criticar a su hija.

–Y si no estoy pendiente se van a matar.

–Bueno, no creo que sea para tanto –aclaró Tina.

–No le hacen caso en nada –dijo Elvira.

–Por eso estás tan agotada –comentó Tina.

–Son hermosos, Tina, pero también me dejan sin energías. A veces me olvido que soy una persona. Me olvido que soy una mujer. Y te aseguro que no me quedan ganas de arreglarme. Y a la noche llega mi esposo del trabajo, y me digo “Ha tenido un día duro, Livi”. Y se me olvida que mi día ha sido peor. Adrián trabaja todo el día, pero creo que yo hago diez veces más cosas que él, y no cobro nada. Me enoja, pero le sirvo la cena y lavo los platos mientras Adrián se sienta a ver una película con dos angelitos, que ni se mueven porque ya no dan más. Algunas veces me pregunto: ¿por qué no descargan las energías cuando llega él así se da cuenta cómo es mi día?, pero no, él siempre ve la calma –dijo Livia.

–Vaya, y yo que estaba allá afuera creyendo que mi vida era peor que la tuya –dijo Tina con sinceridad–. No sé cómo te vas a tomar mis palabras, pero si en lugar de gritarles tantas órdenes, los dejaras cometer errores, quizá tu vida sería más tranquila.

Livia la miró horrorizada.

–¿Dije algo malo? –preguntó Tina.

–Y si se caen de cabeza del árbol. Y si se le entierra una espina. Ni hablar si se caen a la pileta y se ahogan –aclaró Livia.

–Bueno, es cierto. Pero ellos no te prestan atención. Son demasiadas órdenes –aclaró Tina–. Ahora entiendo por qué estás tan cansada. Son

inquietos, pero dales un margen para que se equivoquen ellos solos, y tú vigila –dijo Tina.

–Lo que más deseo ahora es que Adrián sienta en carne propia todo lo que yo he hecho por la familia.

–Ya lo está viviendo, Livia –dijo Elvira.

–Apenas son unos días, mamá, y ya está por dejarme a los niños para irse una semana a descansar a la cabaña a la que solíamos ir los cuatro. Se va solo, el muy maldito. Bueno, solo es lo que les dijo a los niños –dijo Livia furiosa.

–¿Estás segura de que se va? –preguntó Elvira.

–Se le acaba de escapar a Lauti, mamá. Marco le gritó que eso era un secreto que no me tenía que contar –dijo Livia.

Cuando llegó a su casa Tina había visto que le brillaban los ojos, y no tuvo dudas que el motivo era que Livia sospechaba que su marido se iba a la cabaña con una mujer. El problema era que Livia no quería escuchar que su marido le era fiel. Ella necesitaba algo más contundente.

–¿Eres valiente para enfrentar un reto, Livia? –preguntó Tina.

–¿Ese reto puede arreglar mi vida? –preguntó Livia.

–Livi, con los retos nunca se sabe –dijo Tina.

–¡Oh, Dios mío! –dijo Elvira.

–Sí, soy valiente. Si tú tiraste tu vida de mentira por la borda, yo también puedo hacerlo –dijo Livia.

–Esa es la consecuencia más dura. Pero también puede darte la respuesta a tus inseguridades. Si él está solo, creo que puedes confiar en su fidelidad –dijo Tina.

Livia se quedó pensando, y luego de un largo rato Tina vio que se iluminaba el rostro. Había dado en el clavo, y Tina rogó para que no se diera de cabeza contra un paredón.

–Si le anticipas algo no te hablo más, mamá –dijo Livia.

Elvira las miró horrorizadas.

–¡Oh, estás loca! –dijo Elvira.

–¿Tan poca fe le tienes a tu yerno, Elvira? –preguntó Tina.

–Pondría las manos en el fuego por él –dijo Elvira. Al ver que las dos mujeres la miraban con expectación decidió apoyar en la descabellada idea de Tina–. Está bien, voy a guardar silencio.

–Espero que no te salgan chamuscadas, mamá –dijo Livia.

–Estoy segura de que no –dijo Elvira–. Yo me voy a quedar con los niños –aclaró–. Pero no les voy a decir nada, para que no vayan corriendo a contarle a Adrián. ¿Cuándo se va?

–Esa es mi mamá. Mi aliada –dijo Livia feliz–. Se va la semana que viene –aclaró Livia.

–Tina Martínez, si el matrimonio de mi hija se arruina, te voy a dar un coscorrón en el trasero –dijo Elvira riendo, y Tina se emocionó.

No la iba a sacar de su casa, le iba a dar un coscorrón como si fuera una hija díscola.

–Yo... pensé que no me dejarías entrar más a tu casa –dijo Tina.

–Eso sería ridículo. Si Adrián la engaña, Adrián no entra más a mi casa–aclaró Elvira.

–Gracias –dijo Tina, y Elvira la miró extrañada.

–Acabas de decir que pones las manos en el fuego por él –dijo Livia.

–Es solo un ejemplo para que Tina entienda que ella no es la culpable de lo que hacen mal los otros –aclaró Elvira.

–Claro que no es culpable. Ella solo quiere que la gente sea feliz –dijo Livi, y salió corriendo tras sus hijos.

Esa fue una gran lección para Tina, que la dejó reflexionando. Ella llevaba más de un mes justificando las malas acciones de otros. ¿Por qué

tenía que cargar con la traición de su esposo? Ella había actuado según lo que predicaba. El error era creer que se había casado con un hombre que era honesto. El error había sido entrar en una familia que no tenía sus mismos valores. La familia de David le había abierto los ojos. A Tina se le iluminó el rostro, y le sonrió a Elvira.

–Todo lo que me ha pasado no es mi culpa. Yo no tendría que estar justificándome por gente que obra mal. No tendría que haberme ido a la casa de mi abuela como si hubiera hecho algo malo. Di la cara después de la pelea con mi marido, expliqué que me había equivocado en todo, y seguí dando la cara cuando regresé. Y él nunca explicó nada. Él se cree una víctima –dijo Tina.

–Tina, si en algo te has equivocado es en creer que todo el mundo va a actuar como tú. La confianza solo es una virtud de pocos, querida. Y tú sigues creyendo y confiando, sino no habrías mandado a mi hija a reencontrarse con su esposo –dijo Elvira.

Qué razón tenía Elvira. Ella seguía incentivando la confianza que la había hecho famosa. Lo acababa de hacer con Livia. No se podía tirar por la borda toda una vida de creer por culpa de gente que no valía la pena. Su error había sido confiar en personas que no tenían valores.

Confiar, la palabra que había guiado su vida. La que la había destruido, y quizá la única que podría salvarla de caer a un pozo sin fondo. Confiar y amar. Cuánto poder tenían y qué difícil era lograr que las dos se complementaran. Eso sería como encontrar la magia de la vida.

Tina se acordó de David, el hombre que no confiaba en nadie, que dudaba de todo, que creía que la gente se comportaba de todas las formas imaginables, y con ese argumento no confiaba en nadie. Una lástima que fuera tan escéptico como para no arriesgarse a conocer a las personas buenas.

A ella su marido la había fortalecido, a David su mujer le había

quitado la esperanza.

CAPÍTULO 17

Adrián estaba con los últimos preparativos para salir unos días del loquero en que se había convertido su vida. Desde que Livia lo había echado y lo había puesto a cargo de todo lo referido a sus hijos Adrián se sentía como si un camión le hubiera pasado encima.

Siempre había sido un hombre responsable. Había trabajado el día entero para que a su familia no le faltara nada y para darle a Livia la casa de sus sueños en un barrio bonito. Él creía que eran un matrimonio feliz. Ella por lo visto no.

Siempre pensando que él la engañaba con sus compañeras de trabajo. Siempre buscando un pero para la felicidad.

–¿Papá me puedo llevar la tablet a la casa de mamá? –gritó Marco.

–¿Claro, hijo? –dijo Adrián. Les había comprado una tablet a cada uno en un momento de desesperación, cuando ya no le quedaban fuerzas para estar corriendo todo el día tras Lauti, que era el más revoltoso. Desde que tenían la tablet, que usaban después de terminar las tareas, él podía relajarse un rato.

–¿Y Lauti puede llevar la suya? –gritó Marco.

–Claro que sí –dijo Adrián, que seguía guardando las cosas de los chicos en un bolso. Estaban tanto tiempo con él que la mayoría de la ropa ya estaba en su departamento. Adrián no quería olvidarse de nada porque le daría la excusa perfecta para que le enviara esos mensajes llenos de resentimiento y críticas. ¡Cómo si él le hubiera hecho algo para recibir tanto odio!

Hacía más de un mes que lo había echado, y Adrián ya no se sentía tan perdido, desconcertado y furioso. Se había acostumbrado a que la vida

podía cambiar de la noche a la mañana. Ya no trabajaba tantas horas, y al estar tanto tiempo con sus hijos se daba cuenta de que se había perdido mucho. Él hablada de que lo más importante era la familia, pero no la había disfrutado.

–Es que Lauti está llorando porque se quiere ir contigo –gritó Marco.

Adrián dejó de guardar todo en los bolsos y fue a ver a su hijo. Al entrar a la habitación solo vio a Marco, que le señaló debajo de la cama.

–Me voy con un grupo de compañeros. Es por trabajo –dijo Adrián–. Y Lauti no sabe lo que se va a aburrir si viene conmigo –aclaró.

–Pero te vas a la cabaña que siempre íbamos con mamá. Yo puedo jugar en el parque –dijo Lauti escondido debajo de la cama.

–Yo no te puedo cuidar todo el día, y tú eres muy travieso. Además, mamá está contenta de que se queden con ella.

–¿Ella te lo dijo? –preguntó Lauti y sorbió por la nariz.

Decir, lo que se dice decir, no, pero en el mensaje que le envió no le hacía reproches, en realidad solo le había contestado con sarcasmo, “que te diviertas con tus ligues”. Adrián le había respondido con solo “gracias” porque ya no quería discutir más.

–Ella me lo dijo –mintió Adrián.

–Yo quiero ir a la cabaña –dijo Lauti.

–Cuando vuelva organizamos una escapada a la cabaña –dijo Adrián para conformarlo.

–¿Con mamá? –preguntó Lauti.

–No, tonto. Mamá no quiere ir con nosotros –dijo Marco. A Adrián le dolió que su hijo mayor hablara con tanto desparpajo de la realidad.

–Marco, mamá los adora –dijo Adrián–. Es conmigo con quien no quiere ir –aclaró.

–¡Ah! Porque yo escuché algo de que te quería dar una sorpresa –dijo

Marco.

–Yo no escuché –dijo Lauti.

Adrián se quedó pensando en qué sorpresa, además de haberlo echado por suposiciones sin sentido, le tendría preparada Livi. Pero no iba a amargarse justo cuando había decidido ir a pasar unos días de descanso a la cabaña de las sierras.

–Bueno, junten lo que van a llevar que en media hora nos vamos –dijo Adrián, y se marchó de la habitación de los niños para terminar de guardar la ropa en el bolso.

Una hora más tarde estaba en la puerta de la casa de su esposa, esperando con paciencia que se dignara a abrir. Había tocado cinco veces el timbre y no lo había atendido. Como le había quitado la llave tampoco pudo ingresar. Y mientras se marchaba resignado supuso que esa era la sorpresa de la que había hablado Marco. Ella le quería arruinar su semana de vacaciones. Pero no pensaba darle con el gusto.

–¿Mamá no nos está esperando? –preguntó Lauti con voz temblorosa.

–Se debe haber demorado en el bar –dijo Adrián, que ya estaba cansado de justificarla.

–¿Y qué vamos a hacer? ¿Vamos a ir contigo? –preguntó Lauti.

–No, hijo. Se van a quedar con los abuelos.

–Sí, sí –gritaron los dos emocionados porque en la casa de los abuelos podían hacer lo que querían.

Su suegra salió a recibirlo y lo miró con el entrecejo fruncido.

–¿No se quedaban con Livi? –preguntó Elvira.

–Pero la madre ejemplar no estaba –dijo Adrián cansado–. Cada vez se comporta peor. Ni siquiera le importan sus hijos, Elvira –dijo Adrián.

–Seguro que se atrasó en el trabajo –la justificó.

–¿Ese bar es más importante que los niños? –preguntó Adrián

indignado.

–No seas tonto, ella sabe que yo los puedo recibir. Cuando salga los vendrá a buscar –dijo Elvira.

–Cuando se desocupe de los ligues que consigue en el bar –dijo Adrián.

–No te permito que dudes de Livi –dijo Elvira ofendida.

–¡Ah, no! Ella me acusó de forma injusta, ¿por qué yo no puedo dudar?–dijo Adrián–. Ya estoy cansado de los caprichos de tu hija –aclaró–. Podrido. Ya no la soporto más.

Elvira dudó de sus convicciones respecto a Adrián. Y pensó que podría quedar con las manos chamuscadas. Su hija estaba encerrada a cal y canto en la casa para poder ir a darle una sorpresa en la cabaña. y no tuvo dudas que ella podía ser la sorprendida. Pero había prometido mantener la boca cerrada, y mantuvo su palabra.

–Tienes razón, Adrián. Pero esto ya se les está yendo de las manos. Y tú eres el más razonable. Siempre has sido el más comprensivo.

–Yo ya no quiero ser el razonable ni comprensivo. Yo no hice nada para merecer esto –dijo Adrián, y le tendió los dos bolsos de los chicos, que se habían metido corriendo apenas estacionó el coche en el ingreso de la casa de sus suegros.

–No cometas una locura –dijo Elvira cuando su yerno ya estaba por salir marcha atrás.

–¡Comete alguna locura, Adrián! –gritó David tras su madre. Había salido de la casa y no se pudo contener al escuchar el consejo de su madre–. Comete un montón de locuras –dijo David a gritos.

Adrián largó una carcajada, afirmó con la cabeza y se marchó.

–Cómo le vas a decir eso, David. ¡Te has vuelto loco!

–Mi querida madre, después de ver lo que estamos soportando los

hombres de esta casa, te aseguro que los locos no somos nosotros –aclaró, le dio un beso y se marchó.

– Hace una semana estuve con la escritora–dijo Elvira, y su hijo detuvo su retirada–. Tina es un encanto de mujer –aclaró–. Estuvo toda la tarde hablando con Livi y conmigo.

David se giró para mirarla, y Elvira pudo ver la curiosidad en su mirada.

–Llegó a la conclusión de que ella no es la culpable de todo lo que pasó.

–Todos los días saca una nueva conclusión. Al paso que va, se terminará convenciendo de que la confianza, que la hundió, es la clave de la felicidad –dijo David.

–Creo que está en ese camino. Se fue muy contenta después de escuchar lo que le dije –aclaró Elvira.

–¿Qué le dijiste, mamá?

–Que la confianza es una virtud de pocos –aclaró Elvira–. Le encantó mi deducción. Para mí que va a volver a escribir –dijo Elvira llena de orgullo por sus supuestos logros.

David frunció el entrecejo. Habría deseado que ella se apartara de esa vida tan pública, pero al parecer la felicidad de Tina estaba en su vida pasada. Y él supo que había tomado la decisión correcta.

Adrián llegó a la cabaña pasada la medianoche. Descargó el bolso, una canasta con alimentos y todos los implementos de pesca. La pesca era un deporte tranquilo que le permitía pensar.

Adrián rebuscó en la canasta la cena que se había traído. Se sirvió un vaso de vino y salió a la galería a comer mirando la noche del campo.

El parque estaba iluminado y a lo lejos veía la piscina y los juegos

para niños. Era un lugar de muchos recuerdos, de los buenos. En ese lugar habían sido una familia feliz, con los niños corriendo y Livia y él sentados en los escalones de la entrada controlando que no se golpearan. De día solían hacer caminatas y paseos en bicicleta. Una vez habían alquilado una para tres, cuando Lauti aún no había nacido, y se habían divertido como locos. También se habían peleado porque Livia se cansaba de pedalear y él tenía que hacer el esfuerzo por los tres, puesto que Marco tenía dos años y no llegaba a los pedales, solo iba sentado dejando salir esa risa contagiosa que tenía.

¿Por qué estaba allí?, porque necesitaba encontrar lo bueno. Porque en los últimos días él estaba resentido con Livia, estaba enojado, y no quería que un impulso lo llevara a tirar su matrimonio por la borda. Allí, en esa cabaña, estaban los momentos bellos de sus vidas. Siempre se relajaban. Siempre se reían. Siempre compartían las tareas y se divertían. Siempre hacían el amor con total despreocupación. No había límites. Allí todo era maravilloso.

En la casa de la ciudad no, porque el ritmo de trabajo y las obligaciones domésticas los convertían en personas cansadas, enojadas y resentidas. Livia se quejaba todos los días, y de forma indirecta le había reprochado muchas cosas. Sus llegadas tardes, su falta de comprensión al trabajo de la casa. Su desarreglo, su mal humor, de todo lo culpaba. Adrián se daba cuenta que algo estaba mal, pero se decía que cuando los chicos crecieran todo se arreglaría. Se había convencido con un futuro mejor sin tener en cuenta el presente.

Comió y bebió el vino dejándose abrazar por la paz del lugar. Solo se escuchaban los ruidos del viento en las ramas y algunos animales nocturnos.

Si hubiera estado Livia se habrían amanecido conversando, otro de los buenos recuerdos de la cabaña. En la casa nunca se amanecían conversando

en el jardín. Tenían una casa fantástica, un parque de ensueño y no la disfrutaban. La casa tenía el ritmo alocado de sus vidas. La cabaña era el descanso, la paz, la felicidad.

–Qué tarde has llegado –dijo una mujer que se acercó por el costado de la galería. Estaba en sombras, no podía verla pero le conocía la voz.

Adrián maldijo en silencio. El error había sido suyo, cuando dijo que usaría sus vacaciones para ir unos días a la cabaña del complejo que siempre ocupaba con su esposa. Cuatro compañeros se agregaron a sus vacaciones, y él... él no sabía decir que no, por lo que se encogió de hombros como si le diera lo mismo. Pero no le daba lo mismo. Estaba furioso, indignado de tenerlos allí.

Si Livia lo viera le pediría el divorcio, pensó Adrián.

Esa mujer que estaba en las sombras era una de las bellezas a las que Livi le tenía celos. Según ella, él se la tiraba. Podría haberlo hecho porque las insinuaciones eran ciertas, pero no quiso.

–Hola, Juni –dijo Adrián–. He tenido un día largo con los chicos, y me retrasé –aclaró–. Ya me iba a la cama –aclaró esperando que entendiera la indirecta. Había venido a pensar, y que sus compañeros de trabajo se unieran a la aventura, como habían llamado a la escapada, lo tenía indignado.

–Mañana vamos a ir de excursión. Es una cabalgata por las montañas. Contamos contigo, Adrián –dijo Juni, que no se daba por vencida. Ella insistía hasta el hartazgo.

–Bueno, tal vez vaya –dijo Adrián, y se levantó–. Que tengas buena noche, Juni –dijo mientras entraba a su cabaña. Ni siquiera podía pasar las noches en la galería pensando en su familia porque esa mujer había venido para algo más, se dijo furioso mientras entraba a la cabaña.

–Eh, Adrián, ya está bien de serle fiel. Ni siquiera se lo merece –gritó Juni.

Adrián pensó que quizá tenía razón, solo que ella no era precisamente la mujer por la que él perdería la cabeza.

Esa noche durmió como un tronco. El trabajo y el ajetreo con los chicos lo tenían agotado. Marco era un niño tranquilo, pero Livi era un huracán. A veces sentía compasión por la parte que le había tocado a Livi. Pero recordaba que lo había echado como a un perro, le había pasado todas las responsabilidades de los niños y encima se había puesto a trabajar de camarera de un bar, con esa ropa provocadora, la compasión se iba al diablo. Ella había cambiado tanto que ahora le dejaba los niños para ir a su turno de la peluquería, la manicura, el gimnasio, y todas esas idioteces que al parecer le hacían recuperar la autoestima que él le había quitado. Durmió mal porque no podía dejar de pensar que su vida se había ido al traste por suposiciones descabelladas.

A la mañana siguiente sus cuatro compañeros se habían metido en su cabaña. Vaya paz, pensó Adrián algo crispado. Dos hombres, Leonel de veinticinco años y Francisco de cuarenta y cinco. El joven era soltero y el otro divorciado. Y dos mujeres, Juni que era dos años más grande que él y ya pasaba los cuarenta, y Luciana que tenía treinta y cinco.

Las dos mujeres estaban en edad de merecer y sin haber merecido nunca, por lo que andaban a la caza, y él era una especie de ciervo acorralado. Las dos eran interesantes, atractivas. Según Livi, Juni era como una actriz de cine y Luciana una modelo espectacular. Él no las veía más que como dos compañeras. Pero Juni y Luciana no pensaban como él. En eso Livi tenía razón. Esas eran las mujeres con las que Livi lo celaba. Él no era de ligues ocasionales. Era de una sola mujer, pero allí tenía metidas en su cabaña, las dos mujeres que podían terminar con su matrimonio.

Si Livi las viera, podría acusarlo con un argumento más sólido para injurarlo, aunque tampoco sería válido puesto que todos se habían invitado

solos. Al menos Adrián se había negado a compartir cabaña. Pero qué importaba ese detalle si ellas abrían la nevera y sacaban alimentos como si estuvieran en su casa.

Juni, que simulaba ser su pareja, sacó la leche de la nevera y le agregó un chorrito al café. Buscó el paquete de las galletas en la alacena y las acomodó en un plato. Se acercó a él y dejó el desayuno frente a sus narices. Una escena tan doméstica que Adrián tuvo ganas de salir corriendo de allí.

–No hace falta que te tomes la molestia, Juni –dijo Adrián.

–No es molestia, Adri –dijo Juni, y Adrián sintió un escalofrío de terror.

–Y qué hacemos. ¿Vamos a la cabalgata o no? –preguntó Leonel.

–Yo paso –dijo Francisco.

–No seas tonto, la vamos a pasar genial –dijo Luciana.

–¿Adrián, vienes? –preguntó Juni.

–También paso –dijo Adrián mientras bebía el café–. He venido a descansar y a pensar –aclaró.

–Hemos venido de aventura y ustedes son dos aburridos. No me digas que tu mujercita te amenazó con cortarte tus partes íntimas –dijo Juni, y Adrián la miró horrorizado.

–Soy un hombre felizmente casado, y mi esposa no necesita amenazarme. Sabes de sobra que le soy fiel –dijo Adrián, y casi larga una carcajada por lo irónico de sus palabras.

–Sí, claro, por eso te echó de la casa. Por la confianza que te tiene –dijo Juni.

–Ya basta, Juni –dijo Luciana–. Vamos a la cabalgata que ya hemos pagado por adelantado.

–Pensé que haríamos todo en grupo –dijo Juni furiosa.

–Está bien, vamos. Solo será una hora, Adrián –dijo Federico para

apaciguar los ánimos.

Y Adrián tuvo que ceder porque discutir empeoraría las cosas. Maldito el día que dijo que se tomaba una semana para ir a las cabañas de siempre. Maldita su boca floja, se dijo. Maldito su carácter que no le permitía decir que no.

–Solo una hora. A partir de mañana hagan todos los planes que quieran, pero sin mí –aclaró Adrián.

Él era una mala compañía, de esos que arruinaban las salidas. Pero bueno, él no había venido de aventura, tampoco los quería allí, y tenía derecho a estar amargado después de que su familia se estuviera desintegrando.

Al final fue un paseo agradable. Adrián se distrajo de sus problemas y terminó compartiendo risas con sus compañeros. Al mediodía todos almorzaron en un restaurante. Por la tarde las mujeres se fueron a la pileta y los hombres pudieron disfrutar de un rato de pesca en el lago. A la noche asaron los pescados en la parrilla de uso común que tenían bajo un pintoresco techo de paja, sobre una mesa de tablones, y Adrián, después de un mes de soledad, por fin disfrutó de un día diferente.

A la medianoche Adrián regresó a su cabaña. Por detrás lo seguía Luciana, una compañera menos descarada que Juni, pero sus modos más sutiles la convertían en una amenaza mayor.

–Hoy la pasamos bien –dijo Luciana a sus espaldas. Adrián se tensó al escucharla, pero por educación se giró a esperarla.

–Mejor de lo que me imaginé.

–¿Y tu esposa? –dijo Luciana de forma directa.

–¿Mi esposa? Bueno, ella se quedó con los niños.

–¿Te está costando adaptarte a la nueva vida? –preguntó Luciana.

Adrián se quedó serio. A veces necesitaba a alguien que lo escuchara,

que entendiera que él no estaba de ligue sino tratando de asimilar el motivo por el que su vida se había ido al diablo.

–Es un gran cambio –dijo sin animarse a confesar lo que sentía.

–Me pasó cuando mi novio después de doce años me dejó por una chica que conoció en una confitería. Se enamoró perdidamente con un solo baile. Aún no me he recuperado. Perdí mi vida, mis sueños de tener una familia, y dejé de confiar en los hombres. Pero tú eres distinto –aclaró.

–Yo no estoy disponible, Luciana. Yo estoy casado –aclaró Adrián, que siempre tenía que estar poniendo límite a los avances. Cómo si sirviera de algo, se dijo al recordar que no servía de nada la honestidad, y se sintió ridículo–. Lo siento, ha sido un comentario fuera de lugar.

–Yo no busco un hombre para casarme. Solo uno para pasar el rato – dijo Luciana.

Dios mío, qué ganas tenía de ser diferente y lanzarse sobre Luciana para pasar una noche de sexo, descargar su bronca y vengarse de Livia. Ella era la culpable de que estuviera pensando lanzarse a los brazos de su compañera. No juzgaba a Juni y Luciana, ellas eran mujeres libres y modernas. Él había sido criado por padres grandes y había salido chapado a la antigua. Con otros valores. ¿Pero qué importaban los valores cuando su esposa los había revolcado por el piso?

David le había dicho que se lanzara a la pileta. ¿Por qué no?, pensó a pesar de que no era el deseo lo que lo estaba impulsando a cometer la locura de engañar a Livi, sino las ganas de hacer realidad sus mentiras.

A su mente aparecieron los niños. Lauti se había metido bajo la cama a llorar porque no lo llevaba, y Marco que había tratado de explicarle que su hermano estaba sufriendo. Los dos estaban sufriendo, él también y Livia... bueno, Livia estaba tan cambiada que quizá había encontrado la excusa para echarlo y convertirse en una mujer libre, como sus compañeras. ¿Y si se

tiraba una cana al aire? Tal vez se sentiría mejor. Tal vez podría dejar de pensar en Livi y buscar en otra lo que ella le había quitado.

Miró a Luciana y le sonrió. Era una mujer atractiva. Su matrimonio venía cayendo lentamente desde que nació Lautaro. Livia siempre se quejaba y casi no hacían el amor porque vivía cansada. Luciana estaba allí, esperando tener una simple aventura. Él llevaba más de un mes solo, y más tiempo sin tener sexo porque siempre había un motivo para dilatar los encuentros íntimos con Livi. A veces se despertaba alguno de los chicos, otras ella se dormía antes de que él se metiera en la cama. Y siempre estaba la excusa del agotamiento, el dolor de cabeza, los platos que lavar, los juguetes que recoger.

Su vida sexual se había reducido a unas escasas oportunidades. Un sexo silencioso y a las apuradas por si se despertaba alguno de los niños.

En ese momento tenía a Luciana dispuesta. Adrián quería dar el paso y convertirse en un hombre infiel, quería hacer realidad las acusaciones de Livia. Pero su duda lo llevó a mirar para todos lados para asegurarse de que Juni no estaba tras sus pasos tratando de pescarlo infraganti, creyendo que ella tenía más derecho porque lo había tentado con más insistencia. Pero esa mirada lo dejó helado al ver un coche estacionado al costado de la cabaña, escondido entre las sombras de los árboles.

¿Qué hacía el coche de su mujer asomando a un lado de la cabaña? ¿Qué carajo quería Livia? Lo había venido a espiar, no tuvo dudas. No lo hablaba y solo se comunicaba con escuetos mensajes. “Yo busco los chicos en la escuela”. “Retíralos de tenis a las cinco que yo estaré trabajando”. “Hoy tengo manicura y no puedo tenerlos”. Y ahora estaba allí, intentando pescarlo en falta.

–Federico es un hombre libre, Luciana. Yo estoy casado –dijo Adrián cuando despertó a su realidad.

Luciana frunció el entrecejo.

–Cobarde –dijo, y se marchó ofendida.

No, no soy un cobarde, solo que acabo de ver el coche de Livi, pensó Adrián mientras se quedaba parado en medio del parque. Respiró varias veces, pero no encontró el ánimo de avanzar hacia la cabaña. ¿Su esposa habría escuchado que casi había caído en la tentación? ¿Estaría escondida en algún árbol cercano, tratando de pescarlo en falta? Él no había llegado a consumir el engaño, incluso si ella había escuchado la conversación habría salido airoso de su casi traición, pero la idea de serle infiel había estado en sus pensamientos, y eso lo molestaba porque solo había desistido al darse cuenta que su esposa había venido a espiarlo.

Avanzó con pasos inseguros, y antes de llegar a la cabaña ella salió de su escondite. Estaba a escasos tres metros, escondida tras un árbol como había supuesto. Y no tuvo dudas que Livi había escuchado la propuesta de su compañera.

–Vaya, vaya, parece que has venido muy bien acompañado –dijo Livia furiosa.

Adrián negó con la cabeza. Las palabras para explicar por qué estaban allí sus compañeras no querían salir de su boca. Miró a su mujer, tan insegura, y con tantos arreglos que se había hecho desde que lo había echado para ganar autoestima. Él no veía nada malo en ella. Quizá sus compañeras fueran más despampanantes, como decía Livi, pero él solo tenía ojos para ver la belleza de su esposa. Esos ojos chispeantes llenos de vida, esa forma exagerada de ser que siempre lo hacía reír. Esa espontaneidad. Su risa. Sus exabruptos. Su cabello de ondas desordenadas. Todo en ella era una tentación. ¿Cómo no se daba cuenta lo que provocaba en él?

Lamentablemente su matrimonio cada vez se hundía más. Ahora ella había aparecido a sorprenderlo, y lo había logrado porque allí estaban las dos

compañeras de trabajo que la llenaban de inseguridades y celos. Si en La Cueva se había inventado una historia de infidelidad, ahora ella no tendría dudas de que sus suposiciones habían sido ciertas.

La miró de arriba abajo. Su Livi tenía el cabello muy arreglado, las uñas pintadas y el cuerpo más estilizado desde que lo había dejado. Sabía que se había hecho un tatuaje porque se lo había visto cuando la espiaba en el parque. Ella quería verse bonita. Nada de eso le hacía falta, ella era la mujer más linda del mundo para él. Ella era el amor de su vida. Pero qué sentido tenía el amor cuando ella creaba fantasmas alrededor, cuando buscaba una y mil formas de sentirse no deseada.

A lo lejos vio que se acercaba Juni, y supo que todo estaba perdido. Que Livi se iría de allí directo a buscar un abogado para poner la demanda de divorcio.

CAPÍTULO 18

Livia había venido llena de ilusión al creer por primera vez que Adrián estaría triste y solo en la cabaña. Se había animado al reto de Tina, y allí estaba estrellándose contra un paredón de cemento.

Él estaba, no con una, sino con las dos compañeras que siempre se le estaban insinuando. Y una, la que tenía treinta y cinco años, dos más que la edad de su esposa, se le había insinuado de forma descarada.

Él la había rechazado, pero quién podía asegurarle que no había visto su coche escondido a un lado de la cabaña, o a ella tras el tronco de un árbol.

Venir no había sido buena idea porque la incertidumbre le daba esperanzas, en cambio, la realidad la había noqueado de un solo golpe. Él tenía relación con sus compañeras. Él le había mentado. El silencio de Adrián era prueba suficiente. Lo miró a los ojos, y él se removió incómodo. Incluso se metió las manos en los bolsillos. Parecía nervioso, y ella tuvo ganas de abalanzarse sobre él y arañarle toda la cara. Pero no le daría con el gusto.

–No vas a decir nada –dijo Livia, que ya no soportaba más ese mutismo en el que se había encerrado.

–¡Hola, Livi! –dijo Adrián, aunque se arrepintió al ver a Livia fruncir el entrecejo. Él no sabía qué decir, y no sabía cómo empezar a contarle por qué las dos mujeres con las que ella lo celaba estaban allí. Lo que no le iba a decir era que había estado a punto de aceptar la propuesta de Luciana–. Qué sorpresa tan... agradable –agregó, pero la pausa le quitó veracidad a la palabra agradable.

–¡Agradable! No pareces muy contento de verme. Y no tengo dudas que si me hubiera demorado media hora más te habría encontrado revolcándote en la cama con uno de tus ligues –dijo Livia.

–Eso no lo puedes asegurar –dijo Adrián algo nervioso porque eso podría haber pasado, o no. Ni él sabía si habría aceptado.

–¿Te has querido burlar de mí al traerlas a las dos? ¿Qué pretendías?, tirarte una cada noche. ¿Tan poca moral tienen esas mujeres que están dispuestas a compartirte? ¿Duermen todos juntos?

–¡Qué imaginación tienes, Livia! También han venido Leonel y Federico. Además, yo no los invité. Ellos se vinieron solos –aclaró Adrián.

–Leonel es un niño, Adrián. Y esas dos han venido a divertirse contigo y con Federico. De Federico lo puedo aceptar porque hace años que está divorciado. Lo que aún no sé es cuál es el juego sexual, Adrián. ¿Con cuál compartes la cabaña? ¿O esto es una orgía? –dijo Livia furiosa.

–Por Dios, Livia, qué estás diciendo. ¿Acaso no me conoces? –dijo Adrián ofendido.

Ella en lugar de responderle salió disparada hacia la cabaña a buscar evidencias. Adrián arqueó las cejas y la siguió relajado, sabiendo que no encontraría nada. Ella tratando de pescarlo en falta se iba a topar con una realidad en la que no quería creer.

Iba por detrás de Livi con paso tranquilo y las manos en los bolsillos. No le iba a dar con el gusto de suplicarle, tampoco pensaba aclarar que estaba solo. Él ya no quería seguir explicando sus sentimientos a una mujer que no confiaba en él. Lo había acusado injustamente y ahora buscaría hasta una taza de más en el fregadero para encontrar una traición que hasta el momento no se había producido.

–No hay nada. O han sido muy cuidadosos...

–O no pasó nada de lo que tienes en tu imaginativa cabecita –dijo Adrián, que estaba metido dentro de la nevera buscando una gaseosa. La sacó, tomó un sorbo y se la tendió. Ella por costumbre la recibió y bebió. Llevaban años con esas pequeñas y hermosas rutinas, y Adrián esbozó una

sonrisa porque la distancia no les había quitado los hábitos que tanto les gustaba compartir-. Ha quedado pescado, si quieres te traigo o vamos juntos y cenas con mis compañeros –aclaró.

–No he venido a cenar con tus compañeros –dijo Livia.

En eso entró corriendo Juni. Ya había descubierto a Livia y seguro que venía a reclamar algo que nunca había tenido, pensó Adrián y negó con la cabeza.

–Vaya, la esposa que te corrió de casa ha venido a controlar –dijo Juni, aportando un granito de arena a sus problemas, o mejor sería decir una montaña de las grandes.

–Livia, pero qué sorpresa más agradable –dijo su amigo Federico-. Ahora sí mi amigo se va a sentir de mejor humor. Casi lo hemos arrastrado a compartir el día con nosotros –aclaró, y Adrián se sintió aliviado al tener a alguien que intentara ayudarlo a salir del atolladero.

–Dudo que lo hayan arrastrado. Se lo veía muy a gusto en la cena.

–Sí, logramos distraerlo un rato –aclaró-. Cuando dijo que usaría las vacaciones para venir solo a la cabaña, las dos mujeres se unieron, y bueno, con Leonel decidimos agregarnos a la salida –aclaró Federico.

–¿Viniste a arruinarle la cita o a compartir las mujeres? –preguntó Livia a Federico-. Porque estás dos no tengo dudas que vinieron de pesca.

–Lo único que hemos pescado te está esperando en la parrilla, Livi –dijo Adrián.

–Cómo te atreves a decirnos eso –dijo Juni furiosa.

–¡Qué cómo me atrevo! toda la vida has intentado quitarme a mi marido –dijo Livia a Juni.

–Livi, tu marido no tiene ojos más que para ti –aclaró Federico.

–A otro con ese cuento –dijo Livia-. Maldito cretino, me dejaste los niños para venir a revolcarte con estas –dijo Livia, y señaló a Juni-. Luciana

se le insinuó en mis narices. Aunque ninguno de los dos me vio porque estaba tras el árbol –aclaró–. Y como esta zorra vio que la otra no tuvo suerte, vino a probar si le iba mejor –gritó.

–¿Pero quién te crees que eres?, la reina del baile. Por Dios, no sé que ve tu marido. Es evidente que está ciego para amar a alguien que nunca se arregla y se queja todo el día ¿Qué has visto en ella? –gritó Juni.

–No te permito que ofendas a mi esposa –dijo Adrián, y se acercó a Livi–. Ya basta de tratar de llevarme a tu cama. Te he dicho cien veces que no me interesas, Juni. Búscate un hombre sin compromiso o que no valore a su familia como para tener una aventura. Yo amo a mi esposa. Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida –dijo Adrián, y Livi sintió como esas pocas palabras dichas delante de la que ella creía su rival se filtraban tan hondo en su corazón que todas las inseguridades parecían haber escapado volando de su cuerpo. Su marido estaba gritando que la amaba. ¿Qué otra prueba de amor necesitaba?

Juni salió corriendo. Federico negó con la cabeza, pidió disculpas y se marchó.

¿Te animas a un reto?, le había dicho Tina, y allí estaba viendo el amor en esos ojos que la miraban como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Adrián no había mirado así a sus compañeras. Adrián había echado a Juni. A Luciana la había tratado bien, incluso le había sonreído, pero le había dicho que él era un hombre casado. Los fantasmas que habían perseguido a Livia durante años, ya no estaban. Ya no sentía su voz interior susurrándole que las otras mujeres eran más atractivas. Ella en ese momento se sentía la mujer más hermosa del mundo.

Miró a Adrián. Un hombre demasiado encantador, demasiado atractivo que atraía como imán a las mujeres, pero la había elegido a ella. Él parecía rendido. Vencido porque sabía que ella a veces se comportaba de

manera irracional.

–Vinieron solas –dijo Livia–. No comparten cabaña. No te tiraste a ninguna –todas eran afirmaciones.

Adrián la miró con esos ojos azules llenos de ilusión.

–Yo vine a descansar. Ellas creyeron que venían de aventura, pero no estoy para aventuras, Livi. La estoy pasando mal. Estoy agotado y decepcionado. Ser buena persona no me ha servido para nada –aclaró Adrián con sinceridad.

Qué razón tenía. Y ella era la causante de sus afirmaciones.

–Te casaste con una mujer difícil –dijo Livi.

Él se encogió de hombros, como si le restara importancia a sus palabras.

–Lo difícil es uno de tus mayores encantos.

–Eso no es una virtud. Y no tengo muchas –aclaró Livi.

–¡No! –dijo Adrián con una sonrisa–. Yo veo tantas que no sé por qué tendría que buscar otra mujer. Tengo todo lo que deseo a tu lado.

–No es cierto. Yo estaba agotada a la noche. Estaba desarreglada y furiosa al ver que tú siempre sonreías como si tu día hubiera sido perfecto. El mío nunca era perfecto, solo era correr y correr. Todos los días lo mismo, una y otra vez. Mi vida era como el día de la marmota. Correr a llevar a los chicos a la escuela, correr para hacer las compras y la comida antes de ir a retirarlos. Llevarlos a sus actividades, ir y venir corriendo para lavar, limpiar la nevera, cortar el césped o barrer el piso. ¿Qué vida es esa? –dijo Livia enojada–. También estaban los sermones de la maestra porque Lauti era muy inquieto. Y yo pensaba, ¿qué he hecho mal? Me preocupaba y seguía corriendo para tener la casa en orden mientras se hacía la hora de buscarlos de sus actividades. Y correr para preparar la cena, y renegar para que se bañaran e hicieran las tareas. Ayudar a Marco cuando no entendía algo o tenía pruebas.

Tú llegabas de noche, fresco como una lechuga a disfrutarlos, porque ya estaban demasiado cansados para darte trabajo, y yo limpiaba los platos de la cena o doblaba la ropa que había lavado para adelantar el trabajo del día siguiente –contó Livi en detalle lo que eran sus días. Siempre se quejaba con él, pero ella sabía que él no entendía la magnitud de su cansancio, y lo decepcionada que se sentía con la vida por darle una rutina tan pesada que soportar.

Adrián no la interrumpió ni una vez, la dejó que le contara su día a día. Si bien sabía todo lo que hacía, nunca lo había visto de esa forma. Él solo pensaba en sus actividades como algo que se hace y punto. Nunca vio la carga que había depositado sobre sus hombros. Él trabajaba todo el día para que no les faltara nada. Y ella no era feliz.

–Siempre desarreglada, siempre cansada, siempre enojada –dijo Livia–. ¡Por qué querías ser fiel a una esposa que era un desastre! –aclaró.

Adrián arqueó las cejas, y se acercó a su esposa.

–Dios mío, Livi. Yo nunca te vi así. Para mí tu cabello revuelto era una tentación. Cuando llegaba del trabajo quería hundir los dedos en esos bucles y devorarte la boca. Quería arrancarte la remera manchada de barro o helado porque me parecía la imagen más encantadora que había visto en mi día. Mi esposa y la madre de mis hijos siempre al pie del cañón, pensaba. Y si bien me daba cuenta que estabas cansada, no quería verlo. Creía que nuestra familia era perfecta. Yo trabajando afuera para que no faltara nada, y tú me pedías con tus enojos que te comprendiera –dijo Adrián, y le acarició el cabello–. Me gusta también tu cabello así, pero me gustaban tus bucles rebeldes, que se disparaban para cualquier lado –aclaró.

–Yo no voy a dejar mi trabajo –dijo Livia.

¿Eso era una invitación para que regresara a casa?, y Adrián por primera vez desde que lo había echado se sintió feliz.

–¿Estás imponiendo tus condiciones? –preguntó Adrián.

–Un cambio –dijo Livi.

–Un cambio. Me parece perfecto –dijo Adrián, y ella sintió que cada día lo amaba más–. Negociemos, Livi –dijo Adrián.

–¿En serio? ¿Vas a aceptar todas mis condiciones? –preguntó Livi emocionada.

–No sé si pueda con todas. Pero vamos a cambiar nuestras rutinas –dijo Adrián–. Yo sin ti no soy feliz. Pero tampoco puedo ser feliz sabiendo la carga que llevas sobre los hombros.

–Tina me dijo que podía poner a alguien para que me ayudara –aclaró Livi.

–¡Tina! ¡No, por Dios! ¿Podríamos dejar a Tina de lado? –preguntó Adrián, que se había tensado al escuchar el nombre de la escritora que había ocasionado el desastre.

–Yo estoy acá porque Tina me preguntó si me animaba con un reto. Si te hubiera encontrado con alguien nuestro matrimonio se habría terminado, Adrián.

¡Por todos los cielos!, pensó sorprendido. Si él hubiera puesto en práctica sus pensamientos, si no hubiera visto el coche de su mujer tras el árbol... Tina Martínez y su reto habrían destruido su matrimonio, se dijo indignado. Pero algo lo había alertado a echar una mirada ¿Acaso esa miradita había sido una mano del universo de Tina Martínez? Porque esa noche, más por despecho que por deseo podría haber tirado su matrimonio por la borda. Y Tina Martínez en ese momento era como su ángel de la guarda para él.

–Vaya que es arriesgada tu Tina –dijo Adrián.

–La vida es un reto, Adrián, y yo quise correrlo porque no puedo vivir llena de inseguridades –aclaró Livi.

–Al paso que vamos no me queda más alternativa que decir que Tina ha sido la causante de nuestra separación y de nuestra reconciliación –dijo Adrián.

–Tina ha sido la causante de mi cambio, Adrián –dijo Livi, y Adrián se dijo que ella tenía razón.

–Parece que todo se lo debemos al universo de Tina –dijo Adrián, y rodeó en sus brazos a su esposa–. Más de un mes que no te tengo –susurró en su oído–. Vine a pensar al lugar donde siempre hemos sido felices. Anoche me senté en la galería a recordar los bellos momentos que pasábamos los cuatro cuando veníamos de vacaciones. Esa es la vida que quiero, Livi, pero para cada uno de nuestros días –dijo Adrián rozando con sus labios la delicada piel de su esposa–. Una vida más tranquila y feliz. Una esposa contenta todos los días.

–Adrián –susurró Livi–. Yo te amo demasiado, pero sé que afuera tienes muchas tentaciones –dijo con sinceridad.

–Yo solo quiero tentarme contigo, mi amor –dijo Adrián–. Esas dos mujeres no me provocan nada. Solo tú despiertas mi deseo. Y en este momento solo quiero tenerte tumbada en esa mesa sin nada de ropa –y Livia se sintió bella, deseada y llena de seguridad mientras su marido cumplía con sus palabras. Ella se estremeció cuando empezó a besar cada rinconcito de su cuerpo. Adrián se detuvo en el tatuaje, dedicándole toda su atención, y Livia jadeó–. Una mariposa. Alas. Si eso es lo que quieres, eso tendrás –susurró, la giró y se ocupó de sus partes más sensibles. Ella no abrió la boca más que para jadear cuando los labios de su esposo se posaron sobre su sexo. Hacía tanto que no gozaba. Las preocupaciones, el cansancio y el enojo le habían quitado las ganas de disfrutar de las habilidades de su esposo para hacerla perder la razón. Pero todo empezaba de cero y ella decidió confiar. Confiar en el hombre que nunca la había defraudado, que amaba su cabello

enmarañado, su remera manchada de barro, su espontaneidad, su exagerada forma de ser. Ella también amaba todo de él, su sonrisa serena, su paciencia, su comprensión, todo.

Tendrían que hacer muchos cambios, se dijo, pero cuando Adrián la penetró con embestidas profundas supo que lo lograrían si ella dejaba de sentirse insegura y fea, y si aceptaba que era la única mujer que su esposo quería. Él se lo estaba demostrando con el apetito con que devoraba su cuerpo y con los sonidos roncros que salían de sus labios. Adrián siempre había sido así, solo que ella había estado demasiado ocupada en ver sus inseguridades. Se había sentido tan inferior que había perdido la fe en el amor y la pasión que Adrián sentía por ella.

Su cambio la había fortalecido, la había hecho más independiente y osada. Ahora Livia se quería y por fin podía confiar en que el mundo era un lugar bello, que su familia era preciosa y que todo iba a estar bien. Tina le había enseñado a ser una persona diferente, Tina, con sus palabras, pero sobre todo con su forma de ser tan entregada a los demás le había enseñado a vivir feliz.

Jadeando uno en los labios del otro llegaron a la cima.

–Mi tesoro. Mi vida. Mi todo, Livi. Si quieres que cambie de trabajo, lo haré. Si quieres seguir trabajando, no me voy a oponer. Si quieres que compartamos las tareas o que contratemos una persona que nos ayude, lo haremos –dijo Adrián, y con esas palabras en las que cedía en todo, Livi no tuvo dudas que les esperaba una vida llena de felicidad. Él era así, comprensivo y generoso, y por eso lo amaba.

CAPÍTULO 19

Ya había pasado un mes desde que su vida se convirtiera en pública, y David estaba de pie frente a la ventana de su casa tomando el café de la mañana y mirando el tranquilo ir y venir de las pocas personas que caminaban por la vereda. Él estaba intentando seguir con su tranquila vida. Había vendido la ferretería a un precio regalado, y para su alivio sus empleados habían continuado trabajando para el nuevo dueño. El seguro le reembolsaría menos del treinta por ciento de los destrozos, pero al menos era algo que le ayudaría a salir adelante. David había regresado a su profesión de diseñador gráfico, y ya tenía algunos clientes. Nada muy grande pero servía para comenzar de nuevo.

Su vida era más tranquila al alejarse de la tormenta que era Tina Martínez. Pero se había dado cuenta que la distancia no significaba olvido. Tina Martínez estaba más presente que antes. De día se filtraba en sus pensamientos y de noche en sus sueños. Nada tórrido, bueno un poco sí, y a veces se despertaba con una erección que lo indignaba porque solo ella era capaz de provocarle tanto deseo. Pero también soñaba con risas compartidas, abrazos, una cena o una película frente al televisor, y besos robados al descuido. La parte más ridícula era cuando abría el ordenador y ponía su nombre para saber algo de ella.

Lo único que había visto eran comentarios de sus seguidores, que decían que la famosa escritora estaba desaparecida de la vida pública, y eso lo llevó a obsesionarse buscando alguna información. No podía creer que todos los escándalos se hubieran producido cuando él estuvo en su vida, y que con su desaparición ella llevara una vida contemplativa. Eso era como un castigo divino, para él no para ella, que debía estar muy aliviada de que hubiera

pasado la tormenta.

Al final, después de buscar hasta el agotamiento alguna noticia de la escritora se rindió, y su obsesión se convirtió en resignación.

Después de tres meses sin verla, su rostro ya no aparecía nítido en sus sueños. David no la había olvidado, pero ella ya no estaba todo el día en sus pensamientos. Además, él había conocido a Elba, una divorciada sin muchas exigencias, justo lo que necesitaba para distraerse sin comprometerse demasiado. Solo un pasatiempo para los dos, como le había dicho ella.

Pero un día, leyendo las noticias por internet, David se encontró con una foto de ella, y el deseo dormido pareció resucitar con aquella imagen. Estaba más bella de lo que la recordaba, con una sonrisa que parecía querer escapar de la foto. Espontánea como la recordaba, serena, y se la veía feliz.

Cinco meses habían pasado. Cinco meses en los que casi se había recuperado del huracán que era Tina Martínez, y allí estaba él nuevamente sintiendo que la vida volvía a tener adrenalina, a pesar de que solo la estaba mirando en una foto.

Abrió el enlace y se topó con una entrevista que había publicado un periodista que se decía muy amigo de la escritora. Como siempre la noticia se había desparramado como agua por distintos lados. Y David se puso a leer lleno de expectación.

Eran preguntas sobre su vida después del escándalo. Tina contaba que ya no escribía más. Que esa parte de ella había quedado como una experiencia de vida, porque si hubiera seguido con sus libros y conferencias, habría sentido como si engañara a sus seguidores.

Su amigo periodista le había preguntado qué sentía al haber publicado un libro que se le vino en contra. Y ella respondió que había aprendido que la vida real no estaba en los libros, pero que las palabras positivas podían ayudar a la gente a salir adelante. Que el universo era poderoso, pero que el

crecimiento era personal, ya que no se podía influir en las personas para que se comportaran como uno deseaba. También aclaraba que había que aceptar que en el camino se iban a encontrar con algunas piedras. Tina otra vez había dado la cara, y eso a David lo llenó de admiración.

El periodista le preguntó sobre las consecuencias de su incumplimiento del contrato, y ella respondió que la editorial había perdido mucho dinero con su decisión, pero que por suerte llegaron a un arreglo. Le preguntó si había perdido la casa, y ella aclaró que la había vendido. Que esa casa estaba llena de recuerdos de su vida anterior y ella ya había pasado página. David no tuvo dudas que había vendido la casa para resarcir a la editorial, pero ella no pensaba dar lástima.

¿Qué sentía al haber perdido al amor de su vida?, esa era una pregunta que a David lo llenó de curiosidad. Ella respondió que Marcelo no era el amor de su vida, sino la experiencia que le hizo falta para comprender sus errores. Y aclaró que Marcelo la había ayudado económicamente para salir del problema con la editorial. Estaba agradecida por su generosidad y ahora eran buenos amigos. David se indignó con esa respuesta. ¡Amigos!, se dijo furioso. Supuso que el maldito estaba tratando de volver a conquistarla con su ayuda económica y con esas palabras bonitas que la hacían sentir bien. Tina Martínez necesitaba que la quieran, y ese mentiroso estaba otra vez en carrera. ¿Acaso ya no le importaba el engaño del marido?, se preguntó lleno de bronca. Cómo podía existir una mujer que perdonara semejante traición, que aceptara a ese tipo después de que había perdido toda su vida por su culpa.

¡Pero qué podía importarle a él lo que hacía Tina!, si la había apartado de su vida como si él solo hubiera querido una aventura de una noche. Nada más lejos de la realidad, él la había apartado porque era imposible tener una relación tan pública y llena de saltos al vacío.

Maldita vida complicada, y maldito universo que le había dado una oportunidad de volver a sentir y hasta animarse a confiar en un momento que era imposible, se dijo.

Ya no leyó más la entrevista. No quería seguir indignándose con la idea de que en unos meses Tina Martínez estaría nuevamente casada con el idiota que le había mentido. Nunca había conocido una mujer que perdonara todo y siguiera adelante, o retrocediera, ya que ahora era amiga de su exmarido.

Se alejó del ordenador, sacó una gaseosa de la nevera, se sentó en la mesa de la cocina y agarró el móvil.

Tenía el número de Tina en el teléfono. Livia se lo había ofrecido y él le había dicho que para qué lo querría. Pero Cata, que no prestaba atención a sus excusas, se lo había mandado en un mensaje de texto. Nunca la había agregado a sus contactos, pero tampoco había borrado el mensaje de Cata.

No le hacía falta mirar el número, él se lo sabía de memoria. Se quedó allí mirando lo cerca que podía estar de Tina si marcaba su número y la llamaba.

Pero no la llamó. Se levantó, se guardó el móvil en el bolsillo y salió de la casa con la llave del coche en la mano.

Quince minutos más tarde estacionaba en la casa de Livia. Desde la entrada veía a Adrián cortando el césped y a los niños tirándose por la cabeza los desperdicios del jardín. Sonrió, porque cada vez que venía a la casa de su hermana, Adrián estaba trabajando y los niños complicándole las tareas. Pero él decía, “se divierten y eso es lo importante”. A veces limpiaba los pisos y los niños patinaban, o hacía la cena y los niños se ponían a ayudar, aunque le dejaban la cocina hecha un desastre. Allí estaba la diferencia entre Adrián y Livia, para él eso era una actividad compartida, para su hermana una carga muy pesada. No siempre estaba trabajando. Muchas veces lo encontraba

jugando al fútbol o a las atrapaditas en el patio. Incluso una vez los vio a los tres subidos a un árbol.

La vida de Livia había dado un giro enorme, y Adrián parecía más feliz que antes.

–Vaya lío –dijo David cuando entró.

–Me están ayudando a juntar el desperdicio del jardín.

David arqueó las cejas y rió.

–¿En serio?

–Claro. Primero se divierten y después juntan todo en la bolsa –aclaró Adrián–. ¿Cómo vas con el nuevo trabajo?

–Bien. Ya puedo decir que vivo de esto. Me gusta. Aunque sigo lidiando con Liliana, que ahora me manda mensajes acusándome de que por mi culpa Fernando está perdiendo a sus clientes–dijo David.

–Esa mujer está loca. Perdiste tu matrimonio y tu empresa por culpa de ellos. ¿Qué pretende?, que también dejes de trabajar para que al idiota no se le vayan los clientes. Me parece que el ingenioso eras tú –dijo Adrián, y David se encogió de hombros.

Nunca lo había pensado así. Habían sido un equipo. Fernando era más hábil para conseguir clientes que para diseñar, pero se complementaban.

Después de algunos meses de lucharla de abajo, con pequeños negocios, varios clientes que habían tenido en conjunto se habían enterado que David estaba trabajando solo, y lo habían elegido. Por lógica, él no dejó pasar la oportunidad.

–Tío, ven a ayudarnos a juntar –dijo Marco, y Adrián rió.

–Llegaste justo para la parte dura –dijo Adrián. Dejó la máquina de cortar pasto y se acercó a ayudar.

Los cuatro terminaron corriendo por el jardín mientras se lanzaban los desechos. Las risas de los niños se escuchaban por todo el barrio. David se

sentía vivo en la casa de su hermana, sobre todo si solo estaban los chicos y su cuñado, que era su mejor amigo.

–Bueno, ya es hora de juntar y bañarse. Nos vamos todos a buscar a mamá al bar, y cenamos...

–Hamburguesas –gritaron los dos, mientras juntaban como en cámara rápida todo lo que había quedado desparramado. Uno llevaba la bolsa y el otro iba metiendo los desechos. Más de la mitad quedó desparramada por el jardín, y Adrián se puso a barrer con una escoba de metal.

–Pareces feliz –dijo David.

–Soy más feliz que nunca. Trabajo menos, me divierto con mis hijos, Livi está fantástica y por las noches lo pasamos genial –dijo Adrián, y David comprendió que con el cambio habían ganado todos.

–Vaya, eso de las noches me suena a mucha intimidad –dijo David.

–Ni te imaginas. Antes se escurría o siempre se excusaba con algún dolor. Ahora está siempre con ganas de jugar –aclaró Adrián, y David se sintió anhelando esa vida, la que siempre había querido–. El problema lo tengo en el trabajo. Me piden que me quede más horas, y ante mi rechazo me han dicho que necesitan a alguien a tiempo completo.

–¿Y qué vas a hacer? –preguntó David.

–Buscar otra cosa –dijo Adrián–. Ese trabajo no vale la pena si tengo que perderme de disfrutar a mi familia –aclaró, y David sintió admiración por él.

–Es decir que te gusta fregar los pisos y cocinar.

–Es una tarea compartida, David. Lo hago yo y lo hace Livi. El que tiene tiempo.

–Más tú que Livi –dijo David.

–Ella lo hizo muchos años. Yo solo descubrí el sacrificio cuando me tocó hacerlo. Pero lo llevo mejor porque soy menos exigente que ella. No me

importa que los chicos patinen en el piso húmedo. Y a ella ahora tampoco.

Mientras los chicos se bañaban, ellos se sentaron en la galería a mirar el resultado. Era un parque precioso y daba gusto admirarlo desde las reposeras.

–Me enteré por una entrevista que Tina ya no vive más a dos cuadras de acá –dijo David.

–Me la mostró Livi anoche –dijo Adrián–. Parece que el marido le ayudó a salir de los problemas económicos –dijo Adrián esperando ver la respuesta de su cuñado, y este frunció el entrecejo.

–Quizá sirva para reconciliarlos –dijo David intentando demostrar su indiferencia.

–Dudo que te dé lo mismo que vuelva con el marido –aclaró Adrián, y David lo miró con recelo–. Puedes decirle a Livi que Tina ya no te mueve un pelo, pero yo no te creo –aclaró.

–Solo leí hasta que dijo que ahora eran buenos amigos –dijo David mirando el piso embaldosado.

Adrián largó una carcajada ante la confesión.

–No te rías. Ya casi la había olvidado hasta que vi esa foto...

–Foto que te despertó todos los sentimientos que te has empeñado en esconder –terminó Adrián por su amigo.

–No puedo creer que lo haya perdonado –dijo David.

–¿Acaso tú no sigues recibiendo mensajes de Liliana?

–Pero no soy su amigo –aclaró David–. Y no la he bloqueado para no tenerla en la puerta de mi casa armando un escándalo porque la eliminé de mis contactos.

–Ella se lleva bien con su ex –dijo Adrián.

–Así parece –dijo David–. Bien por ella que perdona tan fácil. Dentro de poco saldrá una noticia donde anuncian su boda con su ex –comentó

David, y se quedó mirando una rama que se movía por el viento.

–Vaya, qué conversación interesante –dijo Livia, que apareció por el lateral de la casa cargando una bolsa de papel.

David la miró con el entrecejo fruncido. Adrián con una radiante sonrisa.

–Te íbamos a ir a buscar y pensábamos comer unas hamburguesas en el bar –dijo Adrián.

Ella le mostró la bolsa y sonrió.

–Pensé en hacer un picnic en el jardín –cuando llegó a su esposo se sentó en su regazo y lo besó.

–Esa es una idea fantástica.

–Una manta, y si no ensuciamos platos no tendremos que lavarlos. Si los niños están cansados se van a dormir temprano y... –al ver la mirada cómplice de los dos David supo cómo terminarían la noche.

–Por Dios. Al menos podrían ser menos explícitos con un hombre que vive solo –dijo David, y se levantó para marcharse.

–Por lo visto mi hermano está sufriendo de abstinencia, y él es el único culpable –aclaró Livi.

–Abstinencia lo dudo, Livi –dijo Adrián–. Aunque esa mujer que tiene no le mueve un pelo –dijo Adrián, y David frunció el entrecejo.

–Nos vemos otro día, cuando Livi no esté –dijo David, y se alejó por el jardín.

–Tal vez no leyó toda la entrevista, o quizá no quiere reconocer que se equivocó –dijo Livia, y eso hizo girar a su hermano.

–No la leí. Con saber que es muy amiga de Marcelo me bastó para dejar de leer –dijo David.

–Deja que te aclare, hermanito. Porque lo que sigue es muy distinto de lo que te imaginaste –aclaró Livi. Adrián ya le estaba metiendo mano bajo

la blusa y Livi se levantó antes de que empezara un juego que no podrían terminar. Buscó la nota en el móvil y se puso a leer hasta que llegó a la parte donde decía que Marcelo y ella eran amigos—. Acá está donde debes haber quedado. Así sigue –dijo Livi—. ¿Eso quiere decir que no hay nadie en tu corazón? ¿Estás libre, Tina? Y ella responde. Estoy libre, pero mi corazón está ocupado. Lo que pasa es que el amor de mi vida salió huyendo de mí. Se asustó, no sé si de sus sentimientos o de mí –dijo Livi, y David se quedó desconcertado.

–No soy yo, Livi –dijo David.

–La dejaste destrozada, David. Lo tuyo le dolió más que el engaño de su esposo. Marcelo le arrancó su vida, pero tú le destrozaste el corazón –dijo Livi.

–Y tú qué sabes –dijo David, que se mesó el cabello nervioso.

–La veo. Ha cambiado. Ya no da consejos a nadie. Yo fui la última de sus causas, y mira que bien me fue con Adrián –dijo Livi con una sonrisa en el rostro—. La gente seguía yendo a su casa. Ella nunca más salió para hablar con ellos. Se cansaron y la dejaron en paz, pero le siguen mandando correos y los responde con un “lo siento, pero ya no me siento en condiciones de hablar sobre mis teorías”. Igual sigue siendo positiva. Y cree y confía, aunque diga que no.

–Ya no vive a dos cuadras –dijo David.

–No, la vendió hace dos meses para hacer un arreglo con la editorial. Ella dice que los perjudicó mucho. Marcelo apareció un día y la ayudó a pagar lo que le pedían. Se portó bien con ella, y Tina se siente agradecida –dijo Livi.

–Está intentando conquistarla –dijo David.

–No podría. Ella no lo ama –aclaró Livi.

–Ni se te ocurra meterte en la vida de nuestra Tina –dijo Cata, que

entró a la casa de su hermana como si fuera la de ella.

–¡Oh, no! –dijo Adrián–. ¿Qué haces acá? –preguntó enojado–. Ya te he dicho que no te quiero todo el día metida en mi casa –aclaró–. Livi, dile que hoy no cena con nosotros.

–Hoy no cenas con nosotros –dijo Livi con una sonrisa.

–Seguro que trajiste hamburguesas para todos –aclaró Cata, como si no hubiera escuchado las quejas de su cuñado.

–No, no traje –dijo Livi–. Adrián se habría puesto furioso. Ya cenaste ayer con nosotros.

–No tengo nada en mi casa –dijo Cata.

–Pues ve a gastar en comida hecha –dijo Adrián.

–Estaba hablando de otra cosa. Quería quedarme para decirle a David que dejara a Tina tranquila. Ella no te necesita, David.

–Sería mejor que te callaras la boca. Siempre que te metes tus hermanos terminan perdiendo la felicidad –dijo Adrián a su cuñada.

–Eso es mentira, Adrián. Solo lucho por los derechos de las mujeres –dijo Cata.

Si con Livi era difícil razonar, con Cata era imposible, pensó David, y comenzó a alejarse de la casa de su cuñado.

–Nos vemos un día de estos –gritó David.

–No te vayas antes de que te eche un sermón –gritó Cata.

–A ti algún hombre te debe haber destrozado el corazón para que trates de arruinar la vida de tus hermanos –dijo Adrián.

Cata lo miró desconcertada.

–Eso no es cierto. Ahora tengo un novio –dijo Cata.

–No sé cómo te aguanta –dijo David.

Cata, que había llegado llena de ímpetu se fue llorando.

–David, Cata estuvo de novia con un hombre casado, solo que ella no

lo sabía. Por eso desconfía de todos los hombres –aclaró Livi–. Ella se quería casar, y él le dijo que esperaran un poco. Pero un día lo encontró en el parque con una mujer hermosa y dos niños pequeños. Estaba tan ciega que se acercó pensando que sería su hermana y sus sobrinos. Él le presentó a su esposa, y a ella la presentó como a una compañera de trabajo –aclaró Livia.

–No lo sabía –dijo David.

–Yo tampoco –dijo Livi–. Cata me lo contó hace muy poco. Ahora sale con un divorciado, que le tuvo que mostrar la sentencia para que lo aceptara –dijo Livia y rió–. Está empezando a creer, pero Tina es su debilidad y no quiere que sufra.

–¡Vaya!, ¿y yo qué soy? el verdugo –dijo David.

–La has hecho sufrir –dijo Livia.

–No le hice nada –dijo David.

–La dejaste cuando estaba más sola –dijo Livi.

–Por Dios, Livi, me destrozaron el negocio, me mandaron al hospital y casi me meten preso.

–Y ella se siente culpable –dijo Livi.

–Eso es ridículo.

–Tú la culpas, David –siguió Livi.

–No la culpo. Solo que estar a su lado me tendría al filo de la muerte –aclaró David.

Adrián y Livi estallaron en carcajadas.

–Bueno, es preferible estar al filo de la muerte que muerto en vida –dijo Adrián, y David lo miró desconcertado–. Hay que arriesgar en esta vida, amigo. Y deja a esa divorciada con la que sales, que solo la tienes porque sufrió tu mismo engaño. La usas para tratar de olvidar, pero el amor no se olvida –aclaró.

La divorciada existía. David la había conocido en un bar, y las

palabras de Adrián lo enfurecieron porque eso mismo había pensado cuando se decidió a entablar una relación con ella. Había pensado que con otra mujer podría olvidar a Tina. ¡Qué tonto!, pero no pensaba darle la razón a su cuñado.

–Yo no salgo porque le haya pasado lo mismo que a mí.

–Cuéntaselo a otro. Y ahora vete que quiero disfrutar de una cena familiar y lo que sigue –dijo Adrián, y atrajo a Livi a su regazo, ella se echó a reír y le rodeó el cuello con sus brazos.

–Te extrañé –dijo Livi.

–Yo no tuve tiempo, pero rogaba que se hiciera de noche –aclaró Adrián.

David se marchó pensando en la intimidad que compartían Adrián y Livia. Él anhelaba una relación así. Anhelaba una familia tan hermosa como la de Livi, y poder decir algún día esas palabras que salían del corazón. Ella, solo a ella podría decirle esas palabras. Solo a ella, se dijo mientras se marchaba.

“Es preferible estar al filo de la muerte que muerto en vida”, esa frase de Adrián se repitió durante días en su cabeza. También pensó en su mediocre relación con la divorciada. Adrián tenía razón, era patético. Ella parecía entusiasmada, pero para él solo era un placebo para olvidarse que había tenido la oportunidad de ser feliz y la había dejado pasar.

Esa noche Elba, la divorciada, había concertado una cena, y él aceptó para no despreciarla. Que Tina hubiera dicho que el amor de su vida había salido huyendo lo tenía furioso porque otra vez lo había dejado como un idiota. Ahora otra vez estaría en las redes como el idiota que salió huyendo. Él no era idiota, sino precavido.

CAPÍTULO 20

–¡Eh, Tina! Qué tal si me das un consejo para convencer a mi novia de que no nos conviene casarnos –gritó un hombre que venía siempre al bar.

–Solo dile que ningún hombre es confiable. Con eso le vas a sacar la idea del casamiento de la cabeza –dijo Tina, mientras se acercaba con la bandeja a la mesa–. ¿Qué vas a tomar hoy? –preguntó.

–Una cerveza helada –dijo el hombre con una sonrisa–. Algunos somos confiables –aclaró.

–Tú, seguro que no –dijo Tina, y se giró para hacer el pedido.

La nueva ocupación de Tina Martínez era camarera en el bar del parque. Camarera del bar donde había estado con David Valente, donde había sentido por primera vez que miles de mariposas le revoloteaban en el cuerpo. Donde se había sentido viva, espontánea y llena de miedo. Donde había conocido las más intensas emociones, esas que Marcelo nunca le había despertado. Donde había descubierto que una vida feliz no estaba hecha de palabras positivas, sino de locuras.

Cada vez que veía la mesa que habían ocupado con David, le brillaban los ojos al recordar el único encuentro íntimo que habían tenido. Pero cuando se acordaba que la había sacado de su vida como si solo hubiera sido una aventura, dejaba de imaginar lo que podría haber sido. Ella había llorado mucho, pero ya no quería derramar lágrimas por alguien que no la amaba. Tenía que seguir adelante, y eso era lo que llevaba meses intentando. No extrañaba su vida pasada, el éxito de sus libros, las conferencias y talleres. No extrañaba a sus fans. Ella solo había buscado el amor verdadero, pero al parecer no existía para Tina Martínez.

Al caminar por el serpenteante sendero entre las mesas para ir a

costrar una consumición, divisó a Marcelo apoyado en un árbol. Tina le sonrió. Lo único que le podía dar a su ex era un gesto de cariño. Las broncas por lo que había pasado se habían diluido, y ahora tenían una linda amistad.

Cuando estaban casados él siempre había preferido cenar con su familia. Ahora dejaba de lado a su familia para cenar con ella. Esas eran las ironías de la vida. Marcelo creía que si insistía ella volvería con él. Tina le había asegurado que eso no iba a pasar, pero él seguía insistiendo. Sus palabras cariñosas de antaño ahora no le causaban ninguna sensación. Antes sí le habían importado, pero mirando en perspectiva solo era el paliativo de una mujer que necesitaba ser querida.

Tina estaba segura de que Marcelo no la amaba, solo añoraba lo que había perdido, porque a veces a él se le escapaba alguna anécdota con Florencia.

De ser una esposa celosa pasó a ser la amiga de su ex que lo aconsejaba cómo recuperar a Florencia, aunque él no le había pedido consejos sobre ese tema. Ella quería que fuera feliz. Y quería acabar con esa idea de Marcelo de ir una vez a la semana a cenar juntos, como si fueran una pareja de enamorados.

—¿Cenamos, Tina? —preguntó Marcelo cuando ella se acercó.

—Claro, ya terminó mi turno —dijo Tina—. ¿No habrás dejado plantada otra vez a tu familia?

—Eso hice —dijo Marcelo.

¿Por qué la vida tenía esas vueltas? ¿Por qué le daba lo que antes había añorado pero ahora ya no quería? Ella tenía muchas preguntas sin respuestas. Ya no seguía con sus teorías y sus mantras, y cada vez dudaba más de sus libros. Pero la gente los seguía comprando, y unos días atrás la editora la había llamado para decirle que pronto le liquidaría las regalías de sus libros publicados. Un ingreso que le venía genial aunque no se lo

merecía, pero Tina no estaba dispuesta a rechazarlo cuando su buen pasar económico había caído en picada. Lo que ganaba en el bar apenas le alcanzaba para subsistir.

Se sacó el delantal y rindió las ventas de la tarde. El dueño le dio un adelanto, y ella lo guardó junto con las propinas que le dejaban los clientes. La verdad que las propinas eran mejor que el sueldo. Según el dueño eran abundantes porque ella era Tina Martínez, y muchos venían para tratar de sacarle alguna palabra positiva o un sabio consejo. Ya no las decía, tampoco daba consejos serios, y se tomaba todo a risas, aunque sabía que a veces se le escapaban. Una costumbre de años no se podía borrar en pocos meses.

–Estoy lista –dijo Tina, aunque no tenía muchas ganas de cenar con Marcelo. Pero él la había ayudado económicamente, y ella se sentía en deuda.

–No deberías trabajar en este lugar.

–Eso ya lo has dicho, pero me gusta –dijo Tina.

La idea había sido de Livia, y ella la había aceptado como Livia había aceptado todos sus consejos cuando había echado a su esposo de la casa. Un logro suyo después de tantos tropiezos, pensó Tina. Lástima que su vida no fuera tan fácil de arreglar.

–Eras famosa, y ahora solo eres una camarera –dijo Marcelo.

–Una feliz camarera –aclaró Tina–. Me dan buenas propinas y tengo muchos amigos acá.

–Y vives en un departamento que es un pañuelo –dijo Marcelo con el entrecejo fruncido–. Lo tenías todo, Tina.

Él siempre le decía lo mismo. Tina creía que se sentía culpable. Y en parte lo era, pero Tina sabía que la única que había estado ciega era ella. No había querido ver la realidad y se había convencido de esa falsa felicidad que había vivido junto a Marcelo.

–Si te vinieras a vivir conmigo...

–Yo estoy enamorada de otro hombre, Marcelo. Te lo he dicho cien veces –aclaró Tina perdiendo la serenidad–. Si tus cenas son para convencerme para que vuelva contigo, no vas a conseguir nada.

–Lo sé. Ya me lo has dicho, pero no pierdo las esperanzas –aclaró Marcelo sin enojarse.

Caminaron en silencio hasta salir del parque y llegaron a un pequeño restaurante que había a pocas cuadras. El ambiente era íntimo, con luces rojas que apenas iluminaban las mesas. Era pequeño y se podía conversar sin que los murmullos los obligaran a hablar a gritos. Marcelo abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Ella recorrió las mesas, una costumbre que le había quedado de las conferencias. Había unas pocas personas cenando, cinco mesas ocupadas, y Tina se acercó a una que daba a la calle. Nunca elegía lugares reservados cuando iba con Marcelo para no generar falsas expectativas en él.

Pidieron pastas y vino tinto, y mientras esperaban él le contó de todo el trabajo que tenían en el estudio. Asesoraban empresas, y en unos días tenía que viajar a otra provincia.

–Me gustaría que pidieras unos días y te vinieras conmigo –dijo Marcelo.

Tina se atragantó con el vino.

–¡Estás loco!

–Por favor, Tina. Lo nuestro era hermoso –dijo Marcelo.

–Marcelo, lo nuestro era ficticio. Tú siempre te ibas con tu familia. Yo soportaba lo maravillosa que era Florencia, y tú sonreías con cada recuerdo de ustedes. ¿Dónde está lo hermoso?

–Antes no te parecía así –dijo Marcelo.

–Porque antes me repetía miles de palabras que me conformaran para no ver la realidad. Invita a Florencia, Marcelo. Ella es el amor de tu vida.

Conmigo solo te sientes culpable de mi debacle –dijo Tina, pero sus quejas y consejos se acabaron cuando se abrió la puerta y una pareja entró al pequeño restaurante. Una pareja que a ella le cortó el aire.

Tina se levantó de un salto y la silla donde estaba sentada cayó al piso con un gran estruendo.

¿Ese era el universo que le estaba dando una segunda oportunidad?, se preguntó, y al acto negó con la cabeza. No, ella ya no creía en las oportunidades del universo.

Marcelo la miraba asombrado. La reacción de Tina lo había dejado perplejo. Ella sonreía y negaba con la cabeza mientras miraba a la pareja que había ingresado. Marcelo se giró y frunció el entrecejo al ver quién estaba allí, abrazando por el hombro a una mujer bastante mayor que él, pero no tuvo dudas que era su pareja.

David, que acababa de entrar con Elba, la mujer con la que salía desde hacía dos meses, se quedó paralizado mirando a Tina Martínez. Ella había tirado una silla al verlo entrar. David tuvo ganas de largar una carcajada, pero se le quedó atascada en el nudo que se le formó en la garganta.

Las pocas personas que había en el restaurante no les sacaban los ojos de encima. Un flash se disparó y Tina se giró para mirar de donde venía la foto.

–Si subes esa foto a internet te voy a meter una demanda –gritó Tina, y señaló con el dedo a una mujer que se guardaba el móvil en la cartera.

–Lo siento, lo siento –dijo la mujer.

Otro flash, y otro más que vino desde la barra del bar.

–No, no, David. Esto no puede ser. ¡Oh, Dios mío! Hace meses que no me pasa esto y... ¿Qué haces acá? –dijo Tina todo de golpe.

David se sintió más vivo que nunca, y le sonrió.

–Vine a cenar con Elba –dijo David, y señaló a su acompañante–. Y

tú por lo visto viniste a cenar con tu marido –dijo, y señaló a Marcelo.

–Mi exmarido –aclaró Tina.

–Tina, te están filmando. Nos están filmando –dijo Marcelo preocupado, no tanto por la filmación sino al ver la reacción de su exesposa cuando vio entrar a David Valente.

Tina miró para todos lados, y vio dos móviles que los apuntaban. Llevaba meses sin que le subieran fotos a la red. No podía creer que la gente fuera tan estúpida. ¿Por qué no los dejaban en paz? Ella iba a parar esto antes de que sus vidas otra vez se convirtieran en otra telenovela, se dijo. Agarró su cartera y corrió a la salida del local. En la puerta se detuvo, y miró a David con lágrimas en los ojos.

–Lo siento, David. Lo siento. Yo... –no pudo seguir hablando porque le temblaba la voz, y se marchó dejando a Marcelo plantado en la mesa.

Elba miraba todo asombrada.

–Ella es la escritora que casi te manda a la cárcel. La que te hizo salir en esos videos tan espantosos –dijo Elba.

–Sí, pero no fueron tan espantosos –dijo David, y salió del restaurante dejando a Elba plantada, de la misma forma que Tina había dejado a Marcelo.

El amor, ese sentimiento que hacía cometer locuras, que hacía olvidar que no estaban solos en el mundo. El que llevaba a las personas a cometer locuras sin medir las consecuencias.

David corrió por las calles de la avenida siguiendo a Tina, que iba esquivando gente. Ella se acercaba a la zona del parque, y él prefirió caminar tras ella en lugar de alcanzarla. Iba disfrutando de su andar arrebolado, de su nerviosismo, que era parecido al que sentía él después de cinco meses sin verla.

Sentimientos que había ocultado ahora le hacían hervir la sangre en las venas. Se sentía vivo, tenía ganas de reír, de ponerse a gritar en la calle, de

caer al abismo si ella lo acompañaba. Esa sensación que cinco meses atrás lo había asustado, ahora le parecía lo más hermoso del mundo.

Qué importaba que lo filmaran, lo molieran a palos y le rompieran el negocio. Qué importaba que lo tildaran de cornudo o asesino. Negó con la cabeza. Claro que le importaba todo eso. Ellos dos no podrían tener una vida feliz, si cada vez que los veían juntos les colgaban videos en las redes. Esa no era vida, eso era una locura que ninguno de los dos podría soportar. A pesar de sus deducciones no dejó de seguirla.

Cuando llegó a la zona del parque ella se había detenido para recuperar el aire. David también aminoró la marcha, pero siguió avanzando hasta pararse tras ella, y la abrazó por la espalda.

–Vaya carrera que has hecho –susurró en su oído.

–¿Valente, qué haces acá? –dijo Tina, y se giró para apartarse de él–. Has dejado plantada a tu Elsa –dijo.

–Elba –dijo David.

–Elba, sí. Eso habla muy mal de ti –dijo Tina.

–Es que yo no soy un gran hombre –aclaró David–. No alardeo, no digo palabras lindas, no convengo con cursilerías. Ni siquiera intento caerle bien a nadie –aclaró, y ella sonrió porque todo eso era cierto.

–No. Tú eres un maldito cobarde. Tú buscas una relación sin escándalos con... con Elba, que seguro es tan negativa y aburrida como tú.

–¡Aburrida! Elba no es aburrida –dijo David ofendido porque ella había dado en el clavo. En realidad Elba no era aburrida, el problema era que entre ellos no saltaban las chispas que saltaban cuando tenía a Tina frente a él.

–Pues yo llevo cinco meses sin que mi vida esté expuesta, y apareces tú y lo arruinas todo –gritó Tina.

–¿Acaso me estás diciendo que yo soy el culpable de que tu vida sea

pública? Creí que eras tú la que ventilaba toda su vida en los libros –dijo David furioso.

Ella lo miró con la boca abierta.

–Pero eso es distinto. Yo contaba cómo había logrado salir de mis problemas gracias a pensamientos positivos. Eres tú quien atrajo todo este escándalo –aclaró Tina.

La carcajada de David la puso furiosa.

–¿De qué te ríes? Antes de que aparecieras a la conferencia yo tenía una vida feliz –gritó Tina.

David dejó de reír y se quedó mirándola asombrado. Sus palabras eran muy reveladoras. Antes de que aparecieras era feliz. Solo que le faltó decir que era feliz en esa vida simulada.

–Tina –susurró David y se acercó, pero ella se alejó como si él fuera peligroso.

–Vete. Nosotros no tenemos nada en común –dijo Tina.

–Eso es cierto. Tú crees en las personas y yo no confío en nadie.

–Yo tampoco confío en nadie, y menos en ti que me dejaste en la estacada cuando más te necesitaba.

–Creía que habías sido tú la que me dejó en la estacada cuando me rompieron el negocio y me molieron a palos.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Es que no sabes por qué me fui? –dijo Tina, y otra vez dejó ver sus sentimientos–. No podía aceptarlo –aclaró de forma indirecta.

“Es que no sabes por qué me fui”. “No podía aceptarlo”. Cuánto revelaba con esas palabras. David ahora lo sabía. Ella se había ido huyendo de sus sentimientos. Lo había descubierto en la entrevista que le leyó Livia. *El amor de mi vida salió huyendo.*

Era él, pero era un amor tan complejo, tan revoltoso, tan impulsivo,

agresivo, público y escandaloso, que todavía no se animaba a lanzarse al abismo. David cerró los ojos al comprender que si pronunciaba las dos palabras que dejarían ver sus sentimientos, toda su vida podía cambiar.

–Hace muchos meses te hice mía allí –dijo David señalando la zona oscura del parque–. Hasta el día de hoy me arrepiento de no haberte llevado a mi casa. Te merecías algo mejor, pero tuve miedo de que te arrepintieras durante el trayecto. Somos como dos nubes que se juntan y explotan, Tina. Hemos vivido cinco meses sin sobresaltos, cada uno por su lado. Y nos encontramos y otra vez empieza el escándalo. A tu lado me siento desnudo. Mi vida a tu lado se convertiría en un libro abierto para satisfacer la curiosidad de todos tus seguidores, porque todo se ventilaría en las redes – dijo David.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Otra vez la estaba rechazando.

–Tienes razón, David Valente. Lástima que el amor no sepa reconocer los iguales. Lástima que el corazón no entienda de escándalos –dijo Tina, y se marchó.

–¿Adónde vas? –gritó David.

–Vuelvo con Marcelo. Lo dejé solo con la cena –dijo Tina–. Y tú deberías ir a pedirle disculpas a Elsa.

–Elba.

–Qué importa un nombre. La elegiste a ella, tu paz, tu vida aburrida. Yo soy la nube con la que chocas. A mi lado tendrías que lidiar con los cotilleos, tendrías que arriesgarte a salir de tu zona de confort, esa que no te hace feliz –dijo, y se marchó.

–Vuelves con Marcelo. Acaso quieres volver a caer en lo mismo que te hizo daño –gritó David.

–Alguien me hizo más daño que Marcelo –dijo Tina.

David se quedó allí mesándose el cabello. Con la traición de Marcelo lo había perdido todo, pero ella no había sufrido tanto como el día en que él la apartó de su vida. Se sentía confundido. Estar con Tina era una locura porque ellos eran una mezcla explosiva. Eran una bomba de tiempo. Cinco meses sin verse, y esa noche sus vidas otra vez sería pública.

La curiosidad se apoderó de David y buscó en el móvil el nombre de los dos.

El reencuentro de Tina Martínez y David Valente, decía el título.

Era una foto panorámica, donde ella estaba parada junto a la mesa y él se veía más lejos, en el ingreso del restaurante. ¡Madre mía!, ya tenía más de trescientos me gusta y se había compartido cien veces en menos de media hora. Después encontró un video que estaba colgado en Facebook y tenía un montón de comentarios.

David se puso a leer. Las mujeres comentaban emocionadas, los hombres se burlaban de ellos. Esa era una vida imposible de soportar, se dijo David. Era como llegar a casa y preguntar: “¿Novedades, cariño?”, y ella diría, “sí, acá está el video de la cena de anoche”, “y esta otra es el del día que fuimos a hacernos la primera ecografía de nuestro bebé”.

David apartó sus pensamientos y se puso a leer los comentarios.

La mejor historia de amor que he leído.

Es pasión pura.

Son dos almas que tienen que estar juntas.

Chorradas, son patéticos.

Esos dos juntos son un peligro, se van a matar.

O se van a amar de forma descontrolada.

Ojalá yo tuviera una oportunidad así, nunca la dejaría pasar.

Yo quiero lo mismo.

Después de esta historia no podría conformarme con menos.

A Tina el universo le regaló el amor verdadero.

David Valente es un bombón.

Sí, yo quiero uno igual en mi vida.

Yo también quiero uno de emociones tan intensas como él.

Ella pierde la serenidad a su lado. No todos tenemos la dicha de encontrar el gran amor.

La bronca se convirtió en sonrisa después de leer los comentarios. Las personas estaban viviendo la pasión que había entre ellos como si se tratara de una buena película de amor.

Él se enojaba en lugar de sentirse agradecido. ¿Cuántas personas podían decir que habían encontrado un amor así, furioso pero pasional, complicado pero intenso? Dos personas que se veían y podían reír y llorar. Sentimientos a flor de piel. Saltos al abismo cada día de sus vidas.

No siguió leyendo. No le hacía falta. Ya había abierto los ojos a su destino, a su felicidad. La gente añoraba lo que él había rechazado. La gente añoraba emociones intensas. Y él... él las tenía al alcance de la mano. A él el universo de Tina le había regalado el tesoro más valioso y lo había dejado escapar. David se sentía lleno de energía y excitación cuando veía a su gurú, pero se había negado esas emociones porque quedaría destrozado si ese amor no duraba para siempre.

Se había jurado no volver a confiar en nadie. Se había convencido que quería una vida sin sobresaltos, pero sonrió cuando comprendió que estaba dispuesto a romper el juramento.

Caminó las pocas cuadras que había hasta el restaurante, decidido a cambiar el rumbo de su vida, y sintió que el corazón galopaba en su pecho.

Al llegar a la puerta vio a Elba conversando con Tina, y se quedó a escasos metros escuchando la conversación. Marcelo seguía en la mesa con la vista perdida en los coches que pasaban por la avenida.

–No lo pierdas, es el mejor hombre del mundo –David escuchó lo que Tina le aconsejaba a Elba y sonrió mientras negaba con la cabeza. Ella era adorable—. Es impulsivo y a veces parece irritante, pero es porque tiene emociones muy intensas –siguió relatando sus defectos, que Tina estaba convirtiendo en virtudes.

David había compartido más momentos con Elba que con Tina, pero Elba la miraba desconcertada. Claro, pensó David, Elba no conocía esa parte de él porque solo se las había mostrado a Tina. Su relación con Elba era cordial, pero no había enojo ni risas. No había emoción y pasión. Era una relación agradable pero mediocre, como le había dicho Tina.

–Creo que estamos hablando de dos hombres diferentes –dijo Elba.

Él habría largado una carcajada si no hubiera estado tan sorprendido al escuchar que Tina intentaba entregarlo a otra mujer como si fuera un paquete.

–No, no, es el mismo –siguió Tina tratando de convencer a Elba de su pasión y de lo buen partido que era para el matrimonio.

A David se le anudó la garganta. Tina siempre sería esa mujer empática que ayudaba a todos a encontrar la felicidad. Inclusive si tenía que renunciar al amor que sentía por él para que fuera mediocrementemente feliz con Elba.

–¿Y tú vas a volver con tu esposo? –preguntó Elba con curiosidad.

Dos móviles seguían de cerca la conversación. A David ya no le importó estar otra vez en las redes. Que filmaran todo. Que dejaran evidencia de lo increíble que era Tina Martínez. Que el mundo se enterara que había dejado de lucrar con sus libros pero no de ayudar. Ella no se daba cuenta, pero había nacido para ser un alma solidaria.

–No, solo somos amigos. Yo estoy tratando de que entienda que no es a mí a quien ama, sino a su novia de la juventud –aclaró Tina. La seguridad

de sus decisiones dejó a David impresionado. Ojalá él no dudara de todo, se dijo.

–¿Y él no lo quiere entender? –preguntó Elba.

–Creo que Marcelo siempre quiere lo que pierde –aclaró Tina–. Ahora me quiere a mí porque sabe que no puede tenerme. Cuando estaba casado conmigo, quería a Florencia –aclaró.

–Ya no escribes más, Tina. Yo he leído tus libros. Me ayudaron mucho cuando mi esposo me dejó.

–No, Elba. Ahora soy camarera –dijo Tina, y David vio el orgullo con el que explicaba su nuevo trabajo. La amaba, a cada momento la amaba más, pero no la interrumpió porque quería que ese video que estaban filmando se desparramara por todos lados para que el mundo viera lo maravillosa que era.

–¿Puedo saber en qué bar? –preguntó Elba.

–En uno que me permite recordar la mejor noche de mi vida –dijo Tina–. Pero no vayas a buscar consejos porque solo sirvo en las mesas –aclaró Tina.

Elba había perdido el interés en sus comentarios y miraba a Marcelo con ternura. Tina se giró para mirar a su exesposo, que estaba con la vista perdida en la calle.

–Parece triste –dijo Elba.

–Sí. Y es una pena porque podría ser un gran marido si no se dejara manipular por su familia, pero eso va a cambiar cuando encuentre a la mujer correcta –dijo Tina llena de cariño por su exmarido–. Mejor me voy con él –aclaró, y se acercó a la mesa de Marcelo.

A Marcelo se le iluminó el rostro al verla regresar.

–Tina, volviste –dijo lleno de entusiasmo.

–Claro, vamos a cenar –dijo Tina, y le sonrió.

–No te fuiste con él.

–Parece que no me quiere cerca –dijo Tina.

David la miraba desde la puerta con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. Él nunca había sido de grandes emociones, quizá porque nunca había sentido su corazón latir con tanta fuerza por una mujer. Lo que menos sentía eran celos al verla con su ex, porque a pesar de que ella lo había perdido todo, ella trataba a Marcelo sin nada de resentimiento. Ella parecía ver solo lo bueno de él. Su mayor virtud, la que le había dado el éxito con sus libros, la que la había llenado de personas que la admiraban.

–¿Qué se siente? –preguntó Elba, él la miró sin entender–. ¿Qué se siente al haber encontrado al verdadero amor? ¿Al sentir esa pasión que se desborda de tus ojos? –preguntó Elba.

David no se había dado cuenta que estaba llorando. Miró a Elba y le sonrió apenas.

–Se siente como si te hubiera arrollado un camión con acoplado –dijo David–. ¿Quieres que cenemos en otro lado?

Elba negó con la cabeza.

–No, David. Creo que no podemos conformarnos con una relación mediocre. No podría estar a la altura de Tina Martínez –rió con nerviosismo–. Y te aclaro que yo también caí rendida con sus libros. Me ayudaron mucho a recuperar mi autoestima luego del divorcio.

David le sonrió. El mundo entero rendido al encanto de la escritora. Solo él se había dado el lujo de rechazarla dos veces.

–¿Te acerco a tu casa, Elba? –preguntó David.

–No, mejor llévatela a ella. Yo me voy a quedar a consolar a ese pobre hombre que está suplicando el amor de la escritora –dijo Elba, y largó una carcajada nerviosa por lo que pensaba hacer.

Marcelo y Tina se giraron al escuchar la risa. Elba le sonrió con timidez al exmarido de la escritora.

–¿Y esa quién es? –preguntó Marcelo con el entrecejo fruncido.

–Esa, mi querido amigo, es una mujer divorciada que está intentando rehacer su vida –dijo Tina.

–Ojalá tenga suerte. No como yo que lo he arruinado todo. Tenía un tesoro en mis manos y por estúpido lo dejé ir –aclaró, la miró con tristeza y le dijo–. Vete Tina. Vete con él –dijo Marcelo rindiéndose al imposible–. Solo espero que te valore más que yo.

Tina no creía que David y ella pudieran ser felices. David Valente era demasiado escéptico para aceptarla, pero no se lo aclaró a Marcelo. Se levantó de la silla y fue a abrazar a su exesposo. Él le rodeó la cintura con fuerza, y ella supo que esa era una despedida.

–Todo va a estar bien –dijo Tina, le besó la mejilla, le acarició el rostro y se alejó de su pasado.

Al recorrer los escasos metros hacia la puerta vio que David Valente ya no estaba. Tina ya lo sabía. Él la había rechazado dos veces. ¿Qué podía hacerlo cambiar de opinión?, nada, porque David no confiaba en nadie. Vio que Elba seguía allí, quizá para pedirle que le firmara alguna servilleta de papel. Pero Elba pasó a su lado sonriendo como una descarada, y Tina la miró sorprendida cuando se detuvo en la mesa de Marcelo. Ella había tratado de convencerla de que no dejara escapar a David, pero al parecer la mujer estaba más interesada en arrancarle la melancolía a Marcelo.

–Soy Elba. Divorciada. Mi esposo me dejó por su secretaria de veintidós años. Tengo treinta y nueve años. Estuve casada diez años. Soy enfermera. Tengo un hijo de cinco años muy malcriado, y solo busco distraerme un rato, quizá un rollo de una noche o dos, una cena o una salida al cine –dijo Elba a Marcelo, que se quedó mirándola con el entrecejo fruncido.

Tina se había quedado pasmada al escuchar semejante declaración, y

cuando salió del estupor largó una carcajada. Siguió allí sosteniendo la puerta mientras miraba a Marcelo, que no sabía cómo reaccionar ante semejante método de seducción.

Cuando Marcelo salió de su desconcierto, sonrió a Elba.

–Marcelo Fuentes. Divorciado de Tina Martínez. Mi esposa me dejó porque fui un idiota. Abogado de empresas. No tengo hijos pero tengo una familia que se mete demasiado en mi vida. Treinta y cinco años, y espero que eso no sea un impedimento. Cena conmigo antes del rollo, Elba –dijo Marcelo. Elba se sentó en la silla que había ocupado Tina.

Tina se quedó asombrada observando a Elba y Marcelo. Qué fácil que era para algunas personas comenzar una relación. Unos minutos antes Marcelo la amaba, cuando era su esposa él parecía amar a Florencia, y ahora, con ella a unos metros, iba a tener un rollo con Elba, la que era la pareja de David hasta hace unos minutos. ¡Qué rápidos eran para mudar de sentimientos! No, allí no había sentimientos. Ellos no sabían lo que era el amor, o todavía no lo habían encontrado.

Sus libros le habían dejado una enseñanza. No había palabras positivas que le permitieran tener a David en su vida, y sonrió con tristeza ante su deducción. Debería sentirse feliz de haber conocido lo que era el amor profundo, el amor verdadero, ese amor que se graba en el corazón y el alma. Un amor que perduraría hasta el día que partiera de este mundo. Pero qué sentido tenía, si el amor verdadero no estaba a su lado.

CAPÍTULO 21

Después de recorrer unas cuadras, Tina sintió cómo la tristeza se instalaba en su pecho y le anudaba la garganta. David otra vez la había rechazado. Las lágrimas le mojaban las mejillas y dejó que fluyeran a su antojo. ¿Para qué detener el dolor que salía del alma?

Ella había ayudado a muchas personas, incluso había logrado ayudar a Livia y Adrián, que ahora eran uno de los matrimonios más felices que conocía. Tantas teorías, y su vida era como un barco que andaba a la deriva sobre aguas mansas y sin nada de emoción. La felicidad era muy esquiva para ella, y en ese momento creía que había venido al mundo para aprender la lección de cómo vivir sin ser querida.

Decidió regresar al bar para trabajar hasta que cerraran, porque no quería estar sola en su departamento compadeciéndose por lo que no podía ser. Iba con la espalda encorvada y arrastrando los pies, como si tuviera cien años en lugar de treinta.

Tanta lucha sin sentido ya la había vencido. En unos pocos meses su universo le había dado tantos palos, que ya no tenía ánimo de volver a inyectarse con esas palabras positivas que no servían para nada. Y sí, esos eran sus mantras, una gran mentira. Eso era lo que había inculcado a toda esa pobre gente que habían creído en ella y los repetían pensando que sus maridos dejarían de engañarlas, o que encontrarían un millón de dólares a la vuelta de la esquina.

Rió al recordar que eso mismo le había dicho a David. Rió porque él sabía que sus palabras no eran más que un timo.

¿Qué había de cierto en todo lo que había enseñado?, nada. Todo era

comercial. La editorial había tenido razón. Ella había sido como muchas religiones que le metían cosas en la cabeza a la gente, solo que las religiones les hacían creer que el poder del cambio solo era un privilegio de Dios, y por eso predicaban palabras para que lo alabaran. Las religiones arrodillaban a sus feligreses haciéndoles creer que el sacrificio les daría el perdón de los pecados. Ella no los había puesto de rodillas, pero también les había hecho creer que todo se arreglaba repitiendo mantras. David siempre lo había sabido. Predicadora, así la había llamado, ¡y qué razón tenía!

Tanto dar, y su maldito universo le había estado machacando una y mil veces que no era querida. Si admirada, pero no querida. Ella no sabía lo que era ser amada. Por más que había deseado con todas sus fuerzas recibir amor, nadie se lo había dado. Su padre no la había querido, su madre quizá tampoco. Su abuela siempre la había visto como una obligación. Marcelo y su familia no la habían querido. David también la había rechazado.

Se quedó quieta en la avenida que ingresaba al parque. Miró al cielo, a ese universo que ya no entendía, y derramó lágrimas por la vida que le había tocado en suerte.

—¿Por qué? ¿Qué hice mal?

David, no se había ido demasiado lejos, caminaba detrás de Tina. Ella había reído, había llorado, había mirado el piso, había arrastrado los pies y ahora lloraba desconsolada. Ella se había vencido y él era el culpable. El dolor de su llanto le hizo derramar lágrimas, pero no se acercó a consolarla, la dejó que descargara toda su frustración. Luego ella siguió caminando, y su fortaleza lo conmovió. Iba decidida a trabajar para no compadecerse con su rechazo.

Ya estaba llegando al bar donde trabajaba. El bar donde tenía el mejor recuerdo de su vida, le había dicho a Elba. ¡Cuánto amor le había dado Tina!, y él huía como un cobarde.

Todavía le costaba conciliar a su gurú con una camarera. Ella había dado un giro muy grande a su vida, y eso le molestaba. Tina era una líder, ¿qué hacía sirviendo mesas?, quizá trabajaba allí porque estaba el recuerdo del amor que compartieron los dos.

David no había ingresado al bar, se había quedado oculto tras un árbol. Desde lejos la vio acercarse a la barra y hablar con un hombre que debía ser el dueño. Él la miró con el entrecejo fruncido, pero le tendió el delantal que usaba para servir.

Ella dejó la cartera tras la barra, se puso el delantal y agarró la bandeja. A David le produjo un gran dolor verla allí. ¿Por qué su predicadora estaba allí? ¡Ella había sido admirada por todos!, y en ese momento se la veía sola, sin nadie que le palmeara el hombro, sin nadie que le pidiera alguna palabra positiva. Esta Tina era muy distinta de la escritora que había hablado con seguridad en las conferencias. Tina Martínez estaba muy lejos de aquellas sonrisas radiantes que les dedicaba a sus fans. Ahora su sonrisa ya no estaba, y eso le dolió. Una líder que tenía a tanta gente admirándola no debería haberlo perdido todo, sobre todo porque ella había sido una persona honesta.

David supuso que ese debía ser el precio de la fama. Mucha gente fascinada, muchos pidiéndole que les arreglara la vida, pero nadie dispuesto a consolarla cuando ella se había precipitado al vacío. Nadie para decirle “te amo”. Nadie para abrazarla por las noches y repetirle todos esos mantras en los que ella creía.

David siguió tras el árbol viéndola ir y venir por las mesas, tan ausente que trabajaba como si fuera un robot. Ya no miraba a todos como en la conferencia. Solo había mirado la mesa que habían ocupado los dos, con los ojos de color ámbar llenos de tristeza.

–Por qué no te vas a descansar –dijo el hombre que estaba tras la

barra.

–No me voy a ir –contestó Tina.

–Entonces cambia la cara –aclaró el hombre.

Y ella tuvo que sonreír. David vio cómo cada vez que atendía a los clientes forzaba una mueca que no llegaba a ser sonrisa. Vio que enderezaba los hombros y elevaba el mentón como si estuviera a gusto en ese lugar. Cómo simulaba una felicidad que estaba lejos de sentir.

David ya no aguantó más. Salió de su escondite, pasó junto a ella, que se quedó mirándolo con la boca abierta. David no le dirigió la palabra, y siguió avanzando hasta llegar a la mesa que tiempo atrás habían ocupado los dos. Se sentó como uno más de sus clientes.

Tina se quedó parada en el camino, mirándolo sorprendida. También estaba furiosa, triste, dolida, y emocionada. Todo, sentía todo junto al verlo allí sentado en esa mesa que tenía tantos recuerdos para ella. David estaba exponiéndose a que los filmaran, y otra vez serían la comidilla de todos los que estaban pendientes de su desastrosa historia. Eso eran los dos, un desastre del universo. Algo fallido que nunca llegaría a ser.

Parecía una tonta parada en medio del caminito de ingreso, mirándolo con la boca abierta. Pero ella no podía reaccionar. Él le había quitado las palabras y lo único que hacía era mirarlo como una tonta.

–Un Martini con limón –dijo David, y le dedicó su sonrisa de descarado–. Y unas papas fritas –aclaró.

Ella en lugar de ir por su pedido se acercó a zancadas.

–¿Qué haces acá? –dijo Tina, y David sonrió al ver que tenía el entrecejo fruncido.

–Vine a saludar a mi gurú –dijo David.

–No soy una gurú, y menos tu gurú –aclaró enojada.

–Oh, sí que lo eres. Una gurú hace lo imposible por mejorar la vida de

la gente, y eso es lo que tú has hecho conmigo –dijo David.

–¡Deja de hablar pavadas, que eres el hombre más negativo que existe sobre la tierra! –dijo Tina. Había apoyado la bandeja sobre la mesa y agitaba las manos con nerviosismo. ¿A qué había venido?, quizá a repetirle que no eran el uno para el otro. ¡Cómo si ella no lo supiera!–. Tú y yo no tenemos nada en común –aclaró Tina–. Sería mejor que te fueras.

–Es cierto, tenemos un montón de cosas que nos separan. Yo soy escéptico y tú positiva.

–Tú eres un cobarde.

–Y tú muy valiente.

–No te gusta estar en boca de todos.

–Eso es cierto.

–Entonces vete antes de que nos empiecen a filmar –aclaró Tina.

–Ya empezaron. Es tarde para irme.

Tina se giró y vio que ya había algunas personas paradas en el ingreso del bar.

–Esos han llegado cuando entraste tú, David –dijo Tina, y señaló a la gente que filmaba con sus móviles–. Vete antes de que cuelguen en las redes algo que te incomode y tire al traste tu vida tranquila.

Él le sonrió y se encogió de hombros.

–David, este nuevo video lo estás provocando tú –aclaró Tina–. Después no vengas a decirme que es culpa mía –siguió quejándose al ver que él solo la miraba con esos ojos oscuros, que desbordaban pasión.

–Hace bastante que lo he provocado, puesto que llevo un rato escondido tras ese árbol esperando que se desocupe nuestra mesa –aclaró.

–Te hubieras sentado en otra mesa, o mejor te hubieras ido a otro bar.

–Me gusta este. Y solo me gusta esta mesa –dijo David.

Los ojos de Tina reflejaron la añoranza de lo que habían compartido,

y David le sonrió con ternura.

–Sí, es una linda mesa. Da buena sombra por la tarde y...

–Tina –susurró David, y le rozó la mano–. A mí me importa una mierda la sombra. Yo solo quiero esta mesa porque acá descubrí que podía volver a creer –dijo David.

–Eres incrédulo de nacimiento, Valente –dijo Tina, y David arqueó las cejas–. Me lo dijo Livia.

–Livia exagera en todo, cariño –dijo David–. Yo me convertí en incrédulo cuando descubrí el engaño de mi mujer y mi mejor amigo.

–Por eso no deberías volver a confiar en nadie –aclaró Tina.

–Eso mismo me dije yo –dijo David–. Pero en mi vida apareció una predicadora que gritaba a los cuatro vientos “si confías nadie te va a defraudar” –dijo David.

Los móviles se iban sumando, y David supuso que ya estarían corriendo por las redes.

–Me equivoqué –dijo Tina, y se le escaparon las lágrimas–. Ese fue mi mayor fracaso. Y esa palabra ya no existe en mi vocabulario –aclaró.

–Yo sacaré otras palabras más dañinas de tu vocabulario –dijo David.

–Me hice famosa con mi libro de la confianza. Y con el mismo libro perdí todo. Pero eso ya lo sabes –aclaró.

–Lo que perdiste es la fe en tu esposo, no la confianza, Tina –dijo David–. Y sé que si volvieras a enamorarte, volverías a confiar –aclaró.

Ella lo miró con los párpados entornados.

–¿En qué se basa un matrimonio si no es en la confianza, Tina? La traición es la muerte del amor. Pero si te vuelves a enamorar, vuelves a confiar –aclaró David.

Ella no lo había analizado nunca de ese modo.

–La traición mató mi libro.

–La traición mata la confianza que tienes en una persona, no tu libro. Confiar es una ley de la vida. Quien te traiciona pierde tu confianza, pero tú no pierdes la confianza en los otros –dijo David.

–Me estás haciendo un lío. No sé qué pretendes –dijo Tina.

El silencio que los rodeaba solo era interrumpido por algún clic. Toda la gente estaba pendiente de David, y Tina supo que esta escena sería la más pública de sus vidas.

–Pretendo, sin mucho éxito, decirte que confío en ti con los ojos cerrados –dijo David.

Tina lo miró sorprendida. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y esbozó una sonrisa temblorosa, pero no se acercó.

–¿Qué has dicho?

–Yo te amo, Martínez. Yo confío en ti. Confío en que nunca me vas a traicionar. Confío en que tu universo nos dio la oportunidad de confirmar que, tu libro, tus talleres, tus conferencias, y todo en lo que tú creías es cierto si encontramos a la persona correcta.

–David –susurró Tina–. Tú no te has animado a...

–Yo me animo a todo contigo. Me animo a ser un hombre ridiculizado en las redes. Ya me han llamado cornudo y asesino. ¿Acaso hay algo más grave que eso?, y si lo hay estoy dispuesto a sobrellevar lo que sea si te tengo a mi lado, Martínez. Confío tanto en ti que si me pides que me vende los ojos, y se te antoja llevarme a un puente y me dices que me tire al vacío porque no me va a pasar nada, me tiro. Hasta ese punto confío en ti, mi amor –dijo David.

–¡Oh, madre mía! He creado un monstruo –dijo Tina, y largó una carcajada–. Yo nunca te llevaría vendado para que te tires de un puente.

David le sonrió.

–Lo sé. Pero si me lo pidieras lo haría, Tina –dijo David–. Mi mujer

me quitó la autoestima, me quitó la confianza, la fe que tenía en ella, el sueño de tener hijos. Me quitó todo. Y puse a todas las mujeres en la misma bolsa. Pero apareciste tú, que hablabas de amor y de confianza, que hablabas del poder de la palabra. Ese día me envenené, no porque tus palabras me hubieran puesto furioso, sino porque no pude apartarte de mis pensamientos. Un año sin tener una relación estable, y creí que lo había logrado hasta que te vi a ti. Te odié apenas puse un pie en la conferencia, porque me hiciste sentir un cosquilleo en la nuca.

–¿Y eso qué tiene que ver, Valente? –preguntó Tina desconcertada.

–Que solo siento un cosquilleo en la nuca cuando me enamoro –dijo David como si fuera algo normal en las personas–. Eras un peligro para mi vida tranquila, la catástrofe que venía evitando. Y tú hablando en esa conferencia a cientos de persona, pero sin poder sacarme los ojos de encima. Me dije, esto es atracción de los polos opuestos. Huye, huye David, no seas idiota –dijo David, y Tina le sonrió con cariño.

–Dos nubes que chocan –dijo Tina–. ¿Cómo crees que pueden ser felices dos nubes que chocan?

–No sé, yo solo sé que si no tengo mi nube soy el hombre más infeliz de la tierra.

Ella le sonrió.

–¿Valente, te estás rindiendo al amor? –preguntó Tina.

–No, Martínez, me estoy rindiendo a ti. Sé que no estoy a tu altura. Eres una líder. Eres noble y generosa. Todo el mundo te admira. Eres demasiado buena para mí. Pero yo soy egoísta, y no pienso aceptar verte en brazos de alguien que se burle de todas tus teorías –dijo David.

Tina se acercó a él, y David la atrajo a su regazo. Ella le rodeó el cuello con los brazos.

–¿Así empezamos, y así terminamos? –susurró Tina sobre sus labios.

–Empezamos en la conferencia, y este no es el final, sino el comienzo de una larga y dichosa vida basada en la confianza –aclaró David.

–Me estás devolviendo todo lo que tiré por la borda –dijo Tina con la voz entrecortada.

–No, solo me estoy metiendo en tu vida para que puedas ver tus ideas desde una perspectiva diferente.

–Te amo, lo sabías –dijo Tina.

–Sí, lo sabía. Solo que era demasiado escéptico para aceptar que tu universo me había dado algo tan maravilloso. Siempre me había dado palos, y eso era porque me tenía reservada la más hermosa de las sorpresas, mi gurú.

–¡Oh, Dios mío! Con mis palabras he convertido al mayor escéptico en el hombre más positivo, y ni siquiera tuve intención de cambiarte –dijo Tina entre risas, se acercó a sus labios y el beso fue tan arrebatador que se olvidaron de los murmullos que se escuchaban a su alrededor–. Cuánto te amo, David Valente. Y también a tu familia, que me aceptó como si fuera la hija que regresaba a casa –David la besó con tanta pasión que el mundo dejó de existir para ellos.

No escucharon los suspiros, las risas. No vieron las lágrimas de los seguidores. No escucharon los murmullos sobre un nuevo libro. No se enteraron de las palabras esperanzadoras que, sin intención, los dos habían lanzado a todos esos seguidores que buscaban una luz de esperanza para creer que ellos también podían ser bendecidos por el universo. Solo se besaron con esa pasión sin límites que habían conocido uno en brazos del otro.

Tina pensó que su universo, como lo llamaba David, le había devuelto con creces todo lo que ella le había dado a sus seguidores. Tal vez sus libros no estaban tan equivocados. Solo era cuestión de encontrar a la persona correcta para volver a confiar.

–Confío en ti, mi amor –susurró Tina a David, y él intensificó el beso.

EPÍLOGO

–Mamá, dónde está la zapatilla de Lichi –preguntó Cata a Elvira.

–No sé hija, pregúntale a Tina –dijo Elvira.

–Creo que se la sacó cuando se metió bajo el sillón –dijo Tina, y se agachó con dificultad a recogerla.

–No mami, me la saqué cuando papi se metió conmigo en la pileta de la abuela –dijo la niña de tres años a Tina.

–Dile a papi que te la busque, tesoro –le dijo Tina con dulzura. Su hija había llegado a sus vidas para agrandar la hermosa familia que ella había formado con David. Una familia basada en el amor y la confianza, porque su esposo se había ocupado de demostrarle cada día de su vida que sus libros eran fiel reflejo de la realidad.

La niña de bucles color caramelo en vez de salir corriendo a buscar a su papá se puso a bailar en la sala.

Tina se levantó con dificultad y sonrió con ternura a su encantadora niña. Su suegra, como siempre, vino a ayudarla.

–Me parece que no vas a pasar de esta semana –dijo Elvira.

–¿Te parece? –preguntó Tina, y se sostuvo la panza. Tenía fecha para dentro de quince días, pero su suegra había acertado con la fecha del nacimiento de Lichi, y le creyó. Otro niño más en camino. Otro bebé más que ella y David iban a llenar de amor.

–Bueno, bueno, ha llegado la familia feliz –gritó Livia, y entró a la sala exhibiendo su radiante sonrisa. Livia había cambiado mucho desde su separación y reconciliación con Adrián, y ahora era una de las mujeres más segura que Tina conocía.

Livi se acercó para abrazar a Tina, a su madre y a Cata.

–Dios mío, estás a punto caramelo –dijo a Tina, y le acarició la panza.
–¡Otra más que opina lo mismo! –dijo Tina, y rió.

Afuera se sentían los gritos de los dos niños de Livi, y las risas de Adrián y David que los corrían por el parque. Al escuchar las risas de sus primos Lichi dejó de bailar. Pero antes de salir a jugar se acercó a su tía Cata, su preferida, como decía porque Cata le consentía todos los caprichos.

–Tía Cata, ¿podría ir hoy a dormir a tu casa? –preguntó Lichi.

–Eh, bueno. Creo que mañana sería mejor, princesa –dijo Cata, y Elvira la miró con el entrecejo fruncido.

–¿Entonces me puedo quedar con mi madrina, Carla? –preguntó Lichi a Tina. A su hija le encantaba ir de visita a la casa de sus tías, y sus tías la recibían con los brazos abiertos. Tina se sentía agradecida con el universo porque su hija estaba rodeada de mucho amor.

–Seguro que la madrina Carla salta de la emoción –dijo Tina–. Ve a decirle a papi que te busque la zapatillita –dijo Tina.

–¿Otra vez has quedado con el divorciado, Cata? –preguntó Elvira, que no estaba contenta con el novio de su hija menor–. ¡Tiene cuarenta años! ¡Te lleva doce años! –exageró.

–Sí, pero parece de treinta y cinco –aclaró Cata–. Y lo amo, mamá.

–Elvira, una vez leí una frase que decía que la edad solo era importante si eras un vino –dijo Tina, y todas las mujeres largaron una carcajada, menos Elvira que se quedó analizando las palabras de su nuera. Al rato asintió satisfecha.

–Ya sabía yo que tener en la familia a una escritora de autoayuda me iba a servir para convencer a mi madre de cualquier cosa –dijo Cata entusiasmada.

–¡Eh!, que eso no es de autoayuda –aclaró Livi.

–No importa, todo lo que diga Tina tiene valor para mamá –dijo Cata,

y todas rieron.

Y sí, en la familia Valente todos la adoraban, y ella los adoraba a todos. Tantos años suplicando amor y su suegra la había recibido como si fuera una más de sus hijas. Nada, no tenía que hacer nada para que la quisieran. Inclusive Elvira le había dicho, *si un día estás enojada, no pasa nada, nosotros igual te vamos a querer. Y si algún día me ves enojada, nunca pienses que es por ti.* Eran tan distintos de la familia de Marcelo, que después de cuatro años de casada todavía se emocionaba al sentirse una más en el clan Valente, como si los conociera de toda la vida, o como si toda la vida la hubieran estado esperando con los brazos abiertos.

Qué lejos había quedado su fugaz matrimonio con Marcelo. A él lo había visto unos meses atrás. Tina iba con Lichi en brazos y un vientre abultado por el embarazo de su segundo hijo. Su exmarido se había quedado sorprendido y embelesado mirando a su hija. La había felicitado y le había preguntado si era feliz. Ella era la mujer más feliz del mundo.

Marcelo le contó que había salido seis meses con Elba, pero ella no había soportado a su madre y lo había dejado. Entonces se había refugiado en los brazos de Florencia, pero a los tres meses se había dado cuenta que no la amaba, que el amor de su vida era Elba. Hacía un año y medio que estaba felizmente casado y ella estaba embarazada. A Tina le hizo bien saber que Marcelo era feliz. No era un mal hombre, solo un hombre que había demorado en encontrar al verdadero amor.

—¿Dónde está la madre de mi hija? —gritó David, que venía con Lichi llorando en brazos.

Tina apartó sus pensamientos de Marcelo y se acercó a abrazar a su hijita. David la atrajo a sus brazos y le robó un beso.

—Mi zapatilla no está —dijo Lichi entre tartamudeos.

Tina le sonrió a David, y él la miró con esos ojos negros que

desataban todas las tormentas.

Compartían un amor profundo, algunas veces tierno y otras, salvaje. A Tina le costaba creer que en otra época hubiera creído que era feliz con Marcelo, pero bueno, antes no había tenido a David para comparar.

–Seguro que está debajo de la cama de la habitación que ocupaba tu papi cuando era chiquito como tú, Lichi –dijo Tina–. Ahora te la busco, cariño.

Los niños se quedaban a dormir con los abuelos y solían ocupar los dormitorios que habían sido de sus padres. Su suegro tenía esa idea de mantener todo como antes, y Lichi solía jugar con los autitos con los que jugaba David de niño.

–Y papá va a ayudar a mamá a buscarla –dijo David a su hija, ella dejó de llorar y se rió.

Tina lo miró con picardía. Su suegra abrió la boca para decir algo así como, “está embarazada y a punto caramelo”, pero los veía tan felices que siempre se contenía de hacer comentarios.

–Y yo voy a ayudar a mis papis –dijo Lichi, y aplaudió.

–No, tú te vas a quedar a ayudar a la abuela con las galletas –dijo Elvira.

–¡Sí, sí, galletas! –gritó Lichi, y se removió en los brazos de su padre para que la dejara en el suelo.

–Dios mío, a ellos siempre los apañas. Y a mí solo quieres espantarme el novio –gritó Cata.

–El domingo que viene puede venir a almorzar con la familia –dijo Elvira, y Cata se puso a dar saltos de alegría, con Lichi que también saltaba y reía sin saber el motivo.

–Un Viva para la abuela, Lichi –gritó Cata.

–¡Viva, viva! –gritó Lichi imitando a su tía preferida, y las mujeres

largaron una carcajada.

Tina entró a la habitación que su esposo usaba de niño. Un segundo demoró él en correr el pestillo para que nadie los interrumpiera. Ella se giró y lo vio allí, con esa cara de sinvergüenza, esos ojos oscuros de cazador decidido a acorralar a su presa y esa sonrisa de descarado. La barba de un día, el cabello algo largo y la remera desteñida, que se sacó antes de que ella terminara de repararla.

–Estoy muy gorda –dijo Tina.

–Estás hermosa, mi vida –dijo David, y agarró los breteles para dejar caer el vestido al suelo–. Hermosa –repitió mientras admiraba su desnudez.

Adentro se desató la tormenta. Las nubes chocaron con furia, incluso algún rayo destelló en el cielo. La lluvia era torrencial, con vientos huracanados a más de cien kilómetros por hora. Los ventanales parecían querer salirse de los goznes. Los vidrios vibraron por la fuerza de la pasión que desataban los amantes. La calma llegó pasada una hora, pero se instaló una llovizna fina que no se quería marchar, y gotas de agua se deslizaron por el vidrio de la ventana provocando suaves gemidos.

–Dos nubes que chocan, ¿eso somos? –susurró Tina sobre el sudoroso cuerpo de su esposo.

Él la abrazó y le besó los labios.

–Dos nubes que colisionaron y se unieron para no separarse más. Eso somos, mi amor –dijo David, y el beso los dejó otra vez disfrutando de sus tormentas privadas.

Afuera el sol era radiante. Los niños gritaban, corrían y reían con su abuelo. Adentro el sol se había ocultado en el horizonte para dejar a dos amantes flotando entre nubes, que después de descargar su furia recorrían distancias infinitas uno en los brazos del otro.

La traición los había fortalecido, y ellos eran dos personas que sabían

valorar lo que el universo de Tina les había regalado.

–Soy el hombre más dichoso del mundo, Martínez –susurró David a su esposa cuando la tormenta amainó.

–¿Y eso a que se debe, Valente? –preguntó Tina, que miraba a su esposo con un brillo especial en los ojos.

–Eso se debe a que estar casado contigo, Martínez, es como estar envuelto en los brazos de ese universo justo y noble que tú tanto adoras. Admirada por todos, pero solo yo te tengo por el resto de nuestras vidas –dijo David.

Tina lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–Tú eras mi mayor reto, mi amor. Eras el mayor escéptico, y yo te convertí en el hombre más confiado del universo –dijo Tina, y sonrió.

–No, mi amor, yo solo confío en ti.

Tina, por expreso pedido de David, había escrito su último libro. Su novela “Confío en ti” había sido un éxito de ventas. No era un libro de autoayuda, sino una historia de amor. La historia de Tina Martínez y David Valente, y la de Livia Valente y Adrian Marín. “Confío en ti” era una historia real que confirmaba la veracidad del libro de autoayuda de Tina “La confianza es la clave de un matrimonio feliz”. Pero Tina había aclarado que la confianza y las palabras positivas no eran la clave de una vida feliz, solo la puerta para hallarla si dejaban entrar a sus vidas a las personas correctas.

La vida de Tina Martínez después de la caída podía resumirse así: Una novela romántica. Una hija de tres años y un hijito en camino. Una familia que la adoraba. Una abuela gruñona, pero que le había dado buenas lecciones y que a su manera la quería. Su incondicional amiga Carla, que era la madrina de su hija. Y David Valente, su esposo, el hombre más maravilloso del mundo haciendo realidad todas sus teorías.

¿Qué más podía pedirle Tina Martínez a su universo?, nada. Pero todos los días le daba las gracias por haberle regalado la felicidad.

AGRADECIMIENTOS

A todos los escritores de autoayuda que leí durante muchos años. Una parte de lo que aprendí está reflejada en la novela. Todo no porque sería demasiado, puesto que “Confío en ti” es una historia de amor.

A mi esposo, que siempre me ayuda en la revisión. Y a mi amiga Cecilia Lista, que siempre está dispuesta a darme alguna buena sugerencia. Mil gracias por estar al pie del cañón dispuestos a ayudarme.

A mis lectoras, las que me acompañan desde los inicios y las que se van sumando con cada novela que publico, a las que me contactan para contarme que leen y disfrutan de mis novelas. A las hermosas amigas que me han dado mis libros. Mil gracias, me hace feliz saber que disfrutan de mis novelas.

SINOPSIS

Tina Martínez es una respetada escritora de autoayuda. Llena auditorios cuando dicta conferencias, y sus talleres son uno de los más concurridos. Ha publicado varios libros, pero “La confianza es la clave de un matrimonio feliz” es el que le ha dado la fama. Tina tiene muchos fans y se ha convertido en una referente de la autoayuda con sus lemas: “Si confías nadie te defraudará”. “Ama y recibirás amor”. Pero su vida perfecta se tambalea cuando su marido le deja ver que las palabras no son como la vida real.

David Valente era un hombre felizmente casado hasta que descubrió la traición de su esposa. La palabra confianza está fuera de su diccionario. Él se ha convertido en el hombre más escéptico sobre la tierra. Su lema es: “La vida es una mierda”. “La gente está llena de matices”. “Nadie es confiable”.

Ella positiva. Él negativo. Nada bueno puede salir de dos personas tan diferentes. ¿O sí?

BIOGRAFÍA

Susana Oro nació en Córdoba, Argentina. Se graduó de abogada en la Facultad de Derecho de la UNC y ejerció su carrera los primeros años. Vive en Córdoba, Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Su pasión por el romance y los finales felices se remonta a su juventud.

En el año 2009 comenzó a escribir novelas románticas contemporáneas y en 2012 publicó “Ríndete a mí” bajo el sello Amor y Aventura de Vergara. Su novela Hechizo de Luna es una de las cinco finalistas del III Concurso Indie 2016 de Amazon. Hechizo de amor ha ganado el premio Erginal Books en romance contemporáneo. En la actualidad todas sus novelas están publicadas en Amazon.

Mail: susananick@hotmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/susana.oro.1>

Twitter: @Susana_Oro

Instagram: susana_oro

Página de Amazon donde pueden encontrar todas mis novelas:
relinks.me/SusanaOro

Mis novelas:

Ríndete a mí

Todos los caminos me conducen a ti

Más allá de las estrellas

Cuando él me amó

Y llegaste a mí

El valor de una promesa

La caída del soltero

Hechizo de Luna

Hechizo de amor
Nuestros bellos años
Conquistando a Alice

Hechizo de amor. Comedia romántica. Pertenece a la serie Hechizo.
Novela independiente. relinks.me/B01M6CB8YO



Sinopsis

A los veinte años, Tadeo Santillán decide hacer una incursión al humilde barrio Los Telares. Su deseo fue conocer la forma de vida de los empleados de la fábrica textil de su abuelo, esos hombres y mujeres que trabajan sin descanso para que él disfrute de tantos lujos. Lo hizo para matar el tedio, sin saber que allí conocería a Ariana Castillo, el amor de su vida. Durante dos años llevó una doble vida. En el barrio Los Telares era un pobre muchacho huérfano vestido con harapos, que quería ayudar a los vecinos a salir de esa vida de miseria y sumisión; en la ciudad, el nieto rico del anciano Santillán.

Las mentiras tienen patas cortas y la aventura se acabó el día que su abuelo lo puso en evidencia delante de sus humildes amigos del barrio textil, que lo echaron sin pedir explicación, Tadeo tampoco quiso darlas. Perdió a Ariana, y la bronca por la reacción de esa gente que creía sus amigos se apoderó de él, la misma bronca que sintieron ellos con su engaño. Dos verdades, según del lado que se la mire.

Once años después se ve obligado a regresar a Los Telares. Carmela, su madre, está al mando de la fábrica textil, pero lleva tres años lidiando con el jefe de taller, el machista de Federico Castillo, que no pierde oportunidad de dejarla en ridículo. Cuando ella dice “No vuelvo más”, Tadeo tiene que enfrentarse a varios frentes de ataque. Los vecinos del barrio aún están resentidos por su engaño. Federico Castillo está dispuesto a dejar de incordiar a su madre si él se casa con su sobrina Ariana. Y Ariana..., ella es su mayor reto, porque la princesa que lo hechizó en su juventud se ha convertido en una arpía, y volver a conquistarla es casi un imposible.

El valor de una promesa relinks.me/B014QIRH3Y



Sinopsis

Una promesa de matrimonio.

“Mira, para que no llores más, te digo, que si cuando te hagas grande no hay nadie que se quiera casar contigo, que seguro no va a haber nadie ya que eres tan fea que no se te puede ni mirar, yo voy a casarme contigo. ¿Está claro?, ¿así vas a dejar de llorar?” Elisa lo miró, le sonrió de oreja a oreja y con su manito pequeña se apoderó del dedo pulgar de Alan sellando la promesa que él le acababa de hacer.

Una promesa de amor eterno.

“Te prometo que te amaré siempre”, le dijo Marian a Eduardo.

Marian había sido la mujer más falsa que había conocido, y Eduardo tenía ganas de gritarle en la cara que si fuera la única mujer sobre la tierra preferiría mantenerse célibe antes de caer en sus garras.

Dos mujeres batallando por lograr el respeto en un pueblo lleno de hombres machistas. Una lucha que están decididas a ganar. Y en medio de

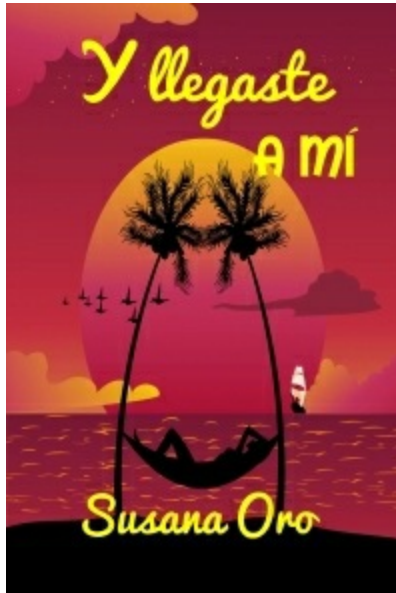
esa lucha, cargan sobre sus espaldas el peso de promesas realizadas mucho tiempo atrás.

Luego de veintitrés años, ¿qué valor puede tener la promesa de matrimonio que hizo Alan Martín a los siete años a Elisa Parker el día que nació?

¿Qué valor tiene el “te amaré siempre” de una novia que se dio a la fuga y regresó treinta y un años después?

Elisa y Alan, Marian y Eduardo, serán los encargados de averiguarlo en esta historia llena de situaciones divertidas y momentos emotivos.

Y llegaste a mí relinks.me/B00S8SPBQ4



Sinopsis

Guido Ferrer, a los veintitrés años, tiene que hacerse cargo de la empresa familiar. El arquitecto Jaime del Pozo, incondicional amigo de Guido, se convertirá en su mano derecha. La vida del empresario Ferrer gira en torno al lujoso hotel que construyó en una isla, que puede catapultarlo a la cima o a la bancarrota.

Miranda Linares, a los veintidós años, recibe un legado de su padre que debe guardar en secreto. Un legado que le complicará la vida.

El empresario Guido Ferrer es un hombre frío, seguro y autoritario que vive sujeto a su estricta agenda laboral. Todo lo contrario a su amigo Jaime del Pozo, que es todo encanto y amabilidad, salvo cuando tiene que lidiar con Lucy Álvarez, su díscola y atolondrada secretaria. Lucy está enamorada de Jaime y hará lo imposible para que él la vea como mujer.

Toda la vida estructurada de Guido Ferrer se viene abajo cuando conoce a Miranda Linares, la joven que le impone su madre para que lleve a la fama el complejo de la isla. En un primer momento él solo quiere sacársela

de encima, pero ella llega con toda su espontaneidad, gracia y encanto, tropezando y hablando de sueños. Y él, lo que más desea es conocer sus sueños.

Miranda es una mujer sencilla, común y bastante torpe. Se siente plena de felicidad el día que consigue un trabajo importante gracias a la recomendación de Carmen, la madre del empresario Ferrer. Cuando descubre que tiene que llevar a la fama un complejo turístico en una isla de Brasil comprende que se ha metido en la boca del lobo. Lo más sensato habría sido rechazarlo, pero ella no es sensata y se deja llevar por la emoción de saber que ha conseguido un trabajo que ni en sueños se había imaginado. Todo un milagro para alguien que no ha logrado conservar ni siquiera un trabajo de camarera.

Una mujer insegura y un empresario dispuesto a alcanzar la cima, que se sienten atraídos con el impacto de la primera mirada. Lamentablemente, la felicidad no es posible cuando tras ellos hay personas que por sus propios miedos o deseos están manipulando la vida de los dos.

Hechizo de Luna, la primera de la serie independiente Hechizo. La historia de Emi y Rafe. relinks.me/B01HUCHLIY



Sinopsis

Rafe Salazar es un hombre frío, arrogante y prepotente. La venganza es la meta de su vida, y también su fin. Su padre antes de morir se había cansado de menospreciarlo; y Armando Méndez, el socio fundador de las tiendas Atenea, valiéndose de su poder y dinero, le arrebató a la mujer que amaba. Pero todo cambia el día que Emi del Campo entra a trabajar en Atenea como su secretaria. Rafe no tiene dudas que esa mujer es capaz de derretir su frialdad. De solo verla se excita y suele quedarse como un tonto por horas mirando por la ventana, algo que no puede permitirse. Ella es una hechicera que lo aleja de sus metas, nada menos que cuando está a un paso de conseguir su venganza. Echarla fue su única opción.

Emi del Campo llegó como un soplo de aire puro a ocupar el puesto de secretaria para Rafe Salazar, el director de las tiendas Atenea. Él es un bomboncito que la deja hipnotizada. También es el hombre más frío y arrogante con el que se ha topado en su vida. Ni siquiera es capaz de

responder con educación cuando le pregunta: ¿Cómo ha amanecido, señor Salazar? Y encima la pone de patitas en la calle por dos míseros errores. Su vida está llena de complicaciones, pero ella es una mujer alegre y afronta las dificultades con buen ánimo y una sonrisa. ¿Vengarse?, no conoce el significado de esa palabra.

Rafe Salazar descubre que no todas las metas pueden cumplirse, sobre todo porque Armando Méndez es un viejo ladino, que por salvar su orgullo y su dinero le ofrece en matrimonio a Emi Méndez, la nieta que nunca quiso, como si ella fuera una mercadería de oferta. Y Emi Méndez,... no solo es la nieta de Armando.

¿Qué sabor tiene la venganza cuando una hechicera ha llegado a dar vuelta sus planes... y su vida?

Nuestros bellos años es una novela sentimental.

relinks.me/B06Y494V8F



Sinopsis

¿Crees que somos almas viejas que se encuentran en cada vida, que nuestro amor existe más allá de este tiempo?

–No lo sé, Sara

–Yo estoy segura de que lo somos. Si no, la vida no nos habría dado tantas oportunidades

Bella, arrogante, egocéntrica y atrevida. Sara Dalton creía que el mundo y todos los mortales giraban a su alrededor. Cuando tuvo que elegir entre ir tras la fama o el amor, prefirió la fama. Hasta que la vida le arrancó la arrogancia a tiras, le revolcó el ego por el piso y le dio unas cuantas lecciones de humildad.

Noble, responsable y siempre dispuesto a ponerle el pecho a los problemas. Erick Velarde amó con el alma a una sola mujer. También la odió

con el alma cuando ella lo plantó para ir a conseguir la fama que tanto quería. Cada fracaso de Sara se convirtió en un éxito personal para él.

Muchos años después ella aparece nuevamente en su camino, más madura, más centrada y más humilde; y él descubre que del odio al amor hay un camino muy corto.

Nuestros bellos años es una historia de amor intensa, es el deseo de una mujer por regresar al pasado para recuperar una época perdida. El anhelo de revivir aquellos años que quedaron en sus recuerdos cuando se fue de Lago Perdido dispuesta a conseguir la fama que tanto ambicionaba. Es una lucha por alcanzar la verdadera felicidad y enmendar los errores.

Todos los caminos me conducen a ti relinks.me/B00ICS9QH0



Sinopsis:

Cuatro vidas unidas por los caprichos del destino.

El autoritario y frío Lucio Marcia es un empresario que fundó junto a su socio Máximo Cuevas la compañía Art Fotos. Su vida está rodeada de lujos, no le faltan los placeres carnales y está convencido de que no existe el amor. Pero el día que conoce a la humilde camarera del restaurante Los Gringos, donde almuerza a diario y cena con bastante asiduidad, siente que su coraza de acero comienza a debilitarse por ella; y eso lo pone furioso.

Grecia Esteves sueña con ser fotógrafa de la empresa Art Fotos, pero por el momento disfruta de su trabajo de camarera. Es una joven ingenua que desparrama sonrisas mientras atiende a los clientes del restaurante Los Gringos, salvo a ese empresario imponente que parece un salvaje al que le han encajado un traje a medida. Él es un desfachatado que la intimida con esas miradas descaradas que le dedica a diario, y ella está dispuesta a demostrarle su indiferencia a pesar de la atracción que le provoca. Pero una escandalosa propuesta de Lucio cambiará para siempre el rumbo de sus vidas.

Blanca Esteves ha educado sola a su hija Grecia. Después de veintitrés años compartiendo la vida con ella, lo que menos quiere es que un padre desalmado, que solo puso su simiente y encima intentó robársela cuando nació, pretenda aparecer a compartir la educación y se inmiscuya en opinar hasta qué ropa interior es apropiada o no para Grecia. Ella es la única familia para su hija, y no está dispuesta a soportar a un extraño entrometido.

Máximo Cuevas ha buscado a su hija desde que Blanca Esteves huyó de aquel hospital de pueblo, negándole la posibilidad de compartir su crecimiento. Su forma cálida de ser esconde el odio y el resentimiento que guarda hacia la madre de su hija. Para su desdicha, nunca pudo hallar a esa niña que ya es una mujer; hasta ahora. Su desalmado y despreciable padre, Román Cuevas, lo mandará a llamar antes de morir para subsanar los innumerables errores que cometió en el pasado, y le dará pistas que Máximo tratará de seguir para encontrar a su hija. Lo que ninguno de los dos sabe es que Román Cuevas después de su muerte dejará mucho más que pistas, y eso complicará bastante la vida de Blanca y Máximo.

Dos parejas con amores tumultuosos donde el miedo, la inocencia y la inseguridad; y el odio, el rencor y la venganza son las barreras que deberán sortear para descubrir que por más esfuerzo que pongan en distanciarse, los caminos de la vida intentarán unirlos.

Cuando él me amó es una comedia de situaciones.

relinks.me/B00LV9Z3F6



Sinopsis

Isabela Brandal es una importante ejecutiva de una reconocida empresa constructora, pero en un parpadear pierde todo lo que ha logrado y no tiene más remedio que aceptar la invitación que, a través de una carta, le ha hecho llegar su desconocida tía Ernestina para que vaya a pasar una temporada a sus campos. Nunca se imaginó que ella, una elegante mujer de ciudad que combina las prendas a la perfección, terminaría dando órdenes en el huerto de verduras de su tía; y mucho menos que tendría que lidiar con un empleado arrogante, descarado, holgazán y encima mal vestido, que no sabe nada de huertos; aunque según tía Ernestina, que lo adora, es el más noble de los vecinos del pueblo.

Renzo Valentín es el noble vecino, y lo que menos desea es tener a una ciudadana de tacones kilométricos y ropas de seda, perfectamente combinadas, mariposeando por el tranquilo y humilde pueblo. El día que ella lo confunde con un vago y lo contrata como peón no la saca del error sino

que acepta el empleo que le ofrece en el huerto que él plantó para que Ernestina solucionara sus problemas económicos, y se somete a las directivas que imparte sin arte ni concierto esa ejecutiva de tacones que no sabe ni como cortar una planta de acelga.

Tía Ernestina es una mujer generosa y solidaria, pero le ha quedado el trauma de haber sido abandonada en el altar por su novio de juventud, que se casó con Marta, su hermana melliza. La llegada de su sobrina remueve viejos anhelos que creía olvidados. Como ella no tuvo la dicha de pasar por el párroco desea ver su sueño cumplido en su elegante sobrina, y hará cualquier cosa para casarla con Renzo.

Pero Aldo Valentín, el padre de Renzo, tiene otros planes.